

7367

3662 490

5219
5219
366

LOS
ASESINATOS MASÓNICOS

T2980

POR
Leo Taxil y Pablo Verdun

VERSION ESPAÑOLA

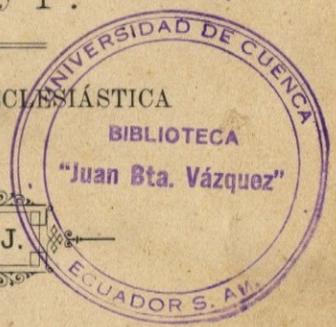
366

POR

mpu 223

P. C. y P.

CON CENSURA ECLESIASTICA



BARCELONA
JUAN GRABULOSA, EDITOR
13. BUENSUCESO, 13.
1889.

15m 2 668/10

Mercedes y Cárdenas

D. Juan Grabulosa librero editor, calle del Buensuceso 13, en Barcelona,
es el único autorizado para publicar esta obra en lengua española.

Leo Taxil.



Un Areopago de Caballeros Kadosch, agrupados alrededor del horroroso ídolo llamado el Bafomet, mientras el presidente reza la *Oracion á Lucifer*.

LOS ASESINATOS MASÓNICOS.

INTRODUCCION

Como se hace un asesino.

De vez en cuando, de un siglo acá, se comete un crimen cuyas circunstancias extraordinarias asombran al pueblo y excitan las investigaciones de los pensadores.

La víctima pertenece á la política, como el duque de Berry, el conde Pellegrino Rossi, el general Prim, García Moreno, Gambetta ó el prefecto Barrême; pertenece á la policía como Saint-Blamont, y diversos personajes inmiscuidos en el negocio del Banco de Ancona; pertenece finalmente á la prensa, como el periodista americano William Morgan.

Los asesinos, cuando son descubiertos, no resultan instigados por pasiones que ordinariamente llevan los homicidas al crimen. Conocen poco á su víctima, no tienen ningun motivo ordinario para quererle mal; no matan ni dominados por la envidia, ni por odio perso-

nal; tampoco para robar, á lo menos por su propia cuenta.

De esos asesinos, unos desaparecen á favor de los trastornos políticos; otros se escapan de las pesquisas y del castigo ya porque ocupan puestos muy distinguidos, ya porque son poderosamente protegidos; finalmente, los que se dejan prender son fanáticos que han obedecido á una pasion política, á una órden dada por jefes que quedan desconocidos.

Poco á poco, sin embargo, á pesar de los obstáculos opuestos por los que de cerca ó de lejos han tenido parte en esos crímenes, á pesar de las falsas pistas á que los oradores y escritores sectarios procuran lanzar á los investigadores, la verdad se desprende y se muestra claramente.

Son declaraciones á veces escapadas en la embriaguez pero que son recogidas; á veces escritos que se encuentran, cartas, confesiones, testamentos; revelaciones salidas de un moribundo dominado por los remordimientos y la angustia en presencia de la eternidad; finalmente, el papel que se saca de la fosa donde se ha depositado el cadáver de la víctima y que lleva la firma del asesino.

Declaraciones, escritos, revelaciones se completan entonces unos con otros. Muestran á quien incumbe la responsabilidad de esos crímenes, al gran poder sa-tánico del siglo, á la Franc-Masonería.

Con pruebas innegables se atestigua que estos fueron asesinados por haber combatido á la secta á la cual habian pertenecido antes; que aquéllos pagaron con su sangre el servicio que habian prestado á las gentes honradas revelando el verdadero objeto y las prácticas de esa sociedad, que se hace pasar, por una odiosa mentira, por simple sociedad de filantropía, pero que es en realidad una escuela de corrupcion y asesinato.

Ciertas personas que no han estudiado la Franc-Masonería en sus doctrinas y en sus prácticas, sentirán-

se quizás tentadas para acusar de exageracion las anteriores palabras, y dirán: «Nosotros conocemos á Fulano y á Zutano que son francmasones. Cierto que no tienen iguales opiniones que nosotros; pero son, esto no obstante, muy honradas personas. Nunca han asesinado á nadie y juraríamos por nuestra cabeza que jamás se les ocurrirá matar á nadie.»

Convenidos; pero es que los francmasones de quienes hablais, no han llegado al grado 30º de la gerarquía masónica, ni han recibido el grado de Caballero Kadosch.

Crean tambien ingénuamente lo que se les dijo cuando se les invitó á alistarse en la secta, lo que el Hermano Clavel escribe en su *Historia pintoresca de la Franc-Masonería*:

«La Franc-Masonería, dice, es una institucion filantrópica progresiva, cuyos miembros viven como hermanos bajo el nivel de una suave igualdad. Desconócense allí las frívolas distinciones de nacimiento y de la fortuna, y las demás distinciones, más absurdas aún, de las opiniones, de las creencias.....

«El franc-mason es ciudadano del universo; no existe ningun sitio donde no encuentre hermanos presurosos para dispensarle buena acogida, sin que necesite más recomendacion que su título, hacerse reconocer de ellos más que por los signos y palabras misteriosas adoptadas por la gran familia de los iniciados.»

El asesinato nos parece de tal manera bajo y vil, su idea dista tanto de nuestro ánimo, de nosotros nacidos en una sociedad tan penetrada de los principios del Evangelio, que, solo con mucha dificultad imaginamos que hombres civilizados puedan admitirlo como un medio ordinario, justo, legal, de dominacion.

El que entra en la Franc-Masonería, lo hace impedido por necia vanidad, por la curiosidad, por interés ó por el amor del placer.

Es un vanidoso que quiere pertenecer á una sociedad, llevar cintas, rebujarse con cordones, adornarse

con insignias, con la esperanza de llegar un día á grados elevados en los cuales será objeto de testimonios de respeto de parte de los demás cándidos.

O bien, es un curioso á quien se le ha dicho al oído, con aire misterioso, que la Franc-Masonería «conserva religiosamente un secreto que no es ni puede ser sino la herencia de los franc-masones.»

A menudo, es un ambicioso que quiere progresar en la política, y, para tal objeto, cuenta aprovecharse de las relaciones que se procurará en las Logias. El negociante espera, por su parte, merced á esas mismas relaciones, extender el círculo de sus clientes.

El hombre de diversiones, finalmente, sabe que los Hermanos Tres-Puntos se reúnen á menudo en banquetes «donde los buenos manjares y los vinos generosos excitan la alegría y estrechan los lazos de intimidad fraternal.» Quizás descubre tambien otros horizontes que le hace entrever mediante palabras discretas el franc-mason que le atrae á la secta.

«De este modo, dice el H.* Clavel, se tienen argumentos para todos los gustos, para todas las vocaciones, para todas las inteligencias y para todas las clases.»

Además, es evidente que, entre los vanidosos, los curiosos, los ambiciosos y los divertidos que se hacen iniciar, muy pocos serían capaces, el día de su recepción, de cometer un crimen; muy pocos tambien llevarían en sí las cualidades (?) necesarias para llegar á ser Caballeros Kadosch, es decir, asesinos con patente de la Franc-Masonería.

Los numerosos grados que constituyen la gerarquía de la secta, tienen precisamente por objeto: 1.º proceder á eliminaciones sucesivas de los adeptos; dejar en las filas inferiores á aquellos de quienes no se prometen sus jefes ocultos más que insignificantes servicios; hacer, al contrario, ascender á categorías superiores á los hombres inteligentes y resueltos, capaces de aumentar el poder de la Orden; 2.º formar á los elegidos,

escogidos por esas selecciones progresivas, para los papeles que están llamados á desempeñar.

Selección, educación: estas dos palabras resumen y explican toda la gerarquía masónica.

Esta se combina con ciencia tan profunda, que conduce forzosamente al hombre sobre quien pesa, á la perversion total de la conciencia. Estudiándola, siéntese en ella á cada instante la impresion de la garra del Señor cuyas desdichas llora la secta, del arcángel caído que piensa en vengar la Franc-masonería, la viuda de Satanás.

Desde el primer día en que el Francmason entra en la secta y sabe comprender fácilmente, comienza ya su educación. Todavía no está recibido Aprendiz, no es aún más que profano, y oyé ya al venerable, que procede á su iniciación, decirle, apoyando en su pecho desnudo la punta de una espada:

—«Caballero, este hierro, levantado siempre para castigar al perjurio, es el símbolo del remordimiento que desgarraría vuestro corazón, si, por desgracia para vos, fuérais traidor á la sociedad en la cual quereis entrar... Las cualidades que exigimos para ser admitido son la mayor sinceridad, absoluta docilidad y constancia á toda prueba... La Franc-Masonería, dejando á cada uno su libertad de creencia, se libra de toda dominación religiosa...»

Luego, se habla al postulante de pruebas terribles que va á sufrir, de peligros á que se encontrará expuesto.

Es verdad que, para justificar estas últimas palabras, se le juegan unas cuantas malas pasadas que recuerdan sencillamente las bromas de cuartel. Sólo pretexto de hacerle entrar en una caverna, dos Hermanos vigorosos le lanzan al través de un bastidor de papel fuerte, y el recipiendario cae del otro lado boca abajo sobre un colchon. Se le hace sentar en un escabel henchido con clavos, y patiestevado además, se le hace preparar á una escalera sin fin; ó se le administra una

buena descarga eléctrica por medio de una botella de Leyde; en una palabra, los Hermanos Tres-Puntos se divierten con él, como colegiales que se divirtieran con un *novato*, para hacerle pagar su bienvenida.

Observad que sucederá lo mismo en todas las iniciaciones sucesivas por las que pase el francmasón para llegar á los grados más elevados; solo que las bromas se harán algo menos groseras, pero, al contrario, muy infernales. Las «fumisterías» de dudoso gusto disfrazarán las doctrinas perversas.

El adepto que debe continuar en los grados inferiores, se acuerda solamente de las bromas; el que debe ascender se acuerda, desde su iniciación de Aprendiz, que se le ha hablado de espada pronta á castigar el perjurio, de docilidad á la Orden, de rebelión contra toda autoridad religiosa.

Medita estas palabras del Venerable: «El fanatismo es un culto insensato, un error sagrado; una exaltación religiosa que pervierte á la razón y que arrastra á actos reprobables con el intento de agradar á Dios; llámase á esto «los furiosos del fanatismo». Es un extravío moral, una enfermedad mental, y, por desdicha, contagiosa. El fanatismo, una vez arraigado en un país, adquiere en él, el carácter y la autoridad de un principio, en nombre del cual sus ardientes partidarios han hecho, en sus execrables *autos de fe*, perecer millares de inocentes. Dáse por analogía este nombre al deseo ardiente del triunfo de su opinión, del cumplimiento de sus proyectos, etc.... En la mayor parte de los fanatismos solo es peligroso su abuso, pues sin ellos nunca el hombre lleva á cabo grandes empresas. ¡Evitemos empero y combatamos el ciego fanatismo religioso!...

La superstición es la religión de los ignorantes, de las almas timoratas y aún de los sabios que, por falta de exámen, no se atreven á sacudir el yugo de la costumbre. La mayor parte de las religiones no son otra cosa que supersticiones engendradas por el temor y á pro-

pósito para llevar hasta el fanatismo: este último es capaz de elevar el alma; la superstición no hace más que envilecerla.»

La consecuencia que se infiere de los principios precedentes, si se la deduce con rigor es esta: el asesinato, cometido en nombre del fanatismo político, puede ser grande y digno de elogio; los actos de justicia, dictados por la religión, son, al contrario, reprobables; son el producto de un *extravío moral, de una enfermedad mental*.

Así que un hombre se presenta para entrar en la Franc-Masonería, cúidase mucho de desprenderle inmediatamente de la religión, porque esta manda el respeto á los demás, el amor del prójimo. Estos principios empero no sacan de apuros á la secta, que quiere poseer adeptos á quienes pueda mandárselo todo, todo, hasta el crimen.

Por esto, para estar bien seguros de que el hombre admitido al grado de Aprendiz no irá á referir al primero que se presente lo que oyó en la logia y no se expondrá de este modo á recibir respuestas concluyentes contra las calumnias inferidas á la religión que el Venerable le ha vomitado, se le enseña que el primero de sus deberes es un silencio absoluto acerca de todo cuanto pueda saber y descubrir entre los francmasones.

x Y el recipiendario jura y promete sincera y solemnemente no revelar jamás ninguno de los misterios que se le confien. Consiente «que se le corte la cabeza si faltare á su juramento.»

Al amparo de esta obligación se enseña al Aprendiz dos cosas principales. La primera, que la inteligencia basta para discernir lo falso de lo verdadero, el bien del mal. En principio es esto la negación de la revelación, es decir de la base de toda religión.

La segunda cosa que se le enseña es que debe «someter su voluntad» á los dignatarios de la Logia.

Solo en el grado 30°, esto es, en el grado de Caballe-

ro Kadosch, se da cuenta el franc-mason del camino que se le ha hecho recorrer, desde el momento en que, presentándose á la iniciacion de Aprendiz, aceptaba las primeras lecciones de irreligion y sumision á la secta.

Estos principios son los que desarrollándose lógicamente, á medida de su paso por entre los diversos grados, le llevarán á no retroceder ante un asesinato, al hombre que un poco de vanidad, de curiosidad, de ambicion ó el amor de los chistes, le han hecho poner por su desgracia el pié en una Logia.

El Aprendiz que acaba de recibir la primera iniciacion, no concibe la más mínima sospecha del papel que está llamado á desempeñar, si persevera en el camino que ha emprendido.

Al salir el iniciado de la sesion de su recepcion está algo estupefacto. No comprende más que una cosa: que ha sido admitido en la sociedad cuyos usos secretos habian excitado su curiosidad. Y, si no ha tomado á mala parte las vejaciones que se le han hecho sufrir durante más de una hora, se promete volver á la Logia y asistir á las próximas sesiones, aun cuando no sea más que por tener el término final de tod cuanto le parecia enigmático en su recepcion.

Por otra parte, como ha desembolsado ciento cincuenta ó doscientas pesetas para saber palabras y signos que no parecen tener en sí mismos nada de maravillosos, dícese con razon que no le sale á cuenta por su dinero, y que volverá para saber más.

En resúmen, se encuentra mucho más enredado despues que antes de su recepcion. No toma por lo serio las amenazas que se le hicieron de cortarle la cabeza, y, si consiente en no divulgar nada de lo que ha visto y oido, es porque siente la vanidosa tontería de verse miembro de una sociedad que cree inaccesible al vulgo.

Y por la noche, al regresar á su casa, se mira orgulloso en su espejo, y murmura á media voz con tono

de admiracion, «¡Soy yo! ¡hème aquí! ¡yo! ¡Yo soy franc-mason!...»

Y por poco se asombraria de no verse un codo más alto, porque ha sido arrojado por entre un bastidor de papel como una amazona del circo ecuestre.

Durante la permanencia del franc-mason en el grado de Aprendiz, permanencia que ha sido algo larga, pues que ha durado de cinco á veinticuatro meses, hanse esforzado, por numerosas conferencias, en des- embarazarle de las «preocupaciones de la infancia y de las creencias de la edad juvenil.»

En el grado de Compañero, se le enseña á «practicar la virtud»; el Venerable le dirige este discursito:

«En vuestra cualidad de Mason, adornado del segundo grado, Hermano mio, tenéis ahora el derecho de asistir á las Tenidas de las Logias de Adopcion. Es decir, nuestras Logias no admiten mujeres en sus misterios, como se os dijo al recibiros Aprendiz; pero existen Logias de Señoras, llamadas Logias de Adopcion, en los misterios de las cuales son admitidos los masones desde que han recibido el grado de Compañero.»

Vése por consiguiente el significado de la frase masonica «practicar la virtud.» Es simplemente entregarse á la orgía. Es inútil insistir en esto.

Bástenos hacer observar que la Franc-Masonería añade á los medios de perversion que empleaba en los Aprendices, la práctica reglamentada y elogiada de la depravacion abyecta. Desvia tambien á sus adeptos de sus deberes religiosos y domésticos y adquiere sobre ellos un dominio considerable haciéndose la proveedora de sus vicios.

Esto, empero, es solo un pequeño comienzo; veremos muchos otros.

En la iniciacion al grado de Maestro se hace caer al recipiendario en un ataud. Comienzan las fantasías infernales, que siguen á las bromas de cuartel.

Al candidato á la Maestría se le hace desempeñar el papel de Hiram cuya leyenda se le cuenta. Esta leyenda

da es curiosa por más de un concepto; héla aquí en resúmen:

«La Masonería habia concebido el piadoso, designio de levantar un templo á la gloria del Gran Arquitecto del Universo. Hiram, sabio arquitecto y sabio en la manipulacion de los metales, fué escogido para edificar ese templo y dirigir los obreros cuyo maestro fué él nombrado.

«El edificio casi terminado iba muy pronto á ser digno del objeto que se proponia la Franc-Masonería; pero los enemigos de la Orden masónica, envidiosos de los buenos resultados de Hiram, quisieron arrancarle sus secretos, á fin de poder continuar y terminar por sí mismos la obra tan felizmente comenzada.

«No ignoraban el escrúpulo con que el Maestro guardaba los secretos que se le habian confiado para el buen éxito de la empresa, y por esto resolvieron atacarle, á fin de tener un pretexto para alejarle ó asesinarle.

«Suscitaron contra Hiram tres miserables, iniciados ya en los primeros secretos del arte. Persuadieron á estos obreros, animados de pensamientos ambiciosos, que sabian ya demasiado para continuar en las filas inferiores.

«Desde entonces, aquellos hombres no vieron ya sino con envidia á los que sus talentos y sus virtudes habian hecho superiores á ellos y que eran admitidos en la Cámara del Centro que era la de los Maestros. Resolvieron penetrar en aquel lugar sagrado é introducirse en él de grado ó por fuerza.

«Como no podian conseguir su objeto sin poseer la palabra sagrada de los Maestros, resolvieron intimidar á Hiram, á fin de sorprenderle por el temor la palabra que no esperaban obtener de su libre voluntad. Esperaron el instante en que, á la caída de la tarde, habiendo los obreros acabado su trabajo, dejaban el taller para ir á descansar, porque entonces el Maestro, que era el último en salir, se encontraria solo y por consiguiente indefenso.»

Como Hiram no quiere descubrir la palabra de los Maestros, los tres malos Compañeros le asesinan; lo llevan fuera de la ciudad, entierran su cadáver en un bosque y plantan en su tumba un tronco de acacia.

La leyenda de Hiram es sencillamente para los Franc-masones un símbolo, y un motivo, explicándola, para instruir al nuevo Maestro en las doctrinas de la secta. Es tambien un medio de sondear sus pensamientos en lo presente y sus intenciones para lo porvenir. Por esto el Venerable de la Logia y el Orador le explican uno tras otro al recipiendario.

«Era, dice en sustancia el Venerable, la época del mayor poder de Salomon, hijo de David. Este rey, afamado por su sabiduría, hacia levantar un templo magnífico á la gloria de Jehovah. El arquitecto encargado de su construccion era Hiram.

«¿Quién era este hombre?... ¿De dónde venia?... Su pasado era un misterio. Enviado á Salomon por el rey de los Tirios, adoradores de Moloch, este personaje no menos extraño que sublime, habia sabido, desde su llegada, imponerse á todos. Su genio audaz le colocaba por encima de los demás hombres: su espíritu se cernia más alto que el de los otros y todos se inclinaban ante la voluntad y misteriosa influencia de aquel á quien llamaban el Maestro... Su despajada frente reflejaba al mismo tiempo (notad bien estas palabras) el espíritu de Luz y el Genio de las Tinieblas.

«Tenia á sus órdenes más de trescientos mil obreros, hombres de todos los países, que hablaban todas las lenguas, y aquella multitud de trabajadores obedecia á un solo gesto de Hiram.

«En día, una gran soberana Balkis, reina de Sabá, fué á visitar á Salomon, quien, para darle una idea de su poderío, quiso hacerle admirar los trabajos del soberbio edificio levantado por él á Jehovah. Admirada la reina, desea ver al arquitecto que ha concebido y dirigido la edificacion de tantos esplendores, y tambien quiere ver al ejército de obreros.

«Aunque con repugnancia, Salomon mandó llamar á Hiram. El Maestro, despues de haber rendido pleito homenaje á Balkis, se dirigió hácia la entrada del templo; apoyándose en el pórtico exterior, y haciéndose un pedestal de una mola de granito, dirigió una firme mirada á la multitud convocada que se dirige hácia el centro de los trabajos.... A una señal de Hiram, todos se vuelven hácia él; el Maestro levanta entonces el brazo derecho y con la mano abierta traza una línea horizontal y del medio de esta línea hace caer una perpendicular, figurando dos ángulos rectos en escuadra, signo con que los Tirios reconocian la letra T.

«A esta señal de convencion, el hormiguero humano se agita, como si una trompa de viento le hubiese trastornado. Luego se forman los grupos, y aparecen en líneas regulares y armoniosas; dispónense las legiones, y aquellos millares de obreros, conducidos y dirigidos por desconocidos jefes, divídense en tres cuerpos principales, subdivididos cada uno en tres cohortes distintas, espesas y profundas donde se ven los Maestros, los Compañeros, los Aprendices.

«Están allí por cientos de miles. Tiembla la tierra bajo sus plantas; acércanse semejantes á las olas del mar dispuestos á invadirlo todo. Nada de gritos, ni clamores; no se oye más que el sordo y cadencioso ruido de su marcha, semejante al ruido de un trueno lejano, precursor del huracan y de la tempestad....

«¡Que un soplo de cólera llegue á pasar sobre aquellas cabezas, y aquellas animadas olas arrastrarán en el torbellino de su poder irresistible, todo lo que quisiera impedir su paso impetuoso!

«Ante esta fuerza desconocida que se desconoce á sí misma, Salomon palideció. Dirigió una mirada llena de estupor al brillante, pero débil cortejo de sacerdotes y cortesanos que le rodeaban. ¿Va su trono á ser sumergido y reducido á la nada por las olas de aquel océano humano? ¡No! Hiram acaba de extender su brazo, y todo se detiene. Con una señal, aquel ejército

innumerable se dispersa, retirase estremecido, obediente, empero, á la inteligencia que la domina y le doblega.

—«¡Cómo! dícese á sí mismo Salomon, ¿una sola señal de esa mano forma y dispersa los ejércitos?...

«Luego, al comparar aquella fuerza oculta, aquel poder formidable con su poder, el gran rey, que creía haber recibido de su Dios la prudencia y la sabiduría, comprendió que estos dones no son nada para el que acaba de descubrir, y entonces reconoció en su interior la existencia de un poder superior al suyo, poder al que el porvenir, cuya presciencia tenia Salomon, reservaba quizás una soberanía mayor que la suya y más universal. Salomon veíase obligado á reconocer una nueva fuerza, que habia tenido á su lado sin sospecharlo. Este poder era el Pueblo.

«Tocante al jefe misterioso que mandaba aquellas legiones de hombres, su genio que sometía á los elementos y dominaba la naturaleza habia de excitar contra él, el odio de los envidiosos, de los cobardes y de los traidores, habia de sucumbir como sucumbió á los golpes de tres malos Compañeros que personificaban la ignorancia, la hipocresía y la ambición.»

Esta es la explicacion dada por el Venerable al nuevo Maestro, que hemos reproducido segun los Rituales de la secta.

El Hermano Orador de la Logia da dos distintas interpretaciones de la leyenda de Hiram. Segun la primera, expuesta en un lenguaje lo más á menudo muy difuso, con multitud de palabras científicas. Hiram no es más que la personificacion del sol que fecunda la tierra de donde salimos y á donde volveremos. Es el origen de la vida y merece nuestras adoraciones.

Segun la otra interpretacion, Hiram descende en línea recta de Tubalcain, quien descende de Cain. Pues bien, segun la doctrina de la Franc-Masonería, Cain era, no el hijo de Eva y Adan, sino el hijo de Eva

y de Eblis, el Angel de Luz, cuyo Eblis es sencillamente Lucifer.

Además, precisamente Hiram, descendiente de Lucifer, es quien edifica por cuenta de Salomon, un templo á Dios, al Adonai que maldijo á Satanás y á Cain.

Y Salomon, envidioso del poder y de la ciencia de su arquitecto, toma sus medidas para proporcionarle, en presencia de Balkis, la reina de Sabá, una humillacion profunda.

Hiram, en presencia del rey y de la reina, debe fundir una gigantesca mole de bronce. Los tres malos Compañeros, que deben más tarde asesinar al Maestro, siguiendo los consejos del soberano judío, han mezclado al metal en fusion lavas sulfurosas, y preparado causas de ruptura en el inmenso receptáculo que debe ser el molde de la pieza de bronce que debe fundirse. Así es que el molde se rompe y el igneo líquido chorrea por todas partes.

Hiram, que contaba con un triunfo, queda abrumado por la confusion, en presencia de la reina de Sabá.

De repente, oye una voz formidable que sale de las profundidades del fuego, que le llama: «¡Hiram! ¡Hiram! ¡Hiram!»

Del centro de la hoguera sale una forma de hombre colosal, se dirige hácia él y le dice:—«Ven, hijo mio, ven sin temor; yo he soplado sobre tí y tú puedes respirar en la llama.»

—«Hiram pregunta: ¿quién eres tú? ¿dónde me llevas?»

—«Yo soy el descendiente de Cain, soy tu antecesor Tubalcain. Te llevo al centro de la tierra, al alma del mundo, al dominio de Eblis y Cain, donde reina con ellos la libertad. En los umbrales de nuestro imperio se detiene el poder de nuestro perseguidor, Adonai, el Dios de Salomon. Ven á la verdadera patria de tus padres, á gozar sin temor de los frutos del árbol de la ciencia del bien y del mal.»

Hiram es arrastrado al centro de la tierra en el reino

del fuego: allí ve á Cain, el hijo del Lucifer, y oye esta rara prediccion.

—«Vuelve á la tierra. Los de tu raza más numerosa que los granos de arena del Océano, prevalecerán, despues de largas luchas, sobre los hijos de Adan, á quienes pisotearán. Establecerán en la tierra el culto del fuego. Tus hijos, reuniéndose en tu nombre, destruirán el poder de los Reyes y de todos los ministros de la tiranía de Adonai. Ve, hijo de mi raza, ve; Eblis, el Angel de Luz y los Genios del fuego están contigo.»

Hiram vuelve á la tierra; renne en un instante los restos de la inmensa pieza de bronce y hace de ellos una obra perfecta; despues de lo cual obtiene el amor de Balkis, la reina de Sabá.

Esta es la nueva y satánica interpretacion dada de la leyenda de Hiram.

Nos hemos visto obligados á extendernos algo acerca de los dos discursos del Venerable y del Orador, porque la iniciacion al grado de Maestro tiene capital importancia desde el punto de vista de la seleccion que los jefes desconocidos de la Orden operan en la masa de los Hermanos que tienen los grados de Aprendiz, de Compañero y de Maestro. Efectivamente, entre los Maestros se escogen los adeptos capaces de elevarse por una série de iniciaciones de cada vez más criminales, hasta la categoria de los Caballeros Kadosch, que, según lo hemos dicho, son los asesinos con patente de la Orden.

Veamos cómo se realiza la seleccion entre los Maestros y cómo se reconoce á los que son susceptibles de llegar á los más altos grados de la gerarquía.

El Hermano Orador, hácia el fin de su discurso, ha cuidado de intercalar la siguiente advertencia, dirigida al recipiendario: «Hermano mio, en el discurso del Venerable y en el mio, habeis distinguido tres interpretaciones de la leyenda de Hiram: la primera, política; la segunda, científica; la tercera, filosófica. Dignáos reflexionar acerca de cuanto se os ha dicho,

y, cuando tenga lugar nuestra próxima tenida de Maestría, darnos cuenta de vuestras impresiones masónicas, indicando la interpretación que más vivamente os haya impresionado.»

Al mes de su recepción, el nuevo Maestro es convocado á una tenida especial del tercer grado para comunicar á la Logia sus impresiones masónicas. Y Hermanos de alta graduación, es decir pertenecientes á los grados 30°, 31°, 32° ó 33° asisten siempre á esta sesión: porque es preciso que la autoridad central sepa á que atenerse acerca del nuevo Maestro.

La mayoría de los adeptos recibidos en la Maestría no ven en la leyenda de Hiram sino el lado político. «El pueblo, dicen ellos, constituye por su masa el mayor poder existente en la tierra. Su voluntad es el origen de todo poder. La tarea de la Franc-Masonería es dirigir, de un modo oculto, la voluntad del pueblo hácia el progreso y la emancipación de la humanidad, empleando su fuerza en la destrucción de los Reyes y de los sacerdotes que le han oprimido hasta ahora. En resumen, la Orden está destinada á ser la aristocracia de la nueva sociedad basada en la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad.»

Al oír estas palabras, los Hermanos de los grados superiores se dicen en su fuero interno: «Pocos servicios hay que sacar de este hombre. No ha comprendido gran cosa de las instrucciones con que se le ha desarrollado la leyenda de Hiram, lo dejaremos en los grados inferiores. Allí se encontrará en su sitio.»

A veces no se detiene el iniciado solamente en la interpretación política; ha comprendido otra cosa en el famoso relato, y resume así sus meditaciones: «No hubo creación del mundo como lo pretenden los cristianos, sino organización, desarrollo de la materia que existía desde la eternidad. Esta organización y desarrollo se obraron bajo la influencia fecundante del sol. El objeto de la Franc-Masonería es sustituir su culto, el del Fuego, á las supersticiones de las religiones sedicentes reveladas.»

Esta vez, los 30°, 31°, 32° y 33° que asisten á la sesión, quedan más satisfechos. «Empujaremos á este hombre á los grados superiores, se dicen, hácia aquellos donde se enseñan las ciencias ocultas y el materialismo. Llegará á Rosa-Cruz, pero no ascenderá hasta nosotros.»

Ese no es considerado capaz todavía de llegar á ser un Caballero Kadosch, un asesino; pero hé aquí el que subirá á los grados más superiores, el Hermano que se exprese así:

«La tierra está dividida en dos campos que se disputan el poder. Entre los hombres, los unos son hijos de Adán, adoran á Adonai, el Jehovah á quien Salomón levantaba un templo, el Dios de los cristianos. Los otros—y nosotros, Francmasones, somos de estos—se miran como los hijos de Hiram, como los descendientes de Tubalcain y de Cain, hijo de Eblis, el Ángel de Luz, Lucifer. Derribar los tronos de los Reyes y de los Papas no es para nosotros más que un medio, y no un objeto, queremos ir más alto, queremos vengar al gran oprimido, que cantó Victor Hugo, y vengar á Eblis nuestro padre contra Jehovah, su perseguidor, y lanzamos nuestro grito de guerra: «¡Venganza contra ti, Adonai!»

Ante este discurso sacrilego, los grandes dignatarios de la Franc-Masonería se estremecen de admiración, y piensan: «Este es digno de ocupar puesto entre nosotros: haremos de él un Caballero Kadosch.»

A contar de este momento, ese hombre á quien la vanidad, la oscuridad, el interés ó el amor de los placeres hicieron entrar en la secta, que no era muy malo al principio, pero á quien se han enseñado el desprecio de toda religión, y la admiración del fanatismo masónico; que por juramentos de silencio se ha sustraído á la influencia de las personas honradas que le habrían abierto los ojos; cuyas costumbres se han corrompido en las Logias de Adopción; á quien finalmente se ha dado, cuando la iniciación á Maestro, las primeras lecciones

de satanismo, ese hombre arrastrado de una parte por la propia perversión de su naturaleza y empujado por otra por las excitaciones y las enseñanzas perversas de los Francmasones superiores, ese desgraciado irá en adelante avanzando á grandes pasos en el camino del crimen, en cuyo término aparece en una gloria el puñal ensangrentado del Caballero Kadosch, del cual caen lentamente largas gotas encarnadas.

La Franc-Masonería se divide en cuatro series que pasa sucesivamente el adepto que debe llegar á la cumbre de la gerarquía.

La primera serie se llama Masonería Azul. Comprende los grados simbólicos de los cuales el de Maestro es el más elevado. Se ocupa sobre todo de política.

La segunda serie se llama Masonería Encarnada. Comprende los grados capitulares, hasta el de Rosa-Cruz y se dedica al estudio de las ciencias ocultas.

La tercera serie, llamada Masonería Negra y compuesta de grados filosóficos, lleva al sectario hasta el título de Gran Elegido, Caballero Kadosch, Perfecto Iniciado.

La cuarta serie, finalmente, devenida en tres grados administrativos, engloba, bajo el nombre de Masonería Blanca, los jefes supremos de la Orden.

Esta explicación era necesaria para la perfecta comprensión de lo que sigue:

El iniciado, recibido Maestro y reconocido por los grandes dignatarios como hombre capaz de prestar servicios á la secta, deja, pues, la Masonería Azul y entra en la Encarnada, donde se perfecciona su instrucción; y vamos á ver cómo.

En el grado cuarto, el de Maestro Secreto, aprende que debe despreciar las reprensiones de su conciencia, originadas «á consecuencia de una educación cuya base fueron las supersticiones y preocupaciones.»

Se le dá también la siguiente enseñanza: «Lo que los profanos (leed los que no son francmasones) llaman Honor es todo lo contrario del Honor; lo que

ellos llaman Virtud es precisamente el Vicio, y recíprocamente; en cuanto á la Justicia, esta idea tal como la comprendemos en nuestros templos, es directamente opuesta á la idea del mismo nombre tal como está admitida fuera de nuestros templos.»

Se ve que esto es el trastorno de todas las ideas de la verdadera moral tal como está admitida por todos los pueblos, tal como está grabada en lo íntimo de nuestras conciencias.

En el grado sexto, el recipiendario sabe que el espionaje se considera como lícito entre los franc-masones.

El noveno, el de Maestro Elegido de los nueve, es, propiamente hablando, la escuela primaria del asesinato. El recipiendario promete cumplir escrupulosamente las obligaciones de este grado, con riesgo de su sangre, según la circunstancia que pudiera presentarse; jura inmolar en sacrificio, á los manes de Hiram, los falsos hermanos que pudieran revelar á los profanos algunos de los secretos masónicos; y añade textualmente: «Cumpliré mis compromisos, ó sea la muerte más horrible la expiación de mi perjurio: después que mis ojos hayan sido privados de la luz por el hierro enrojecido, que mi cuerpo sea pasto de los buitres, y que mi memoria sea execrada por los Hijos de la Viuda en toda la tierra.»

Los pormenores de la iniciación á este grado son característicos. Pónese un puñal en la mano del postulante, y se le coloca súbitamente delante de una caverna en cuyo fondo se descubre, en la semioscuridad, un hombre dormido.

«—Este es el asesino de Hiram, le dicen: Heridle.»

Penetra en la caverna y descarga puñaladas. Es verdad que lo que el iniciado hiere no es más que un maniquí; todo se reduce á una comedia de asesinato; pero escuchad cómo explica esta comedia el Ritual Masónico.

«La traición, dice, no debe quedar impune. Sin una

orden legítima, la venganza es criminal; por consiguiente, luego que el poder legítimo (es decir los Hermanos que la confianza general ha puesto en la direccion de la Franc-Masonería) dá una orden de venganza, el que la ejecuta cumple un acto de virtud.

»Al recibo de la orden regular, el Mason solo debe obedecer; no debe dejarse influir por ninguna consideracion de quien quiera que fuere; su conciencia debe permanecer inflexible, porque el Gran Arquitecto del Universo es su solo juez.

El asesinato cometido en la caverna, por la noche, en la persona del traidor Abibala (este es el nombre del supuesto asesino de Hiram), mientras duerme, ese asesinato justiciero, cuyo autor es un desconocido (el recipiendario), guiado por un personaje á quien vé por la primera vez, significa esto: 1.º llegado el momento de castigar á un traidor á la Franc-Masonería, no se le debe herir á la luz del dia, sino buscar como preferible para la ejecucion mandada la oscuridad propicia de la noche; 2.º es tambien justo que el traidor sea cogido de improviso y no tenga tiempo ni medios de defenderse, por ejemplo si puede conseguirse sorprenderle en un sitio apartado; 3.º para evitar toda indiscrecion é impedir que resulte un escándalo contra la Franc-Masonería, el castigo del perjurio y del falso hermano debe ejecutarse de manera hábil, prudente, estudiada y misteriosa, sin que los vengadores (ejecutores de la venganza) se conozcan unos á otros.

«Finalmente, en el punto de vista simbólico, los tres traidores Abibala, Sterquin y Oserfut (estos, son los nombres de los tres malos compañeros que mataron á Hiram) figuran la Tiranía Política, el Fanatismo Religioso y la Ignorancia.»

Estas explicaciones, copiadas textualmente, insistimos en ello, del Ritual Masónico, quitan á la comedia de asesinato, representada cuando la iniciacion en el grado 9.º, lo que la presencia del maniquí introduce

en ella de ridículo, y le dan su verdadero sentido, que es espantoso, monstruoso.

A fin de infundir en el ánimo del iniciado la idea del asesinato, de habituarle á él, de hacerle mirar como legitima y laudable la ejecucion de un crimen mandado por la Orden, se le hace desempeñar el papel de asesino lo más á menudo posible.

Cuando la iniciacion al grado 10.º, se le manda atravesar de una puñalada una cabeza cortada, la cabeza de un traidor.

La consagracion al grado de Sublime Caballero Elegido es recibida entre tres cabezas empaladas.

A medida que el adepto penetra más adelante en los misterios de la secta, se oscurece con cuidado su inteligencia presentándole y desarrollando la doctrina gnóstica. Seria empero demasiado prolijo extendernos en este punto de nuestro asunto. Bástenos decir que parece harto difícil que un hombre, entrado sano de juicio en la Masonería, no se vuelva algo loco, después de haberle paseado en el dédalo de errores, contradictorios unos de otros, por los que le hacen pasar las iniciaciones sucesivas.

Digamos, no obstante, que los puestos principales en estas iniciaciones los ocupan ceremonias que reproducen, para convertirlas en objeto de befa, la comunión y la confesion.

Añadamos tambien que á las explicaciones supuestas filosóficas se mezclan constantemente instrucciones obscenas. La divisa de la Franc-Masonería parece ser esta: «Corromper de cada vez más la inteligencia y las costumbres de aquellos á quienes quiere ella convertir en ejecutores de sus sentencias, para poseerlos mejor.»

El grado de Rosa-Cruz, que es el 18º, es el más elevado de la Masonería Encarnada; así como el de Maestro es el último de la Masonería Azul. El Rosa-Cruz jura en una cuchilla «símbolo del valor», acostumar su brazo á defender á sus Hermanos. No otra cosa prometerian compañeros de vida airada.

El recipiendario admira en un transparente la glorificación del Infierno, de Satanás y de Cain, el primer asesino; adora á Lucifer bajo la figura del Sol y bajo la forma del Fuego.

Además, por temor sin duda de que el iniciado no haya tenido la inteligencia bastante trastornada por todos los sistemas filosóficos que anteriormente se le han expuesto, se le explica la doctrina panteísta. Y termina la ceremonia con una invitación sacrílega y burlona de la Cena y de la comunión.

Pero, como impiedad, aún hay algo más fuerte. Cada año, en la noche del Jueves al Viernes Santos, celébrase un banquete, al que todos los Rosa-Cruz están obligados á asistir.

En dicho banquete, sobre la mesa dispuesta en forma de cruz, se coloca un cordero asado cuya cabeza está superada por una pequeña corona de espinas y cuyos piés están atravesados cada uno por un clavo. Este cordero está puesto en el centro de la cruz vuelto de espaldas y separadas las patas delanteras. No cabe allí engaño: representa la Víctima del Calvario.

El presidente del banquete sacrílego corta la cabeza y los piés de dicho cordero y las arroja á un horno encendido. También los ofrece en holocausto á Lucifer, adorado por los Rosa-Cruz bajo la forma del Fuego.

Se confesará que un hombre llegado al grado de aberración é impiedad bastante para tomar parte en una ceremonia tan monstruosa, debe considerar la vida de sus semejantes como cosa de muy mínima importancia.

Añadamos de paso que los Rosa-Cruz son los espías titulares de las Logias.

Entrando en el grado 19° penetra el iniciado en la Masonería Negra. No hay que aprender gran cosa para llegar á ser un asesino perfecto y práctico: así que, á partir de este instante, se avanza á paso de gigante hácia el grado de Caballero Kadosch.

Y vienen entonces los nuevos juramentos de no des-

mayar jamás en la ejecución de las órdenes recibidas á consecuencia de los fallos pronunciados por las autoridades masónicas; y viene la adoración directa y de culto de Lucifer, el embrutecimiento progresivo por la práctica de la Mágia; despues, homenajes tributados á Satanás bajo la forma de una serpiente. Y siempre se infunde de cada vez más profundamente en la mente del sectario esta idea: «Los Caballeros de la Masonería darán al pueblo la libertad, y ésta no se obtiene sino rompiendo desapiadadamente, con audacia y valor, las pesadas cadenas del despotismo civil, religioso, militar y económico.»

Y el iniciado reitera sus juramentos «de obedecer siempre y como quiera las órdenes que le sean gerárquicamente transmitidas.» Evoca á Satanás, de quien ha hecho su Dios. Le evoca según el Ritual de la Alta Mágia, redactado por un sacerdote apóstata que se llamaba Constant; le adora bajo la figura del Baphomet, ídolo infame con cabeza y piés de macho cabrío, pechos de mujer y alas de murciélago.

Finalmente se le juzga digno de ser recibido Caballero Kadosch.

En esta iniciación suprema hiere á puñaladas una cabeza de muerto coronada con una tiara, representación del Papado, y otra cabeza adornada con una corona real, emblema del poder civil. Se prosterna delante de un triángulo puesto al revés, imagen de Lucifer y quema incienso sobre su altar.

En el grado noveno, el de Maestro Elegido de los Nueve, se ha dado al recipiendario el orden de herir á una forma que en la oscuridad casi completa pudo tomar de pronto por un hombre dormido, pero que no tardó en reconocer que era un maniquí. A pesar de todos los discursos que se le han dirigido, á pesar de todos los juramentos de venganza que se le han hecho prestar, es posible que el iniciado se haga á sí mismo el siguiente raciocinio: «Hasta ahora solo se me ha ordenado herir imágenes; cosa poco importante. Los

discursos de venganza que he oido pronunciar tenian sencillamente un sentido alegórico; asi mismo sucederá siempre y jamás recibiré la orden de asesinar á un hombre de carne y huesos. Puedo pues ir adelante y hacerme recibir Caballero Kadosch, sin que esto tenga tampoco ulteriores consecuencias.»

La secta no lo entiendo así: quiere tener en su poder hombres verdaderamente capaces de ejecutar los fallos que ella dicta. Sabe que el miserable, más resuelto en palabras, puede desmayar cuando se trata de derramar realmente la sangre y exponer su pellejo; por esto antes de introducir al iniciado más adelante en sus secretos, le impone una prueba espantosa. Hé aquí en que consiste:

Procúranse un carnero vivo que se ata en un banco, vientre arriba, y cuyo costado izquierdo se ha rasurado. El animal está sólidamente amordazado, de manera que no pueda hacer oír el menor gemido. A la cabeza del banco está agachado un Hermano que imita los suspiros de un hombre atado y amordazado.

Están presentes el Gran Maestro y los oficiales del Areopago, que proceden á la iniciación. Tráese al recipiendario cuya cabeza está envuelta con un velo negro que le priva ver absolutamente.

El Gran Maestro le dice entonces: «Hermano, cuando fuiste recibido al grado de Elegido, vengaste simbólicamente la muerte de Hiram. Hoy, no se trata ya de herir maniqués, ni de traspasar con tu puñal cabezas privadas desde mucho tiempo de la vida... Sabes que no hay institución por excelente que sea que no tenga traidores. Un miserable, perteneciente á un Taller de nuestra obediencia, ha traicionado, poco há, nuestra causa sagrada, y hemos podido apoderarnos de él... Aquí está; su última hora ha llegado... Oye los rugidos de rabia que lanza, sabiendo que va á cumplirse el castigo del que no puede librarse.... Sólidamente amordazado, quisiera á lo menos quizás, antes de expirar bajo los golpes de nuestra justa venganza,

echarnos un supremo insulto; pero la boca que ha vendido nuestros secretos no debe abrirse más, ni debe hablar más esta lengua perjura.... Hermano, tu iniciación de este día te vale la honra de hacer justicia... Asegúrate primero por tu mano del sitio donde vas á herir, y que luego no tiemble tu brazo vengador.»

Entonces, el Hermano que desempeña el cargo de Gran Introdutor, toma la mano izquierda del recipiendario y la pone sobre el cuerpo palpitante del carnero, en el lugar rasurado. El iniciado siente el calor de la piel, el corazón que late espantado; oye al Hermano, que imita los suspiros de un preso atado, redoblar sus gemidos y pronunciando difícilmente la palabra *perdón*; cree firmemente que es el cuerpo de un traidor lo que él toca con sus manos trémulas por la emoción.

«—¡Hiere! manda el Gran Maestro.

El recipiendario levanta su puñal y hiere teniendo la convicción de que comete un asesinato.

Luego que ha herido, el candidato Kadosch es conducido á otra sala; se le quita el túpido velo negro que cubria su cabeza; vé sus manos tintas en sangre, que, á la violencia del golpe, brotó de la herida. Enseguida, se le presenta en un plato el corazón caliente y sangriento de la víctima. Dicese que aquel corazón es el de un hermano traidor á la Orden; lo pincha con la punta de su puñal y lo trae al Gran Maestro que le felicita por su valor.

Compréndese, desde luego, que el iniciado presta, con conocimiento de causa, el juramento del grado: «Me comprometo y obligo á sostener, aun á riesgo de mi vida, los principios sagrados de nuestra Orden y defenderlos por todos mis medios contra el fanatismo, la tiranía y la superstición. Juro conformarme en todo y siempre con las leyes y estatutos de la Franc-Masonería y con las órdenes de la autoridad legítima del Supremo Consejo.»

El nuevo Kadosch sabe que el Gran Maestro no le habla un vano language, cuando, al entregarle un puñal, le dice: «Recibe, queridísimo é ilustre Hermano, esta arma de la justicia y de la verdad; no te sirvas jamás de él sino para causas santas y legítimas...»

En adelante el iniciado es un Kadosch perfecto, es decir, según las mismas palabras del Catecismo del grado: «el que ha prestado el juramento irrevocable de sostener, cueste lo que costare, los principios de la Orden, defender cueste lo que costare, la causa de la verdad (de la Verdad masónica, por supuesto) y de la Humanidad contra toda autoridad usurpada, abusiva, ó irregular, sea política, militar, ó religiosa, y castigar sin compasion á los traidores á la Orden.

El Caballero Kadosch evoca á Satanás según las fórmulas del *Ritual de Alta Magia*; blande su puñal contra el cielo gritando: *Nekam, Adonai* ¡Venganza contra tí, Adonai! Reza la *Oracion á Lucifer*, compuesta por el H.: Proudhon:

«Ven, Lucifer, ven, el calumniado de los sacerdotes y de los reyes! ¡Ven, que te abracemos y estrechemos en nuestro pecho! mucho tiempo há que te conocemos y que tú nos conoces tambien. Tus obras, bendito de nuestro corazon, no son siempre bellas y buenas á los ojos del vulgo ignorante; pero ellas solas dan un sentido al universo, y le privan el ser absurdo. Tu solo animas y fecundas el trabajo. Tú ennobleces la riqueza, tú sirves de esencia á la autoridad; tú pones el sello á la virtud.....

«Y tú, Adonai, dios maldito, retírate, nosotros renegamos de tí. El primer deber del hombre inteligente y libre es expulsarte de su mente y de su conciencia; porque tú eres esencialmente hostil á nuestra naturaleza, y nosotros no dependemos absolutamente de tu autoridad. Llegamos á la ciencia á pesar tuyo, lo mismo que al bienestar, á la sociedad; cada uno de nuestros progresos es una victoria, en la que aplastamos tu divinidad.

«Espíritu falaz, dios imbécil, acabóse tu reinado; busca otras víctimas entre las bestias. Ahora, héte aquí destronado y hecho pedazos. Tu nombre, por tanto tiempo la última palabra del sábio, la sancion del juez, la fuerza del príncipe, la esperanza del pobre, el refugio del reo arrepentido, sí, ese nombre incommunicable, Padre Eterno, Adonai ó Jehovah, en adelante, dado al desprecio y al anatema, será escupido entre los hombres, porque Dios es necedad y cobardía; Dios es hipocresia y mentira; Dios, es tiranía y miseria; Dios es el mal.

«Mientras la humanidad se incline ante tu altar, la humanidad, esclava de los reyes y de los sacerdotes, será reprobada; mientras un hombre, en tu nombre execrable, reciba el juramento de otro hombre, la sociedad estará fundada en el perjurio; la paz y el amor serán desterrados de entre los mortales....

«Dios, retírate; porque desde hoy, curados de tu temor y prudentes ya, juramos, levantada la mano hácia tu cielo, que no eres más que el verdugo de nuestra razon, y el espectro de nuestra conciencia.»

Esta *Oracion á Lucifer*, que resume la doctrina, clamor y los odios de los Kadosch, es espantosa. Desafiamos á quien quiera que fuere, católico, protestante, mahometano, á todo hombre, aunque sea el mayor criminal, que conserve en el fondo del corazon alguna idea honrada, á que la léa, sin hallarla abominable.

Comparad ahora al hombre capaz de pronunciar semejante invocacion, con el cándido que se ha dejado alistar en la Franc-Masonería, creyendo que es «una institucion filantrópica» y que no se mezcla absolutamente en religion, y decid si esta secta no es verdaderamente la escuela de la perversidad y del asesinato.

Nos hemos extendido algo acerca de la educacion que la Franc-Masonería, dá á aquellos de sus iniciados de quienes quiere valerse para ejecutores de sus proyectos y venganzas. Eran necesarias estas explicaciones para la perfecta comprension de los hechos his-

tóricos que vamos á referir y en las que pondremos en evidencia las intrigas criminales de la secta.

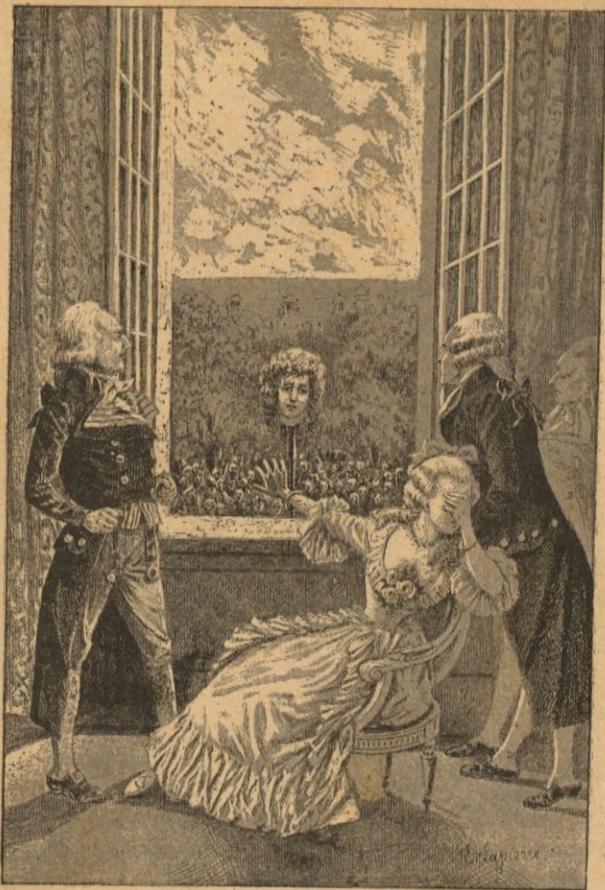
Dos palabras solamente para terminar esta exposicion.

¿A quién obedecen los Caballeros Kadosch? A la Masonería Blanca dividida en tres grados administrativos, y hé aqui su doctrina final resumida según los Rituales:

«La Franc-Masonería no es ni más ni ménos que la Revolucion en accion, la conspiracion permanente contra el despotismo político y el religioso.....

«Es la lucha extrema á todo trance contra enemigos determinados. Donde quiera que está la lucha puede entablarse con probabilidad de éxito, deben los Masones estar allí y luchar, hasta que se siga la muerte ó el triunfo.....

La Religion debe ser el constante cuidado de sus ataques mortíferos, por que un pueblo no ha sobrevivido jamás á su religion, y matando á la Religion, tendrán los Hermanos á su disposicion la Ley y la Propiedad, y podrán fundar sobre sus restos la Religion Masónica, la Ley Masónica y la Propiedad Masónica.



La cabeza de la princesa de Lamballe presentada, en el extremo de una pica, á Felipe-Igualdad, en compañía de la Señora de Baffon, en el Palais-Royal.

I.

La Princesa de Lamballe.

La princesa de Lamballe pertenecía por su cuna á la casa de Saboya-Carignan. Nació en Turin el 8 de setiembre de 1749, en el momento en que se celebraba el aniversario del levantamiento del sitio de dicha capital por las tropas francesas, en 1706. Recibió en el bautismo los nombres de María Teresa, Luisa. Era la cuarta hija de Luis Víctor de Saboya-Carignan y de Cristina Enriqueta de Hesse-Rhin-Felds-Rofhembourg, su esposa, tía del rey de Cerdeña.

En 1766, el rey de Francia, Luis XV, escribió á su embajador cerca de la corte de Cerdeña y le confió el encargo de pedir la mano de la joven María Teresa Luisa para el príncipe de Lamballe, hijo del duque de Penthièvre. Aceptóse la petición, y el matrimonio se celebró el 31 de enero de 1767, en la capilla del castillo de Nangis.

Los recién casados eran ambos muy jóvenes, el esposo no tenía aún veinte años y la esposa contaba solo diez y ocho. Esta union no fué dichosa. El príncipe de Lamballe tenía las costumbres disolutas de su época. No habia unos dos meses que estaba casado, y reanudaba ya relaciones con sus queridas.

Cierto día, no se le ocurrió cosa mejor que robar muchos de los diamantes de su mujer para hacer de

ellos un regalo á una cortesana llamada La Foret, la que, por otra parte, amenazada de procedimientos judiciales, las entregó al duque de Penthièvre.

El 7 de Mayo de 1768, el príncipe de Lamballe murió de una enfermedad vergonzosa. Su viuda solo tenía diez y ocho años y algunos meses.

El duque de Penthièvre ofreció á su nuera un retiro honroso en su castillo de Rambouillet. La jóven mujer encontró en esta residencia el ejemplo de las más bellas virtudes. No queremos dejar pasar, sin retratarla la figura de ese duque, de ese gran señor, que personifica uno de los costados de su época. Jamás volveremos ya á ver en la historia de Francia una figura semejante á esa.

Todo cuanto bueno y afectuoso hubo en el corazón de la princesa de Lamballe parece venirle de ese hombre de bien, cerca del cual vivió tanto tiempo.

El duque de Penthièvre tenía por amigo al poeta Florian. Para hacérsele adicto, hábale nombrado secretario de sus mandatos, cargo que era una verdadera prebenda. Además el duque y el fabulista rivalizaban en caridad. Todos conocen el hermoso retrato que de ambos hizo Leon Gozlan:

«Florian traía discretamente las limosnas á los pobres designados por el príncipe, y descubiertos por él con alegría en medio de sus correrías al través de las poblaciones y aldeas sometidas al señorío de Rambouillet. Se puede decir que el duque iba á caza de beneficios y que Florian traía la caza.

«Pero sucedió con los beneficios, al cabo de cierto tiempo, lo que sucede con la caza, cuando se la persigue demasiado; el gran señor y el poeta despoblaron sus bosques, sus parques y sus reservas. El pobre fué cosa rara en los límites de Rambouillet. En fin, no más pobres, ni más necesitados en los alrededores del castillo. Fueron á buscarlos más lejos; halláronlos en un principio, pero los pobres faltaron otra vez. Entonces buscaron por donde pudieron; pero, obligados á

valerse de habilidad para no volverse con las manos vacías, sino llenas, calláronse mutuamente los buenos sitios, poniendo cada uno de ellos una especie de orgullo no obstante para ser el primero en explotarlos.

«Especialmente en invierno, elevábase la rivalidad á un grado inimaginable entre los dos amigos; aprovechaba el uno el sueño del otro para salir sin ruido y consumir su divina caridad; y el otro, el poeta, procuraba por su parte anticipar el día, á fin de ser también el primero en la obra de beneficencia.

«Si se encontraban fuera del castillo muy temprano, inventaban malos pretextos, como acostumbran las personas honradas obligadas á mentir. Su salud era la causa de su salida tan de mañana; el secreto de vivir mucho tiempo consiste en levantarse temprano. Ni una palabra tocante á la verdadera causa de su ausencia del castillo; volvían hablando de objetos lejanos, ajenos á su pensamiento presente, de las últimas cortas de bosques, de la necesidad de indemnizar á los colonos y á los pequeños propietarios cuyos trigos ó viñas habian sufrido mucho por las últimas cacerías del Rey.

«El príncipe apenas si sabia hasta fin de mes, dando una ojeada á sus gastos particulares, los beneficios que sobre él habia alcanzado su secretario Florian, cuando no le tocaba á Florian confesarse vencido por la habilidad del príncipe.»

M. de Lescure, en el libro que ha publicado dedicándolo á la princesa de Lamballe, refiere la siguiente anécdota: «Un día, el duque de Penthièvre creyó encontrar en una jóven madre, que habia ido á establecerse discretamente en los alrededores de Rambouillet, que vivía sola y retirada con dos hijos, y una antigua criada, y parecía haber ido á ocultar y consolar en los campos la decadencia de una fortuna y de una situación elevadas, el duque de Penthièvre creyó encontrar un *motivo soberbio* una ocasión excepcional.

Nada iguala á su discrecion en frente de su compe-

tidor Florian. De noche, como un ladrón, se desliza el buen duque, de incógnito, á la casita, acaricia á los niños, y ofrece á la viuda, á quien cree desgraciada, beneficios que no le permitirán sentir lo pasado. Pero la viuda sonríe; Florian, el traidor, ha pasado por allí. Verdaderamente no hay medio de tener un infortunio suyo, un mérito enteramente personal: esto es desconsolador.

«Y Florian que se había adelantado al príncipe y contraminaba subrepticamente sus trabajos, se presenta, y echándose en los brazos de su señor asombrado, dícele por toda disculpa: «¡Somos robados!»

«Efectivamente, eran robados. La viuda infortunada, la madre llorosa, la gran señora caída en desgracia, era una gran dama en efecto, pero que un capricho de avaricia ó de veraneo, quedado por otra parte misterioso, había impelido á aquella casita y á aquellas apariencias tan modestas, que el duque había caído en el engaño y había creído encontrar un infortunio, donde solo había una broma.

«La velada que aclaró aquel engaño involuntario, aquella sorpresa de tres personas, aquellas raras confesiones, fué de las más divertidas. El duque, el poeta y la viuda supuesta desdichada, tenían mucho talento. El duque, diciendo para sí á lo hecho pecho, se echó á reír de muy buena gana.

«Pero, á la noche, al regresar á su casa acompañado de su acólito, *tartajeando* ambos, sin una pobre buena acción que ofrecer á Dios, ponían mala cara. Florian se consolaba algo pensando en algun cuento ó en alguna comedia cuyo argumento le quedaba á lo menos. Pero el buen duque estaba inconsolable; era la primera vez después de tanto tiempo *que había perdido el día*».

«Se tendrá, dice Leon Gozlan, una idea aproximada del dinero que él gastaba en limosnas por el siguiente extracto, documento oficial, pero muy incompleto, puede creerse: ocho mil francos distribuidos

todos los meses á los pobres del castillo, tres mil á indigentes indicados por él, y además de estas dos sumas, que subían anualmente á ciento treinta y dos mil francos, se hacia entregar todos los meses tres mil francos para acudir á sus gastos menores. ¿Sabeis cuales eran estos? Dar en los paseos, en un rincon de un bosque, en la puerta de una cabaña, de una iglesia.

«No está aquí todo: firmaba también cada mes sus libramientos de seiscientos, de mil, de cuatro mil francos, destinados al alivio de pobres nobles: hombre divino cuya historia debiera escribirse, no con la mano sino con el corazón.

«Dando á los pobres, les decia en voz baja; *Os doy las gracias*, y al pié del libramiento que daba auxilios á los pobres nobles, ponía: *Recibi*.

En todas partes derramaba sus beneficios. En Crecy, funda un hospital; en Treport, hace construir una escuela. El magnífico parque de Sceaux le pertenece, pero lo abandona, abre todas sus grandes puertas, y hace de él un paseo para los Parisienses.

Da cuatrocientos mil francos al hospital de los Andelys; construye un mercado para los habitantes de Gisors, fuentes y una escuela para los de Chateaufillain. Pasa por todas partes haciendo bien.

¡Ah! fué un buen rico; comprendió que no era verdaderamente más que el banquero de los pobres, uno de los tesoreros de la fortuna pública; por esto, ¡cuánto respeto y amor en torno suyo!

Las vendedoras del mercado no podían contenerse de abrazarle, cuando le encontraban. Un día, en París, en medio de una procesion, le rodean y le detienen, y no puede continuar su camino sin haberlas abrazado á todas unas después de otras.

Conocía á todos sus campesinos por sus nombres, estaba al corriente de sus asuntos y les ayudaba con sus consejos y su dinero en los momentos apurados.

Tan bueno era que se ocupaba en las cosas mas pequeñas que pudieran causar algún placer á sus vasa-

llos. Ha quedado de él una carta hermosa sobre esto:

«He sabido, escribe á uno de sus hombres de negocio, en un viaje que hice hoy á Versailles, por conducto de un muchacho de cámara del Rey, que se desconsolaba á los habitantes de Vernon privádoles de cojer fresas en los bosques, contra la costumbre siempre en práctica, á unos porque están privados de una especie de pequeño comercio que les es inútil, á los otros porque no comen fresas. Con buena voluntad, se encontrará el secreto de hacerme odiar, y se me procurará con esto uno de los mas vivos pesares que pueda yo tener en este mundo. Ruego al señor de Condray que escriba lo mas pronto posible para el restablecimiento del antiguo uso en lo tocante á las fresas; pero que se haga sin la menor demora.»

¿No es sencillamente encantador, y no parece estar uno oyendo á un abuelo cuidando de que no se moleste á ninguno de sus nietecitos dispuestos á pellizcar alguna golosina?

En el siglo décimo-octavo, la nobleza francesa estaba dividida en dos grandes clases: los nobles que residían en sus tierras, haciéndolas cultivar en su presencia, se mezclaban en la vida de sus campesinos, los ayudaban en tiempo de malas cosechas y eran adorados de ellos; y los nobles que vivían en Versailles ó en París, no se ocupaban de sus vasallos sino para apremiarlos y sacar de ellos cuanto dinero podían, gastaban el tiempo cenando con prostitutas, platicando con filósofos, y preparando la Revolución cuyas primeras victimas fueron ellos precisamente.

Entre los nobles que residían, algunos pudieron, á causa de la atmósfera de amor que habían creado en torno suyo, continuar viviendo tranquilamente en sus haciendas en lo más recio del Terror; otros más robustos, más enérgicos, fueron capaces, con la ayuda de sus *gars*, de sostener la guerra de Vendée y de Bretaña que Napoleón I, hombre que lo entendía, llamaba una guerra de gigantes.

En agosto de 1789, los ánimos en Francia estaban muy sobrecitados, y, no obstante, habiendo el duque de Penthièvre emprendido ir á París, vió, durante todo su camino, ser ocasion su paso de las más entusiastas ovaciones.

En las ciudades de Clairvaux, de Bar-sur-Aube, de Troyes, de Negeut-sur-Seine, de Montereau, de Fontainebleau, de Sceaux, y hasta en los más insignificantes villorrios, no recibió más que felicitaciones y votos de prosperidad.

..Más aún, en París, los oficiales civiles y militares del barrio donde estaba el palacio de Toulouse, donde se alojaba el duque de Penthièvre, fueron á visitarle y suplicarle dispensar la honra de pasar revista al destacamento de la guardia nacional que ellos mandaban.

Si todos los nobles hubiesen cumplido sus deberes de ricos como llenaba el duque de Penthièvre los suyos, la Revolución hubiese sido imposible, y ni siquiera hubiesen existido los motivos que la produjeron.

Era necesario trazar con ciertos pormenores el retrato del suegro de la princesa de Lamballe, cuyas generosas resoluciones no serian completamente explícables, si no se conociera al hombre que se las inspiró, más por el ejemplo general de su vida que por sus consejos directos y precisos en tal ó cual circunstancia.

El 16 de mayo de 1770, el Delfín se había casado con María Antonieta. Esta no tardó en fijarse en la princesa de Lamballe, quien no obstante se mostraba raras veces en la corte; atrájola á ella más á amenudo, contra amistad con ella, é hizo de la misma su confidente.

Aseméjábala cierta comunidad de situación. Ambas eran extrangeras. La Delfín era sospechosa porque era austríaca y porque afectaba muy imprudente desprecio para con la etiqueta y usos de la corte. La princesa de Lamballe, viuda sin haber conocido los goces del matrimonio y de la maternidad, se fastidiaba in-

dudablemente á veces de la constante sociedad del duque de Penthièvre y no podia menos de dejarse llevar á un cariño capaz de distraerla. Estas dos mujeres debian aproximarse pues casi forzosamente, y lo hicieron.

Debe hacerse esta justicia á la princesa, que fué fiel á su amiga en la mala como en la buena fortuna; y si esto es un hecho raro en todas épocas, fué mucho más todavía en ese final borrascoso del siglo XVIII, en que la mayor parte de los nobles no pensaron sino en sí solos, con feroz egoismo.

«María Antonieta como todas las mujeres, dicen los de Goncourt, no era precavida. El rostro y las formas eran artificiales, y los retratos que nos han quedado de Madame de Lamballe pregonan la primera razon de su favor.

«La mayor belleza de Madame de Lamballe era la serenidad de su fisonomía. La misma brillantez de sus ojos era tranquila.

«A pesar de las sacudidas y las calenturas de una enfermedad nerviosa, no habia una arruga, una leve sombra en su hermosa frente cubierta con los largos cabellos rubios que ondearan todavía alrededor de la pica de Setiembre.

«Italiana, tenia Madame de Lamballe las gracias del Norte, y nunca era más bella que en trineo, cubierta de mantas y armiños, sacudido el rostro por un viento de nieve, ó bien asimismo, cuando, cobijada debajo de ancho sombrero de paja, envuelto en nube de lino, pasaba como uno de aquellos sueños que el pintor inglés Lawreme dibuja con traje blanco en prados de verdor mojados por el rocío.»

Habia pasado la época en que las grandes damas de subidos colores, algo cuadradas de hombros, relleno el cuerpo y robusta la cintura, revelaban en su andar altivo y en sus gestos solemnes, así como en su frente obstinada y su ancho rostro el orgullo y la fuerza de su raza en su completa pujanza.

Las mujeres del siglo de Luis XIV, semidiosas con disfraz algo brutal, cuyo aspecto hacia asomar en los lábios de los hombres del pueblo esta exclamacion: «¡Cuán imponentes son!», aquellas mujeres ya no existian. Una tras otra habian bajado al sepulcro.

Sus sucesoras en la corte tendian á ser chistosas, tiernas; afectaban cierta sensibilidad á la Walteau, de mil diablos. Pequeñas facciones, rostros diminutos, fisonomía de niña jovial, tez deslumbradora de frescor, y no obstante frente ancha muy desarrollada, muy inteligente casi, mirada grave, escéptica, observadora, debajo de una obstinacion aparente; tal se muestra la mujer de corte del siglo XVIII; tal fué la princesa de Lamballe.

Durante los inviernos de 1771 y de 1772, María Antonieta lleva á su amiga en sus carreras en trineo. La vuelve á encontrar en los bailes íntimos dados en Versalles por la condesa de Noailles. En Setiembre de 1775, siendo ya reina, le hace dar por el rey el cargo de superintendente de la casa real. La lleva á Trianon á ver sus plantaciones, asistir á las incesantes transformaciones de sus jardines, tomar parte en los conciertos y representaciones teatrales. La reina está loca por el teatro, ella misma representa á veces en las comedias y con demasiada frecuencia, y da sólo en el teatro del Petit Trianon las piezas cuya representacion en París prohibe Luis XVI, como contrarias al buen orden del reino. Sábese esto; no sólo se habla en la corte, sino en París, del desden no disimulado de la reina para con su esposo; cítanse sus imprudencias de conducta que dan lugar á las más ofensivas sospechas; créese que una extrangera, una austriaca, gasta con demasiada facilidad el dinero de Francia; y, como se ve constantemente á su lado á la princesa de Lamballe, sufre esta última en su reputacion la hostilidad manifestada siempre contra María Antonieta.

El grande acontecimiento de la vida de la princesa de Lamballe fué su iniciacion en la Franc-Masonería.

Comprendida en la sociedad de los filósofos, cortesanos de los poderosos del día, la joven viuda que habia leído sus obras, no se hizo mucho de rogar para entrar en la secta.

El H. Bazot que fué secretario del Gran Oriente escribía: «Ya por su palabra en las diversas clases de la sociedad y particularmente en la clase intermediaria, entre la nobleza y el pueblo, los francmasones habian preparado los ánimos para una gran revolucion moral, cuando las obras de los filósofos Helvecio, Voltaire, J. J. Rousseau, Diderot, d' Alembert, Condorcet, Cabanis, etc., aportaron su poderosa y viva luz, ^{como el sol} ~~el sol viene á confundirse con el día~~ para aumentar ^{hace el día con} su brillo. No hubo, no podia haber lucha entre los francmasones y los hombres ilustres de la filosofía, ^{se van a unir} por ser el mismo el objeto de unos y otros.»

Pues bien, ¿cuál era, en la época en que la princesa de Lamballe fué iniciada, el fin secreto de la secta y de los filósofos?

Robison va á decirnoslo: «Es cierto, dice, que antes de 1743, existía una *asociacion* que tenía por *fin único* destruir, hasta en sus fundamentos, los establecimientos religiosos y derribar todos los gobiernos existentes en Europa; que el sistema de esta organizacion habia llegado á ser *universal*, y que las logias de francmasones le servian de escuela.»

Esas logias recibian en su seno á todos los adversarios de la autoridad real, á todos los compañeros impíos y libertinos del regente, á todos los filósofos y escritores de doctrinas subversivas, á todos «los admiradores entonces numerosos del sistema inglés, que comenzaban ya á disertar acerca de los derechos de la soberanía de los pueblos, acerca de los tres poderes, y que ya no obedecian nada sin discutir sobre todos los hechos del gobierno.»

«Hacia el año 1730, dice el H. Clavel, fué instituida la Franc-Masonería de las mujeres. Ignórase quien fué su inventor, pero hizo su primera aparicion en

Francia.... Las formas de esta Masonería no fueron fijadas no obstante definitivamente sino despues de 1760, y no fué reconocida y sancionada por el cuerpo administrativo (ó Gran Oriente) de la Masonería hasta en 1774.

La Masonería de adopcion ostentó en un principio diversos nombres y diversos rituales.

«En 1743, tenía emblemas y un vocabulario náuticos; y las Hermanas hacian el viaje ficticio de la isla de la felicidad, bajo la vela de los Hermanos y guiadas por ellos. Había entonces la orden de los *Felicitarios*, que comprendía los grados de *grumete*, de *patron*, de *gefe de escuadra* y de *vice-almirante*, y tenía por *almirante*, es decir por Gran Maestre al H. Chambonnet, que era su autor.

«Hacíase jurar al recipiendario que guardaria el secreto acerca del ceremonial que acompañaba la iniciación.

«Las sociedades andróginas (de los dos sexos) sobre todo la de los *Felicitarios* y la de los *Caballeros y de las Ninfas de la Rosa*, á pesar de su apariencia tan frívola, han sido un agente muy poderoso para propagar la Masonería de Adopcion y sembrar en los ánimos el germen de los principios masónicos de igualdad.»

«Hermanas que llevaban los más ilustres nombres de Francia, dice el H. Ragon, asistian á las Grandes Maestras. En esta numerosa lista, figuran los nombres de las Hermanas de Genlis y Duchesnois (la comedianta)....

«La Señora de Genlis hasta fué apellidada mas adelante *la Madre de la Iglesia*.»

La obra tan sabia y tan autorizada del P. Deschamps y de Claudio Jannot acerca de las sociedades secretas contiene esta afirmacion que excusa todo comentario: «Yo mismo he oido afirmar por un agregado al Palacio Real, que se representaban en él en aquella época, las comedias en el estado de *pura naturaleza*, como antes del pecado original.»

Por su parte, el marques de Jouffroy asegura que la inmoralidad de la logia de Ermenouville era de pública notoriedad.

«Sábese, dice, que el castillo de Ermeneuville, que pertenece al Sr. Girardin, á diez leguas de París, era una famosa guarida de Iluminismo. Sábese que allí, cerca del sepulcro de Jean-Jacques, só pretexto de volver á los hombres á la edad de la naturaleza, reinaba la más horrible disolucion de costumbres. Nada iguala á la indecencia de costumbres que reina en aquella horda de Ermenouville. Toda mujer admitida á los misterios pasaba á ser común para los Hermanos y era entregada á la casualidad ó á la eleccion de aquellos verdaderos adamitas....»

Las Logias de Adopcion eran simplemente los harems de las Logias masculinas que se les habian anexionado; tambien es lo mismo ahora. Para convencerse de ello, basta leer en los Rituales Masónicos las ceremonias que acompañan cada iniciacion y comprender las instrucciones de doble sentido que, en toda ocasion, se dirijen á las Hermanas.

Lorenza, la mujer (mujer á todo servicio, asegura la crónica escandalosa de la época) del célebre Cagliostro, era quien reclutaba adeptas para la Masonería Femenina.

La Logia *la Candeur* cuya Gran Maestra era la duquesa de Borbon, hermana del duque de Chartres, más adelante Felipe Igualdad, contaba treinta y seis Hermanas, habiendo entregado cada una la cotizacion aristocrática de cien luises.

El conde Le Couteulx de Cauteleu ha dado cuenta de las ceremonias de instalacion de esa logia constituida bajo la invocacion pagana de Isis. Entre las adeptas, encontramos los nombres de la condesa de Brionne, de las Señoras Carlota de Pognac, de Brassac, de Choiseul, d' Ailly, d' Evreux, de la Fare, de Lomciac, de Gecilis, etc. Le Couteulx cita «aquella sesion rara en que Lorenza predicó la emancipacion

de las mujeres, y en que Cagliostro descendió del techo entreabierto, vestido de Genio y caballero en una bola de oro, para predicar á su vez los goces materiales.»

Terminóse aquella sesion, dicen, con una cena con los treinta y seis *amigos* de aquellas damas, avisados por el hábil Gran Copto (con este nombre se designaba á Cagliostro en la jerga masónica de entonces). Las canciones y los placeres terminaron la iniciacion, según permiten insinuarlo los siguientes versos que recitó el H. marqués de la Tour du Pin:

Se me ha dicho que el Amor,—Queriendo saber nuestros misterios,—Antes de ir el bribon á los Hermanos,—Habia consultado á las Hermanas.—Vuestra ley, dice, me condena,—Más yo tambien quiero ser Hermano,—Porque, á fé mía, sólo aquí—El Amor es *profano*.

Se teme su dardo y su antorcha,—Armadura amable y mortífera;—Se le desarma; vedle *hermano*.—Se le hace caer su venda;—Pero al recobrar la luz,—Vuelve á pedir el dios sus dardos,—Al ver tantos atractivos,—Toma la logia para Citerea, etc.

La condesa Dessales, *Oradora*, respondió á esta felicitacion tan provocadora, por los versos siguientes, que no tienen, preciso es confesarlo, gran apariencia de flojos:

Queridas Hermanas, cuya presencia—Acaba de embellecer nuestros *climas*.—Recibid por recompensa—El placer que sigue nuestros pasos,—Del lazo que nos une—Doblemos la fuerza hoy,—Y que el Respeto se oculte—Por ceder el puesto al Amor.

Así es como las diosas,—Disponiendo su majestad,—Van por puras caricias—A gozar de la igualdad—Los mortales osan decirles—Cómo saben amar ellos:—Oir lo que se inspira—Vale la dicha de inspirar.

¡Hola! ¡Hola! No eran tan cándidas como eso las Hermanas de la logia *la Candeur*.

En resúmen, «las logias, dice Robison no eran más

que escuelas de excepticismo y de licencia desenfrenada, donde religion, iglesia, sacerdocio, reyes y autoridades civiles eran el objeto perpétuo de sarcasmos y burlas de todo género, y la igualdad universal saludada como la era futura de la libertad y de la felicidad sin sombras.»

La logia *la Candeur* habíase fundado en París el 21 de marzo de 1775, y la princesa de Lamballe habíase afiliado en ella el 12 de febrero de 1777.

El 20 de febrero de 1781, la princesa fué elegida y recibida Gran Maestra de la *Madre-Logia Escocesa*. También aquel mismo año esta misma *Madre-Logia Escocesa* se unió por un tratado solemne con el Gran Oriente, que tenía por Gran Maestro al duque de Chartres.

En el banquete dado para celebrar la entrada de la princesa de Lamballe en sus funciones de Gran Maestra, el secretario de la logia, un tal Robineau de Beauvoir, cantó las siguientes estrofas:

*Canto masónico á la Serenísima Hermana de Lamballe,
Gran Maestra.*

Amor, ya no busques á tu madre—En los campos de Gnido ó de Pafos;—Venus deja á Citerea—Para presidir nuestros trabajos:—En el templo de la Sabiduría—Viene á coger flores.—Siempre se es *Gran Maestra*,—Cuando se impera en todos los corazones.

Dejad la mansion del trueno—Por venir á embellecer estos sitios.—Hay un placer en la tierra—Que el orgullo desterró de los cielos:—Este placer es puro y tranquilo,—Y hace nuestra felicidad;—Reina en este dulce asilo—Bajo el nombre de la Igualdad.

Dulce Virtud, tú que presides—En nuestros placeres, en nuestros trabajos—Deten del Tiempo la hoz pérfida;—Que respete dias tan bellos.—Amor, encadenado sobre vuestras huellas,—Reconoce un *malleté* vence-

dor.—¿Quién mejor que la mano de las Gracias—Puede empuñar el cetro de la dicha?

Estrofas masónicas, á las Hermanas de Broc y de Las Cases, á quienes la logia debe su dicha. (A instancias de estas damas la princesa de Lamballe habia aceptado ser Gran Maestra)

Nuestra dicha es obra vuestra;—Debémoslo todo á la belleza:—Sobre este trono vuestro valor—Ha fijado la Divinidad.—Jamás del Ser que se adora,—Se podrá privar estos lugares;—Siempre la benéfica aurora—Enciende la antorcha de los cielos.

Llevada en sombría nube,—Una injusta y triste sospecha,—Quería, en su ciego coraje,—Turbar el tranquilo horizonte.—Por tus esfuerzos, bella Las-Cases,—Tenemos ese mónstruo humillado.—Y debemos Venus á las Gracias,—Y las gracias á la Virtud.

A la Hermana de Soyecourt, representante de la Serenísima Gran Maestra.

Cansado de alumbrar al mundo,—Cuando descendiendo,—Febo en el seno del mar,—Rueda su carro de fuego,—Con luz suave,—Brilla su hermana á su vez,—Y consueta á la tierra,—De la ausencia del dia.—Cuando dejando la tierra,—Y sus apacibles lugares,—La reina de Citerea,—Subirá á los cielos,—Consolando á las virtudes,—Por su cruel ausencia,—La dulce Beneficencia,—Reemplazará á Venus.

A la Hermana de Tolozan, Inspectora:

Todo un *clima* recibe vuestras leyes,—Amable soberana;—El placer vuela á vuestra voz,—Para estre-

char nuestra cadena.—El esclavo, coronado de flores,
—Extingue su voz plañidera;—Si la Belleza sorprende
los corazones,—La Jovialidad los cautiva.

A la Hermana de Rouille, Oradora.

Anunciándonos el deber,—Ya de madre ya de esposa,
—Vuestra voz elocuente y suave,—En nuestros corazones lo puede todo.—Vos volveréis á este templo,
—Los placeres de la edad inocente;—Convértese fácilmente (*bis*)—Cuando se predica con el ejemplo (*bis*).

A la Hermana de Montalembert, Secretaria.

Sabiendo el Amor que en el templo del Misterio,—
Trazaríais vos las leyes de la Virtud,—Eligió al punto esta pluma,—Y la arrancó de su ala ligera.—La hizo presentárosla por su madre;—Aceptáistela vos.... ¡Que feliz cambio!—Desde ese día, el Amor está mas contento,—La Sabiduría es menos triste y menos severa.

A la Hermana d' Hinnisdal, Cancelaria.

Todavía en esta edad encantadora,—En que solo se quiere agradar,—Sigue ella el ejemplo tierno,—De las virtudes de su madre;—La Dicha tomando su voz.—Hace de ella su intérprete—Y cuando Venus dicta, sus leyes,—Repítelas la Virtud.

A las Hermanas de Lostanges y de Boynes, Limosneras:

Desgraciados, secad vuestras lágrimas,—La Virtud enjuga vuestras lágrimas;—No mas cuidados, no mas alarmas,—Abrid los corazones al placer;—No temais

ya la indigencia;—Atenta á vuestras necesidades,—
La sensible Beneficencia,—Os prodiga todos sus cuidados.

A la Hermana de Las-Cases, desempeñando el destino de Hermana Terrible.

Si el Amor, que nos pintan hechicero,—Es un Dios temible,—Si ese tímido y débil niño,—Es un monstruo espantoso,—Si pretende turbar la dulzura,—De este templo pacífico,—Con que justo derecho, hechicera Hermana,—Sois vos, ¡*Hermana Terrible!*

Citemos por terminar las dos estrofas de una ronda:

Nada es el Amor, sin la sombra del misterio,—Lo es todo el Amor, si es discreto.—Poco es el amor, es preciso ser sincero;—Este es el secreto de los verdaderos Masones.

El Amor-Mason es hijo de la Sabiduría:—¡Formó lazos tan dulces!—Gocemos la pura embriaguez de los verdaderos placeres;—Amemos á nuestras Hermanas, y callémonos.

Hemos debido citar estos versos, no obstante su medianía, porque están llenos de espresiones y locuciones masónicas. En apariencia, tienen semejanza de honestos. En el fondo, para los iniciados, instruidos en la gerigonza de las Logias, están llenos de inmoralidad.

Ciertos autores han querido transformar en mártires del trono y del altar á todas las víctimas de la Revolución, y entre ellas á la princesa de Lamballe; pero, los tales parecen ignorar completamente el valor de la palabra *mártir*.

A buen seguro, entre los hombres y las mujeres que se hacían afiliari en la Franc-Masonería, á fines del siglo XVIII, muchos obedecían al impulso de la moda y no se daban cuenta del objeto impío y antisocial de la secta.

Pero, ¿puede la princesa de Lamballe colocarse en la categoría de los ignorantes? Muy difícil parece.

Cuando fué elevada á la dignidad de Gran Maestra de la *Madre-Logia Escocesa*, tenia más de treinta y un años; estaba pues en edad de raciocinar sus actos; y ella podía hacerlo mejor que otra cualquiera.

Su fisonomía revela todas las señales de una inteligencia despejada; su frente era grande, ancha; sus ojos profundos, su sonrisa muy fina.

Era italiana, es decir hábil por temperamento de raza para desenredar los hilos de una madeja (más adelante lo demostró cuando fué en cierto modo ministro de la policía). Había nacido y habíase educado en la corte de Saboya, es decir en una sociedad donde forzosamente se estaba acostumbrado á escudriñar las acciones de los hombres y examinar el juego de los partidos políticos.

En Francia, estaba en situación de conocer muchos secretos, tanto por causa de su elevada situación como por causa de su intimidad con la reina.

Además, había recibido de una manera cruel las lecciones de la experiencia, durante su corta y dolorosa union con el príncipe de Lamballe.

Había leído y estudiado las doctrinas de los filósofos, pues que en su testamento, hecho en Aguisgran el 15 de octubre de 1791, inserta una cláusula especial en la que dice: «Doy y lego mi Enciclopedia al caballero de Durfort.»

Había visto á esos hombres que se presentaban como reformadores y moralistas adular á la Pompadour y más adelante á la Du Barry; sabía pues lo que valían ellos y sus doctrinas.

Y, en lugar de seguir el magnífico ejemplo que le daba su suegro, el duque de Penthièvre, se pone al frente de las Logias masónicas.

Así es que no habían faltado los prudentes avisos ni á la princesa, ni á la nobleza.

La memoria en aquella época era tan corta que ya no

se acordó de las revelaciones del caballero de Folard. En 1729, ese discípulo celoso de la Franc-Masonería, cediendo á la voz de los remordimientos, habíase convertido en su denunciador animoso. Habíala denunciado como una secta, preparando en la oscuridad una revolución que debía herir con el mismo golpe á todos los poderes legítimos.

El cardenal de Fleury, ministro de Luis XV, había prohibido formalmente la Franc-Masonería.

El 28 de abril de 1738, el papa Clemente XII, por la bula *In Eminentí* había lanzado un decreto de excomunion contra los francmasones.

En 1735, los Estados Generales de Holanda habían publicado un edicto prohibiendo la secta. En 1737, el elector palatino de Baviera y el gran duque de Toscana, en 1738, el magistrado de Hamburgo Federico I rey de Suecia, el emperador Carlos VI, en los Países-Bajos Austriacos, habían tomado medidas semejantes. En los años siguientes, los reyes de Nápoles, Portugal, Polonia, España, el gobierno del canton de Berna, la Puerta Otomana, les habían imitado.

¿Nada sabía, pues, de todos estos hechos la princesa de Lamballe, nacida en una corte, amiga de una reina?

Los nobles del siglo XVIII habitaban una casa sólida, cómoda, bien adornada, que se llamaba la Francia. En lugar de vivir en ella tranquilos, trabajaron con todas sus fuerzas para demolerla; dedicaron á ello el tiempo que tenían, su inteligencia y su dinero; y, cuando despues de haber trabajado durante más de sesenta años en esa destruccion, les cayó la casa sobre sus espaldas y les aplastó, gritaron; ¡traición!, y los hijos de los que perecieron en el cataclismo preparado por ellos mismos, quisieran hacer pasar sus padres por mártires del trono y del altar. Esto es demasiado.

Ellos solos demolieron el altar y derribaron el trono. Las verdaderas víctimas de la Revolución son los

campesinos cuyas *cartillas* destrozaron sus diputados á los Estados Generales; son los obreros á quienes les destruyeron sus corporaciones que eran su fuerza y su honra.

Los verdaderos mártires son los *gars* vendeanos, que vivían felices entre sus señores pobres con quienes cazaban y sus párrocos que les llevaban al cielo despues de una vida tranquila y laboriosa, y cuyas antiguas costumbres y honra han venido á cambiar y destruir los ejércitos de la Franc-Masonería.

Si, esas son las víctimas; porque padecieron del mal que no habian creado. Tocante empero á los nobles de la Corte alistados en la secta y que fueron muertos durante la Revolucion, no tuvieron que dar la culpa, sino á ellos mismos, de todas sus desgracias, y sufrieron el mal que habian hecho.

Los apologistas acérrimos de la princesa de Lamballe protestan de sus buenas intenciones: no veía en la Franc-Masonería, dicen, sino una sociedad filantrópica. Si esto es verdad, era pues muy ciega la princesa....

En todo caso, ella que habia nacido en una casa consagrada á la religion, que tenia la honra de ser la amiga íntima de Maria Antonieta, esposa del rey Cristianísimo; que habia vivido tanto tiempo en la intimidad del duque de Penthièvre, que era un monje laico; por todos estos motivos, ella hubiese debido por lo menos no infringir las prohibiciones del Papa Clemente XII que excomulgó á los francmasones.

Hé aquí empero un acto de su vida, acto referido por M. de Lescure, que nos presenta á la princesa de Lamballe realizando un acto de Hermana masona militante.

Refiérese al famoso *negocio del collar*. Habíase urdido esta intriga contra la realeza, con el objeto de desprestigiarla. Cagliostro y la Franc-Masonería tomaron parte en ella si ya no la habian preparado ellos, desde el comienzo hasta el fin. La señora de Lamotte,

reo principal, habia sido encerrada en la casa de la Salpêtrière, despues de haber sido juzgada y condenada.

Pues bien, la princesa de Lamballe se fué á dicha cárcel y pidió autorizacion para ver á la reclusa. Creyendo la superiora que la gran dama tenia el proyecto de abrumar á la presa con sus reprensiones, contestó con mucha sequedad: «Señora, esta desdichada no ha sido condenada á veros.»

Ante esta resistencia, retiróse la princesa, dejando, como prenda de sus buenas intenciones respecto de la señora Lamotte, «un abundante socorro en dinero», y encargó que se le entregara.

Consideradas las situaciones respectivas de la visitante y de la visitada es extraordinario el paso dado y no puede explicarse sino por un interés de orden masónico.

Llegamos á una época de la vida de la princesa de Lamballe, en la que dió grandes ejemplos de valor y en la que podemos, con toda imparcialidad, dejarnos llevar de la simpatía que se siente siempre por la mujer que, habiendo cometido faltas, lo advierte, se arrepiente de ellas y se esfuerza por repararlas.

Desde 1789 parece haberse dado cuenta la Señora de Lamballe del peligro que corria, sino la Francia, á lo menos la familia real. Es muy probable que su amistad desinteresada y sincera fué lo que comenzó á abrirle los ojos. Cualesquiera que fuesen precisamente sus ideas acerca del particular, la princesa entabló negociaciones secretas con el duque de Chartres con la esperanza de reconciliarle con el rey. Estas negociaciones no dieron buen resultado, según lo demostraron los acontecimientos. ¿Qué podia ofrecerse como compensacion al príncipe cuyas intrigas ambiciosas tenían por blanco el trono de Francia?

Indudablemente á partir de este momento decidieron las Logias deshonorar á la princesa de Lamballe por todos los medios, é iniciar contra ella la lucha cuyo último acto debia ser su asesinato.

No conocemos el fallo masónico de la señora de Lamballe; pero los efectos no tardaron en hacerse sentir.

Lo que sobre todo exasperaba al pueblo de París y le disponía al motin, era la carestía organizada por los acaparadores de granos. Esos acaparadores residían en torno del duque de Orleans, y él mismo era el más importante de ellos. Abrir los graneros donde estaba acumulado el trigo, distribuirlo con abundancia en París, llevar á cabo esta operación en nombre del rey, hubiese sido un excelente medio para atraer á la corte el corazón del pueblo.

«Un banquero, llamado Pinel, hombre de confianza del duque de Orleans, pasaba por ser el agente secreto de los acaparadores. La señora de Lamballe, de acuerdo con Maria-Antonieta, propuso á este hombre una entrevista en Marly. Halagado Pinel por semejante coyuntura, iba á la cita, cuando fué detenido por el puñal de los asesinos. Su cadáver fué encontrado en el bosque del Vesinet.» (1)

Un caballero Kadosch había pasado por allí.

En enero de 1790, se publicó un libro intitulado: *Galería de las Damas francesas*. En él se atacaba á la princesa de Lamballe bajo el nombre de *Balzais*. Se le censuraba su amistad con la reina, viendo en ella algo mas que un lazo de amistad.

Debe citarse un pasaje de ese folleto. Las expresiones demuestran, para quien sepa leer entre líneas, que fué redactado por un francmason. Después de haber atacado á la princesa, atribuyéndole una conducta mas que ligera, añade el autor. «Cuando se habita el templo de la virtud, ó á lo menos se le visita constantemente, se cobra muy pronto afición á su culto, y cuando se emancipara uno por un momento de sus preceptos mas austeros, se queda siempre invencible-

mente ligado á los principios, y la razon, imponiéndose á las flaquezas, acaba por volver á la virtud á los que el amor del placer le habia quitado por breves instantes.»

Esto es innegablemente una alusion á las visitas que la *hermana* de Lamballe hacia á las Logias de Adopción, los *templos de la virtud*, según la gerigonza masónica.

La princesa se despidió completamente de la secta después de la huida de Luis XVI y de Maria-Antonieta y de su arresto en Varennes en junio de 1791. Habíasele encargado una misión secreta á Inglaterra cuya reina debía ver y procurar obtener su intervencion á favor de la familia real de Francia. Pero el rey de Inglaterra, Jorge, era loco, y Pitt, el hombre de confianza de las Logias, era el director de toda la política de la Gran-Bretaña. Negóse á intervenir y llegó hasta decir que Luis XVI no tenía sino lo que merecía y que él mismo era la causa de sus propias desgracias.

Después de una corta estancia en Inglaterra, hizo la princesa el viaje de Aquisgran, cuyo objeto ha quedado casi misterioso. A contar de entonces, encontrándose sin duda mas completamente enterada de todo por el mal éxito de sus negociaciones, hizo al punto la señora de Lamballe su testamento, que, publicado lleva la fecha en Aquisgran á los 15 octubre de 1791. Tomada esta precaucion, entró otra vez en Francia, para unir su suerte á la de la familia real.

Nótese que sabia ella muy bien que se exponía á la muerte, según se lo habian repetido la reina y el duque de Penthièvre. ¡No importa! Había sido la amiga de Maria-Antonieta en los dias felices y quiso permanecerle fiel en los desgraciados. Esta abnegacion es sencillamente sublime, y capaz de borrar muchas faltas.

En noviembre de 1791, encargóse la princesa de una especie de ministerio oculto de la policia, alejando de la familia real las personas cuya conducta pare-

(1) *La princesa de Lamballe*, por de Lescure.

cia sospechosa y reemplazándolas por otras con cuya fidelidad podía contarse.

El 10 de agosto de 1792, cuando Luis XVI, cometiendo otra torpeza mas, fué á la Asamblea Legislativa, la señora de Lamballe acompañó á la reina. Siguióla mas lejos aún; la siguió á la cárcel del Temple.

Desde mucho tiempo habia hecho el sacrificio de su vida; porque, poco tiempo antes de los sucesos del 10 de agosto, decia á la señora de La-Bochejaquelein: «Cuanto mas aumenta el peligro, con muchas mas fuerzas me siento. Estoy dispuesta á morir. Nada temo.....»

Y, en el trayecto del palacio de las Tullerías al local de la Asamblea Legislativa, dijo al señor Francisco de La Rochefoucauld: «Jamás volveremos al palacio.»

Este sacrificio previsto y noblemente aceptado es lo que engrandece los últimos momentos de la víctima de la Franc-Masonería.

En la noche del 19 al 20 de agosto de 1792, la princesa de Lamballe fué trasladada de la cárcel del Temple á la de la Force.

El 2 de setiembre habian comenzado las matanzas en las cárceles.

A la noche, la princesa de Lamballe presa durante todo el día de las más vivas inquietudes, se acostó para ver de tomar algún descanso. A cada instante, se despertaba sobresaltada, creyendo oír en el corredor cercano los pasos de los asesinos que van á buscarla.

A las ocho de la mañana, dos guardias nacionales entran en su aposento y le dan la orden de levantarse, diciéndole: «Se os va á trasladar á l'Abbaye».

Contesta ella que, cárcel por cárcel, prefiere quedarse donde está á entrar en otra. En su consecuencia, niégase absolutamente á bajar y pide con instancia que se la deje tranquila. Uno de los guardias nacionales, conocido por el apodo del *Gran Nicolás*, y Franc-mason, se le acerca y le dice con dureza que es preciso obedecer y que de ello depende su vida. Con-

testa que hará lo que se desea, y suplica á los que están en su aposento que se retiren.

Vístese una bata, llama al guardia nacional, que le da el brazo y baja al calabozo, donde encuentra dos oficiales municipales, revestidos con su banda, que juzgan á los presos: son el Franc-mason Hebert y L. Huillier (1).

«Llegada ante el tribunal implacable, la vista de los verdugos de cara feroz, blandiendo sus armas enrojecidas, el olor de sangre y de vino que forma la atmósfera cadavérica, nauseabunda del reducido calabozo, el semblante sórdido y siniestro de los jueces, los gritos ahogados, los estertores lejanos que se oyen por momentos, la muerte en fin que se cierne en el aire, todo esto conmovió á la vez á la delicada princesa en la vista, la garganta y el corazón, y se desvaneció (2).

«Apenas comienza á recobrar sus sentidos, por los cuidados de una de sus doncellas que la acompaña, nuevos gritos la hacen caer en el mismo estado.» (3)

Luego que se ha recobrado algo, se la interroga:

—¿Quién sois?

—María Luisa, princesa de Saboya.

—¿Vuestra cualidad?

—Superintendente de la casa de la Reina.

—¿Sabiais los complots de la Corte el 10 de agosto?

—Ignoro si habia complots el 10 de agosto; pero sé que yo no sabia nada de ellos.

—Jurad la libertad, la igualdad, el odio del rey, de la reina y de la realeza.

—Fácilmente juraría los dos primeros; pero no puedo jurar el último, ni está en mi corazón.

Aquí un asistente le dijo en voz baja: «Jurad, pues; sino jurais, sois muerta».

(1) Relatos de Peltier y de Bertrand de Molteville.

(2) Historia de la princesa de Lamballe, de Lescure.

(3) Bertrand.

Nada contesta la princesa, *levanta sus dos manos á la altura de sus ojos*, y da un paso hácia la puerta (1).

El juez, el franc-mason Hebert, dijo entonces:

«—¡Suéltese á madame!»

Esta frase es la condenacion á muerte de la princesa de Lamballe y la órden de su inmediata ejecucion.

Al punto, la arrastran hácia la puerta que se abre, y se presenta á sus ojos espantados un espectáculo horrible.

En la calle del Rey de Sicilia hay un monton de cadáveres desnudos y sangrientos. Anchos charcos de sangre corren por el arroyo y forman un fango rojizo y nauseabundo.

Hombres feroces, pagados por la Franc-Masonería á razon de veinticuatro libras por dia para desempeñar su siniestra tarea, borrachos de vino y carnicería, manchados de sangre de los piés á la cabeza, desnudos los brazos, armados con sables, esperan al preso ó á la presa que va á ser empujado fuera de la puerta del calabozo y serles entregado para degollarlo.

Los piés en los charcos humeantes, federales, marseleses, descamisados, armados con picas; guardias nacionales con uniforme, mujeres envinadas y estúpidas, rodean los cadáveres, los revuelven, los insultan y mofan.

Uno se inclina á la oreja de la princesa de Lamballe, y le dice, queriendo salvarla: «Gritad: ¡Viva la Nación!»

Medio muerta, empero, al ver semejante espectáculo

(1) Peltier.—Estos pormenores se los dieron á Peltier testigos oculares que, per no pertenecer á la Franc-masonería, no comprendieron el sentido del gesto hecho por la princesa y que ellos refieren. Es evidente, no obstante, ó á lo menos probable, que, viendo ella francmasones entre las personas ante quienes comparecía, viéndose perdida la desgraciada princesa, hizo el signo de última alarma, que se hace precisamente levantando las dos manos algo más arriba de los ojos; pero estaba desde mucho tiempo irrevocablemente condenada por la secta, y el H. Hebert y los demás asesinos masones ya no debían atender para nada su última apelacion.

lo, no comprende el consejo que se le dá, y deja escapar estas palabras: «¡Quita! ¡horror!»

«—Desprecia á la Nación,» grita alguien; y dos hombres que la sostenian por debajo de los brazos la arrastran y la obligan á caminar sobre los cadáveres.

«—¡La Lamballe! ¡La Lamballe! ¡Hé aquí La Lamballe!» aulla la multitud.

En este momento, uno de los mónstruos que rodean á la princesa quiere quitarla su gorra con la punta de su sable; pero como está ébrio de vino y sangre, toca á la víctima encima del ojo; brota la sangre, y sus largos, sus hermosos cabellos rubios caen sobre sus hombros.

Algunos individuos mezclados entre la multitud se atreven á gritar: «¡Indulto! ¡indulto!»

«—¡Mueran los lacayos disfrazados del duque de Penthièvre!» grita el franc-mason Merin, uno de los asesinos, y se echa sobre ellos á sablazos, matando dos allí mismo y haciendo huir á los demás.

En el mismo instante, el franc-mason Charlat descarga sobre la cabeza de la princesa, desvanecida en los brazos de dos hombres que la sostienen, un formidable porrazo que la tiende á sus piés, sobre un monton de cadáveres. La rematan á golpes de picas. Y al punto los asesinos, precipitándose sobre su cadáver palpitante, la desnudan y cortan los pechos. Charlat le abre el seno, destroza las entrañas y arranca el corazón. Un negro, llamado Deloruse, bañado en sangre, limpia el cuerpo y con risa cínica hace admirar su blancura á la muchedumbre.

Grison, oficial de cortante, corta la cabeza con un cuchillo de cortante, y, «acompañado de unos cuantos asesinos, va á colocarla sobre el mostrador de un tabernero á quien quieren obligar á beber á su salud. Niégase á ello el hombre; le maltratan, le arrastran á un monton de cadáveres, y apuntándole un cuchillo en el cuello, le obligan á gritar: «¡Viva la Nación!» Se desmaya, le dejan allí, y cuando regresa á su casa,

encuentra su mostrador vacío, por habérselo robado todo los ladrones (1).»

Mientras tanto, alguno de la multitud dice que «se debe ir á enseñar la cabeza de la Lamballe á María Antonieta para ver qué cara pondrá.»

Es medio día. Pónese la cabeza en la punta de una pica, y la multitud emprende el camino hácia la cárcel del Temple. Charlat y Grison van al frente del cortejo.

Llegados á la plaza de la Bastilla, entran en casa de un peluquero y le mandan «que arregle la cabeza.» La lava, la riza y empolva.

«—A lo ménos ahora podrá reconocerla María Antonieta» dice el que la lleva, riendo burlescamente.

Y volviendo á ajustar la cabeza pálida en el extremo de la pica, se encamina otra vez hácia el Temple.

Ahorróse á la reina el dolor de ver así ultrajada la cabeza de su mejor amiga, porque el guardia municipal que guardaba la familia real tuvo el pudor de cerrar á tiempo las ventanas y correr las cortinas para que no se viera nada.

Son casi las cinco de la tarde cuando el siniestro cortejo deja el Temple para ir al Palais-Royal, habitación del duque de Orleans, como para ofrecérsela en homenaje.

Llegan los asesinos en el momento en que el príncipe va á sentarse á la mesa con madame de Buffon, su querida, y algunos ingleses.

Cesan de repente las bromas y los galanteos. Allí, delante de la ventana, sube y se detiene, lívida la piel, cerrados los ojos, la boca dilatada, horriblemente abierta, la cabeza de la antigua Gran Maestra de la *Madre-Logia Escocesa*.

De la multitud que bulle parten gritos.

¡Y bien!, duque de Orleans, Gran Maestre de la

(1) Duval, *Recuerdos del Terror*; la biografía Michaud; Mercier; M. de Beauchesne.

Franc-Masonería, ¿estás contento de esta ejecución? ¿Han trabajado bien hoy los *hijos de la Viuda*? ¿Han ganado con exceso las veinticuatro libras que les ha pagado el tesoro de la Orden por su sangrienta tarea? ¿No se ha ejecutado puntualmente la sentencia de venganza dictada por los Hermanos Tres Puntos contra la ex-Hermana de Lamballe, traidora á la Masonería? Queda satisfecho; y ahora come con buen apetito con tu querida, y, con el corazón alegre, dirígele mandrigales.

Pero ¡no! la señora de Buffon se ha dejado caer en un sillón: cúbrese el rostro con ambas manos y grita:

—«¡Ah! ¡Dios mío! mi cabeza se pasará un día de este modo.»

El duque de Orleans palidece, y se tambalea; porque ha creído ver la faz lívida de la princesa de Lamballe animarse, abrirse los ojos, llenos de sangre; removerse la boca gesticulando; y los labios sin vida han enviado á su oído, como un soplo para él solo comprensible, esta amenaza profética: «A cada puercito le llega su San Martín.»



Asesinato del R. P. Le Franc.—El populacho Parisien, reunido en la iglesia de San Sulpicio transformada en club, es excitado por los Franc-masones y se precipita al convento del Cármen, para degollar á los sacerdotes presos allí.

II.

El R. P. Le Franc.

Francisco Le Franc nació en Vire, en Normandía, el 26 de marzo de 1739. Su padre, hábil relojero de aquella ciudad, habria querido que siguiera su oficio; pero el niño manifestó temprano tan felices disposiciones y tan pronunciada afición á las letras y ciencias, que el padre consintió en hacerle estudiar en el colegio de Vire, en el cual hizo grandes progresos, obtuvo una bolsa para un colegio de París y volvió á terminar sus estudios en el colegio de Vire.!

A los veinte años, abrazó el estado eclesiástico, y el 8 de julio de 1759, entró en la Congregacion de los Eudistas. Dos años despues fué incorporado al colegio de Lisieux donde profesó la retórica y despues la filosofía. Fué despues sucesivamente superior en el seminario de Coutances, despues vicario general de Mgr. de Talarn de Chalmazel. En sus diversas funciones desplegó el mayor celo.

Refiérese de él que en 1788 y 1789 acostumbraba decir que un buen sacerdote debía derramar su sangre antes que manifestar la menor debilidad, en tratándose de los intereses del cristianismo.

Mucho tiempo antes, previó las calumidades que las doctrinas de los filósofos iban á acarrear á Francia, y escribió varias obras contra los Franc-masones.

En 1788, hizo imprimir en Vire un opusculito de 72 páginas, intitulado: *Primera carta á un Maestro Mason*, en la cual exponía el origen y las causas y pronosticaba los progresos de la secta que comenzaba á perturbar la Francia.

Publicó tambien varias otras *Cartas á un Maestro Mason*, y diversos opúsculos con otros títulos, en que atacaba á la Franc-Masonería, y la acusaba de ser la primera causa de la gran perturbación que iba á traer el trastorno de todos los principios morales y religiosos.

Entre sus obras debemos citar tambien: *El Velo levantado para los Curiosos, ó el secreto de la Revolucion revelado con auxilio de la Franc-Masonería* (1791). Y la *Conjuracion contra la Religion católica y los Soberanos* (1792). Esta última obra forma un todo con la precedente, cuya segunda parte es en cierto modo.

Envióse un ejemplar al Papa Pío VI y entregóse otro al rey Luis XVI.

Necesitábase valor para poner su nombre al frente de semejantes publicaciones, cuando comenzaba ya la persecucion contra los sacerdotes que no habian prestado el juramento; y es muy cierto que señalaron muy particularmente el autor á la atencion de los Franc-masones.

El *Velo levantado* se divide en nueve capítulos:

I—*El Origen de la Franc-Masonería*. El autor hace remontar la secta á los socinianos.

II—*De las Logias masónicas y de su régimen*. La centralizacion de todas las fuerzas de la secta decupla su poder.

III—*Lo que la Asamblea Nacional deba á la Franc-Masonería*. El P. Le Franc presenta la Asamblea Nacional, compuesta enteramente de Francmasones, favoreciendo con todo su poder los proyectos de la Orden y tomando de la misma todas sus máximas é instituciones.

La division de Francia en departamentos, distritos

y cantones no es sino una copia del gobierno de la sociedad masónica. Los nombres son los mismos.

En la Franc-Masonería, el Directorio general comunica con los Directorios particulares, y ellos ponen toda la máquina en movimiento. Igual efecto produce el Directorio de la Asamblea Nacional en correspondencia con los Directorics de los departamentos, y, por ellos, con los Directorios de los distritos.

En cada canton, los jueces de paz hacen las veces de lo llamado en el gobierno masónico el comité de conciliacion, y tienen iguales atribuciones.

Todas las communes son iguales, como lo son todas las logias entre sí.

Las funciones de *Hermano Terrible ó Gran Inquisidor de las Logias* las desempeña el comité de las investigaciones presidido por el Hermano Voidel.

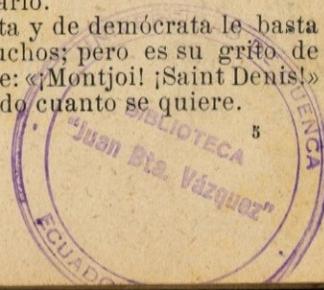
Los procuradores síndicos, los procuradores de los distritos, los procuradores de la commune en cada municipalidad, desempeñan los cargos del orador de cada Logia.

El orden establecido por la Masonería entre los grados, en sus logias y en sus tribunales, es el mismo adoptado por la Asamblea entre los oficiales á quienes ha confiado una porcion de su autoridad.

Tambien están tomados de la Masonería la banda cívica y el sombrero de los jueces.

La sociedad masónica tiene una doctrina exterior y otra interior, una doctrina para divertir á los Aprendices y una doctrina para los oficiales de grados superiores que son como el alma de la sociedad. Lo mismo sucede con la Asamblea Nacional: tiene tambien una doctrina particular y una doctrina pública, una doctrina para los comités, y una doctrina para aquellos cuyo sufragio es necesario.

El solo grito de aristócrata y de democrata le basta para fijar la opinion de muchos; pero es su grito de guerra, como antiguamente: «Montjoi! Saint Denis!» al que se hace significar todo cuanto se quiere.



El régimen de la Asamblea es el de las Logias; igual manera de pedir la palabra, la licencia, de deliberar, de querellarse, conservar el orden, solo que la campañilla reemplaza al malleto.

Los que ignoran todo esto admiran la facilidad con que se ha familiarizado con este régimen; pero la mayoría de los miembros estaban acostumbrados de antemano á esos ejercicios.

El juramento cívico exigido por la Asamblea es tambien de origen masónico. A los masones les ha entusiasmado verlo prestar; pero los refractarios se les han hecho odiosos, y se ceban persiguiéndoles.

Aman tanto al régimen masónico que han abolido todas las corporaciones, exceptuando la de los francmasones.

Entrando en una Logia, todo hombre debe dejar en el vestíbulo todo cuanto caracteriza su nobleza, sus títulos, sus grados; todo debe ceder á los cordones y bujerías de la Orden; solo estos son sagrados y no excitan murmullos, ni envidia. Por este mismo principio, ha proscrito la Asamblea todos los adornos de las órdenes, y las mismas órdenes, para no dejar subsistir, sino los grados y las cintas masónicas. No ha decidido todavia que no haya más que aquellos; se ha reservado dar su decision acerca de este punto para cuando sus proyectos hayan adquirido la madurez que les preparan el tiempo y la paciencia.

Los comisarios, que la Asamblea desprende de su seno, tienen igual categoría de visitantes masones y la Asamblea les ha otorgado los mismos honores.

La forma de las elecciones, la eleccion de los electores, las cualidades que se les exigen, los avisos que se les dan, todo es imitado de la Franc-Masonería.

La conducta prescrita á los oficiales municipales, á los miembros de los directorios de los departamentos está calculada sobre lo que se recomienda al Venerable que preside una logia: suavidad, prudencia, discrecion, mucha habilidad en manejar los ánimos,

una paciencia que por nada se altere, valor y magnanimidad.

Mucha seguridad habia de complacer á la Asamblea cuando se la hizo pasar por debajo de la bóveda de acero (1) cuando fué en corporacion á la Catedral de París, para el canto del *Te-Deum* á principios de la Revolucion. Es el más grande honor que rinden los francmasones á quienes respetan. Los oficiales militares, casi todos nobles, los magistrados de todos grados, recibidos francmasones, desde mucho tiempo, no debieron sorprenderse al ver la ejecucion, en grande, de lo que, hasta entonces, habian ellos practicado en pequeño.

El P. Le Franc, en el capítulo IV de su libro, explica como la Franc-Masonería ha transformado las costumbres de Francia, sumergiendo al pueblo francés ántes jovial, ligero, frívolo, en las Logias que son escuelas de asesinato.

Más adelante (en el capítulo V), muestra el autor el objeto de la secta, la destruccion de la religion cristiana, proseguido por las actas de la Asamblea Nacional, y el establecimiento de la religion natural (capítulo VI).

Para llegar á desorganizar el catolicismo, quieren los francmasones abolir la gerarquía eclesiástica, y lo hacen, durante el curso de la Revolucion, en la mayor medida de sus medios.

Para concluir, el P. Le Franc demuestra por qué los Hermanos Tres-Puntos en el poder han abolido todas las órdenes de Caballería, dispersado todos los cuerpos constituidos que constituían la fuerza de Francia que es para quedar ellos, los sectarios, la única caballería, una Caballería del puñal; para quedar siendo

(1) La bóveda de acero se forma de la manera siguiente: todos los asistentes colocados en dos filas, levantando las espadas con que estan armados, y las inclinan unas hácia otras, de manera que se toquen por sus puntas y forman entonces una especie de bóveda debajo de la cual pasa el visitante á quien se quiere honrar.

el único cuerpo constituido en frente de la desorganización general. La libertad, esta palabra inscrita en todas las paredes, no existe más que en ellas, desde que las Logias triunfan; no existe sino para los malvados solos.

La Conjuracion contra la Religion católica y los Soberanos, en prensa el 1.º de enero de 1792, era la continuación y el desarrollo del *Velo levantado*. El P. Le Franc, despues de haber mostrado como la Franc-Masonería se relacionaba con todas las antiguas heregías reuniendo todos sus errores, explica como se encamina al asalto del trono y del altar.

Compréndese que la publicación de estas obras molestó considerablemente á la secta. Desde que una conspiración está descubierta, aun cuando esté en buen camino, tiene mil probabilidades de fracasar. Quiso la desgracia que en la corte no se diera crédito á las revelaciones del P. Le Franc; la realeza, que los sacerdotes inteligentes hubieran querido salvar, estaba ciega; por lo demás, era ya demasiado tarde. Pero la Franc-Masonería, aunque segura entonces del buen éxito de sus execrables tramas, habia jurado la muerte de sus denunciadores.

El efecto de su odio contra el P. Le Franc no tardó en hacerse sentir.

El animoso autor fué arrestado desde el dia siguiente del 10 de agosto de 1792. Sabíase donde encontrarle; pero para estar seguros de no errar el golpe, los jefes de la secta habian dado la Orden de arrestar á todos los padres eudistas que se encontraran. Así que la sección del Luxemburgo, compuesta de los revolucionarios más fanáticos, miembros todos de las sociedades secretas, detuvo y condujo á la iglesia de los Carmelitas, transformada en cárcel, á los Padres Balmalm, Nicolás Beaulieu, Berauld-Disperron, Juan Francisco Bonsquit, Pedro Dardan, Santiago Durvé, Andrés Grasset de Saint-Sauveur, Francisco Luis Herbert (coadjutor del superior general de los eudistas de

París), Roberto Labif; un párroco de la diócesis de Coutances, cuyo vicario general habia sido el P. Le Franc, el abate Lejardinier de las Landas, que habia venido á visitar á este en París y que estaba á su lado cuando le detuvieron, fué llevado con él. La Masonería, daba una vasta redada y quería numerosas víctimas para tener la certeza de que su adversario no se le escaparía.

Como no podia invocarse ningun pretexto para juzgar al P. Le Franc, decidióse que sería degollado; y, á fin de no dejar adivinar la verdadera razon de ese inexplicable degüello, resolvióse englobar en la misma matanza á los otros nueve padres eudistas detenidos por la sección del Luxemburgo.

Necesitábase hallar los matadores. Pensóse en los famosos «Marselleses» que habian hecho ya sus pruebas desde el 29 de julio, dia de su llegada á París.

«¿Quiénes eran estos hombres? pregunta M. Mortimer-Ternaux en su *Historia del Terror*. ¿Eran acaso valerosos jóvenes de las Bocas del Ródano y de las comarcas circunvecinas, que habian dejado el hogar doméstico para contestar al llamamiento de la pátria en peligro? No; aquellos estaban en las fronteras con Massena y Championnet. Los que vinieron á París no eran sino bandidos dados de baja, enviados por las sociedades populares del Mediodia para derribar la constitución y sumir la Francia en la anarquía.»

Michelet, cuya opinión no puede ser sospechosa sobre el particular, se expresa de esta manera acerca de esos aventureros que iban á convertirse en asesinos.

«Los quinientos hombres de Marsella, que no eran en manera alguna exclusivamente Marselleses. eran ya, aunque jóvenes, veteranos de la guerra civil, acostumbrados á la sangre, muy endurecidos; unos, hombres rudos del pueblo, como los marinos ó los campesinos de Provenza, gente áspera, sin temor ni piedad; otros, mucho más peligrosos, jóvenes de clase más distinguida, entonces en su primer acceso de fu-

ror y fanatismo, extrañas criaturas, desordenadas y borrascosas desde su nacimiento, dedicadas al vértigo, tales como no se ven apenas semejantes sino bajo aquel violento clima.... El canto, en su boca, tomaba una expresión muy contraria á la inspiración primitiva, acento feroz y de asesino. El canto generoso, heroico, se convertía en canto de cólera, que muy pronto iba á asociarse á los aullidos del Terror.»

Esos eran los hombres con quienes contaba la Francmasonería para las matanzas que habia premeditado. Los masones de la seccion del Luxemburgo les habian dado la bienvenida desde su llegada á París, habian enviado una comision de doce miembros para complimentar «á los bravos *hermanos* guardias nacionales de Marsella», atestiguarles sus sentimientos cívicos y fraternales, é invitarles á las asambleas permanentes de la seccion.

Para tenerles á mano para los degüellos proyectados, se les habia acuartelado en el antiguo convento de los Franciscanos, muy cerca de la iglesia de los Carmelitas.

La Masonería habia resuelto descargar un gran golpe. Y lo que prueba que son obra suya las matanzas de setiembre, es que los Francmasones probados del partido revolucionario, los hombres cuya afiliación es notoria, tales como Robespierre, Danton, Tallien, Fabre d'Églasine, sabian, desde los últimos dias de agosto, lo que iba á suceder. Varios, el 31, usaron de su influencia para obtener la libertad de detenidos por quienes se interesaban. Robespierre, especialmente, intervino, aquel dia, para que se soltara al abate Berardier, antiguo director del colegio Luis el Grande, donde habia estudiado; este hecho es en elogio del terrorista; pero es la prueba de que el degüello de los presos de la Revolución, y sobre todo de los sacerdotes, no fué un acto espontáneo del populacho parisien. La consigna fué realmente dada y los asesinos, divididos en brigadas desde mucho antes.

La señal del degüello de los presos encerrados en la iglesia de los Carmelitas la dió un llamado Luis Prière, tratante en vinos, que vivia en el patio des Fontaines, en el Luxemburgo. Es probable, si no cierto, que ese hombre, como muchísimos tratantes en vinos de la capital, era franc-mason. Era el 2 de setiembre. Los revolucionarios de la seccion del Luxemburgo se habian reunido en asamblea general en la iglesia de San Sulpicio, transformada en club. Presidia esta reunion el ciudadano Joaquin Ceyrat, franc-mason notorio, nuevamente elegido juez de paz, y antes comisario de policia de la seccion. Habíase llamado á los más exaltados, diciéndoles «que se iba á deliberar acerca de las medidas que debian tomarse en interés general.» El H.: Joaquin Ceyrat—y esto demuestra manifiestamente la premeditacion y de dónde venia el complot,—habia tenido cuidado de dirigir invitaciones á los federados marseleses que habian dejado en gran número su cuartel de los Franciscanos para asistir á la sesion. A fin de sobrexcitar los ánimos y atraer la muchedumbre, se habia establecido una oficina de alistamientos voluntarios en la capilla del Santísimo Sacramento; pero vamos á ver que el objeto de los organizadores de la reunion no era en manera alguna recoger enganches para el ejército.

Cuando los revolucionarios de la seccion fueron en número suficiente para poder votar, el H.: Luis Prière subió á la tribuna y pidió interrumpir por un momento los alistamientos; porque, decia, habia de hacer una grave comunicacion á la asamblea. En un principio declamó contra el extranjero que avanzaba hácia París; pero, añadió, acentuando su discurso con horribles blasfemias, que, en cuanto á él, era de parecer que antes de ir contra el enemigo, era preciso primeramente deshacerse de los individuos encerrados en las cárceles, y en primer lugar, de los sacerdotes deteni los en el convento de los Carmelitas.

Debe creerse que todos los miembros de la seccion

no estarian afiliados á la Franc-Masonería, porque algunos (entre otros, los ciudadanos Lucron, Yosse, Viollette, Chaversey, Vitra y Vigneul) acogieron con cierta repugnancia la proposicion del H.: Luis Prière. En la multitud, que rodeaba á los seccionarios, habia tambien algunos bravos, extraviados por las ideas á la moda, pero incapaces de cometer un crimen. Era de este número un tal Alejandro Carcel, relojero, calle des Aveugles, que obtuvo la palabra, después de pedirle, y declaró que podia muy bien haber culpables entre los presos, pero que tambien habia, seguramente, personas que no lo eran; y, apelando al buen sentido de los asistentes, terminó diciendo que á buen seguro los honrados ciudadanos no querrian mojar sus manos en sangre inocente. Viendo que estas palabras producian buena impresion en algunos, M. Carcel presentó una proposicion: escogerianse en la Asamblea seis miembros; formarian una comision, que iria á los Carmelitas y examinaria en los registros de entradas los motivos de arresto de cada preso; luego, esos seis comisarios, notando los hechos de cargo, los comunicarian á los magistrados competentes, con una peticion de la seccion instando pronta justicia. Acogióse lo propuesto con señales de aprobacion; pero no era del gusto de los franc-masones de la asamblea, que querian hacer decretar una matanza general: la proposicion Carcel desbarataba su plan.

En lugar de ponerla á votacion, el presidente, el H.: Joaquin Ceyrat, gritó colérico:

«—El pueblo es quien debe hacer justicia de los culpables; no podemos aguardar los fallos de la magistratura; la patria peligra, y todos los sacerdotes detenidos aquí al lado, en los Carmelitas, son unos malvados.»

La intervencion del presidente en la discusion tuvo decisivo efecto. Púsose á votacion lo propuesto por el H.: Prière, y la mayoría de los revolucionarios de la seccion decidió «que en presencia de los peligros su-

premos de la patria, urgia poner á los aristócratas y á los sacerdotes refractarios (1) en estado de no ser dañosos.»

Decidióse, además, que el voto de la seccion pasara á la Commune, á fin de invitar á todas las secciones á obrar del mismo modo.

Hé aquí un documento comprobante:

Copia de las actas de las deliberaciones de la Asamblea general de la seccion del Luxemburgo.

Del 2 de setiembre de 1792, el año IV de la Libertad, el 1.º de la Igualdad, á propuesta de un miembro para purgar las cárceles haciendo correr la sangre de todos los detenidos de Paris ántes de partir, puesta á votacion, fué adoptada. Se han nombrado tres comisarios, los Sres. Lohier, Lemoine y Richard, para ir á la ciudad á comunicar, á fin de poder obrar de un modo uniforme.

Por copia conforme:

Firmado: HEN, secretario de la Asamblea general.

Este documento lo ha descubierto en los archivos del Palacio de Justicia M. Alejandro Sorel, que lo cita en su notable obra *el Convento de los Carmelitas bajo el Terror*. Es, por lo demás, todo cuanto existe en materia de documentos de aquella época, relativos á la seccion del Luxemburgo; en efecto, la Franc-Masonería ha tenido cuidado de destruir el registro de las deliberaciones del mes de setiembre de 1792 de la seccion de Luxemburgo. No se sabe lo que pasó sino por las deposiciones de los testigos en los procesos invocados más tarde contra los setembristas.

Los franc-masones de la seccion triunfaban pues; tenian una votacion y podian arrastrar á los Carmelitas la hez del populacho.

(1) Llamabáse así á los sacerdotes que se habian negado á prestar juramento á la Revolucion.

Al partir para la Commune, el H.: Lohier se vuelve hácia los asistentes y hace esta pregunta:

—«Enhorabuena, acabamos de votar que es preciso obrar en todas partes de un modo uniforme; pero ¿qué entendeis vosotros por esto? ¿cómo debemos desembarazarnos de los presos?»

—«¡Por la muerte! grita el H.: Joaquin Ceyrat.

—«¡Por la muerte! grita asimismo el H.: Luis Prière.»

Y todos los francmasones de la seccion aullan á coro:

—«¡Por la muerte!» (Deposición de M. Lamaître, testigo ocular, habitante en la calle del Vieux-Colombier; aquel día él era presidente de la oficina de los alistamientos en la iglesia de San Sulpicio donde se celebraba al mismo tiempo la reunion de los seccionarios.)

Estaba dado el empuje abominable. Todos los exaltados, que se habian dejado arrastrar por Ceyrat, Prière y los demás francmasones, se precipitaron fuera de la iglesia; los federados marseleses se mostraron los más furiosos. Y estos miserables, ébrios de rabia, se lanzaron en direccion al convento de los Carmelitas.

En aquel momento, un destacamento de guardias nacionales estaba en la calle Palatina, dando la guardia. El relojero Carcel, temiendo sobradamente lo que iba á suceder, se apresuró á dar cuenta de la reunion al comandante, el ciudadano Tanche, quien se echó á reir. En vano le suplicó M. Carcel que reuniera á las personas honradas del barrio para que fueran, con sus hombres, á proteger á los presos. El comandante Tanche, que á buen seguro debia pertenecer á la secta, negóse de la manera más formal á ir al auxilio de los desdichados sacerdotes, contra quienes proferian gritos feroces los asesinos.

La relacion de la matanza del convento de los Carmelitas es demasiado sabida para que la reproduzcamos aquí. Ciento quince víctimas cayeron á los golpes de aquellos canibales; uno solo de aquellos mártires

era laico; todos los demás eran religiosos y sacerdotes, y, á su frente, Mgr. Dulau, arzobispo de Arles, Mgr. Francisco José de la Rochefoucauld, obispo de Beauvais, y Pedro Luis de La Rochefoucauld, obispo de Saintes.

En la Abbaye, en la Force y en otras cárceles, hubo un simulacro de juicio. En los Carmelitas fué aquello una matanza general; los asesinos se precipitaron en el jardin donde estaban encerrados los presos, á quienes se mató á tiros, á golpes de pica, á hachazos. Algunas de las víctimas habian conseguido refugiarse en el oratorio, y allí se les degolló. Entonces llegó una segunda cuadrilla de asesinos, la cuadrilla del H.: Maillard, que venia de la Abbaye. Maillard iba á asegurarse de *si la tarea estaba bien desempeñada*. Quedaban todavía unas cuarenta víctimas que habian penetrado en la iglesia del convento, creyendo encontrar allí un asilo, y estaban cercados allí. Comenzó otra vez la matanza; pero, esta vez, el H.: Maillard hizo degollar á los mártires de dos en dos, en la escalera de la iglesia, despues de haber comprobado su identidad. Precisaba asegurar al Gran Oriente que el R. Padre Le Franc no se habia escapado de la carniceria.

Por lo expuesto, es indiscutible que esas horribles matanzas fueron tramadas por la secta para sembrar el terror en el país y asegurar la dominacion del partido revolucionario. Tratábase de hacer *miedo á los realistas*; la frase es del H.: Danton. Es tambien evidente que la Fran-Masonería no dejó escapar esta ocasion para deshacerse particularmente de los que el Tribunal Secreto del 31º grado habia desde mucho tiempo condenado á muerte: todo se habia preparado y organizado muy bien. Los Hermanos Tres-Puntos, en la matanza general, habian ejecutado su sentencia contra la ex-Grande Maestra, la princesa de Lamballe, y contra el valiente escritor antimasonico, el Padre Le Franc.



Felipe-Igualdad, condenado á muerte por sus hermanos del Gran Oriente de Francia.—El presidente del tribunal secreto rompe la espada del gran maestre y arroja sus trozos. «¡ Amen! » gritan todos los asistentes.



III.

Felipe-Igualdad.

El duque de Chartres, Luis Felipe de Orleans, fué tambien asesinado por los Franc-Masones. El hecho es poco conocido, pero no está menos probado por los hechos más seguros.

Para cojer bien el hilo de las intrigas tramadas por la secta, para llevarle al cadalso, es necesario tomar las cosas de algo lejos y examinar cuál fué la conducta del duque de Orleans durante el curso de su vida.

Era el nieto del Regente, de aquel Regente tan disoluto, que su nombre ha pasado á ser sinónimo de libertino. Nacido en Saint-Clod, el 13 de abril de 1747, Luis Felipe José, duque de Chartres, se casó, en 15 de abril de 1769, con la hija y única heredera del duque de Penthièvre, Luisa Maria Adelaida de Borbón, que tenia entonces 16 años. Este duque de Penthièvre, cuya beneficencia tenia tanta fama, era el padre del principe de Lamballe y el suegro de la princesa que murió en la cárcel de la Force, cuando las matanzas de setiembre.

Muy jóven aún sobresalía el duque de Chartres en los ejercicios del cuerpo; sobretudo era hábil en guiar un coche, y en domar los caballos rebeldes.

Era ávido de novedad, deseoso de llamar hácia si la atención; por esto subió en un globo aerostático, des-

de los primeros ensayos que se hicieron de tal descubrimiento.

Era libertino; por otra parte, era afable, pero con afabilidad demasiado á menudo familiar que le hacia excederse de su categoria.

Aunque dueño de una inmensa fortuna, contrajo deudas, queriéndola hacer mayor aún.

El jardín de su palacio (le Palais-Royal), era un paseo público, como lo es ahora; solamente debia irse decentemente vestido para frecuentarlo. Hizo rodear ese jardín de construcciones brillantes, á fin de alquilarlas á todos los que se presentaran; y lo abrió á todas las personas, sin excepcion, de manera que muy pronto se vió dicho paseo cubierto del populacho mas grosero y perverso.

En vez del aire puro y de la hermosa sombra que durante los dias de verano, iban los Parisienses á buscar en las alamedas del Palacio Real, ya no encontraron, debajo de los nuevos pórticos, mas que el ejemplo de las malas costumbres y los cuadros de la disolucion más vergonzosa.

Por otra parte, esa especulacion que habia quitado á las casas vecinas una parte de su valor y de su recreo, descontentó mucho á los propietarios, y dió lugar á algunas sátiras contra el duque. Se le representó en traje de traperero recogiendo pingajos del suelo.

El mismo se rió de esa impertinencia, como de todas las demás caricaturas, pero no cambió nada de su plan.

Más opulento que muchos soberanos, gozando de las ventajas de los monarcas, sin estar sujeto á sus deberes, ni participar de sus inquietudes, se preguntará como un príncipe tal pudo salir del círculo de los goces en que estaba pacíficamente encerrado, para abrazar la causa de la Revolucion.

Este hecho puede explicarse por el carácter del duque de Orleans. Su susceptibilidad era extremada desde que se creía ofendido; el dardo introducido en su corazon ya no salía más de él.

El archiduque Maximiliano de Austria habia ido á Versalles á ver la reina de Francia, su hermana (María Antonieta), que contaba apenas veinte años. Prendada de la visita de ese hermano querido, y deseando disfrutar de todos los momentos que él podia concederle durante su permanencia en Francia, creyó la jóven soberana que él podia dispensarse de visitar á los príncipes y desembarazarse de la mayoría de las etiquetas, que ella misma odiaba.

Los príncipes quedaron muy descontentos, sobre todo el duque de Chartres se mostró vivamente ofendido de tal olvido, que le pareció insulto, y lo atribuyó á María Antonieta.

Con este motivo circularon muchas conversaciones indiscretas en la alta sociedad, donde se procuraba ya zaherir el carácter de la reina; y á su vez, la reina se mostró muy vivamente afectada por esto. Formáronse entonces dos partidos, en la ciudad y en la corte: el de la reina, y el de los príncipes, á cuyo frente estaba el duque de Orleans.

Las ideas políticas, distintamente sérias, no tardaron en invadirlo todo, encontrando nuevo alimento en todo la falta de armonía.

Los placeres de que habia abusado el duque de Chartres se le hicieron insípidos; fué preciso que su imaginacion se ocupara en otra cosa.

Quiso de pronto tener el cargo de gran almirante que pertenecía al duque de Penthièvre, su suegro. Consintió en ello este príncipe; pero se necesitaba tambien obtener el consentimiento del rey; y, no cediendo el monarca bastante pronto al deseo de su primo, este acusó á la reina de ser la causa del retardo.

Para hacer cesar todos los obstáculos púsose el jóven duque á estudiar los elementos del arte náutica y pidió servir como voluntario en la escuadra del almirante d'Orvilliers, que cruzaba en la Mancha y que á cada instante se la creía cerca de trabar combate con la escuadra inglesa.

La conducta del Duque de Orleans, cuando el combate d'Onessant (27 julio 1778), no fué brillante, al parecer; porque no se le concedió el cargo de gran almirante.

Por un supuesto favor, que debió parecer sangrienta ironía, fué nombrado coronel general de los húsares. Después, apenas se dejó ver en la corte.

Alejado de los placeres de Versalles, volvió á los que parecía haber abandonado; pero, para variarlos, buscó nueva disipación en las modas y en los usos de Inglaterra. Hizo un viaje á Londres, donde trabó amistad con el príncipe de Gales, después Jorge IV, y con muchos grandes señores, y regresó entusiasmado de las costumbres y de los usos británicos, que desde entonces afectó imitar en todo.

Las aristocráticas sociedades de París, se hacían notar en aquella época por una magnificencia extraordinaria, de pronto una extremada sencillez substituyó al oro y á las riquezas en los bordados que cubrían los trajes de los grandes señores. Los burgueses ya no vieron más que iguales en aquellos á quienes no se atrevían acercarse ántes sin haber primero agotado todas las demostraciones del respeto. Los señores procuraron librarse de los honores y miramientos que tanto tiempo habían sido su salvaguardia. Desprendiéronse ellos mismos de su categoría y dignidad; y este súbito cambio preconizado en todos los escritos, y naturalmente grato á las clases inferiores, se hizo poco á poco general. La misma corte de Luis XVI modificó sus usos y etiqueta.

Cuando se trató de elegir á los diputados para los Estados Generales, el duque de Orleans, cualesquiera que fuesen todos sus medios de popularidad, no estaba seguro de hacerse nombrar. Pero, el marqués de Simon, su hechura, fué á Crespy, en el momento de las elecciones, como para visitar allí las construcciones del príncipe, y se manejó con tanta habilidad cerca de los electores de la nobleza, que, á pesar de su

repugnancia á notarse en oposición con la corte, les hizo elegir por aclamación al duque de Orleans, quien, les había dicho que no aceptaría de ningún modo. Pocos días después, vióse también con mucho asombro que el mismo príncipe iba á Crespy á dar las gracias y prestar juramento.

Llegado el príncipe á la cámara de la nobleza, se colocó, desde el primer momento, al lado del partido revolucionario y este partido se apiñó en torno de él.

Más adelante, formó parte de la minoría de la nobleza que se alió con el tercer estado.

Ha-se notado que en el jardín del Palais-Royal, propiedad y habitación del duque de Orleans, se provocaron los primeros movimientos revolucionarios; formábanse allí todos los motines; de allí partían todas las reuniones; el más importante se organizó delante del famoso café de Toy en la velada del 12 de julio de 1789. Camilo Desmoulins arengó á la multitud y el movimiento comenzado en el jardín del Palacio Real, terminó el 14, con la toma de la Bastilla.

Pormenores notables: el 12, los insurrectos fueron á quitar de casa del escultor Curtins el busto del duque con el de Necker y los llevaron en triunfo por las calles y plazas públicas; el 13, los sediciosos enarbolaron como señal de unión, el azul, el encarnado y el blanco, que eran los colores de la casa de Orleans.

Dícese, además, que se vió al príncipe aplaudir desde sus ventanas los movimientos populares.

Después del 10 de agosto de 1792, Manuel, que era de la facción del duque, le hizo entender que, para desvanecer todas las sospechas suscitadas contra él, debía renunciar al nombre de su ilustre familia y aceptar el de *Igualdad* que le propondría la Commune de París. Felipe aceptó el nombre de *Igualdad*, y, en una carta de gracias, declaró que no se le podía dar uno más conforme con sus ideas.

Con este nombre fué nombrado diputado para la Convención Nacional, en la que tomó asiento en la extrema izquierda.

Cuando se trató de fallar acerca de la suerte de Luis XVI, votó, contra la apelacion al pueblo, á favor de la muerte y contra el sobreseimiento. Si para los demás diputados este voto fué un crimen espantoso, ¿qué no fué para Felipe Igualdad, duque de Orleans y primer príncipe de la sangre?....

¿Cómo esplicar semejante conducta? ¿Cómo habia podido el duque, gradualmente, ser arrastrado á tal perversion?

No vacilamos en decir que por la Franc-Masonería.

Muerto el duque de Clermont, habia sido elegido el duque de Chartres, como sucesor suyo á la Gran Maestría de la Gran Logia de Francia; bajo su autoridad, se habian reunido los diversos poderes masónicos, divididos entonces,

Hé aquí el texto de esa aceptacion, documento histórico curioso:

El año de la gran Luz 1772, tercero día de la luna Fiar, quinto día del segundo mes del año masónico 5772 (y del nacimiento del Mesías, quinto día de abril 1772), en virtud de la proclamacion, hecha en Gran Logia reunida el vigésimo cuarto día del cuarto mes del año masónico 5771, del Altísimo, Muy Poderoso y Excelentísimo Príncipe Su Alteza Serenísima Luis Felipe José de Orleans, duque de Chartres, príncipe de la Sangre, para Gran Maestre de todas las Logias regulares de Francia, y de la del Supremo Consejo de los Emperadores de Oriente y de Occidente, Sublime Madre-Logia Escocesa, del vigésimo sexto día de la Luna de Elul 5771, para soberano Gran Maestre de todos los Consejos, Capítulos y Logias Escocesas del Gran Globo de Francia, oficios que Dicha Alteza Serenísima ha tenido á bien aceptar por el amor del Arte Real, y á fin de concentrar todas las operaciones masónicas bajo una sola autoridad.

En fé de lo cual, la dicha Alteza Serenísima ha firmado el presente documento de aceptacion.

Firmado: LUIS-FELIPE—JOSÉ DE ORLEANS.

Poco despues, el 24 diciembre 1772, el Gran Oriente de Francia, nuevo poder masónico centralizador, quedó constituido, y el príncipe fué tambien su Gran Maestre.

Se ha supuesto á veces que Felipe Igualdad no se habia inmiscuido de una manera activa en las intrigas de las Logias y que no habia sido su protector, sino nominalmente. Esta suposicion queda destruida por el documento que sigue, encontrado entre los papeles del cardenal de Bernis, y se encuentra reproducido por el P. Deschamps y M. Claudio Jannet:

«Lista de los honorables miembros que componen el *Club de la Propaganda*, que se reúne calle de Richelieu, 26, en Paris.

»Este club tiene por objeto, como lo saben todos, no solo *consolidar la Revolucion en Francia*, sino introducir en todos los demás pueblos de Europa y *derribar todos los gobiernos actualmente establecidos*.

»Sus estatutos se imprimieron separadamente.

»El 23 de marzo de 1790 habia en caja 1.500,000 francos, de los cuales habia dado 400.000 el señor duque de Orleans; lo restante lo habian dado los honorables miembros en su recepcion. *Estos fondos están destinados á pagar los viajes de los misioneros, llamados apóstoles, y los folletos incendiarios que se componen para llegar á un objeto tan saludable.*

»Todos los asuntos, así internos como extranjeros, son preparados y propuestos al club por un comité de quince personas, presidido por el señor abate Siéges.»

¿Verdad que esto es claro?

Pues bien; ¿quereis saber ahora qué hombres colaboraban con el duque de Orleans, príncipe de la sangre, para *consolidar la Revolucion en Francia y derribar todos los gobiernos actualmente establecidos?*

Sencillamente, ni más ni menos que los primeros nobles de Francia, ó á lo ménos los que llevaban sus nombres, pero que desde mucho tiempo no tenian sus cualidades.

Son éstos el duque de Biron, el abate de Espagnac, el conde de Praslin, el príncipe de Broglie, el marqués de Latour-Maubourg, el conde de Crillon, de Touloungear, el vizconde de Beauharnois, el vizconde de Lussignan, el duque de Larochehoucauld, el vizconde de Noailles, el vizconde de Damas, el duque de Liaucourt, el conde de Montmorin, el marqués de Montalembert, el conde de Kersaint, el conde de Croix, el marqués de la Coste, el conde de Choiseul-Gouffier, etc.....

Hé aquí los que hicieron la Revolución y amontonaron un tesoro de guerra que debía pasar, á razon de veinticuatro libras diarias por jornal, á los asesinos del mes de setiembre de 1792.

En el pueblo se conocia muy bien la participacion efectiva del duque de Orleans en las intrigas revolucionarias; porque, en 1790, se pregonaba y vendia en las calles de Paris un folleto intitulado: *La Pasion y Muerte de Luis XVI, rey de los Judios y de los Cristianos*. A su frente figuraba un grabado, que era por sí solo una lúgubre profecía. Representaba á Luis XVI coronado y llevando el manto con flores de lis clavado en cruz. A su derecha é izquierda se encontraban el Clero y el Parlamento, ocupando el puesto de los dos ladrones. En el texto del folleto, Felipe de Orleans representaba para con Luis XVI el papel de Judas el Iscariote.

El duque de Chartres mantenía la ambición, una vez destronado Luis XVI, de reemplazarle en el poder soberano. Para llegar á él contaba con servirse de las Logias; pero aprendió á sus expensas que difícilmente se remonta el torrente de una revolucion. Pudo tambien aplicarse con justicia el proverbio: «Quien siembra vientos, recoge tempestades.»

Viendo establecerse la República en Francia, juzgó que la Masonería no tenia ya razon de ser. Cesó en sus cargos, pero sin hacer dimision, de tal manera, que su abstencion produjo cierto desórden en la sociedad; no se formaba ninguna Logia nueva y se disgregaban las antiguas.

Habiéndole censurado un periódico revolucionario de Tolosa su inactividad como Gran Maestre, hizo insertar, el 22 de febrero de 1793—un mes despues de la muerte del rey Luis XVI,—en el *Journal de Paris*, una carta en la cual renegaba de la institucion.

Hé aquí el pasaje de esa carta, que se le imputó muy luego por crimen:

«Sea lo que fuere de esto, hé aquí mi historia masónica:

«Cuando nadie seguramente preveia una revolucion, me habia yo adherido á la Franc-Masonería, que ofrecia una especie de imágen de la libertad. Despues he abandonado el fantasma por la realidad.

»En setiembre pasado, habiéndose dirigido el secretario del Gran Oriente á la persona que desempeñaba cerca de mí el cargo de secretario del Gran Maestre, para hacerme llegar una demanda relativa á los trabajos de esta sociedad, contesté á éste con fecha 5 de enero:

«Como no sé de qué manera está compuesto el Gran Oriente, y como opino, además, que no debe haber aquí ningun misterio ni ninguna reunion secreta en una república, sobre todo al principio de su establecimiento, no quiero entrometerme más en lo del Gran Oriente ni de las reuniones de los franc-masones.»

Firmó esta carta con el nombre que le habia sido propuesto por la Commune de Paris: *Felipe Igualdad*.

Los masones se conmovieron y le llamaron traidor. Durante el mes de marzo se reunieron varias veces para discutir las medidas que debian tomarse. Era difícil acusar á Felipe de Orleans de pactar con la familia real, ya que, poco ántes, acababa de votar la muerte de Luis XVI con los montañeses de la Convencion. Divulgóse, pues, el rumor de que preparaba la vuelta de la realza por su propia cuenta. Es muy probable que tuviera esta intencion; pero, á buen seguro, era demasiado astuto para comprometerse en tales momentos; queria aguardar la ocasion propicia. En todo

caso, es cierto que no realizó ningun acto que pudiese censurársele como un cargo.

El 6 de abril, el diputado franc-mason Lahaye subió á la tribuna y refirió que Felipe de Orleans habia recorrido dias ántes el departamento del Orne, sondeando los habitantes para saber si seria bien recibido su advenimiento. Este aserto era falso. Felipe no habia salido entónces de Paris.

El duque de Orleans no habia ido á la Convencion el 6 de Abril; Lahaye le acusó aprovechándose de su ausencia. La Asamblea, cuya gran mayoría se componia de sectarios—pudiérase decir la casi unanimidad,—habia recibido una consigna: no citó á Felipe á comparecer ante ella; pero decretó el arresto de todos los miembros de la familia de los Borbones, indistintamente.

El dia siguiente, Pache, otro franc-mason, hacia deber al principe desde la primera hora.

He aquí la carta escrita con este motivo por Felipe á sus colegas de la Convencion.

Paris, de la Alcaldía, 7 abril.

Ciudadanos, colegas míos:

Han venido á mi casa dos particulares, titulándose uno municipal, inspector de policia el otro. Me han presentado una requisitoria firmada *Pache*, para que me presentara en la Alcaldía. Les he seguido; se me ha exhibido un decreto de la Convencion, que manda el arresto de la familia de los Borbones. Les he requerido que suspendieran su efecto respecto á mí. Inevitablemente adherido á la República, seguro de mi inocencia, y deseoso de ver acercarse el momento en que mi conducta sea examinada y escudriñada, no habria retardado la ejecucion del decreto, si no hubiese creído que comprometia el carácter de diputado de que estoy revestido.

FELIPE IGUALDAD.

El ministro de la Justicia Gohier envió aquel mismo dia la carta á la Convencion, acompañándola de la siguiente misiva:

Paris, 7 abril.

Ciudadano presidente de la Convencion Nacional.

En cumplimiento del decreto de ayer que manda arrestar á Luis Felipe José Igualdad, se le ha conducido á la Alcaldía, para hacer en ella el reconocimiento de su persona.

Por el adjunto expediente, vereis que él considera el decreto como ajeno á su persona, vista su calidad de representante del pueblo.

Mi respeto á su carácter no me permite juzgar las dificultades, y me remito por esto á la Convencion.

El ministro de la Justicia, GOHIER.

Empeñóse una discusion. Los girondinos sobre todo estaban muy furiosos. Sabido es que fueron siempre los más encarnizados enemigos de Felipe Igualdad. En los primeros dias de la Convencion ya habian probado hacerle desterrar de Francia; pero sus colegas de la extrema izquierda habian logrado desbaratar esa tentativa.

Esta vez, los Montañeses, obedeciendo las órdenes secretas de la Masonería, votaron con los Girondinos.

Un solo diputado de la Montaña tomó, el 7 de abril, la defensa de Felipe. Pues bien; ¿sabeis quién era ese defensor? ¡Marat! Cosa notable, todos los adversarios del duque de Orleans eran franc-masones; Marat, su solo defensor, por muy exaltado que fuera, no pertenecia á la secta.

Marat invocó á favor de Felipe Igualdad la inviolabilidad parlamentaria. La Convencion no quiso oir nada, y dictó el decreto siguiente:

La Convencion Nacional, despues de oida la lectura de una carta del ministro de la Justicia, de un expediente de los administradores de la policia y de una

carta de Luis Felipe Igualdad, relativa á la reclamacion hecha por este ciudadano contra su arresto, fundándose en que no está comprendido nominalmente en el decreto de ayer, y que se encuentra en un caso particular como diputado, pasa á la órden del dia, motivada en que ha tenido á bien comprender al dicho Luis Felipe Igualdad en el decreto que manda el arresto de los Borbones.

Dos dias despues, el 9 de abril de 1793, el ex-Gran Maestro era enviado á Marsella para sufrir allí su detencion, esperando mientras tanto su sentencia.

El 10 de abril, es decir, despues de la partida del preso, el franc-mason Lahaye, en lugar del dictámen circunstanciado que habia prometido, leia en la tribuna, para justificar las medidas tomadas contra Felipe, una carta de un tal Anquelin, de Sééz, carta absurda que referia unas cuantas habladurías estúpidas de muchachas de posada.

Por lo demás, hé aquí la carta con todas sus majaderías:

5 abril 1793.

Si no os dí pormenores circunstanciados relativamente á Igualdad, débese á que no os instruia de su paso, sino porque yo le creia hombre de quien es prudente desconfiar hasta de las acciones que parecen indiferentes; por otra parte, yo no tenia certeza acerca de su viaje en Bretaña sino por el rumor público, que en este país no parece serle favorable, porque se le suponía ya ser el que fomentaba sucesos enojosos ocurridos aquí. A buen seguro no han ocurrido estos hechos por haberlos ocasionado su paso en Sééz, el 22 de marzo pasado, porque me he asegurado por una de las criadas del ciudadano Broquet, posadero de la fonda de Inglaterra en Sééz, donde se hospedó, que él habia dicho que iba á Alenzon para ver el departamento; dióse el nombre de ciudadano Jécamp, intendente de Igualdad. Por el informe que se me ha dado de su es-

tatura, de su rostro encarnado y granujiento, que he visto á menudo en Eu, no hay duda que es el mismo Igualdad padre. Invitó á su posadero á que fuera con él á Alenzon en su carruaje, porque, verosimilmente, era para anunciarle cerca de su cuñado Hommez, poco há procurador en Sééz, *hombre á propósito para serle útil*, atendiendo á que es actualmente miembro del departamentó en Alenzon; pero este particular no pudo acompañarle, porque se encontró precisado á ir con el destacamento de voluntarios destinado á Bretaña; entónces ignoro lo que pudo hacer nuestro hombre en cuestion.

Se hospedó en el hotel del Maure, en casa Bussy, en Alenzon, otro cuñado de nuestro miembro del departamento; pero puedo aseguraros que á su regreso por Sééz, el lunes 25, se hospedó en el mismo hotel que á su partida; y pasando por la plaza, le detuvo la guardia; entónces enseñó un pasaporte en el que constaba por Felipe-Primero Igualdad. Tocante á la conversacion que tuvo pasando por Sééz con el posadero, á quien hizo subir á su aposento y con quien bebió vino, le preguntó para saber qué se decia de él, si era amado en este país y si el pueblo estaria ó no contento de tenerle por rey. A lo cual le replicó que no tenia bastantes conocimientos para contestarle nada afirmativo.

Sin duda que Igualdad no habrá dejado de interrogar á los posaderos por donde ha pasado, no llevaba consigo más que un jóven de 14 á 15 años. Viajaba en silla de posta.

Firmado: ANQUELIN.

Lahaye, después de haber leído esta carta, declaró que no habia necesidad de mayores pruebas de culpabilidad y que aquella bastaba sobradamente.

Sabian perfectamente los convencionales francmasones que Felipe Igualdad, después de haber renegado de la secta, era á su vez rechazado por ella; tenían

la convicción de que el príncipe no había puesto los pies en Seéz, el 22 de marzo, y de que había pasado aquél día en París, pero le condenaron por obedecer á la consigna dada en las Logias.

Decretó la Convencion que los cuentos contenidos en la carta se comunicarian al tribunal de las Bocas del Ródano, pues se habia decidido que el acusado seria juzgado á doscientas leguas de París. En la capital era Felipe Igualdad demasiado popular, hasta después del regicidio; los francmasones esperaban que lo seria menos en una ciudad tan lejana.

Marat se dió cuenta de la infame comedia que allí se representaba, y, el 13 de abril, escribió una carta á la Convencion:

«Esta conjuración imaginaria, cuyo supuesto fin seria poner á Felipe de Orleans en el trono, es solo una fábula inventada para engañar al público.»

No obstante, desde algún tiempo, los francmasones de grados superiores, que formaban parte del Supremo Tribunal de la Orden, en el Gran Oriente, se manejan mucho. Habíase redactado un informe acerca de Felipe Igualdad sometido sucesivamente á los grandes dignatarios para que lo examinaran.

El 13 de mayo de 1793, se reunió el Tribunal Supremo.

El presidente leyó la carta del príncipe inserta en el *Journal de Paris* del 22 de febrero.

Oyóse en silencio la lectura.

El presidente provocó las observaciones, y continuó el silencio.

Entonces, los vice-presidentes, que llevaban los títulos de Muy Ilustrados Inspectores, quemaron inmediatamente, y en la misma sala de la reunion, el informe que habia circulado de mano en mano.

Concedióse enseguida la palabra al Gran Orador del Tribunal Supremo.

Con voz grave y solemne, pronunció estas palabras:
«—Propongo que el ex-Hermano Felipe Igualdad,

sea declarado dimisionario, no solo de su título de Gran Maestré, sino tambien del de Diputado de la Logia, y que además, *sea privado de la sociedad de las personas honradas.*

Estas últimas palabras son la fórmula de la condenación á muerte usada en las Logias.

Entonces, el Muy Perfecto Presidente dió en el altar tres golpes con el puño de la espada flamígera; era la señal del voto.

Al tercer golpe, todos los asistentes, sin pronunciar una palabra, levantaron su mano izquierda, indicando con este gesto que votaban la muerte.

El Presidente contó con una mirada las manos levantadas y vió que la mayoría de los presentes pronunciaba la condenación á muerte.

Los asistentes estaban en pié.

El Muy Perfecto Presidente tomó en el altar una espada de Maestro, que representaba simbólicamente la existencia de Felipe Igualdad; tomó dicha espada, levántola en el aire, y dijo con pausada voz:

«—¡*Tsedakaba!*» que significa: *Justicia.*

El Canciller Gran Secretario y el Gran Orador respondieron:

«—¡*Miskor!*» que significa: *Equidad.*

Finalmente, el Muy Perfecto Presidente puso la espada al través sobre su rodilla, la rompió y arrojó sus trozos en medio de la Asamblea.

«—¡*Amén!*» respondieron todos los asistentes.

A una señal del Presidente, todos á la vez, golpearon con la mano derecha sobre el antebrazo izquierdo nueve veces distribuidos de este modo: un golpe, tres golpes, cuatro golpes, un golpe. Esto se llama «*disparar una batería de luto.*»

Los Hermanos se retiraron en silencio; el duque de Orleans debia prepararse á morir (1).

(1) No se crea que inventamos algo. Esta sesión esta referida en la *Historia pintoresca de la Franc-Masonería*, por el H. Clavel, segunda edición (1843), paginas 239 y 240.

Sin embargo, los francmasones experimentaron de pronto un disgusto.

El jurado revolucionario de Marsella absolvió á Felipe Igualdad. Un informe del diputado Ruhl declaró que, en sus papeles, no se había hallado nada que pudiera comprometerle. Así que solo había que hacer una cosa: poner en libertad al acusado reconocido inocente de los crímenes que se le imputaban. Era esto un acto de justicia ordinario; pero la justicia de los Hermanos Tres-Puntos no se parece en nada á la justicia de todo el mundo.

El duque de Orleans, á pesar de su absolución, fué detenido en la cárcel, y, por órdenes secretas emanadas del Gran Oriente, el absuelto fué llevado á París bien escoltado.

Durante estos viajes de la víctima, la secta había tenido tiempo de escoger los jueces que debían condenarle. El Tribunal Revolucionario de París, ante el cual compareció el 6 de noviembre de 1793 el antiguo Gran Maestre, estaba compuesto de estúpidos, incapaces de ninguna idea de justicia.

Por mera forma se acusó á Felipe Igualdad de estar aliado con los Girondinos; de la misma manera se le hubiera podido acusar muy bien de haber robado la luna: ambas acusaciones hubiesen sido igualmente absurdas.

Para que no pudiera escaparse, la secta había preparado á la opinion pública, en París, para la idea del asesinato, supuesto jurídico, del príncipe. Habíanse publicado contra él las acusaciones más estúpidas, y, sin duda, habíanse servido para pagar á los autores de los folletos dirigidos contra él, de parte de los 400,000 francos que él había tan neciamente entregado al *Club de la Propaganda* para saldar los gastos de impresion de los *opúsculos incendiarios* redactados por los francmasones, sus antiguos hermanos.

¡Justa vicisitud de las cosas de este mundo! ó mejor dicho, terrible lección de la Providencia, que permite

que el mismo crimen suministre las armas para castigarle.

La condenacion del hombre destinado á la muerte por el Gran Oriente desde el 13 de mayo, estaba tan decidida, que ni siquiera se tomó la molestia de levantar contra él una acta cualquiera de acusacion.

Cuando Voidel, su defensor, preguntó de que se acusaba á Felipe, Fouquier-Tinville, que desempeñaba el empleo de fiscal público, no supo que responder, y, para salir del paso, hizo leer á toda prisa por el escribano el acta de acusacion de un asunto anterior, la del proceso de Vergniaud, Gensonné y otros, ejecutados algunos dias antes.

Voidel protestó, pero el Tribunal pasó adelante; no se molestaba por tan poco! Discutióse por mera fórmula.

Las preguntas que se hicieron al acusado parecen salir de la boca de hombres locos rematados.

Se le preguntó, por ejemplo:

—«¿No fué á consecuencia de una combinacion que vos, acusado, votásteis la muerte del tirano, mientras que Sillery, el marido de la maestra de vuestros hijos, votó sencillamente la detencion?»

Y esto:

—«Cuando fuisteis enviado á Marsella como detenido, ¿no era acaso por el hecho de una inteligencia con la faccion girondina?»

Y tambien:

—«¿Cómo es que, estando preso en Marsella en poder de los federalistas, se os dejara tranquilo por esos enemigos de los patriotas? ¿Cómo es que no os ajusticiaron?»

Al verse la víctima de esa sangrienta parodia de la justicia, el duque de Chartres, príncipe de Orleans, debió acordarse de la princesa de Lamballe, antigua Gran Maestra de la Masonería femenina, como él, Felipe Igualdad, era antiguo Gran Maestre de la Masonería masculina, de aquella jóven, la cuñada de su

mujer, á quien él no habia salvado, á quien habia él dejado matar en setiembre y cuya cabeza cortada habia ido á visitarle en el Palais-Royal, en el momento de sentarse á la mesa con su querida.

El acusador público no hizo citar un solo testigo contra él. Era inútil, porque su pérdida estaba resuelta.

Condenado á muerte por la mañana, pidió que le ejecutaran en el acto, yendo de este modo por sí mismo á la más pronta expiacion de sus pecados.

Habia tenido la dicha de encontrar en su cárcel á un sacerdote, encarcelado como él, el abate Lothringer, con quien se habia confesado. Reconciliado con Dios, y arrepentido de sus faltas cuyos resultados funestos veía, murió como hombre animoso y cristiano, el 6 de noviembre de 1793.



Asesinato de Pablo I, Czar de Rusia.



IV.

Pablo I, czar de Rusia.

Para desembarazarse la Franc-Masonería de Felipe-Igualdad, habia empleado una especie de juicio; en Francia deben conservarse siempre ciertas formas; en Rusia, país de los hombres más habituados á los hechos que á las palabras, no se anduvo la secta con tantos escrúpulos para suprimir al czar Pablo I, el 12 de marzo de 1801. Este príncipe era hijo de Catalina II, á quien los filósofos franceses, Voltaire el primero, habian apellidado la nueva Semíramis.

«Del Norte nos viene ahora la luz.» se decia.

En Francia, la Pompadour, inteligente y libertina, se habia mostrado la protectora de los enciclopedistas; en Rusia, Catalina II, que era tambien de las más disolutas, abrió sus estados á los franc-masones. Cuando vió, empero, lo que pasaba en Francia; cuando notó los resultados prácticos de las doctrinas de Voltaire y de sus amigos, cambió completamente de opinion y envió á Siberia á los sectarios que primero habia favorecido. Este cambio hácia el buen sentido ocurrió á fines de su vida.

Su hijo, Pablo I, fué enérgico á su vez y desde su advenimiento. Este príncipe era muy inteligente y bravo. Cuando jóven, Catalina habia permitido que se le iniciara, queriendo así dar prendas á los filósofos;

pero él, perspicaz, habia comprendido lo que se tramaba en las Lógias, y contribuyó á ilustrar á su madre acerca de los complots de la secta.

Cuando en el trono ya, trataron de engañarle, pero no lo consiguieron. Pablo I habia visto demasiado claro en el juego de esos hombres falsos, que no halagan una monarquía sino para mejor destruirla. Mantuvo los edictos de su madre que prohibian las Lógias; y hasta no contento de ser severo contra aquellos de sus súbditos reconocidos reos de afiliados á la Masonería, adoptó medidas concernientes á los franceses residentes en sus estados.

En 1793, despues de la muerte del rey de Francia, les puso en la alternativa de partir ó de prestar por escrito el juramento del tenor siguiente:

«Yo, infrascrito, juro ante Dios omnipotente y sobre su santo Evangelio, que, no habiéndome adherido jamás de hecho ni de voluntad á los principios impíos y sediciosos introducidos y profesados ahora en Francia, tengo al gobierno que se ha establecido allí como una usurpacion y una violacion de todas las leyes, y la muerte del rey cristianísimo Luis XVI como un acto de abominable perversidad y de traicion para con el legítimo soberano.»

El solo texto de esta declaracion indica las ideas que dominaban á Pablo I. Púsolas en práctica persiguiendo á los Hermanos Tres-Puntos, que preparaban la caida de todas las monarquías y favorecian con todo su poder, con sus aspiraciones, escritos, y por la traicion, los éxitos de los ejércitos de la Revolucion.

Renovó, con mayor energía que nunca, sus decretos contra los franc-masones. Cualquiera que intentara restablecer la Masonería en Rusia ó tomara parte en una reunion secreta, seria enviado á Siberia para acabar allí sus dias.

Los sectarios contestaron con el asesinato á esos decretos.

Para derribar á Pablo I se formó entónces una con-

juracion, á cuyo frente estaba uno de sus favoritos, el conde de Pahlen, gobernador general de San Petersburgo, y cuyos miembros principales eran el conde Passine, los hermanos Zonbof, los generales Benningesen y Ouvarof.

A esta criminal maquinacion se asociaron tambien algunos franceses. Cítase, especialmente, un franc-mason que tenia el grado de Caballero Kadosch, llamado Bazaine, quien no seria otro que el padre del famoso mariscal del segundo imperio, cuya lamentable debilidad fué la capitulacion de Metz. El conde Luis Felipe de Segur, el célebre diplomático, ha dejado por su parte fuertes sospechas de haber cooperado al crimen; es sabido que de Segur era uno de los jefes de la Franc-Masonería.

En aquel momento, parecia tener Pablo I el presentimiento de los peligros que le amenazaban, y sentíase traicionado por todas partes. Pérfidos consejeros le habian desviado de Rostopchine, que, sin embargo, le era adicto. Cuando el czar comprendió que era víctima de las personas que le rodeaban y la conspiracion se le presentó como cierta, escribió á Rostopchine: «Ven pronto, estoy perdido, no tengo confianza sino en tí.»

Rostopchine partió para San Petersburgo; pero llegó demasiado tarde para salvar á su amo y amigo.

Pocos dias antes de su muerte se encontraba Pablo I con Pahlen, cuando mirándole fijamente, le dijo:

«—¿Se quiere renovar hoy la revolucion de 1762?»

«—Yo lo sé contestó Pahlen; conozco el complot y formo parte del mismo.»

«—¡Qué! ¿Vos sois del complot?»

«—Sí, señor; pero para estar más al corriente y en mejor disposicion de velar por vuestra vida.»

Merced á su sangre fría, desvió Pahlen las sospechas que podian pesar contra él.

El 12 de marzo de 1801, Pablo hizo escribir á Berlin una nota en la que empeñaba al rey de Prusia á declararse inmediatamente contra Inglaterra.

Pahlen leyó la nota y le añadió estas palabras: «Su Majestad está indispuerto hoy. Esto podría tener consecuencias.»

Estas palabras y la audacia con que se escribieron en un documento diplomático destinado á conservarse, muestran que Pahlen, vendiendo á su patria, la Rusia, estaba de connivencia con la Prusia, una de las grandes potencias masónicas de entónces.

Aquella misma tarde, el jefe de los conjurados reunió á sus cómplices en su casa. A media noche, divididos en dos cuadrillas, fueron al palacio Miguel, especie de fortaleza, que era la residencia del czar.

La cuadrilla de Benningsen entró la primera y se dirigió al aposento del emperador; la de Pahlen quedó á retaguardia, dispuesta para acudir al primer llamamiento.

Pablo dormía, custodiado por dos soldados de confianza, que velaban en la puerta exterior de su dormitorio.

La cuadrilla, guiada por Benningsen, llega sin ruido, sorprende á los funcionarios, mata al uno y hiere al otro, que huye, derriba la puerta y se precipita al dormitorio del emperador.

Súbitamente, despertado por el ruido de la lucha, salta Pablo fuera de su cama, se precipita á su espada, y resuelto, heróico, hace frente á la multitud furiosa de los franc-masones que invaden la habitación.

«—¡Miserables! grita. Os introdujisteis aquí para asesinarne. Sois unos cobardes. Tendreis quizás mi vida; pero la venderé muy cara.»

Y héle aquí que se arroja intrépido sobre sus enemigos, semejante á un león sorprendido en su cueva por una manada de tigres.

Desconcertados de pronto por tanto valor, retroceden los conjurados; muy luego, empero, fiados en su número contra aquel hombre solo, apiñan sus filas, extienden hácia adelante sus largas espadas, estirados los brazos, y forman como un cerco de acero que

rodea al emperador y que avanza estrechándose.

Esta maniobra se hace en terrible silencio. Pablo dá saltos, pero no puede alcanzar á los asesinos. Y siempre el círculo mortífero se estrecha, infranqueable.

No piensa en pedir auxilio. ¿De qué le serviría? Comprende que está vendido. Reconoce entre los malvados que han jurado su muerte, oficiales y cortesanos en quienes habia creído poder contar.

Mientras tanto, todas las cuchillas criminales están á dos dedos de su pecho, como en aquel día mil veces maldecido en que recibió, jóven aún, la nefasta iniciación.

«—¡Cobardes, bandidos!» les grita.

Su espada le es inútil, ya no puede manejarla; no tiene la libertad de sus movimientos; está condenado á la impotencia. Y las armas de los asesinos le alcanzan, sin que él pueda resistir. Queda traspasado de todas partes, sucumbe.

Apénas se ha desplomado en la pared donde se apoyaba, los bandidos se arrojan sobre su cadáver palpitante. Pablo I ya no existe, pero ellos temen que resucite. Uno le aprieta el cuello para extrangularle; otro le hunde su puñal en mitad del corazón; un tercero le corta la arteria carótida.

El día siguiente se anunció en San Petersburgo que el czar habia muerto de un ataque apoplético fulminante.

Su cuerpo estuvo expuesto, segun la costumbre, vestido con su traje de uniforme. Sus manos mutiladas estaban cubiertas con guantes, y su rostro estaba casi enteramente tapado por una ancha corbata que le llegaba hasta la boca y por su sombrero bajado hasta los ojos.

Nadie, ni en Rusia ni en Europa, se engañó acerca del género de su muerte.

Obedeciendo á una consigna, algunos escritores franc-masones,—desmentidos, por lo demás, por los historiadores rusos,—han intentado crear una leyen-

da acerca de la muerte de Pablo I. El conde de Segur, entre otros, ha imaginado una narracion, desprovista de toda verosimilitud, en que los asesinos están representados como habiendo ido sencillamente á pedir al czar su abdicacion. ¡A media noche! ¡armados! ¡despues de haber hecho correr la sangre en la puerta del aposento imperial! Segun él, Pablo, espantado, habríase ocultado en una chimenea, donde se le habria descubierto y de la que se le habria sacado agarrándole los piés. Entónces se le habria intimado la abdicacion. Mientras tanto, la lámpara que alumbraba tal escena habria caido al suelo y habríase apagado, y en la refriega, el czar habria sido mortalmente herido. Es tan absurda esta leyenda, que para tomarla en sério se necesita estar dotado de prodigiosa candidez.

Los escritores adictos á la Franc-Masonería han intentado tambien hacer pasar á Pablo I por un soberano incapaz y déspota.

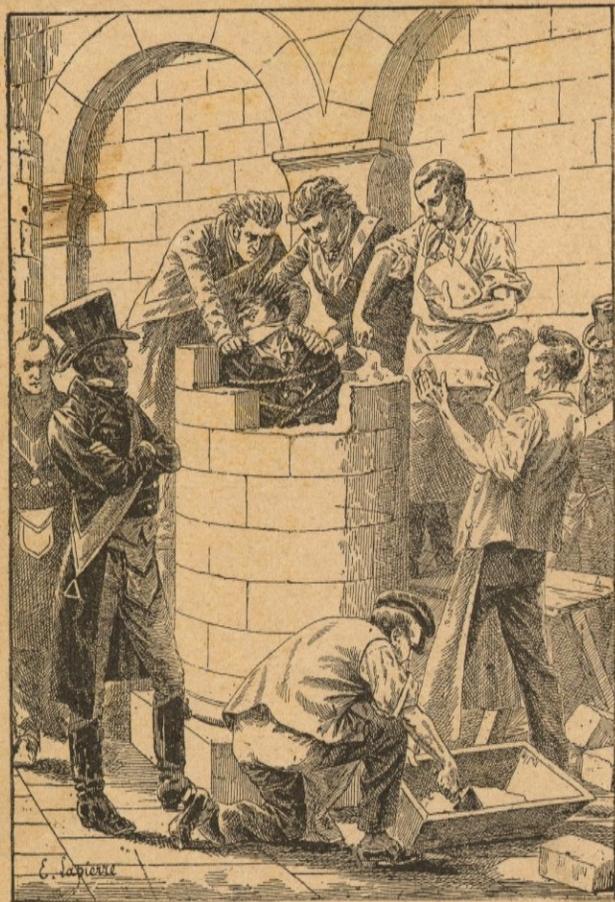
Los hechos prueban el grado de cinismo de sus mentiras.

Basta abrir la historia para comprobar que Pablo, bajo el punto de vista militar, fué el árbitro de los destinos de Europa en varias circunstancias graves; fijó por una ley las condiciones de la sucesion al trono de Rusia; dictó muchos decretos muy sabios. Mientras toda la Europa estaba estragada por la guerra, encontró medio de hacer en sus estados grandes trabajos públicos, tales como canales importantes.

Finalmente,—y por esto la secta, después de haberle asesinado, odia aún su memoria,—tomó tan bien sus medidas para extirpar la Franc-Masonería del imperio ruso y para impedir su vuelta, que desde entonces aquel país ha quedado cerrado á los Hermanos Tres-Puntos.

Hay muchos paises, sin contar la Francia, donde un hombre de Estado de empuje, como lo fué Pablo I, podria dar un grande y saludable escobazo.

¡Esperamos que será pronto!



Asesinato de Saint-Blamont.—El desdichado agente de policía, cogido, amordazado y fuertemente atado, fué enyesado, emparedado vivo en una de las anchas columnas en construcción.

V.

Saint Blamont y el general Quesnel

En 1815, la Franc-Masonería francesa conspiraba contra Luis XVIII y preparaba ora el nacimiento de una nueva República, ora más bien la vuelta de Napoleón al poder.

Este, en sus comienzos, había sido el instrumento de la secta. Mucho antes del 18 de Brumario había soltado prendas de sus ideas masónicas.

Hombre de confianza del H.: Robespierre, habíale debido el comienzo de su fortuna, recibiendo, con el mando en jefe de artillería, la dirección efectiva del ejército que sitiaba á Tolon.

Puesto luego al frente del ejército de Italia con Robespierre el joven, tenía con él lazos tan íntimos, que el convencional le había ofrecido el mando del ejército de París, en lugar de Henriot, y después del 9 thermidor, fué encerrado durante diez días.

Los regicidas de la Convención espantados por el levantamiento popular, pidieron su socorro, el de Bonaparte, el 13 vendimiario.

Su conducta, como general, había estado siempre conforme con los planes de la Masonería.

Quando la campaña de Italia, atacó por primera vez el poder temporal del Papa.

«Mi opinión, escribía al Directorio, después del tra-

tado que desmembraba los Estados Pontificios, es que Roma, una vez privada de Bolonia, Ferrara, la Romagna, y de los treinta millones que le quitamos, ya no puede existir; esta máquina vieja se echará á perder por sí sola.»

En Egipto, jactábase Bonaparte cerca de los musulmanes, de haber hecho la guerra al Papado.

«¿Acaso no he sido yo, escribía en su proclama, quien he destruido al Papa y que decía que era necesario hacer la guerra á los musulmanes? ¿No soy yo quien ha destruido á los caballeros de Malta, porque los insensatos creían que Dios quería que hicieran la guerra á los musulmanes?»

Y todo esto no era sino hipocresía masónica, según él mismo Napoleon lo decía después en Santa Elena: «Esto era charlatanismo, pero del más subido.»

Los sectarios sabían pues muy bien que alzando á Bonaparte al trono, coronaban al verdugo de la Masonería contra los Reyes y los Pontífices.

Fuera de esto, á última hora, habia dado á los Hermanos y amigos una prenda decisiva asesinando al duque de Enghien.

«Se quiere destruir la Revolucion, decía á sus familiares, la noche del crimen declarándose mis enemigos personales. Yo la defenderé, porque yo soy la Revolucion, yo, yo! Desde hoy lo pensarán mejor, por que se sabrá de que somos capaz.» (1)

El reinado de Napoleon fué la época más brillante de la Masonería.

«Cerca de mil doscientas Logias, dice el antiguo secretario del Gran Oriente, el H.: Bazot, existían en el imperio francés, en París, en los departamentos, en las colonias, en los países reunidos, en los ejércitos, los más distinguidos funcionarios públicos, los mariscales, los generales, una multitud de oficiales de todos

(1) THIERS.—Historia del Consulado y del Imperio.

grados, los magistrados, los sabios, los artistas, el comercio, la industria, casi toda la Francia, en sus notabilidades, fraternizaba masónicamente con los masones simples ciudadanos; era aquello una iniciación general.

«Lo que Napoleon hacia en Francia para el sostén de la Revolucion, hacíalo en toda Europa, en todas partes á donde llegaban sus armas.

«Derrumbamiento de las dinastías nacionales, igualdad de los cultos, expulsion de los religiosos, venta de los bienes eclesiásticos, reparto forzado de las sucesiones, abolicion de las corporaciones obreras, destruccion de las provincias y de las libertades locales: hé aquí lo que hacia él mismo en los países que reunía directamente al Imperio, ó lo que mandaba hacer por los reyes vasallos implantados en España, Nápoles, Italia, Holanda, Wersfalia y Polonia.

«En 1809, coronaba su tarea destruyendo el poder temporal del Papa y procurando reducir en todas partes la Iglesia católica á la categoría miserable de una Iglesia rusa, ese sueño siempre perseguido por los hábiles de las sociedades secretas» (1).

Precediendo á Napoleon, durante toda la primera parte de su reinado, hasta 1809, las Logias Masónicas de los países en lucha contra Francia allanaban por la traicion el camino de la victoria.

«El gobierno imperial habia alentado la formacion de Logias militares, dice el H.: Clavel y pocos regimientos habia en los que no hubiese agregado un Taller masónico. Cuando las tropas francesas se posesionaban de una ciudad, sus Logias escogían allí un local y se dedicaban á dar la iniciación á los habitantes que les parecían más influyentes de la poblacion. Estos á su vez, abrian Logias y las hacían constituir por el Gran Oriente de Francia. Cuando luego esas Logias

(1) *Las Sociedades secretas*, por el P. Deschamps y M. Claudio Jannet.

llegaban á ser bastante numerosas, formaban un Gran Oriente nacional, que se afiliaba al de París y recibía su impulso.»

Se ve pues cual era la utilidad de esas Logias tanto para consolidar la victoria cuanto para reservarse inteligencias entre el enemigo, en caso de retirada.

La Franc-Masonería consideraba á Napoleon como su ministro, encargado de derribar todas las nacionalidades de Europa. Una vez desbrozado el terreno, la secta esperaba fundar una república universal.

A contar de 1809, comprendió que el Emperador trabajaba sobre todo para satisfacer su ambición personal y se había servido de la Orden como de un instrumento de dominación; así que, le abandonó primero, le combatió despues, y, cuando le vió á punto de sucumbir, se inclinó servilmente ante Luis XVIII, esperando que este monarca se haría también el humilde servidor de las Logias.

No sucedió así, y la secta empezó otra vez á conspirar á más y mejor, deseando establecer en Francia ya una república, ya un nuevo imperio de Napoleon, al que se impondrían previas condiciones. En estas circunstancias se cometió el asesinato misterioso del general Quesnel. Este crimen fué uno de los episodios de la lucha de la secta contra Luis XVIII, á favor de Napoleon que estaba entonces en la isla de Elba.

El general Quesnel era un brillante militar, que tenía una excelente hoja de servicios.

Hijo de un carretero de la corte, que tenía regular fortuna y que la Revolucion arruinó, había recibido una instruccion magnífica y primeramente había querido hacerse comediante. Representó en el teatro Molière, despues en el teatro Francés, donde trabó íntima amistad con Talma; lo que fué para él una buena recomendacion, cuando se decidió á entrar en la carrera militar.

Sirvió primero en la guardia imperial, y, durante las guerras de España, se distinguió á las órdenes de los generales Soult y Suchet.

Nombrado mariscal de campo, pasó en 1812 al Gran-Ejército y fué hecho prisionero en la retirada de Rusia. Llevado á la Ucrania, estuvo allí hasta la paz general de 1814.

La generosidad del emperador Alejandro le concedió la autorizacion para volver á Francia y vino á París.

Aquí encontró á toda su familia adherida á la causa de los Borbones. Contrarióle vivamente; porque, como muchos otros militares, era adicto á la causa de Napoleon. Como la mayoría de los generales de aquella época, era francmason. Frecuentó continuamente las Logias y tomó parte en sus esperanzas y proyectos.

Se le conocía por hombre lleno de valor y decision, y contaban con él para el día en que se necesitara dar un golpe de mano.

Mientras tanto, el general se dejó presentar á Luis XVIII. Este rey, que era profundo político, pensó que le sería útil atraerse á Quesnel, cuyo valor era notorio; dispensóle pues excelente acogida y hasta le condecoró con la cruz de San Luis. Desde entonces el general cambió completamente de opinion y se convirtió en ferviente realista.

Algunos días despues, dió la prueba de su adhesion al nuevo régimen, hé aquí en que circunstancias.

Celebrábase una reunion en Saint-Leu, en casa de la reina Hortensia, á la que asistía Quesnel, y en la que se bebió á la salud del emperador Napoleon. Negóse á ello el general, declarando con la mayor franqueza que acababa de prestar juramento al rey Luis XVIII, y quería permanecerle fiel.

Esta noble declaracion, hecha en un centro esencialmente revolucionario, supónese que llegó inmediatamente á conocimiento de los gefes de la Franc-Masonería quienes decidieron en consecuencia desahacerse lo más pronto posible de un hombre que sabía sus secretos, sus proyectos, y que, con su valor, podía convertírseles en adversario terrible. No obstante,

continuaron aparentándole buena amistad en las reuniones de la secta, y el general por su parte, continuó frecuentándolas.

De repente en los primeros días de febrero de 1815, París supo un acontecimiento extraordinario: habíase sacado del Sena, en el puente de Saint-Cloud, el cadáver de un militar cosido á puñaladas. Habíase detenido el cadáver en tres redes que obstruían el río en aquel sitio, y se reconoció ser el general Quesnel, desaparecido ocho días antes de un modo misterioso.

Encontráronse en los vestidos de la víctima una cantidad muy crecida de dinero, su reloj y varias halajas; además en su habitación habían quedado intactos cuarenta mil francos en especies. Quedaba, pues, demostrado que no había sido el robo el móvil del crimen.

El público quedó fuertemente conmovido por tal asesinato, y las suposiciones se abrieron paso.

La opinión más admitida, fué que el general pasaría de noche por el puente de las Artes, le atacarían enemigos políticos, quienes, después de haberle muerto, le habían arrojado al río.

Así las cosas, las revelaciones póstumas de un moribundo aclararon este lúgubre asunto, y mostraron como debía imputarse á los sectarios de la Franc-Masonería, y como lo habían ejecutado.

Dos ó tres meses después del asesinato, cuando ya la política perdía la esperanza de coger á los asesinos, cuando el público, después de aburrido en gran manera, comenzaba á no ocuparse ya en esto, murió un hombre en Lausanne (Suiza).

Este hombre era desconocido en el país; hacía poco tiempo que había llegado allí, y estaba poseído de profunda tristeza. No hablaba con nadie, pasaba el tiempo solo, enflaquecía y palidecía visiblemente. Suponíase que no llevaba su verdadero nombre, sino otro prestado.

Todas estas observaciones, y las habladurías á que

daban pié, comenzaban á crear una leyenda en torno de aquel desconocido de carácter sombrío, cuando casi repentinamente murió, roído, matado—esto era evidente para todos—por un secreto pesar.

Aquel hombre dejaba un manuscrito, su confesión, en el cual refería los hechos siguientes:

Poco tiempo antes vivía en París; se había hecho afiliado en la Franc-Masonería y frecuentaba asiduamente las Logias.

Encontróse en ellas con el general Quesnel, cuyos bellos antecedentes militares, el valor, en fin todas las cualidades le complacieron mucho, hasta convertirse en dos íntimos amigos y comer á menudo uno en casa de otro.

El mismo día en que el general debía ser asesinado, cenaron juntos los dos amigos.

Durante la comida, Quesnel explicó como se encontraba muy contrariado por la decisión que poco antes había tomado la Franc-Masonería de derribar el gobierno de Luis XVIII, y dudaba que el complot fuera legítimo.

Hallábase indeciso entre su juramento de fidelidad hecho al Rey y su juramento de obediencia hecho á la Orden, y preguntábase si lo que había prometido, jurado á sus asociados, era justo, y si no era más criminal, manteniendo su juramento y cumpliéndolo.

Recordaba lo que había hecho en la reunión de Saint-Leu, en casa de la reina Hortensia, donde había dado públicamente su adhesión al gobierno de Luis XVIII; por consiguiente ¿podía trabajar él con los Hermanos y amigos para derribarle?

Al propio tiempo, el general estaba triste y preocupado por fúnebres presentimientos. Veía centelleos y oía un ruido particular que, en su país, decía él, lo llama el pueblo *el campaneó de los difuntos*.

Indignóse su amigo al verle entregarse así á temores supersticiosos. ¡Cómo, él, un militar, un valiente, se dejaba abatir por temores quiméricos, por imagina-

ciones sin fundamento, por consejos estúpidos que buenas mujeres medio locas le habían contado cuando niño!

Y diciéndole esto, el amigo, estaba obligado á forzar su voz á tomar el tono jocosó, dar á su rostro la expresion de la jovialidad; porque sabia que el general habia sido condenado ya por el Supremo Consejo de la secta, y tenia varias razones para temer que él mismo seria escogido, él, amigo íntimo de aquel valiente soldado, para asesinarle cobardemente.

El fanatismo masónico es una cosa muy rara, ya que puede de este modo transformar un amigo, otro tiempo sincero, en un asesino vil é hipócrita.

El perfecto francmason no tuvo el valor de decir á Quesnel:

—Los hermanos y amigos os han condenado; quieren mataros; quizás, esta misma noche, van á mandarme que os asesine yo mismo; salvaos, huid de París, cambiad el nombre; salid de Francia, buscad un país en cuyas fronteras se acabe el poder de la secta, y haceos olvidar!

Aquel hombre no tuvo este valor; pero probó, sin comprometerse demasiado, sin indicar las razones que le inducian á hablar de aquel modo, probó el evitar que el general saliera de su casa para ir á la sesion de la Lógia, á la que estaba convocado.

«—Os confieso, le dijo, que en vuestro lugar, y enfermo como pareceis estarlo, iria á acostarme, porque os amenaza una enfermedad.»

«—Efectivamente, respondió Quesnel, tengo deseos de hacerlo; una voz interior me impele á que lo haga; pero no sacaré nada de esto. Quiero ir á ver á nuestros Hermanos, á fin de despedirme de ellos, porque será por última vez.»

Estas palabras: «será por última vez» las pronunció con tono tan lúgubre, que hizo estremecer al falso amigo. El general acababa de pronunciar la profecia de su próximo fin.

En esto, salieron para ir al local de la Lógia. Los conjurados se reunian entónces en una parte inexplorada de las Catacumbas que se extienden debajo de París y del campo que le rodea, á orilla izquierda del Sena. Aquellos subterráneos son vastos y compuestos de largos corredores que se cruzan en todos sentidos en un dédalo inextricable, y de especies de salones que se han encontrado formados en los sitios de donde los canteros sacaron grandes moles de piedra.

Bajábase á la caverna que servia de sala de reunion á los franc-masones por la bodega de una casa particular.

Quesnel y su amigo se encaminaron juntos hácia dicha casa, y, por uno ú otro pretextó, se encontraron separados momentáneamente: ántes que terminara la noche debian encontrarse reunidos; ya se verá de qué terrible manera.

Aquella velada debian admitirse tres profanos para la iniciacion al grado de Aprendiz.

Entre los tres postulantes encontrábase un agente de policia real, que, deseoso de penetrar los secretos de los conspiradores, habia solicitado ser recibido mason. Habíase presentado con el nombre de Saint-Blamon, que era, muy probablemente, un nombre supuesto.

¿Cometió alguna imprudencia el agente demasiado celoso? ¿Dejó traslucir su designio de coger á los secretarios en fragante delito de conspiracion? ¿O quizás su calidad de polizone fué para él una sentencia de muerte? Se ignora. Lo cierto es que el asesinato fué decidido por los Hermanos de la Lógia, luego que supieron con quién se las habian, y ántes de su recepcion en la secta.

Hiciéronle sufrir las pruebas ordinarias del grado de Aprendiz, como si tal cosa, en compañía de otros dos recipiendarios.

Dióse la luz á los tres neófitos (esta es la expresion consagrada). Despues, los dos nuevos masones que

habian sido iniciados con Saint-Blamont fueron invitados á retirarse; quedóse solo el agente, habiéndole declarado el Venerable que la Lógia queria hacerle una comunicacion particular.

Entónces cambió la escena.

Dijose á Saint-Blamont que sabian quién era, por qué habia pedido su admision en la Masonería, que no habia entrado allí sino con la intencion de vender á sus nuevos Hermanos y que, pronunciando su juramento de obediencia, era ya perjuro en su corazon y traidor á la Orden.

Luego que le hubieron convencido de su impotencia; luego que le hicieron ver que no era más que un espía y que la policia no podia salvarle, se le condenó á morir en virtud del juramento que entónces mismo acababa de prestar.

Luego de pronunciada su sentencia, se precipitaron sobre él, y no obstante su desesperada resistencia, atáronle con fuertes cuerdas de modo que no pudiera moverse y despues le amordazaron.

Como hemos dicho ántes, tenia lugar la recepcion en una cueva abierta en las Catacumbas. Además, en aquel lugar se hacian entonces importantes reparaciones; probablemente se la transformaba al objeto de las iniciaciones de los grados capitulares de Real-Arco y Gran Escocés de la Bóveda Sagrada.

Cinco fustes de anchas columnas subian desde el suelo hasta la bóveda, á distancias desiguales, viéndose de trecho en trecho algunos sin acabar, que no se elevaban más que á un metro ó á metro y medio del suelo y estaban huecos.

Cogieron á Saint-Blamont y pusieronle de pié dentro de uno de los pilares huecos.

Mientras que algunos Hermanos sostenian al desdichado, que aferrándose con rodillas y codos en su estrecha prision, intentaba salir de ella, otros miembros de la Lógia trajeron mortero y piedras y continuaron levantando la columna alrededor del hombre metido

dentro. Cuando Saint-Blamont comprendió á qué muerte espantosa se le destinaba, redobló los esfuerzos para librarse.

A pesar de la mordaza que le tapaba la boca, oyéronse salir gritos ahogados de su garganta, dejando adivinar las imprecaciones que salian de sus labios; todo su cuerpo se estremecia con sacudidas de furor.

Piedra sobre piedra, la columna subia; muy pronto no se vieron ya más que los hombros del desgraciado; gemidos semejantes al estertor de la agonía morian en su cuello; por encima de la mordaza, sus ojos, ensanchados por el espanto, tomaban horrible fijeza; su frente estaba cubierta de frío sudor, y sus cabellos estaban horriblemente erizados.

Piedra sobre piedra, la columna subia hácia el techo, muy luego desapareció el rostro de la víctima, y ya no se oyeron sino suspiros ahogados que cesaron casi al instante.

El desgraciado agente de policia habia sido emparedado vivo.

El amigo del general Quesnel habia presenciado el espantoso suplicio, y le llamaron.

Siguió al que habia ido á llamarle temblando por la emocion que le causaba el castigo del traidor.

Llevósele á otra gruta de las Catacumbas, donde estaban ya otros dos francmasones y el presidente de uno de los Areopagos de Caballeros Kadosch de París.

Este les dirigió la palabra diciendo:

—«Hermanos, esta noche será sangrienta. Se necesitan dos víctimas para nuestra seguridad. Una acaba de sufrir las leyes de nuestra justicia inflexible, la otra debe morir sin previo aviso. Razones de elevada política no permiten que esta sea condenada al mismo suplicio. Os espera un carruaje; vosotros subireis al mismo con el culpable, á quien reconocereis por su traje, que es azul y por una condecoracion. Será el único que no traerá máscara. Fuera de esto, los tres sabeis su nombre, y se os dirá al partir. Hermanos

míos, el que vacilare en matarle, debe esperar á morir en su lugar. Si perdonáramos dejaríamos de existir. Este segundo traidor ha resuelto denunciarnos mañana; y lo haría. Prevenir esto no es venganza, sino necesidad. Id, Hermanos, trabajad en interés común de la sociedad y de la Patria.»

Para dar fuerzas á los tres «ulcionistas», trájose una botella de vino de Lunel.

Dos de los asesinos designados bebieron cada uno dos grandes vasos de aquel vino; el tercero, el que era el amigo del general Quesnel, se contentó con mojar-se en él los labios.

El presidente del Areopago de los Kadosch se asombró de su sobriedad y le empeñó vivamente á que bebiera «para darse ánimo al vientre.»

En realidad de verdad lo necesitaba. El acto criminal á que se preparaba le daba una atroz calentura, y decidió tomar una limonada,

Corrieron á buscarla y le trajeron un vaso lleno.

Bebióla con tanta avidez el asesino que una gota entrada en la laringe le provocó violenta tos, haciéndole vomitar con prontitud todo lo que habia bebido.

En el mismo instante anunciaron que el coche y el general Quesnel esperaban en la calle. Con este anuncio supieron los tres asesinos el nombre de su víctima.

Con el ala del sombrero caida sobre el rostro, un cuchillo sólido oculto debajo de la capa, los «ulcionistas» subieron la escalera que les condujo á la bodega, despues á la puerta de la casa por la cual se salía del local masónico.

En la calle habia un coche parado dentro del cual estaba el general Quesnel que no sospechaba nada. Los asesinos subieron, sentándose á su lado uno de ellos, y enfrente los otros dos.

El coche, cuyo conductór era un conjurado, voló al punto hácia el Sena.

El general podia creer que volvía á su casa, porque el coche habia tomado la direccion de su domicilio.

Por otra parte, podia suponer completamente que sus compañeros, uno de los cuales era conocido suyo, volvieran tambien á sus domicilios, tambien en la orilla derecha y que atravesarían muy pronto el río en el primer puente que encontrarán.

Caminando, hablaron de cosas indiferentes.

Llegados á los muelles desiertos en aquella hora, los asesinos se echaron juntos sobre el general y le acibillaron á cuchilladas. Tan sorprendido quedó, que ni siquiera tuvo tiempo de pensar en defenderse. Hizo algunos movimientos instintivos para luchar; pero los asesinos iban con tales ánimos que en un instante quedó muerto y su cuerpo se desplomó inmóvil.

Al punto, sin perder tiempo, abrieron los asesinos la puerta del coche que se habia parado cerca del puente de las Artes, sacaron el cadáver y sosteniéndolo por los piés y los hombros, lo arrojaron al Sena.

Luego que le vieron desaparecer debajo del agua, se apresuraron á volver á su domicilio para lavar sus manos tintas en sangre y quitarse sus trajes manchados.

Fuéronse á pié; solo uno de ellos; juntos, los demás. Entre estos últimos estaba el ex-amigo del general Quesnel, el que, antes de partir, habia bebido la limonada, vomitándola casi al instante.

Apenas entrados en su aposento, su compañero,— uno de los que habian apurado dos vasos llenos de vino de Lunel,— vaciló y se vió obligado á sentarse. Invadióle un sudor frío, y brilló terrible fuego en sus ojos.

—«Estoy envenenado, dijo; el que se ha separado de nosotros lo está tambien, y vos como nosotros.

—«¿Qué! ¡tantos criménes! y ¿por qué?

—«Ahora lo veo claro; estos criménes son necesarios á la seguridad de nuestros jefes. Nosotros no somos más que instrumentos... ¿Adónde vais?

—«Buscar socorro.

—«Es inútil. No os ocupeis de mí; es demasiado tarde, pensad en vos.»

El infeliz expiró pocos momentos despues.

El que no habia conservado en el estómago más que un poco de limonada, se libró con algunos cólicos.

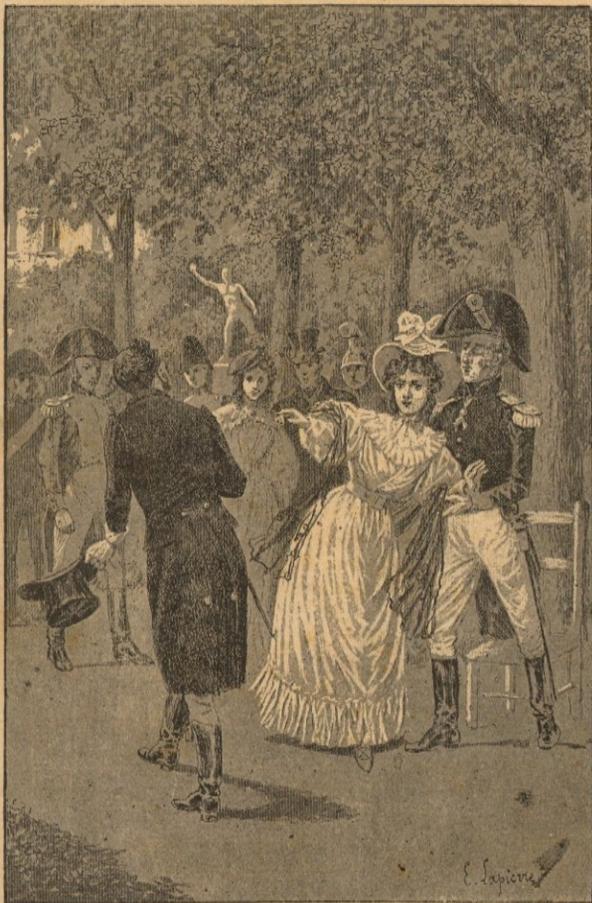
Luego que estuvo mejor, comprendió que lo más prudente era salir de París y de Francia, pára ponerse á seguro no tanto de las pesquisas de la policia como de los tiros de los buenos Hermanos Tres-Puntos que, después de haberle hecho el asesino de su íntimo amigo, habian procurado envenenarle.

Antes de realizar su proyecto de partida, se informó de lo sucedido al tercer cómplice, el que se habia ido solo á su casa. No habia ido muy lejos. Un ataque de apoplejía fulminante (?) le habia dejado muerto repentinamente á dos pasos de su domicilio.

El sobreviviente de este horrible drama no pidió más pormenores; partió inmediatamente para Suiza y de un tirón no paró hasta Lausanne.

La policia no le descubrió; pero el remordimiento de su execrable delito se encargó de castigarle, y le mató en pocos meses con la más espantosa y lenta muerte.

Tuvo tiempo de confiar al papel la confesion que se acaba de leer, destinándola á servir de leccion á los que no saben que la Franc-Masonería es el más cruel de los déspotas para los que tienen la desgracia de sentar plaza en sus Logias.



La duquesa de Berry, al encontrar al duque Decazes en el jardín de las Tullerías, se echa en brazos del conde d' Artois, y grita, señalando con el dedo al gran maestre de los Francmasones: « ¡Este es el asesino, este! »

VI.

El duque de Berry.

A los príncipes y á los soberanos les han salido siempre mal las cuentas, afiliándose á la Franc-Masonería. Quisieron servirse de ella como ayuda de su ambicion pero no fueron sino sus instrumentos y sus engañados; ó bien creyeron en su juventud que el mero hecho de aceptar ellos la afiliacion no era cosa de ulteriores consecuencias, y en un momento dado tomaron por sinceras las protestas de abnegacion que se les prodigaban y creáronse enemigos mortales el dia en que comprendiendo que habian sido engañados, retiraron á las Logias su proteccion oficial. Felipe Igualdad, en Francia, y Pablo I, en Rusia, son sorprendentes ejemplos de esto. Lo mismo sucedió con el duque de Berry que se habia dejado alistar en la secta, y cayó bajo el puñal de Louvel, el 13 de febrero de 1820.

Los Hermanos Tres-Puntos lo habian hecho todo para impedir la restauracion en Francia de un príncipe de la casa de Borbon. En 1815, en las dolorosas horas de la invasion, los gefes de la Orden fueron al campo de los aliados invasores y les pidieron un rey que no perteneciese á la antigua casa de Francia. Por dos veces pidieron por soberano al príncipe de Orange, un holandés, proponiendo apoyar esta usurpacion en las ciento treinta mil bayonetas extranjeras que ocu-

paban la Francia. El autor de esta pretension, anti-nacional era el H.: Teste quien, durante los Cien Dias, habia detenido en Tolosa al duque de Angulema, y habia sido investido en Lyon por Napoleon, de las funciones superiores de policia (1).

Viendo la Franc-Masonería que no podia llegar á sus fines, aparentó adherirse á la restauracion de un Borbon en Francia, pero empleó todos sus esfuerzos en disminuir cuanto pudiera su autoridad y rebajarlo al nivel de habilitado principal de la Nacion. Por la influencia del H.: de Talleyrand y del H.: Dallery, que desde algunos años le habian separado de Napoleon y se habian hecho nombrar precisamente miembros del gobierno provisional, la secta influyó en los consejeros del czar Alejandro, y estos impusieron á Luis XVIII el régimen constitucional y la Carta por cuyo medio se encontraron conservados en Francia los principios masónicos. La igual proteccion á todos los cultos que se encontraba estipulada en ella, rebajaba á la Iglesia católica al nivel de la secta de los Teofilántropos, y la ponía bajo la dominacion del Estado. La Realeza estaba limitada al poder ejecutivo; la Cámara era el verdadero poder. Los robos cometidos durante la Revolucion eran reconocidos como bases de la nueva propiedad, en provecho esto de los francmasones, espoliadores de los bienes de los nobles emigrados ó guillotinos, y contra la opinion de la mayoría de Francia. Esta constitucion, según la frase de M. Thiers, «habia salido de las mismas entrañas de la Revolucion.»

Al abrigo de esta carta monárquico-republicana, renovó la Masonería todas las tácticas que habian producido la primera Revolucion. Los agitadores se sirvieron de la prensa, de la tribuna, de los tribunales y

(1) El P. Deschamps; M. Claudio Jannet, Eckert.

de las asociaciones para atacar y calumniar al gobierno del modo más audaz é infame, en una palabra, para suscitar y organizar la Revolucion. Hízose evidente que la existencia de aquella monarquia de nombre era un imposible. Un rey al frente de una constitucion republicana no es sino una contradiccion insostenible, ó el conjunto de dos contrarios, de los cuales el más osado debe, tarde ó temprano, derribar al otro (1).

Esta era la situacion de Francia durante la Restauracion: de un lado, el partido nacional y monárquico, cuyo verdadero representante era, no Luis XVIII, sino el duque de Berry; de otro lado, el partido antinacional y revolucionario, que era la Franc-Masonería, que tenia por agente principal al duque Decazes.

El objeto inmediato de la secta era «conservar la monarquía, á lo ménos en la forma; crear por eleccion un rey constitucional que, saliendo así de las filas del partido revolucionario ó de la Masonería, le sirviera de instrumento en el gobierno que habria conquistado» (2). El duque de Berry era hombre demasiado honrado, francés harto leal, soldado asaz bravo para desempeñar semejante papel, y por esto fué asesinado.

Los HH.: de Talleyrand y Fouché, impuestos como ministros á Luis XVIII, se habian valido de todos los medios para reunir alrededor suyo, en 1815, una asamblea compuesta de franc-masones; pero la Francia habia desbaratado sus intrigas. Habia escogido para representarla cerca de su rey, la flor y nata de sus ciudadanos y propietarios. Independientes por su posición, fortuna y carácter, adictos á la monarquía; pero adversarios ilustrados de la concentracion y de la omnipotencia ministerial, aquellos diputados, verdaderos franceses de raza, no estaban dispuestos á inclinarse ante el espinazo de los Hermanos Tres-Puntos. Los

(1) Eckert.

(2) Eckert.

ya curtidos del ministerio, lo vieron y se fueron. «Habían comprendido que con semejante Cámara, la religión, la autoridad, todas las libertades públicas, la patria, en una palabra, devueltas á sí mismas, iban á asentarse otra vez sobre sus bases, y que todo se habia acabado, si durase algunos años solamente, de los planes masónicos y de los triunfos revolucionarios. Retirándose, se habian escogido, pues, para salvar la Revolución un sucesor probado en las Tras-Logias, ménos conocido que ellos, y á quien le era más fácil disfraczarse y tomar todas las formas y á quien las Logias de todos los ritos habian proyectado establecer su Gran Maestre, ó supremo poder; Decazes, para nombrarlo por su nombre (3).

En 1820 era éste un hombre de unos cuarenta años. Había nacido cerca de Libourne, y habia sido sucesivamente abogado, empleado en el ministerio de la Justicia bajo el Consulado, juez en el Tribunal del Sena, consejero en el Tribunal Imperial en 1806, consejero íntimo en La Haya del rey Luis Bonaparte, finalmente, hasta el fin del Imperio, secretario de las Ordenes de la Reina Madre. Bajo la Restauracion, obedeciendo á necesidades del momento, vistió el hábito del realista, y despues de Waterloo, fué prefecto de policía de Luis XVIII. El 24 de setiembre de 1815 entró en el ministerio como ministro de la Policía General, y, á contar de aquel dia, fué el hombre de confianza, el *alter ego* del soberano.

Era flexible, adulador, hipócrita, hablador hábil. Estaba sostenido por mil apoyos secretos, que encontraba en las Logias. Su fortuna habia aumentado, sobre todo desde su matrimonio, en 1805, con la hija del conde Muraire, uno de los miembros más influyentes de la Franc-Masonería bajo el Imperio. El conde Muraire le habia hecho nombrar juez en el Tribunal del

(1) P. Deschamps y Claudio Jannet.

Sena (1). Como primera prenda de fidelidad dada á la secta, llegado Decazes al ministerio, obtuvo de Luis XVIII el célebre decreto del 5 de setiembre de 1816, por el cual quedó disuelta la Cámara que, viviendo poco más, hubiera reconstituido la Francia. El H. Decazes subió de favor en favor, hasta el asesinato del duque de Berry, en que, segun la expresion de Chateaubriand, «los piés le resbalaron en la sangre.»

El representante y el jefe de la Revolución era un legista; el heredero de los Borbones era un soldado. Arrojado en 1789, cuando contaba apénas doce años de edad, á los peligros y viajes de la emigracion, hizo sus primeras armas en el cuerpo de ejército que atacó á Thionville, en 1792. Despues, en el ejército del príncipe de Condé, mandó desde fines de 1794 hasta 1797 un pequeño ejército de caballería y se batió muy á menudo, personalmente, como un simple soldado. Viajó en Italia, Inglaterra, Escocia, Suecia, y en 1814 entró otra vez en Francia por Normandía. Educado por la desgracia, procuró captarse el corazon de los soldados. Mezclábase en sus grupos y hablaba con ellos familiarmente. Habiéndole algunos dado á conocer francamente la adhesion que conservaban para Napoleon, les preguntó la causa de este fiel cariño despues de las mayores desdichas, y ellos le contestaron: «Es porque nos hacia alcanzar victorias.—Lo creo muy bien, replicó bruscamente el príncipe, con hombres como vosotros poco le costaba».—La réplica fué muy aplaudida y contribuyó á su popularidad, que aumentaba de dia en dia, con grande enojo de los revolucionarios.

Tan afable era con el pueblo como con los soldados. Contábanse de él rasgos hermosísimos. Yendo un dia

(1) El conde Muraire era desde 1804 miembro del Supremo Consejo del Rito Escocés. El duque Decazes era entonces Caballero Kadosch; entró en el Supremo Consejo y fue muy luego elegido Gran Maestre (el 13 setiembre 1818). Dejó la Gran Maestría el 4 de mayo 1821; pero 17 años despues fué reelegido Gran Maestre, el 2 de Junio de 1838, y esta vez guardó estas funciones hasta su muerte (21 octubre 1840).

à Bagatelle, cruzaba el bosque de Bologne, cuando encontró un niño cargado con una gran canasta. Detuvo entonces su cabriolé y dijo:—«¿Dónde vas chiquillo?—A la Muette, á llevar esta cesta.—Pero es demasiado pesada para tí. Dámela, que yo la dejaré de paso.» Puso la canasta en el cabriolé, y el príncipe la entregó exactamente en la direccion indicada. Fué luego á encontrar el padre del niño y le dijo:—«Acabo de encontrar á vuestro chiquillo, á quien haceis llevar canastas demasiado pesadas, quebrantareis su salud y le privareis de crecer. Compradle un asno para que lleve su canasta.» Y dió al padre el dinero para comprar el asno (1).

El duque de Berry se habia dejado afiliár á la Franc-Masonería; hasta fué Gran Maestro del Gran Oriente de Francia. Hé aquí en que circunstancias recibió este título supremo:

«Durante la Restauracion, dice el H.: Clavel, no atreviéndose el Gran Oriente á esperar un reconocimiento oficial, esforzóse por obtener á lo menos la aceptacion de la Gran Maestría por un príncipe de la sangre. Sondeóse acerca del particular á Luis XVIII, que habia sido recibido mason en Versalles con su hermano, el conde de Artois, algunos años antes de la Revolucion de 1789. No manifestó ninguna repugnancia personal; pero objetó que la Santa Alianza miraba de reojo á la Franc-Masonería y que debia temérsela, y otro tanto hacia el clero francés, al que era prudente contentar; que en semejante estado de cosas habia inconveniente en dar á la Franc-Masonería una aprobacion fómral; que el gobierno no la molestaba, lo que debia bastarle de momento; que por lo demás formaba un contrapeso útil que interesaba conservar; y que esta consideracion era bastante poderosa para disipar los temores que pudiera concebir por lo venide-

(1) Imbeit de Saint-Ausande.

ro. Esta respuesta no satisfizo al Hermano á quien se dió. Algun tiempo despues, dirijióse al duque de Berry en persona y le ofreció la Gran Maestría. Jamás se ha sabido exactamente que determinacion tomó el duque en esta circunstancia. Lo positivo es que despues fué generalmente considerado como el Gran Maestro de la Masonería francesa. Hasta pareció confesarlo el Gran Oriente, celebrando sus exequias masónicas con extraordinaria pompa. Se notará el lenguaje engorroso del H.: Clavel, quien, á la par que reconoce al duque de Berry como Gran Maestro del Gran Oriente, se prepara una puerta falsa para negarlo en caso de necesidad (1). Luego veremos el por que de esta precaucion.

El H.: Rebeld en su *Historia de las Tres Grandes Logias* reconoce la calidad masónica del duque de Berry, en el siguiente pasaje: «El 24 de marzo de 1820, celebró el Gran Oriente una fiesta fúnebre en memoria del H.: duque de Berry, bajo la presidencia del H.: Boëttiers de Montaleau, representante particular del Gran Maestré. La oracion fúnebre, compuesta por el H.: Langlois, fué leida por el H.: Borie, Gran Orador.»

Debe notarse que ningun historiador francmasón da el nombre del Hermano que desempeñó el cargo de Gran Maestro de 1815 á 1820. Además, al regreso de los Borbones, retiróse la Gran Maestría al príncipe de Cambacéres, que la ejercía, y es evidente que hubo un nuevo Gran Maestro para reemplazarle, ya que cuando la muerte del duque de Berry, habia un representante particular del dicho Gran Maestro, que era el H.: Boëttiers de Montaleau, y un Gran Maestro

(1) Es materialmente imposible que el H.: Clave! no haya sabido exactamente á que atenerse. Cuando escribió su *Historia Pintoresca de la Franc-Masonería*, obra de las mas completas, estaba provisto de todos los documentos; los archivos del Gran Oriente estaban á su disposicion: el nombre del personage que fué Gran Maestro de 1815 á 1820 estaba inscrito en ellos, y este nombre era el del duque de Berry.

Adjunto, que era el H. : marqués Beurnonville, mariscal de Francia. También es oportuno recordar que M. Decazés era Gran Maestro del Rito Escocés y que en la época de la Restauración los Hermanos Tres-Puntos deseaban vivamente una fusión de los dos ritos, el Francés y el Escocés, á fin de hacer á la Franc-Masonería más poderosa por la reunión de todas sus fuerzas bajo una misma dirección.

Expuesta claramente la situación, examinemos los hechos que acompañaron y siguieron al asesinato del duque de Berry, así como las circunstancias particulares en que se encontraban la víctima y el asesino.

Desde algún tiempo, recibía el duque de Berry todos los días cartas anónimas en que le advertían que se encontraba en peligro de muerte, ó contenían horribles amenazas. Pero él tenía alma de soldado francés: se interesaba por un niño cargado con una canasta demasiado pesada, y no temía por su propia persona.

«—¿Que hacer? decía á los que le empeñaban para tomar precauciones, si álguien ha hecho el sacrificio de su vida por tener la mía, conseguirá realizar su proyecto uno ú otro día, por precauciones que yo tome. En el caso contrario, yo me haría inútilmente desgraciado.»

Había notado la presencia frecuente á su paso de un individuo que él creía ser un polizonte encargado de velar por su seguridad. Impacientado por encontrar constantemente á tal hombre donde quiera que iba, encargó al baron de Haussez que hablara de ello á M. Decazes. M. de Haussez fué á dar cuenta al príncipe de su conversacion con el ministro, de lo cual resultaba que el hombre en cuestion, lejos de formar parte de la policía, era un individuo sospechoso, al que se vigilaría.

El 13 de febrero de 1820, que era el último domingo de Carnaval, todo París era bullicio. El duque y la

duquesa de Berry habian resuelto terminar su velada en la Opera.

Este teatro estaba entonces situado en la calle de Richelieu, en el emplazamiento ocupado por la calle Lauvois, frente á la puerta principal de la Biblioteca Nacional. El monumento no presentaba exteriormente un aspecto imponente; pero, en el interior, el salon era muy elegante. Era grande y contenia más de mil setecientos asientos. El teatro tenia una entrada especial reservada para los miembros de la familia real. Esta salida se habria en uno de los lados del edificio, precisamente en frente de la calle de Rameau.

A las ocho, el coche del príncipe se pára delante de esta puerta, el duque y la duquesa de Berry bajan y penetran en el salon, mientras que, desde el vestíbulo, los criados gritan al cochero:

—«Vuelve á las once menos cuarto».

Aquella noche la representación es más brillante y elegante que las otras. Los palcos están llenos de señoras. Trajes de colores vivos, muchos diamantes, alegría animada en todos los semblantes. Se representa el *Rossignol* y las *Noces de Gamache* muy aplaudidos. El espectáculo terminará por el *Carnaval de Venecia*. Es un baile cuya música escribieron Persuis y Lesueur. Albert y la Bigottini, interpretarán los principales papeles. Se habla tambien en el público de un bailarín llamado Elías, que debe debutar en el papel de Polichinela, en el que reemplazará al famoso Morante. Cuéntanse mutuamente que ese Elías, deseoso de aventajar, si es posible, á su predecesor célebre, ha ido al teatro de los Títeres, de Seraphin, para observar los movimientos artificiales de sus muñequitos de madera, y que se propone imitarlos.

Durante un entreacto, el duque y la duquesa de Berry van á visitar en su palco al duque y á la duquesa de Orleans, con quienes hablan jovialmente. El público aplaude á los príncipes. Volviendo á su palco la duquesa de Berry choca con bastante violencia en

la puerta de otro palco. El duque, al verlo, le aconseja que se retire; la noche anterior asistió al gran baile dado en casa del conde Greffuhle, acostóse muy tarde, y como está en cinta, la comadrona le aconseja que vaya á descansar. Su esposo le ofrece su brazo que ella acepta, y baja con ella la escalera del teatro para acompañarla hasta su coche. No son todavía las once; faltan algunos minutos. El duque dejará que su mujer vuelva sola al palacio del Eliseo, y él subirá otra vez al salón para asistir al baile del *Carnaval de Venecia* que desea mucho ver.

Los dos esposos llegan á la entrada reservada para la familia real, delante de la que estaba parado el coche avisado para las once menos cuarto. Un hombre, en pie, mira y espera.

«Colocado cerca de un cabriolé que sigue al coche del príncipe, y arrimado á la cabeza del caballo, parece ser un criado y no llama la atención de nadie. Los guardias del vestíbulo, y, al exterior, el funcionario que está de espaldas á la calle de Richelieu, presentan las armas. El duque y la duquesa están ya debajo del sobradillo del pórtico. El conde de Choiseul, edecan del príncipe, está á la derecha del funcionario, junto á la puerta de entrada. El conde de Mesnard, primer caballero de la duquesa, da la mano izquierda á ella primeramente, despues á la dama de su compañía, la condesa de Bethisy, á fin de ayudarlas á subir al coche. El duque le presenta la mano derecha. Uno de los criados levanta el estribo.

«Estando aún debajo del sobradillo del pórtico, el príncipe saluda con la mano á su mujer, y le dice: «A Dios, Carolina, muy luego nos veremos.»

De repente, cuando iba á entrar en el salón, un hombre, el que estaba de pié junto al cabriolé, se precipita, y, cogiéndole con una mano por el hombro izquierdo, le dá con la otra una puñalada, en la tetilla derecha. El conde de Choiseul, creyendo ó fingiendo creer que aquel hombre ha chocado involuntaria-

mente con el príncipe, corriendo, le rechaza y le dice: «Cuidado con lo que haceis». (1) El asesino huye, dejando el puñal en la herida.

—«¡Estoy asesinado!» grita el príncipe.

«Y al interrogarle los que le rodean, grita, segunda vez, con voz fuerte:»—«¡Soy un hombre muerto, yo tengo el puñal!» Despues, arranca el puñal de su herida y lo entrega al conde de Mesnard.

La princesa, cuyo coche no ha partido todavía, ha oido el grito de dolor de su esposo, y mientras corren detrás del asesino, se precipita á la portezuela, que un lacayo entreabre. La señora de Bethisy quiere detenerla. El duque de Berry, reuniendo todas sus fuerzas, grita:—«Esposa mía, te suplico que no bajes.» Pero ella, avanzando por encima del estribo y rechazando con ambas manos á la señorita de Bethisy y al lacayo, decia:—«¡Dejadme! ¡dejadme! ¡Os mando que me dejéis!» Bajada del coche, recibe en sus brazos á su marido, en el preciso momento en que él acaba de entregar á manos de M. de Mesnard el cuchillo teñido de sangre, y en que dice:—«¡Soy muerto! ¡un sacerdote! ¡Ven, esposa mía, que muera yo en tus brazos!» La princesa se echa á sus piés. Hácenle sentar en una banqueta en el pasadizo donde se da la guardia, le arriman á la pared, y le desabrochan para buscar la herida. Mana la sangre en tanta abundancia que la princesa se esfuerza en vano por restañarla. Su vestido y el de la señorita de Bethisy están empapados» (2).

El conde de Choiseul, el conde de Clermont-Lodève,

(1) La intervencion del conde de Choiseul, que, en el primer momento, engaño á los asistentes, y que, creyendo ó fingiendo creer en un simple tropiezo brutal, y no en un crimen, permitió á Louvel, su criado, la fuga, esta intervencion, torpe en todo caso, y enteramente desastrosa, deja el campo libre á todas las suposiciones.—Uno de los primeros parientes del conde, el duque Claudio Antonio Gabriel de Choiseul, era francmason y caballero kadosch, en el momento del crimen; el año siguiente, en 1821, pasaba á ser miembro del Supremo Consejo del Rito Escocés, y el 29 de junio de 1823, fué elegido Gran Maestro del Rito. Además, los francmasones han sido siempre numerosos en la familia de Choiseul.

(2) La Duquesa de Berry, por Imberdis de Saint-Amant.



el centinela, llamado Desbiés, un lacayo y otras personas persiguen al asesino, que está ya muy lejos; todo lo más se sabe la dirección que ha tomado.

En tanto, el duque de Berry no puede continuar en la banqueta en aquel pasadizo abierto á quien se presenta, así que se le sube con precaución hasta el saloncito contiguo á su palco, donde se le coloca sobre un sofá. La duquesa de Berry tiene la cabeza de su marido apoyada en su hombro. Se avisa en su palco al duque y á la duquesa de Orleans, y á la señorita de Orleans, quienes acuden al saloncito.

El conde de Clermont llega al instante, y dice:—«Está detenido el asesino.»—«¿Es extranjero?» pregunta el príncipe. El conde le contesta que no.

—«Es muy cruel, exclama el duque, morir á manos de un francés.»

Se han buscado médicos, y los SS. Lacroix, Case-neuve y Blancheton son los primeros que llegan. Practican sangrias en los brazos, procuran ensanchar la herida abierta por el puñal, para dar salida á la sangre coagulada.

La duquesa de Berry pregunta si es mortal la herida y dice: «Tengo valor, mucho valor; sabré soportarlo todo; os pregunto la verdad» El doctor Blancheton no se atreve á decidirse.

En el salon continúa, mientras tanto, la representación del *Carnaval de Venecia*. Los retornelos de la orquesta que acompaña el baile, llegan hasta el saloncito donde se muere el príncipe, y los alegres acordes parecen ridiculizar la sangre real que mana. A veces estallan aplausos—¡ironía lúgubre!—á manera de *Deprofundis*.

El duque de Berry ha pedido su hija y al obispo de Ancylea. El señor de Clermont corre al palacio de las Tullerías en busca del prelado. Otra persona va al Eliseo para avisar á la señorita de Goutant, aya de la señorita de Berry. M. de Mesuart se encarga de avisar al Rey, padre del moribundo, y al duque y duquesa

de Angulema, su hermano y cuñado, quienes no tardan en llegar, y encuentran al duque de Berry en una sala de la administración de la Opera, á donde le han trasladado, para poder curarle más fácilmente. Se le ha colocado en una cama formada con los colchones que sirven á las bailarinas para echarse de lo alto: son los primeros que se han hallado á mano. La señorita de Goutant llega á su vez con la hija del duque de Berry. La duquesa la toma y la presenta á su padre, quien la abraza. «—¡Pobre niña! dice tristemente, ¡ojalá seas menos desgraciada que tu padre!»

Los mejores cirujanos de París, llamados apresuradamente, se han reunido con los primeros médicos. Allí están los SS. Dupuytren y Dubois, quienes no desesperan aun de salvar al herido por quien se afanan. Mandan aplicar muchas sanguijuelas y varias ventosas. La sangre sale apenas; el pecho está menos oprimido, la respiración es más fácil. Comienzan á esperar un milagro: el príncipe está en toda la fuerza de la edad, tiene cuarenta y dos años, está sano y es de constitución robusta. Pero él no tiene confianza, y dice á los cirujanos: «—Vuestros cuidados, de los que os doy gracias, no podrían prolongar mi existencia; mi herida es mortal».

La duquesa de Berry, muy animosa, se obstina, no obstante los consejos contrarios, en la cabecera del lecho de su marido. M. Dupuytren, antes de comenzar las operaciones quirúrgicas, invita al rey á que ruegue á la princesa á retirarse, pero se niega enérgicamente. «—Padre mio, le dice, no me obligueis á desobedecerlos.» Y añade, dirigiéndose al cirujano: «—Caballero operad, no os interrumpiré.» Arrodillase al lado del lecho y tiene durante la operación la mano izquierda del príncipe. Esta mujer tiene verdaderamente sangre de heroína en las venas, y lo probará más adelante intentando sublevar la Vendée ella sola.

En estos momentos dá valor á su marido. Cuando sintiendo hundirse en su pecho el instrumento del ci-

rujano, se queja y dice: «—Dejadme, pues que debo morir», ella le contesta: «—Amigo mio, sufrid por amor de mí!»

Y el moribundo no profiere más una sola queja, y á su vez anima á su esposa, viéndola llorar: «—Amiga mía, no os dejéis abrumar por el dolor; cuidaos por el hijo que lleváis en vuestro seno.»

Varias veces pide ver á su asesino; quiere explicarse por qué le hirió el miserable. «—¿Qué le hice yo á este hombre? ¿Quizás le ofendí sin quererlo?—No, le contestó el Rey, jamás le visteis, ni tiene él contra vos ningun odio personal.—¡Es pues un insensato! añade el duque como conclusion.»

La bondad que habia manifestado tan á menudo hácia los pequeñuelos y los pobres, le induce entonces á terminar su existencia por un acto de caridad á favor del desconocido que le hirió. Quiere obtener del Rey el perdon de aquel hombre, y se impacienta porque Luis XVIII no llega. Conoce que la vida se le va, y repite varias veces: «—No tendré tiempo para pedirle su perdon.»

Mientras tanto, ni los médicos Lacroix, Caseneuve y Blancheton, ni los cirujanos Dubois y Dupuytren, á pesar de toda su ciencia, pueden detener los progresos del mal. El herido conserva su conocimiento, pero sus fuerzas disminuyen visiblemente. Va á morir como un verdadero francés, como un cristiano.

«La primera palabra del duque de Berry, dice Lamartine, fué pedir, no un médico, sino un sacerdote. Herido en medio del delirio de la juventud y del placer, no hubo en su alma ninguna transición entre los pensamientos del tiempo y los de la eternidad. En un segundo pasó del espectáculo de una fiesta á la contemplacion de su fin, como aquellos hombres á quienes la fría inmersión en agua arranca súbitamente de los ardientes delirios de la embriaguez. En la resurreccion instantánea y sin debilidad de sus pensamientos, mostró el valor deliberado de un soldado.

Muestra ahora la fé de un cristiano y la inquieta impaciencia de un hombre que teme, no morir, sino morir antes de haber confesado sus culpas y recibido las prendas de una segunda vida. Su educacion vuelve á encontrarse en el fondo de su alma, á medida que el valor de la vida se retira con su sangre. No cesa de preguntar en voz baja si llega el sacerdote llamado.»

Llega finalmente, pero es Mgr. de Ladil, Obispo de Chartres, primer limosnero del Rey; y el duque de Berry siente por él instintiva aversion. ¡No importa! Vence esta aversion; no considera ya al hombre, y si solamente al sacerdote que hay en el hombre, y se confiesa, despues de lo cual pide perdon á las personas que le rodean de los escándalos que haya podido dar.

Llega el párroco de San Roque con los santos óleos, y administra al moribundo.

La ciencia se ha declarado impotente; la religion ha dado los supremos consuelos; el duque de Berry espera la muerte muy tranquilo y muy resignado. En aquel momento solemne, se olvida de sí mismo y no piensa más que en obtener el perdon de su asesino.

A cada ruido de ruedas en la calle, cree que es el coche del rey que llega.

—«Oigo la escolta,» dice:

«Pero no, el rey está aún en las Tullerías. A media noche recibe el primer aviso; pero se le ha ocultado de pronto la gravedad del estado de su sobrino. Se le ha enviado un segundo parte. Quería partir, pero se le ha detenido por temor de una conspiracion que pudiera estallar á su paso. Finalmente, tomadas todas las precauciones para vigilar el curso de las Tullerías á la Opéra, sale de palacio y va al lado del moribundo. Son las cinco de la mañana.—«¡Padre mio! ¡padre mio! grita el príncipe, el rey no llega. ¿No podeis comprometeros, en su nombre, para perdonar la vida al hombre? «Mientras acaba de pronunciar esta frase, se extremece; oye de lejos pasos de caballos.—«¡En fin,

dice, aquí está el Rey! ¡Oh! ¡venga de prisa, que me muero!» Luis XVIII entra.—«¡Perdon! exclama el moribundo, entre el estertor de la agonía, perdon para el hombre que me ha muerto.» Y repite con voz sorda y fúnebre.—«¡Perdon á lo menos para la vida del hombre!» El rey abraza á su sobrino y le dice:—«Ya hablaremos de esto; calmaos, no estais tan enfermo como creéis.» Despues se sienta al lado del lecho» (1).

Es horrible la agonía de aquel hombre en todo su vigor y no debilitado por una enfermedad. Se saca de allí á la duquesa; pero ella no puede consentirlo, quiere asistir á su marido hasta su postrer suspiro, cumplir hasta el fin con su deber de esposa amante y animosa. Quiere ir al lado de su lecho, quiere volver al salon donde se muere. El Rey le cierra la puerta, ella la empuja violentamente y penetra á la fuerza.

Son las seis y treinta y cinco minutos de la mañana. El duque de Berry articula todavía una vez las palabras:—«¡Perdon, para el hombre!» y muere (2).

Los cortesanos instan á Luis XVIII para que se retire.—«No temo, dice, el espectáculo de la muerte; debo un último tributo á mi sobrino.» Y apoyado del brazo de M. Dupuytren, se aproxima al lecho, cierra los ojos y la boca del príncipe, le besa la mano, y se retira, regresando al palacio de las Tullerías.

Inmediatamente despues de haber herido al duque de Berry, habia huido el asesino hácia la calle Richelieu. El conde de Choiseul, el conde de Clermont-Lodève, el centinela llamado Desbiès, y otros iban persiguiéndole, y no le habrían alcanzado de seguro, sin un pequeño accidente causado por el asesino en su

(1) Imberd de Saint-Amand, *la Duquesa de Berry*.

(2) Esta insistencia del duque de Berry en pedir hasta el momento de expirar, el perdon de su asesino, la citan todos los historiadores. No solo prueba los sentimientos profundamente cristianos del duque; sino que indica tambien que este príncipe, que se habia dejado engañar un momento por la secta, comprendió bien que el asesino no era sino un instrumento inconsciente de los verdaderos jefes de la Franc-Masonería.

fuga. Tropezó con un mozo cafetero, llamado Paulmier, que pasaba cerca de los porches Colbert y que traía al Opera helados en una bandeja. Cae esta y los helados se echan á perder; furioso el mozo corre en pos del fugitivo para reclamarle el precio de lo perdido. Le alcanza, le coje, y muy pronto, ayudándole los gendarmes, se apoderan del asesino, al que llevan al teatro, haciéndole entrar en el cuerpo de guardia. Le examinan. Es un hombrecillo rubio, flaco, pálido y delgado. Su color es bilioso, su mirada dura, sus labios encogidos.

—«¡Monstruo! le dice el conde de Clermont, ¿quién pudo inducirte á cometer semejante atentado?» El responde:—«Estos son los más crueles enemigos de Francia.» (*Textual*). Esta respuesta extraordinaria de Louvel, estas primeras palabras que deja escapar, en un momento de turbacion, en el momento de quedar preso, detenido, han recibido diversas interpretaciones. ¿Ha contestado directamente á la interpelacion del conde de Clermont, y, por consiguiente, ha designado así, involuntariamente á sus cómplices, enemigos de la patria y partidarios de la Revolucion universal? ó bien, comenzaba solo una frase que no acabó, aludiendo á los Borbones detestados por la Masonería y uno de cuyos príncipes acababa de matar?... Dificil es decidirlo.

El gendarme Lavigne, uno de los que le detuvieron, al registrarle, le halla un punzon. Le pregunta que uso pensaba hacer de aquel instrumento. Contesta el asesino que confiaba matar uno ú otro dia al duque de Berry, y que á fin de no estar falto de arma en el preciso momento, llevaba encima aquel punzon. «Yo sabia, al dar ese golpe, añade, lo que me esperaba; pero sabia tambien que hacia muchos afortunados.» Esta idea la repetirá amenudo en sus respuestas. No dirá claramente quienes son esos afortunados; pero repetirá que su crimen llenará de alegría á muchos patriotas, que él libertará la nacion, etc.

Mientras tanto, el comisario de policía de servicio en la Opera aquella noche, M. Prince Lovis-Florent, Ferté, comisario de la ciudad de París y especialmente del barrio Feydran, según lo escribe él mismo en sus diligencias criminales, se comienza el interrogatorio del asesino. Sábese entonces que se llama Louvel, Pedro Luis, que es sillero y trabaja en las caballerizas del rey.

El comisario de policía continuando su interrogatorio, pregunta:

—«¿Por qué asesinásteis al príncipe?»

«—Desde 1814, contesta Louvel, meditaba yo este proyecto, porque miraba á los Borbones como los mayores enemigos de mi país.»

Pero entonces, el ministro de Estado, prefecto de Policía, cree que él debe continuar el interrogatorio, por haber tomado un giro interesante. M. Ferté lo conigna así: «Interrumpidas las diligencias por intervención de S. E. el ministro de Estado, prefecto de Policía, que ha interrogado por sí mismo al individuo, nos hemos limitado por de pronto á recibir el depósito que nos hizo M. de Mesnard, y hemos reconocido el puñal, etc.»

Entorpecióse, pues, desde el primer momento la acción regular de la justicia; pero hubo todavía un hecho mucho más grave y muy significativo. Por orden especial, no emanada del rey, pero procedente del ministro francmasón Decazes, el asesino, en lugar de ser inmediatamente encerrado con buena custodia en una cárcel pública, fué llevado..... ¿Dónde?..... Al mismo palacio del Gran Maestre del Rito Escocés..... Allí estuvo lo restante de la noche, la mañana siguiente y hasta al anochecer del 14 febrero..... Luego hablaremos de este importante incidente.

No intentó Louvel extraviar la justicia acerca de su identidad, y súpese luego su historia. Había nacido en Versalles el año 1783. No tenía pues aún treinta y siete años cuando cometió el crimen. Sus padres eran

muy pobres, y su padre le había puesto en los Expositos por no poder alimentarle. Pusiéronle de aprendiz en Montfort-l'Amacory del oficio de sillero. A los diez y ocho años se alistó en las Asociaciones y dió la vuelta á Francia; despues fué sillero durante seis meses en un regimiento de artillería de la Guardia, y obtuvo su licencia alegando la debilidad de su constitución.

Durante su proceso, dice haberle conmovido dolorosamente el espectáculo de los aliados invasores de Francia, en 1814. A contar de esta época, afirmó, había concebido el proyecto de matar á un miembro de la familia real. Quería matar á Luis XVIII cuando desembarcara en Francia, y á ese objeto se trasladó á pié de Metz á Calais, de donde vino á Paris, yendo luego á la isla de Elba.

Preguntándole con qué objeto realizaba aquel viaje, respondió: «Por mi recreo.» Esto parece muy extraordinario; porque un obrero sillero no pasa, que digamos, por millonario, y no puede darse el gusto de los viajes de recreo, sobre todo cuando son tan largos como el de Paris á la isla de Elba, distancia que lá dificultad y la poca rapidez de las comunicaciones hacían entonces muy notable.

En la isla de Elba fué Louvel empleado desde el mes de setiembre al de noviembre de 1814 por el maestro sillero de las caballerizas imperiales. De allí fué despedido por falta de trabajo, y pasó á Liorna y Chambery. Supo aquí el desembarco de Napoleon en el golfo Juars; encontróle en Lyon y siguióle á Paris. Ingresado otra vez en las caballerizas del emperador, le siguió de Paris á Waterloo, donde asistió al gran desastre. Habiéndose detenido Louvel en la Rochelle, donde se habían detenido también los equipajes del vencido, hizo fabricar, dice, en dicha ciudad el cuchillo con el que se proponía matar un Borbon. Era un cuchillo muy sólido y muy cortante, más parecido á un puñal que á los instrumentos de que se sirven los

silleros; además, le sobraba un centímetro de ancho para usarlo en su oficio.

Segun decia Louvel, habíase propuesto matar al duque de Berry «porque él formaba sucesion», y lo repite en sus interrogatorios. Siguióle cuatro años seguidos, segun declara, á los espectáculos á donde presu- mia que debia ir: á las cacerías, á los paseos públicos, á las iglesias.

«—Varias veces hallé excelentes ocasiones, declara; pero siempre me faltaba el valor. En 1817, en 1818 y 1819, era yo demasiado débil, y más de una vez renuncié á mi proyecto. Muy pronto, empero, quedaba dominado por una idea más fuerte que yo. Recuerdo, sobre todo, un día que me paseaba en el bosque de Boloña, aguardando al príncipe. Sentia estremecimientos de rabia pensando en los Borbones; veíales volviendo con el extranjero, y les tenia horror; mis ideas tomaban luego otra corriente; creíame injusto para con ellos, y me reprendia mis intentos; pero al punto reaparecia mi ira. Más de una hora pasé en estas alternativas, y no estaba aún tranquilo, cuando acertó á pasar el príncipe, y aquel dia quedó salvo. Tampoco estuve sin irresolucion el 13 de febrero, aunque dos ó tres dias antes estuve, para fortalecerme, á visitar en el Padre-Lachaise los sepulcros de Lannes, de Massena y otros guerreros.»

El domingo en que Louvel debia cometer su crimen presencié el cortejo del buey gordo; despues fué á comer sóbriamente en el restaurant donde acostumbraba. Al salir de allí, armado con su cuchillo, se encaminó al teatro.

«—A las ocho, dice, estaba yo delante de la Opera, y habria muerto al príncipe cuando entró; pero en aquel instante me faltó el valor. Oí la cita dada para las once menos cuarto; no obstante, me retiré muy resuelto para ir á acostarme. En el Palais-Royal, asaltáronme otra vez mis ideas más fuertes que nunca. Pensaba que á fines de mes debia yo volver á Versailles, y

que entonces mi proyecto se aplazaria por mucho tiempo. Púseme á reflexionar, y me dije: «Si tengo razon, ¿por qué me falta el valor? Y si no la tengo, ¿por qué no me dejan estas ideas?» Entonces me decidí para aquella misma noche. Apénas si eran las nueve, y esperando la hora indicada, me paseaba del Palacio Real á la Opera, sin que se debilitara mi resolucion, á no ser de tarde en tarde, y siempre por pocos instan- tes.»

Hemos referido cómo Louvel aguardó al duque de Berry, en pié delante de un cabrióle y conservando la actitud de un criado, cómo hirió al príncipe, cómo huyó y fué detenido. Acabamos de ver la relacion que hizo á los jueces, relacion de tal manera exacta, que parece una lección aprendida de memoria; y recordamos al lector que el asesino, antes de sufrir interroga- torios completos, habia sido llevado de oficio á casa de Mr. Decazes, primer ministro del Rey y al propio tiempo Gran Maestre del Supremo Consejo de la Masonería (rito escocés), y que estuvo allí diez y siete horas.

En la mañana del 15 de febrero se confrontó al asesino con el cadáver de su victima que se habia trasla- dado al Louvre. Se le conjuró á que denunciara sus cómplices, si los tenia, y afirmó que no los tenia. La Cámara de los Pares instruyó su proceso y le condenó á muerte. Finalmente, el 7 de junio, cerca de cuatro meses despues de la escena de la Opera, Louvel lle- vó su cabeza al patíbulo. Luego veremos algunas cir- cunstancias del proceso y de la ejecucion. Importa buscar ahora quien armó el brazo de Louvel, quién le empujó al asesinato y quién se aprovechó de su cri- men.

Se ha presentado á Louvel como un adorador apa- sionado de Napoleón I. Es un error. Si Louvel hubie- se amado al emperador, como le amaban los vetera- nos granaderos que antes de 1870, se veían todavia venir, el 15 de Agosto, á formar en la plaza Vendôme, con sus uniformes de colores empañados por la pólvora.

ra de las batallas remotas, para saludar en lo alto de su pedestal de bronce la imágen del *Petit Caporal*, si ese asesino hubiese amado verdaderamente al gé- nio de la guerra, habriase alistado como soldado, hu- biérase batido en la soberbia campaña de Francia, la más bella de Napoleon. Muy al contrario, sus contem- poráneos nos lo representan como un cobarde que procura de todos modos librarse del servicio militar, quejándose constantemente y teniéndose por muy di- choso por haberle licenciado á los seis meses de estar en el tren de los bagajes, puesto no obstante poco pe- ligroso.

Trasládase á la isla de Elba y trabaja en los coches imperiales de donde se va una vez terminado el tra- bajo. ¿Hay cosa mas sencilla? Es operario sillero: su- pone que hay prendas que reparar en la isla de Elba, se presenta para hacer aquel trabajo, mejor retribu- do allí que en otra parte, á no dudarlo; y cuando ya no hay trabajo va á buscarlo en otra parte.

El mismo motivo le impulsa á reunirse, de los primeros, con la escolta de Napoleon, pero si le acompa- ña, es siempre en cualidad de sillero. Si, no obstante, le hubiese amado como se ha supuesto, hubiera de- seado, como todos los soldados, distinguirse á la vista de su ídolo por algun brillante hecho de armas. El mejor dia hubiera empuñado un sable, un fusil, se hubiera arrojado á la lucha, se hubiera batido como un leon, y, por la noche, volviendo á su trabajo hu- biera sido saludado al pasar con una mirada satisfe- cha del Emperador. Ni uno solo de estos hechos se re- gistra en la hoja de servicios de Louvel; la única arma que tomó y supo manejar fué un puñal. Luego, pues, el fanatismo de ese hombre para Napoleon debe rele- garse al terreno de las fábulas.

Parece haber intentado echar sobre el vencido de la isla de Elba la primera idea de su crimen. Al pre- guntarle porqué habia ido allá, se puso á defender á Napoleon de la sospecha de haber sido su inspirador,

asombrando esta defensa ántes del ataque. Por lo de- más, parece que no llamó esto la atencion. Era una maniobra inspirada á Louvel ya por algun consejero, ya sencillamente por su vanidad, que era excesiva.

No mató pues Louvel al duque de Berry, para ven- gar á Napoleon. Además, no tenía contra él ningun motivo de odio personal. Le asesinó porqué era un Bor- bon, «porqué formaba sucesion», y sobre todo porque la Franc-Masonería habia ordenado el asesinato.

Debe notarse que ese hombre del pueblo, ese obrero se declaró enemigo precisamente del príncipe de la familia real que era más popular. Hizo cabalmente lo que hubiera hecho un francmason. La secta habia ju- rado la destruccion de todos los reyes y particularmen- te de los Borbones. Habia decidido echarles siempre en cara haber entrado en Francia «en los furgones del ex- tranjero», olvidando que ella habia pedido por rey al príncipe de Orange. Este es tambien el motivo que ale- ga Louvel, para explicar su odio. Vacila mil veces ántes de cometer su crimen y solo después de larga lucha domina su natural pusilanimidad. Diríase que siente la muerte que le amenaza caso de que no cometiera el crimen necesario al partido de la Revolucion; parece que el puñal de algun Caballero Kadosch pende sobre su cabeza, dispuesto á herirle sino ejecuta la senten- cia dictada por las Logias. Es cierto que habiendo crei- do el duque de Berry, como muchos príncipes, que el hecho de afiliarse en la Franc-Masonería no tenia im- portancia para él, habia aceptado la iniciacion; es cier- to que, no viendo sino funciones honoríficas en la Gran Maestria que se le ofreció, habia aceptado ser Gran Maestro en el Gran Oriente de Francia; pero según to- da probabilidad, debió dar su dimision el dia en que comprendió que habia sido engañado; ó bien, lo que es mas seguro aún, fué la Franc-Masonería la que comprendió que no conseguiria pervertir á un prínci- pe tan cristiano: y por consiguiente era un obstáculo á sus proyectos, de los que sabia ya demasiado y era preciso suprimirle.

Verdaderamente un francmason no hubiera obrado de otro modo que Louvel; pero, este que habia primero pasado per las Asociaciones; no se habia hecho despues francmason? Interrogado por su religion, respondió: «Unas veces era católico, otras teofilántropo, sobre todo durante la Revolucion». Pues bien, basta abrir una historia de la Franc-Masoneria para averiguar que los Teofilántropos formaban y forman todavía una rama de la Masoneria. Así se explican las ideas, las vacilaciones y el crimen de Louvel. Tambien se comprende como, á pesar del corto número de jornales que hacia cada año, pudiera hacer viajes costosos «para su recreo». Ya se ve de donde sacaba el dinero necesario para hacerlos.

Cometiendo el asesinato, ha obrado, pues, segun los deseos, los proyectos y los consejos de la Fran-Masoneria cuyo ejecutor era. El crimen del 13 de febrero fué obra del partido de la Revolucion, cuyo brazo fué Louvel y Decazes el jefe secreto. Habia ya tiempo que en las Logias se habia decidido el asesinato. Entre los Hermanos Tres-Puntos que sabian este complot, algunos, que tenian simpatias por el príncipe, intentaron, sin duda, avisarle; y á ellos debe lógicamente atribuirse «la multitud de cartas anónimas, y relaciones que tan crueles pero tan justos presentimientos le ocasionaban».

Es un hecho extraordinario que el anuncio del atentado se tuvo en Francia en puntos lejanos del terreno y hasta en el extranjero, antes de haberse cometido. ¿Seria esto explicable, si el asesino hubiese sido un hombre aislado, que obrara por satisfacer su odio personal? No; obró por cuenta de la secta y con la complicidad del Gran Maestro del Rito Escocés, cuyos proyectos secretos favorecia el crimen.

Antes habia una policia particular para el Palacio, que el ministro habia hecho suprimir. Persiguió con especial cuidado á los fieles servidores de la Casa Real capaces de defender á los príncipes y hacerles pasar

los avisos necesarios para su seguridad; ninguno de ellos conservó un puesto donde pudiera ser útil. Más aún, los agentes de policia y la gendarmeria de París cesaron de recibir órdenes para su servicio cerca de los príncipes.

En la noche del 13 de febrero, la vigilancia de la Opera no estaba confiada al prefecto de policia de París. El oficial de policia que, aquella noche, tenia la suprema direccion de los agentes, que daba las órdenes á todos, no recibia sus instrucciones sino del ministro de la policia general, y no debia dar ninguna cuenta á la prefectura de policia. Y dicho oficial trabajaba todos los dias con Decazes; estaba encargado de las medidas generales de seguridad política. De este arreglo resultaba que el ministro tenia bajo su direccion personal la policia del Palacio, y la de los príncipes. Pues bien, el 13 de febrero de 1820 no se tomó ninguna de las precauciones ordinarias, y esto explica la tranquilidad con que Louvel respondió que «sino hubiese sido detenido en el acto, se habria ido á dormir muy tranquilamente, seguro de no ser molestado.»

Decazes era pues culpable, ante el público, de haber descuidado adrede todas las precauciones recomendadas por los rumores alarmantes que tomaban mayor consistencia cada dia. En concepto de los que sabian ver los motivos secretos de su conducta falaz, apareció como el consejero del asesino. Por otra parte, ¿á quién sino á la Masoneria aprovechaba el crimen, siendo el ministro su jefe supremo? Bien lo comprendieron los realistas fieles; y desde el 14 de febrero, uno de ellos, M. Clausel de Conssergues, diputado, subió á la tribuna de la Cámara y gritó: «Señores, no hay ley que fije el modo de acusacion de los ministros; pero es de la naturaleza de semejante deliberacion que tenga en lugar en sesion pública. Propongo á la Cámara que dicte un acta de acusacion contra M. Decazes, ministro del interior, como cómplice del asesinato de Mgr. el duque de Berry, y pido desarrollar mi proposicion:» Al

punto protestaron los diputados francmasones, y no pudo llevarse el debate á la tribuna de la Cámara, pero M. Clausel de Consergues publicó con el título de *Proyecto de acusacion contra el duque Decazes*, un documento muy motivado donde prueba la participacion del ministro en el crimen del 13 de febrero.

No fué este animoso diputado el único en proclamar la culpabilidad del Gran Maestro del Rito Escocés. La *Gaceta de Francia y La Bandera Blanca* le designaban, el 15 de febrero, como quien armó el brazo de Louvel. El presidente Seguier, hombre de peso y medida, en nombre de los magistrados del Tribunal Real de Paris, se presentó á Luis XVIII y le dijo: «Existe una conspiracion permanente contra los Borbones, y, en la consternacion general, se han visto alegrías feroces. La sangre tan pura que se ha derramado, ¿no habria hecho más que irritar la sed?»

Los que manifestaban la alegría feroz eran los francmasones, los que el acto infame del asesino debía, segun su expresion, hacer felices.»

Luis XVIII estaba muy perplejo; pero no debe olvidarse que habia tenido la debilidad de aceptar la iniciacion masónica antes de la Revolucion. Ante los realistas fervientes no queria aparecer protector del cómplice de Louvel; por otra parte, deseaba no suscitar contra sí mismo la Franc-Masonería, ofendiendo al Gran Maestro del Rito Escocés. Encontrábase pues en cruel apuro, cuando el 18 de febrero sucedió, al anochecer, el hecho siguiente: El principe y sus hijos, el duque y la duquesa de Angulema, que acababan de comer con el Rey, se echaron á sus piés y le suplicaron que alejara á M. Decazes. Viendo que persistia, á pesar de la evidencia, en defender á su ministro favorito, el príncipe le dió á escoger entre él mismo y el ministro.

«—Señor, le dijo con firmeza, no puedo permanecer en las Tullerías, si M. Decazes, públicamente acusado por M. Clausel de Consergues de complicidad en la

muerte de mi hijo, se presenta aquí todavía como ministro. Permitame V. M. retirarme al Elíseo Borbon.»

Ante esta intimacion, cedió Luis XVIII, y ocho dias despues del crimen, *El Moniteur* (número del 21 de febrero) hizo saber á los parisienses que M. Decazes habia cesado de ser ministro. Durante los cuarenta años que esté hombre vivió todavía, jamás volvió al poder, lo que prueba, mejor que todas las acusaciones, que un cadáver le cerraba el paso del camino que lleva al ministerio.

Prueba lo que antecede que en todas partes, en la Cámara, en los periódicos, en la magistratura, en la misma familia real, se apreciaba la conducta de M. Decazes en su justo valor.

Por lo demás, el atentado de Louvel no fué un hecho aislado. Relacionábase, al contrario, con la campaña dirigida entonces por la Franc-Masonería en todos los países de Europa contra los reyes, y en particular contra los de la familia de los Borbones, como lo probaron ampliamente los sucesos ocurridos luego en Paris.

La duquesa de Berry estaba en cinta cuando murió su marido. Desde su luto, vivia en el palacio de las Tullerías, donde ocupaba, en el primer piso, una habitacion cuyas ventanas daban á la calle de Rivoli frente á la calle de l'Echelle, y sobre uno de los pasajes abovedados, que cruzando el palacio, ponian en comunicacion la plaza del Palacio Real y la calle de Richelieu con la plaza del Carrousel. Pues bien, el 28 de Abril de 1820, es decir algo más de dos meses despues del crimen de Louvel, á las once de la noche se puso un petardo cuya mecha estaba encendida en uno de aquellos pasajes. El petardo estalló y el ruido fué violento. Esperábase causar á la duquesa de Berry una brusca sacudida y provocar de este modo un aborto; pero no fué así. La princesa era una mujer animosa, y no perdía fácilmente su sangre fria, y se contentó con decir: «Quisieran asustarme y no lo con-

seguirán». Los francmasones despues de haber muerto al padre, atentaban contra la vida de su hijo, aun antes de nacer. El autor de aquella tentativa criminal, no fué inmediatamente descubierto.

En la noche del 6 al 7 de mayo, depositó en el mismo sitio, una pieza explosiva más fuerte que la anterior, y encendió la mecha cuando fué detenido. Era un antiguo oficial llamado Gravier, y tenia un cómplice llamado Bonton. Como se vé, era tambien esto el plan de la Franc-Masonería que iba realizándose.

Mientras tanto instruíase el proceso de Louvel. Muy instruido por el Gran Maestro del Rito Escocés, durante las diez y siete horas que habia pasado en su hotel, luego después de su arresto, el asesino negaba con energia haber tenido cómplices. Hacíalo con frases pomposas y declamatorias, tan extraordinarias en boca de un sillero sin educacion y sin mucha instruccion, que habian sido evidentemente preparadas por otros y probaban solamente la excelencia de su memoria. Además, según toda probabilidad, el Gran Maestro Decazes le habia hecho esperar la libertad, sino revelaba los inspiradores de su crimen; porque se portó como un hombre que esperaba ser libertado por momentos.

La secta, por otra parte, se agitaba y preparaba una insurreccion.

El 15 de mayo habíase abierto en la Cámara de los diputados la discusion de la ley acerca de la reforma electoral. En este terreno, los reaccionarios, es decir los patriotas realistas, y los liberales, es decir los francmasones y sus amigos, se disputaban tumultuosamente. El H. general de la Fayette habia amenazado al gobierno con una revolueion. La efervescencia bajaba del Palacio de Borbon, donde residia la Cámara, á la calle y hubo colisiones. Los periódicos de la secta empujaban el motin. Los coraceros y los gendarmes cargaban sobre los grupos de manifestantes que se dispersaban para rehacerse al instante.

El 15 de junio, miles de estudiantes, con corbatas blancas y armados con gruesos palos se reunian en el muelle de Orsay delante de la Cámara de los diputados. Rechazados por la gendarmería, no cedieron sino porque cayó una lluvia torrencial. El dia siguiente, 6 de junio, volvieron los manifestantes más amenazadores todavia. Aquél dia iba la Cámara de los Pares á dictar su fallo contra Louvel.

Pues bien, mientras rugia el motin en los bulevares y en el barrio San Antonio, el asesino del duque de Berry, que se creia de seguro ser libertado por los Hermanos y amigos, leia delante de sus jueces una memoria, no para defenderse, sino para exponer los principios de la Franc-Masonería. Con la altanera voz de un hombre que habla en nombre de una sociedad poderosa, decía: «Tengo el consuelo de creer, al morir, que no he deshonrado ni á mi nacion, ni á mi familia.... En mi concepto y segun mi sistema, la muerte de Luis XVI era necesaria, porque la nacion la habia consentido. Si un puñado de intrigantes hubiesen ido á las Tullerías y le hubiesen quitado entonces la vida, hubiera sido diferente; pero como Luis XVI y su familia estuvieron mucho tiempo encarcelados, no puede concebirse que no sea esto un voto de la nacion.... Hoy, los Borbones pretenden ser los amos; pero, en mi concepto, son culpables, y la nacion seria deshonrada, si se dejara gobernar por ellos.»

En el exterior, no decian otra cosa las Logias por voz de los manifestantes.

La Cámara de los Pares, por unanimidad, condenó á Louvel á muerte.

El dia siguiente, 7 de junio, á las seis de la tarde, fué llevado á la plaza de Grève, donde se levantaba la guillotina, rodeada de inmensa muchedumbre. El gobierno habia puesto sobre las armas todo un ejército para prevenir los acontecimientos. Louvel miraba en todas direcciones y aplicaba el oido. El partido de la Revolueion cuya causa habia él seguido tan ardien-

temente, la Franc-Masonería cuyos proyectos habia él realizado exponiendo su vida, los Hermanos y amigos cuyos nombres se obstinó en no revelar, el Gran Maestro Decazes cuyas instrucciones habia ciegamente seguido, ¿no acudian para libertarle?

Estaba ansioso en el cadalso. ¿No iban á cumplirse, quizás, las promesas de salvacion que le habia hecho el Gran Maestro?..... Terrible momento para el criminal cuyo brazo se ha armado, á quien se ha fanatizado, á quien se ha dicho: «Hiere, y seas adicto á nuestra causa. Hiere y nosotros lo dispondremos todo de tal manera que, una vez dado el golpe, podrás huir. Hiere, y, si por imposible, por efecto de alguna circunstancia imprevista, te detuvieran, nosotros estaremos detrás de tí en la sombra, velando por tí. Hiere, y en el proceso que entonces se instruya, no denuncies á nadie más que á tí, sacrificate en apariencia, y cuenta con nosotros. Hiere, y está muy convencido de que no te abandonaremos, que nuestras medidas estarán muy bien tomadas para hacer estallar, á última hora, la Revolucion cuyo preparador habrás sido tú, para levantar el motin popular que té arrancará del verdugo y te llevará en triunfo. Hiere, hiere, valiente Caballero Kadosch, héroe de las Tras-Logias; en el momento decisivo, tus Hermanos te salvarán.»

Y el loco, que ha sido á la vez el instrumento malvado y el abominable engañado de la secta, el Kadosch fanático é insensato espera, contando los segundos. Pasea sus miradas sobre la muchedumbre que le rodea. No ha comprendido aún que la Masonería mata á aquellos cuya mano culpable le ha servido para matar. Sondea con su mirada extraviada á la multitud, esperando que á una señal, á un grito de reunion, se formarán grupos, sacarán sus armas y se arrojarán sobre del cadalso.

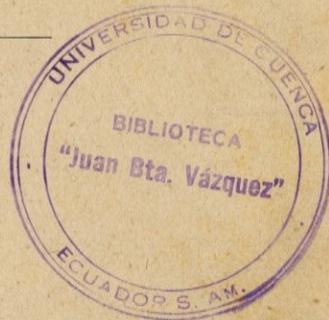
¡Vana esperanza! No tiene en torno suyo sino á los apasionados de la guillotina, á la multitud ordinaria y brutal que se deleita en los espectáculos de muerte.

No se produce ningun movimiento, ni se da ninguna señal, á no ser el del verdugo á sus ayudantes. Y los verdugos cogen al H.: Louvel y le echan súbitamente á la tabla fatal, mientras él murmura: «No vienen, pues, á i.....» No tiene tiempo de acabar; cae la sinistra cuchilla sobre su cuello, y la cabeza del H.: Louvelrueda en la lúgubre cesta. Acabóse todo. Ahora puede dormir en paz el Gran Maestro duque de Decazes.

Pero, ¡no! No tendrá paz este hombre.

Cada vez que la duquesa de Berry encuentre á Decazes, le señalará con el dedo, y gritará sollozando:

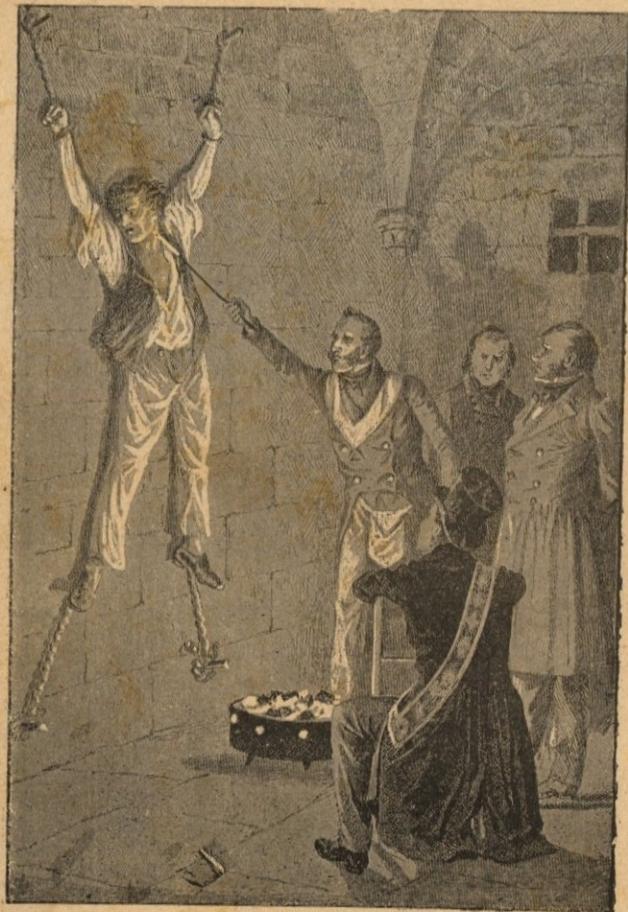
«—¡Aquí está el asesino! ¡éste, éste es el asesino!»





VII.

William Morgan.



Suplicio de William Morgan.—Durante dos días y tres noches, el animoso periodista fué horriblemente torturado, en una cueva, por los miembros de la Logia de Rochester, entregado á ellos traidoramente.

Sábase lo celosa que es la Franc-Masonería de sus secretos; pero no por modestia, como pudiera pensarse y como ella misma lo afirma, no; sino porque teme que, descubiertos sus famosos misterios, sucumbiría ante el odio y el ridículo.

Consiguió vivir mucho tiempo en la sombra y á cubierto de indiscreciones. Cuando algunos escritores independientes y animosos descubrieran sus intrigas y su objeto, como lo hizo en Francia el P. Le Franc en sus obras intituladas: *El Velo Levantado* y *La Conjuración contra la Iglesia Católica y los Soberanos*, tomaba sus medidas para adquirir todos los ejemplares,— impresos, por lo demás, en corto número entonces,— y los hacía desaparecer al instante.

En América no se había publicado aún ninguna revelación, ó á lo ménos, merced á los esfuerzos de los francmasones, no había llamado la atención del público, cuando, en 1826, se puso á la venta en Nueva York un libro intitulado: *Freemasonry exposed and explained* (La Franc-Masonería expuesta y explicada), por William Morgan.

La obra no se parecía á ninguna de las que se acostumbra ver; revelaba los secretos de la Sociedad, hasta entonces misteriosa, y reproducía completamén-

te los Rituales masónicos del Rito Escocés, que era entonces el practicado generalmente en América. El autor era un periodista de Nueva York que había formado parte de la logia *La Rama de Olivo*, establecida en Batavia, condado de Genesee.

Descorazonado cierto día por todo lo que veía y oía en las Logias, sintió despertar en él los sentimientos de honradez y lealtad que la secta se había esforzado por ahogar, sin conseguirlo completamente. Espantado por el mal que él había contribuido á hacer, quiso repararlo en la medida de sus medios, y escribió y publicó muy animosamente su libro, porque preveía perfectamente que con lo mismo iba á designarse á la venganza de los Hermanos y amigos.

La obra metió mucho ruido, y, por la simple exposición de la verdad, contribuyó naturalmente á desacreditar la secta. En las Logias hubo entonces una verdadera explosión de rabia. Decidióse que debía castigarse «al traidor» y horrorizar con su muerte á los que fueran tentados á imitarle. Los Caballeros Kadosch se preguntaban cuándo recibirían la orden de matar al perjurio y los Grandes Inspectores generales preparaban los pormenores de la ejecución.

Los Hermanos de grados superiores hicieron redactar por los Kadosch de Batavia informes circunstanciados acerca de la vida y de las costumbres de William Morgan; reunieron todos los datos recogidos en una noticia única que circuló de mano en mano con las mayores precauciones entre los grandes dignatarios encargados de la supremacía judicial.

Los informes de los Kadosch de Batavia presentaban á William Morgan como un hombre animoso, determinado y perspicaz, que, recelando algun ataque, se ponía en guardia. Por otra parte, habiéndose gran parte del público mostrado favorable al autor de la *Franc-Masonería expuesta y explicada*, sería necesario usar de mucha habilidad para hacerle desaparecer sin dar un escándalo. La noticia general, resumiendo los

informes particulares, insistía en esta circunstancia, que el periodista no poseía ninguna fortuna personal, é indicaba que indudablemente podría por ahí apoderarse de él.

Habiéndose reunido el Supremo Tribunal, concluyó el Grande Orador por que el ex-Hermano William Morgan fuera «privado de la sociedad de las personas honradas», es decir condenado á muerte. Todos los jueces votaron esta sentencia y el Muy Perfecto Presidente rompió la espada, que representaba la vida del animoso autor y arrojó sus trozos en medio de la asamblea. Pronunciado el fallo, no faltaba más que ejecutarlo, lo que, á la verdad, no era muy fácil.

Cierto día, un fondista, llamado Kinsley, francmasón ferviente, fué á encontrar al juez de su canton, y le dijo: «Se me han robado ropa y halajas. El autor del robo es William Morgan y pido su detención.» El juez, que también era francmasón, había recibido por su parte, las instrucciones necesarias; obedeciendo las órdenes del Supremo Consejo, dió inmediatamente la orden de detener al periodista donde quiera que se le encontrara.

Morgan estaba entonces en Canandaigua y la policía lo prendió. Pero Kinsley, más celoso que hábil, había tomado mal sus medidas y poco le costó á Morgan probar su inocencia, por lo que debieron ponerle en libertad al cabo de poco tiempo.

No obstante, este acontecimiento desagradable en el cual había fácilmente reconocido la inspiración de la secta le había hecho todavía más desconfiado que antes. Durante su detención, había tenido tiempo de reflexionar, y se había hecho á sí mismo esta observación: «Mis antiguos colegas me han hecho encarcelar para quitarme la posibilidad de escoger mis alimentos. El mejor día me administrarán algun polvo, mezclado en algun guiso, ó se derramará en mi bebida algunas gotas de *Acqua Tofana*, y seré envenenado. Morgan examinó pues los manjares que se le servían,

probando una pequeña cantidad antes de comer de ellos en abundancia, y se contentó con lo estrictamente necesario para comida y para bebida. Se comprende que estas precauciones continuas no le harían agradable su estancia en la cárcel; por esto, luego que hubo salido de ella, propúsose hacer todo lo que del mismo dependiera por no volver entrar jamás en ella.

Mientras tanto, su obra metía mucho ruido en los Estados Unidos, y muchas personas iban á felicitarle por su valor. Entre los visitantes se presentó cierto Loton Lawson. Era este un hombre de finos modales, que parecía gozar de cierta fortuna y en su hablar mostrábase muy opuesto á la Franc-Masonería. Iba á menudo á ver á Morgan y le repetía con voz conmovida estrechándole cordialmente las manos:

—«Ah, mi querido amigo, no podeis imaginaros el bien producido por vuestra obra y el placer que yo he tenido al leerla. Admiro vuestro valor. Francamente, yo desearía que pudiérais poner á prueba mi amistad; veriais como no hay en el mundo hombre que os fuera más adicto que yo.»

—«¡Bien, muy bien! pensaba Morgan, que estaba algo escamado acerca de las amistades; todo esto es puro cumplimiento que se lo lleva el aire. Antes de creer en tan excelente amistad, esperemos que las circunstancias me permitan probarla.»

No tardaron en presentarse estas circunstancias. Un Hermano de la Logia de Rochester, llamado David Jackson, presentó á los magistrados del condado de Genesee, pertenecientes todos á la secta, diversos títulos de crédito, por los cuales Morgan le debía mil dollars. En aquella época, existía en los Estados Unidos la prision por deudas, y David Jackson instó el encarcelamiento de su deudor. El periodista que temía entrar en la cárcel, se resistió enérgicamente, diciendo: «Los títulos de crédito exhibidos contra mí son falsos! Yo no debo nada á David Jackson.» A lo que los jueces le contestaron: «Esto no nos atañe por de pronto.

La ley es formal en vuestro caso; vuestro acreedor insta vuestro encarcelamiento, y sus títulos tienen todas las apariencias de la autenticidad. Debemos, pues, de pronto evitar que os libreis, huyendo, del pago de vuestra deuda. Probad ahora mismo la falsedad de los documentos producidos contra vos; ó bien, si quereis quedar en libertad, presentad al tribunal una fianza de mil dollars, que asegure el pago de la deuda caso de que se pruebe que la debeis.»—«Y cómo entregaré yo mil dollars? exclamó Morgan; no los tengo.»—«Es preciso pues que ingreseis en la cárcel.» Y dicho y hecho.

—«Vamos, decia tristemente el periodista á Loton Lawson, que habia obtenido el permiso de visitarle; decididamente las Logias acabarán conmigo en la cárcel. Desconfío de todos los alimentos que me presentan; pero ¿cómo evitar el veneno, no pudiendo yo escoger mi comida y bebida?... Estoy convencido de que es preciso salir de aquí lo más pronto, salvo, para discutir, una vez libre, la validez de la medida tomada contra mí... Y, entre los admiradores que me han colmado de elogios, y que me han asegurado su adhesión, ¿quién haria lo que dice? ¿quién quisiera servirme de fianza? Nadie seguramente.

Loton Lawson puso amistosamente su mano en el brazo de Morgan, diciéndole:

«—¡Nadie! Os equivocáis; yo seré quien os sirva de fianza.»

«—¿Vos? Pero ¿sabeis que los jueces exigen que la fianza sea de mil dollars?»

«—Lo sé, y no se pasará mañana sin traeros yo esta cantidad.»

«—¡Ah! vos sois mi salvador, dijo Morgan; vos cumplis lo que prometeis.»

El día siguiente, 13 de setiembre de 1826, á la hora convenida volvió Loton Lawson á la cárcel con un coche y algunos amigos. Consignó en la escribanía de la cárcel los mil dollars; despues dijo al periodista,

gozoso por su libertad: «Sabed que os llevo á mi casa. Para festejar el recobro de vuestra libertad, he invitado á unos cuantos de mis amigos para que vengan á pasar unos ocho días en una propiedad que poseo cerca del lago Ontario, donde cazaremos, pescaremos, comeremos y beberemos de lo lindo, y finalmente, os indemnizaremos de las privaciones que sufristeis en la cárcel, y sobre todo, estareis allí al abrigo de vuestros perseguidores y rodeado de amigos que os defenderían en caso necesario de los puñales de la secta. Mi mujer está entusiasmada por vuestro libro, que ha leído; desea vivamente conoceros y me ha encargado mucho que os lleve á casa luego de libertado.»

No negueis nada al hombre que os ha afianzado. William Morgan, sin desconfianza, subió al coche que esperaba en la puerta de la cárcel y partió en dirección á Rochester.

La conversacion fué alegre y animada mientras se estuvo en poblado; pero así que llegaron al campo, los compañeros de Morgan, que no eran más que Kadosch del Areópago de Rochester, se le echaron encima de improviso. Mientras que unos le ataban fuertemente las manos y los piés con cuerdas, otro le amordazaba con un pañuelo fuertemente apretado.

El carruaje caminó hasta la noche y les condujo á todos cerca del Fuerte-Niágara, donde se detuvo, y los Caballeros Kadosch bajaron. Esperábales el Venerable de la logia *El Ramo de Olivo*, de Batavia, de la que Morgan había formado parte. Desataron las piernas del preso, y cogiéndole de los brazos y hombros le arastraron hácia una casa aislada, situada cerca del lago Ontario.

Dábanle puñetazos y puntapiés para hacerle andar, y cuando tardaba ó intentaba defenderse, uno de ellos le pinchaba en la espalda con un puñal; cuando el preso se estremecía y lanzaba un grito de dolor ahogado por la mordaza, sus verdugos soltaban una carcajada y le insultaban caminando.

«—¡Traidor! decian, no temiste violar tus juramentos publicando los rituales de la Orden; vas á ser castigado. El fallo dictado contra tí, perjurio, se ejecutará con todo rigor. ¿Recuerdas los tormentos á que te sometiste, si llegabas á divulgar los secretos de la Francmasonería? ¿Se te aplicarán! No esperes perdón. Es preciso que, si se descubre tu cadáver, la vista de tus heridas espante á los profanos que quisieran penetrar nuestros misterios y haga volver á su deber á los falsos Hermanos que fueren tentados á imitarte.»

Aquella noche de setiembre era clara, y la luna aparecía de vez en cuando. El guarda almacén del Fuerte Niágara, llamado Edward Giddins, vió muy claramente á los francmasones que rodeaban y maltrataban á su víctima; oyó sus reprensiones y amenazas. Creyendo que eran una cuadrilla de bandidos que aplicaban un castigo á uno de los suyos, no tuvo el valor de intervenir.

Los verdugos y la víctima entraron en la casa aislada, cuya puerta se cerró perfectamente.

El día siguiente, al cerrar la noche, una negra llegada allí para sacar agua de aquella casa, que ella creía inhabitada, se sobresaltó, porque había oído gemidos y gritos salvajes. Entre espantada y curiosa se subió á la pared hasta una ventanilla alumbrada.

El espectáculo que se ofreció á su vista la espantó.

A la luz de varias antorchas que alumbraban el local, vió un hombre enteramente desnudo clavado en la pared, formando una cruz viviente de San Andrés. En las muñecas y tobillos tenía el extremo de cuatro cuerdas que violentamente tirantes se anudaban por el otro extremo en cuatro grandes clavos metidos en la pared, sosteniendo de este modo al ajusticiado en dolorosa posición vertical á medio metro sobre el suelo, que no podía tocar con los piés. Su pecho era una sola llaga sangrienta. En torno de él, hombres ébrios de sangre y aguardiente reían y le insultaban. En un brasero ardiendo se enrojecía una barra de hierro. Era aquello una escena digna del infierno.

«—Ahora te toca á tí, Enrique Brown,» dijo el que parecía mandar á los asesinos y que no era otro que Loton Lawson, presidente del Supremo Tribunal masónico de Boston, organizador del asesinato. (En Boston se había fundado, en 1733, la primera Logia de los Estados Unidos de la América del Norte.)

El hombre interpelado se levantó del banco donde estaba sentado, tomó el hierro enrojecido, y se acercó tambaleándose al supliciado. Levantó el hierro á la altura del rostro de Morgan y le quemó los ojos. Pero, como el verdugo estaba borracho, abrió surcos dolorosos en las mejillas del paciente. Encogióse la carne y la víctima exhaló un grito tan terrible que la negra, testigo de aquella escena espantosa, huyó, erizados de horror sus cabellos.

Habiendo vuelto otra vez la noche siguiente á buscar agua y oyendo salir gemidos de la casa lúgubre, pero más debilitados que la víspera, se subió también á la ventana. El cuerpo de William Morgan no era más que una llaga. En varios sitios, las carnes que habían sido cortadas, habían tomado tintes violáceos: indudablemente habían derramado encima algun líquido para hacer más vivo el dolor.

—«Vamos, Monroe, ¿no te decides á acabar esto?» dijo Loton Lawson, mira, que es ya la tercera noche que pasamos aquí. Dale el golpe de gracia, el golpe de la arteria carótida, y vámonos.»

Monroe se levantó, sacó un puñal, y apuntando bien el sitio, lo plantó en el lado izquierdo del cuello de la víctima, que se estremeció é inclinó la cabeza: su suplicio estaba terminado.

A la noche, trasladóse el cadáver en una barca llevándolo á Pembroke, provincia de Ontario Alto-Canada, donde fué enterrado clandestinamente.

Hasta mucho despues no se supieron los pormenores del asesinato; porque ni Edward Giddins ni la negra se habían atrevido á hablar en los primeros momentos.

La desaparicion del periodista produjo profunda sensacion en todos los Estados-Unidos. Formóse una Liga Anti-Masónica para ayudar á los magistrados en sus investigaciones; pero estos, que eran francmasones, lo mismo que Chicton, el gobernador del Estado de Nueva-York, no se daban prisa por llevar á término su cometido.

Mientras tanto Giddins y la negra se decidieron á declarar lo que habían visto, pero los magistrados no hicieron ningun caso de sus declaraciones. Enrique Brown, en un momento de embriaguez, había soltado algunas palabras que le comprometían; el público le consideraba como uno de los principales asesinos, pero los jueces ni siquiera le hicieron comparecer ante ellos á título de informacion.

Indignáronse entonces los ciudadanos del país, y se gritó contra la denegacion de justicia. El crimen era indiscutible; ¿por qué se encerraban los magistrados en escandalosa abstencion? Organizáronse meetings en todos los puntos de los Estados-Unidos. Declarábase en todas partes que los francmasones debían ser excluidos de todos los cargos públicos. Madres hubo que juraron públicamente no dar jamás sus hijas á francmasones; hijas hubo, á su vez, que juraron no aceptar jamás á francmasones por maridos. La indignacion popular se extendía de provincia en provincia.

Dos años despues del asesinato de William Morgan, reuniábase solemnemente en Leroy, el 4 de julio de 1828, una asamblea solemne de Anti-Masones. Trescientos Hermanos renegaron públicamente en ella de la Masonería, y, entre los aplausos de inmensa multitud, declararon que el infortunado Morgan, en sus revelaciones, causas de su muerte, no había publicado nada que no fuera escrupulosamente exacto.

La secta, para disculparse, hizo publicar por sus periódicos que el periodista desaparecido era un borracho y que si había ido á pasear al lago Ontario, había caído á él y se había ahogado accidentalmente. Los

amigos de Morgan protestaron, probando que era muy sóbrio. Los francmasones presentaron entonces un cadáver extraído del lago Ontario; pero fué reconocido por ser el de Monroë, asesinado también por haber sin duda manifestado algún remordimiento. El público se dijo con razón que era aquello un nuevo delito de la secta y los ánimos se exaltaron.

Ante la explosión de la indignación pública, las Logias cesaron sus tenidas en toda la extensión de los Estados-Unidos, en el Canadá y en las demás colonias inglesas de la América.

Todo tiene fin, no obstante, y, poco á poco, se calmó la ira popular. Para terminar, en 1832, los periódicos á sueldo de la Franc-Masonería insinuaron que Morgan no había muerto, que el ruido hecho al rededor de su nombre era la obra interesada de los enemigos de la sociedad, y que algunos viajeros le habían visto en Smirna, donde vivía tranquilamente, afiliado entre los discípulos de Mahoma. Como Smirna, situada en Asia, al extremo del Mediterráneo, dista algunos miles de leguas de Nueva-York, que está á orillas del Océano Atlántico, era difícil comprobar la fábula masónica. Finalmente, la opinión pública estaba cansada. Así ~~est~~ que todo continuó como estaba.

El *New-York Herald*, el más importante periódico de los Estados-Unidos, en agosto de 1875, continuó la información y descubrió en julio de 1881, la sepultura del desdichado Morgan, en Pembroke, como ya lo hemos dicho. Los miembros de la Logia de Rochester fueron oficialmente reconocidos como sus asesinos. En la hoya de su víctima, se encontraron unos pedazos de papel con el nombre del francmason Enrique Brown, uno de los principales asesinos. Tocante á Loton Lawson jamás se supo qué se había hecho.

Actualmente, la estatua de William Morgan se levanta en una de las plazas públicas de Batavia, estado de Nueva-York. Inauguróse solemnemente en 1882. Va sin decir que los periódicos europeos redactados

por francmasones se guardaron muy bien de decir una palabra de esta ceremonia, dedicada á la gloria del animoso escritor que había pagado con su vida su amor de la verdad.





El crimen de Rodez.—Dos carbonarios que habian hecho dimision, así como la mujer de uno de ellos, son asesinados en un café por el H. Gaviol.

VIII.

Los Carbonarios de Marsella.

En 1834, un triple asesinato, cometido con inaudita audacia, espantó á la ciudad de Rodez, situada en el Mediodía de Francia. Las investigaciones de la policia probaron que el crimen se habia realizado cumpliendo una sentencia dictada por una *Venta de Carbonarios*.

Antes, empero, hay necesidad de dar algunas explicaciones.

En todas las revoluciones ocurridas ya en Francia, ya en otros países, desde la caída de Napoleón I, ha aparecido una asociación secreta llamada Carbonaria ó Masonería Floresterá.

¿Qué es la Carbonaria? ¿Qué son los carbonarios?

La Carbonaria es la hija activa de la Franc-Masonería.

Tiene por dogmas principales, por reglas de conducta, los artículos siguientes del reglamento de una de las más importantes Tras Logias de Europa: aludimos á la Alta Venta *la Joven Italia*, fundada por el célebre Mazzini.

«Art. 2. Habiendo reconocido los males horribles del poder absoluto y los más horribles aún de las monarquías constitucionales, debemos trabajar para fundar la república una é indivisible.

«Art. 30. Aquellos que no obedezcan las órdenes de la sociedad ó descubran sus misterios serán cosidos á puñaladas sin remisión. El mismo castigo está reservado á los traidores.

«Art. 31. El Tribunal Secreto pronunciará la sentencia, y designará uno ó dos afiliados para su ejecución inmediata.

«Art. 32. Quien se niegue á ejecutar la sentencia será declarado perjuro, y como tal condenado á muerte.

«Art. 33. Si el culpable se escapase, será perseguido sin tregua ni descanso donde quiera, se encuentre, y deberá ser asesinado aunque se refugie en el seno de su madre ó en el Santuario del Cristo.

«Art. 34. Cada Tribunal Secreto será competente no solo para juzgar á los adeptos culpables, sino tambien para condenar á muerte á toda persona en quien hubiere recaído un anatema.»

Pues bien, la Alta Venta *la Joven Italia*, que posee y sigue semejantes reglamentos, es considerada por los francmasones de grados superiores como la alta Venta modelo. Júzguese con esto, cuál es el espíritu de la Carbonaria ó Masonería Floresterá.

Forma la vanguardia de la secta, organiza las revoluciones, y toma parte en todos los motines que pueden ser útiles al fin que se propone la Masonería.

Hé aquí como se reclutan los Carbonarios.

Entre los Hermanos Tres-Puntos hay hombres de todos los caracteres. Unos quedan satisfechos con los discursos que oyen en las Logias, con las ceremonias á que asisten; se contentan con esto y no quieren salir de sus ocupaciones habituales sino en días fijos y horas determinadas: otros son de temperamento ardiente y no conciben una asociación política sin la acción pública ya de palabra ya mediante armas.

Estos últimos son los llamados por los dignatarios de la secta á formar parte de la Masonería Floresterá.

Para ser afiliado á esta vanguardia, es preciso lle-

nar las condiciones siguientes: haber recibido el grado de Maestre, ser miembro activo y asiduo de su Logia, y haber asistido á lo menos á las cuatro últimas tenidas de Maestría de su Taller.

La Masonería Floresterá no está organizada de la misma manera que la Masonería ordinaria. Las Logias de esta pueden contar un número ilimitado de miembros; pero no sucede lo mismo en la Carbonería.

Por otra parte, hé aquí el cuadro completo y resumido de su organización:

En último grado, se encuentra la Venta Suprema. Cuenta tantos miembros cuantos se necesitan: nunca son muchos, como lo veremos luego. Todos han recibido el grado 32° en la Franc-Masonería; por consiguiente están clasificados entre los jefes de la orden.

Cada uno de los Carbonarios de esta Venta Suprema reúne al rededor suyo diez y nueve Hermanos Tres Puntos de quienes está seguro. Esta reunion toma el título de Alta Venta; no puede contar más de veinte miembros incluso el presidente. Este solo la representa cerca de la Venta Suprema. Cada uno de los diez y nueve conjurados que obedecen á este jefe no conoce más que á él, y nadie á los demás miembros de la Venta Suprema.

Cada uno de los carbonarios de la Alta Venta reúne diez y nueve asociados en torno suyo. El grupo formado de este modo, se llama Venta Central.

Fórmase un cuarto grupo bajo el nombre de Venta Particular, es el último escalon de la escala. Este grupo, compuesto de veinte conjurados, obedece á uno de los que le representa en la Venta Central cuyo miembro es.

Luego pues, formando parte de la Venta Suprema cada 32°, manda directamente á veinte Hermanos de una Alta Venta, é indirectamente, á cuatrocientos Hermanos de las Ventas Centrales y á ocho mil Hermanos de las Ventas Particulares.

Existen en la Venta Suprema tantos miembros cuan-

tas veces hay ocho mil carbonarios en toda la asociación.

Merced á esta gerarquía, los carbonarios obedecen pues á jefes supremos á quienes no conocen, pues que solo tienen que relacionarse con su jefe inmediato.

Además, está terminantemente prohibido á los Hermanos frecuentar otra Venta que aquella de la cual forman parte. Es lo contrario de lo practicado en la Masonería ordinaria, en la que son admitidos los iniciados en todas las Logias, no solo de su rito, sino tambien de un rito ajeno.

De la organizacion de la Masonería Floresterá y del secreto á que están obligados sus miembros, resulta que la Alta Masonería de los grados llamados administrativos dispone de un ejército de esclavos ciegos y de una fuerza política no solamente numerosa, sino, sobre todo, de inaudito poder; vista la unidad de acción y la prontitud con que se transmiten y ejecutan las órdenes emanadas de la superioridad, en un caso dado.

Conviene decir tambien que la Masonería Floresterá no funciona de una manera permanente. Los grados superiores la organizan y la hacen maniobrar solamente cuando lo exigen las necesidades de la política, es decir, cuando la Masonería no ocupa el poder, ó cuando vé su poder amenazado por algun peligro.

En Francia funcionó especialmente á fines del reinado de Napoleon I; bajo el de Luis XVIII, en que preparó los Cien Dias, bajo Carlos X y Luis Felipe.

En tiempo de la segunda República, la Masonería organizó tambien numerosas Ventas, con el fin de mantener la agitacion y conservar un poder que veia escapársele.

Por fin, la época más reciente en que funcionó el Carbonarismo en Francia es el septenado del mariscal Mac-Mahon; desde la caída de la Commune hasta la eleccion de M. Grevy, la Masonería Floresterá estuvo

en conspiracion latente, continuamente alerta y siempre pronta á un golpe de mano, maniobrando en la oscuridad con un efectivo de unas ochocientas Ventas, ó sean diez y seis mil Hermanos resueltos á todo.

El Carbonario es el soldado del motín, como el Caballero Kadosch es el ejecutor secreto de las venganzas masónicas. La joya del Kadosch es el puñal, y la del Carbonario es el fusil. Todo miembro de una venta debe tener constantemente en su casa una carabina y cincuenta cartuchos, y debe estar dispuesto á echarse á la calle á la primera señal.

Eran necesarias estas explicaciones para la inteligencia de lo que sigue. Era preciso conocer los principios de la Masonería Floresterá, su organizacion y su fanatismo, para explicarse la rabia con que fueron asesinados en Rodez, en 1834, los esposos Emiliani y su amigo Lazzoneschi.

Las víctimas habian sido condenadas por sentencia secreta dictada en Marsella, en el local de la logia *La Perfecta Union*. Esta logia masónica, fundada el 18 de abril de 1828 por el Gran Oriente de Francia, existe todavía. Sus miembros se reúnen regularmente todos los lunes á las ocho de la noche, en el local sito en la calle de Piscatoris, núm. 24.

En todo el litoral francés del Mediterráneo, en Provenza y Languedoc, habitan muchos emigrados italianos. En el departamento de las Bocas del Ródano principalmente, gran número de masones extranjeros frecuentan las Logias del país y acaban por hacerse afiliár á ellas cuando resuelven quedarse definitivamente en Francia.

Tal era el caso, en 1833, de cuatro italianos, los señores Emiliani, Scuriatti, Lazzoneschi y Adriani. Tenian el grado de Maestro, se mostraban asíduos á las tenidas de la logia y parecian hombres enérgicos. Notáronlos los jefes de la secta, y les hicieron ingresar en la Masonería Floresterá.

Cuando vieron que no se trataba ya de oír conferen-

cias y asistir á iniciaciones llenas de incidentes cómicos, sino que solo era cuestion de estar dispuestos á la primera señal á ponerse detrás de una barricada, volvieron sobre sí y presentaron su dimision.

Desgraciadamente para ellos, habian adelantado demasiado; además, Emiliani, al retirarse, habia expresado de un modo muy categórico su reprobacion de las intrigas revolucionarias de los carbonarios.

Hubo, al punto, gran emocion en la Venta. Temíase que los dimisionarios hicieran alguna revelacion que comprometiera á la secta.

¿Qué conducta debía observarse para ellos?

En tan difíciles coyunturas se escribió á Mazzini, que estaba en Ginebra, y dirigia la accion de las Traslógias y de las Ventas.

El gran jefe de la Masonería Floresterá juzgó que el asunto valia la pena de molestarle. Fué, pues, á Marsella, reunió en el local de la Logia la *Perfecta Union* á los Hermanos de los grados superiores y los constituyó en tribunal secreto.

Mazzini presidió la sesion, teniendo por secretario al H.: La Cecilia, padre del revolucionario que fué más tarde general de la Commune de Paris, en 1871.

La Franc-Masonería habia abierto una informacion acerca de los cuatro italianos, y por los espías que mantiene á su servicio habia sabido que los carbonarios dimisionarios se habian dirigido á Rodez.

El tribunal secreto decidió que fuera asesinado Emiliani, el que habia manifestado abiertamente sentimientos hostiles.

Regularmente, cuando la secta pronuncia semejante fallo, cuida mucho, no sólo de no consignarlo por escrito en un pliego de papel, sino que hasta rasga todos los documentos de la informacion que motivó su fallo; pero no se hizo así en el caso presente.

Segun su costumbre, Mazzini, muy pródigo de su firma, hizo redactar esta abominable sentencia y tuvo la audacia de firmarla con el título de M.: P.: P.:

(Muy Perfecto Presidente) y hacerla refrendar por La Cecilia con el título de C.: G.: S.: (Canciller Gran Secretario).

Este decreto de condenacion terminaba así: «El Presidente de la Venta de Rodez elegirá los ejecutores de la presente sentencia, que deberán cumplir en el riguroso plazo de veinte dias; el que se excusare, incurrirá *ipso facto* en la pena de muerte.»

No obstante, la Franc-Masonería resolvió obrar con prudencia y ocultar el verdadero motivo del crimen; para lo cual se convino que á Emiliani le mataran italianos, á fin de dar al hecho las apariencias de venganza particular. Era necesario prever el caso en que los asesinos no pudieran escaparse á tiempo y fueran capturados por la policia.

Poco despues, paseándose Emiliani por las calles de Rodez, es atacado por seis compatriotas suyos que le mueven pendencia y le dan varias puñaladas. Los asesinos le dejan por muerto en el sitio y emprenden la fuga.

Durante algun tiempo consiguieron burlar las pesquisas de la policia; pero acabaron por ser descubiertos y presos.

Emiliani tuvo la suerte de sobrevivir á sus heridas, que, no obstante, le dejaron muy débil. La justicia instruyó sumario; pero, despistada por ciertas apariencias que la secta habia creado hábilmente, no sospechó el verdadero motivo de la agresion, y creyó tratarse de simples pendencieros harto prontos en acudir al puñal.

El tribunal no condenó á los reos sino á cinco años de reclusion, por no haberse probado la premeditacion del crimen.

Emiliani, enfermizo aún por la sangre que habia perdido, habia asistido al proceso acompañado de su mujer, que le prodigaba los desvelos reclamados por su estado de debilidad.

Al salir de la audiencia, sintiéndose fatigado, entra

en un café, asido del brazo de su mujer y acompañado de su amigo Lazzoneschi. Felicitábanse de verse libres de sus enemigos y de poder vivir tranquilamente, á lo menos durante los cinco años que los asesinos estarían reclusos; pero no debían realizarse sus proyectos.

Apénas se sientan, aparece un desconocido en el café. Sin decir una palabra, se precipita sobre Emiliani y le hunde un puñal en el pecho; con otro golpe echa al suelo á Lazzoneschi; despues, precipitándose la señora de Emiliani al auxilio de su marido, la derriba á su vez, apestándole dos puñaladas.

Esta escena dura apenas algunos segundos. El asesino no ha pronunciado una sola palabra ni ha proferido ningun grito, y emprende la fuga. Algunos jóvenes corren persiguiéndole, le alcanzan y se apoderan de él. Defiéndose empero desesperadamente; pero al fin consiguen sujetarle. Acude la policia y se llevan al asesino.

Comprende entonces el tribunal que no se trata ya de una venganza particular; entrégase á minuciosas pesquisas, y logra apoderarse del famoso juicio del tribunal secreto de Marsella, firmado por Mazzini y refrendado por La Cecilia.

Emiliani y su mujer, lo mismo que Lazzoneschi, sucumbieron al poco tiempo por efecto de sus heridas. Celebráronse sus funerales con cierta solemnidad; sin embargo, el terror era tan grande en la poblacion, que las personas que asistieron á las exequias para protestar contra el crimen, pidieron enseguida á la autoridad que les permitiese el uso de armas, á fin de poderse defender en caso necesario.

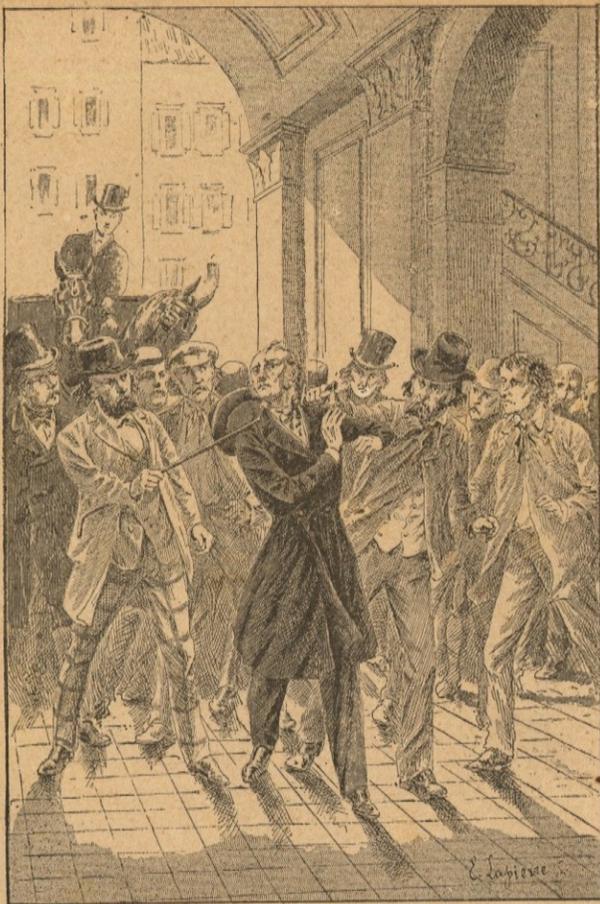
El asesino fué guillotinado. Llamábase el H. Gaviol. Habia pasado por todos los grados de la escala del asesinato en la Franc-Masonería; era Caballero Kadosch.

Las víctimas y los culpables en este horrible suceso son conocidos por sus nombres; los motivos del cri-

men han sido claramente descubiertos; la sentencia dictada por la Venta de Marsella se ha publicado con las firmas (esta pieza existía aún, hace pocos años, en los archivos del Tribunal de Casacion de Montpellier, que cuenta á Rodez en su circunscripcion judicial); los periódicos de la época refirieron los hechos extensamente; ningun crimen fué, pues, nunca mejor probado, mejor establecido que ese triple asesinato cometido por un Caballero Kadosch, ejecutor de las venganzas de la Franc-Masonería.

Se ve, pues, que no exagerábamos de ningun modo cuando, en el preámbulo de esta obra, decíamos que la secta, en sus Tras-Logias, disponia sus iniciados á la práctica del asesinato.

Comienza por hacerle dar puñaladas á maniqués, á cabezas de muerto y á carneros; y, una vez los tiene acostumbrados á la idea del crimen, dirige su brazo homicida contra los Emiliani y los Lazzoneschi.



Asesinato del conde Rossi, franc-mason convertido.—El ministro de Pio IX está rodeado por los conjurados, al entrar en el palacio legislativo, y uno de ellos le hunde su puñal en la arteria carótida.

IX.

El conde Rossi.

En el capítulo anterior hemos expuesto la organización de la Masonería Florestera ó Carbonaria. Hemos visto que los Carbonarios de Marsella condenan á cuatro de los suyos, reos de haber hecho dimision por no asociarse á los crimenes de la secta, y, por órden de Mazzini, perseguir á dos de los condenados hasta Rodez y matarlos á puñaladas con inaudita rabia.

Antes de entrar en un estudio necesario acerca del importante papel representado en este siglo por Mazzini y el Carbonarismo; antes de explicar, apoyándonos en hechos históricos, cuál es el verdadero objeto de la unidad italiana, obra capital de la Franc-Masonería, queremos referir un asesinato que ha excedido en audacia á todos los relatados hasta ahora; un asesinato en cuya ejecucion no se ha tomado la secta la molestia de ocultarse, acerca de cuyos motivos no ha intentado engañar al público, segun lo hizo en el asesinato del duque de Berry y del cual se ha todavía envanecido.

Trátase del asesinato del conde Pelegrin Rossi. Se trata de un hombre de quien se apoderó la secta desde su juventud, formado y educado por ella, al objeto de combatir de frente al Papado, y que, carbonario desenfrenado contra el Sumo Pontífice, sintiendo la be-

néfica influencia del Papa, se convirtió radicalmente, vió de repente brillar en su alma la luz de la fé, ilustrarla, disipar las tinieblas acumuladas en su conciencia por un odio irreflexivo de la Iglesia, y devuelto á la libertad, se convirtió, dando las señales más brillantes de su sinceridad y de su abnegacion. El conde Rossi pagó con su vida esta animosa conversion.

Habia sido apasionado partidario de la unidad de Italia. Mazzini queria la Italia una, pero republicana; otros habian formado el proyecto de unificar la península bajo la dominacion de la monarquía de Saboya. Rompiendo Rossi, despues de su conversion, con el programa de la secta, creyó que su país encontraría el poder nacional, á cuyo establecimiento se habia consagrado, agrupando todos los principes italianos en una confederacion bajo la presidencia del Papa. Era esto una idea nueva, patriótica, cuya realizacion no era imposible; pero que se oponía á los sombríos designios de la Franc-Masonería. Por esto, los carbonarios asesinaron al promovedor de esta idea, patriótica y cristiana al mismo tiempo.

Rossi, nacido en 1787 en Carrara, Italia, abogado del colegio de Bolonia, y célebre ya á los veinte años, habíase muy pronto afiliado en la Masonería, que le hizo pasar al poco tiempo de las Logias á las Ventas. Había combatido á las órdenes de Marat contra los Borbones de Nápoles. Despues del restablecimiento de los Borbones, debió expatriarse; fué á Ginebra, fué nombrado en 1820 diputado al Gran Consejo de aquel canton, y al poco tiempo llegó á ser en Suiza el jefe reconocido del partido anticlerical.

Guizot, que le apreciaba mucho y que tenia, como él, grande odio al catolicismo, logró decidirle á venir á establecerse en Francia, cuando Luis Felipe ocupó el trono. Desde 1833, fué Rossi naturalizado francés. De 1833 á 1837, explicó en el colegio de Francia el curso de economía política, con claridad, con elocuencia; pero sin olvidar la propagacion de las doc-

trinas llamadas entonces liberales, ó, para hablar más exactamente, no descuidó ninguna ocasion de preparar los ánimos de sus oyentes para recibir y admitir la doctrina masónica. Seria demasiado prolijo y fuera del caso en esta obra, extendernos acerca del particular. Quizás algun dia nos ocupemos en esto.

Rossi fué enviado á Roma en 1845 como plenipotenciario, yendo, de parte de Guizot, á pedir al Papa «la supresion de la Orden de los Jesuitas». Este encargo, dado en su propio país á un Hermano que habia sido proscrito del mismo por carbonario, llenó de gozo á la Masonería italiana, que vió en ello un reto al Papado. Este gozo, empero, fué de corta duracion. Despues de la muerte de Gregorio XVI, el anticlerical Rossi, iluminado cual nuevo Saulo por la gracia de Dios, se libraba del yugo vergonzoso de la secta y pasaba á ser el principal consejero del nuevo Pontífice Pío IX.

«Quiero volver á ser italiano, no emigrado, escribia á su amigo la víspera de su entrada en el poder. El Papa ha desvanecido todas mis dudas. Sé lo difícil de la empresa que acepto; sé que encontraré obstáculos é impedimentos donde debiera yo encontrar alientos y ayudas. Haré, no obstante, lo que pueda para satisfacer mi conciencia de hombre, de ciudadano y de italiano, dejando, como siempre lo hice, que charlen á su sabor los miserables y locos....»

El R. P. Vaures, religioso francés establecido en Roma, fué quien decidió al ex-Hermano Rossi á aceptar el poder, diciéndole: «Para vos es un deber de conciencia». Entonces, el eminente hombre de estado tomó su heroica resolucion, y respondió: «Hágase la voluntad de Dios».

El 16 de setiembre de 1848, aceptó entrar en el gobierno, en calidad de ministro del interior encargado al mismo tiempo de la policía y de la hacienda. Quería ensalzar la autoridad papal haciéndola el centro del patriotismo italiano y someterle moralmente toda la península. Los carbonarios, guiados por Mazzini, com-

prendieron luego que, si el conde continuaba en el poder, se había acabado todo para la Revolución en Italia. Juraron pues su pérdida y preludiaron su asesinato con ataques en los periódicos por toda contestación á los insultos. Rossi se contentó diciendo en la *Gaceta de Roma*: «Hay elogios que ofenden é insultos que honran».

Poco le faltó para que no se cometiera el crimen en octubre de 1848, en lugar de serlo en noviembre, como, en efecto, lo fué. Proponíanse los carbonarios, durante una noche designada, ocupar con fuerzas la plaza del Pueblo y el Foro de Trajano, ajoderarse de las puertas de Roma, invadir el Quirinal y forzar al Papa á renunciar á su autoridad temporal; después de lo que se proclamaría la República. El complot, revelado á Rossi por uno de los conjurados presa de remordimientos, no pudo estallar merced á las medidas tomadas por el ministro.

El 15 de noviembre de 1848 debía tener lugar la apertura del parlamento romano, en la que debía pronunciar un discurso el ministro, que, fijando claramente el programa que contaba seguir, descargaría el último golpe á la Revolución. Los francmasones resolvieron pues matarle antes que entrara en el salon de sesiones. Ya, el 28 de octubre, el periódico satírico, *Don Pirlone*, había designado la fecha del crimen; el 15 de noviembre. El 14, *La Epoca* predecía la caída del ministro en términos positivos. Además, las Logias de París sabían de antemano la fecha del asesinato. Se la habían comunicado los Hermanos de Italia, quienes, el 10 de octubre, en un consejo reunido en Turín, la habían fijado. Mazzini en una carta que se ha publicado, había declarado que «esta muerte era indispensable».

Lejos Rossi de dejarse acobardar, era inaccesible al miedo, y decía noblemente en la *Gaceta de Roma*, el 11 de octubre, «que no lo pasaría mal quien intentare ejecutar ciertos proyectos».

En la noche del 13 al 14 hizo prender á dos de los conjurados, Genaro Bomba y Vicente Carbonelli, mandándolos al presidio de Civita-Vecchia. Durante el camino amenazaron siempre al ministro. «Ya nos la pagará cara, decía Carbonelli; no estaremos en Civita-Vecchia y tendremos ya noticias de él». Y efectivamente sucedió así.

El 14, se reunieron los carbonarios en el Teatro Capranica. Decidióse matar á Rossi cuando entrara en el Palacio de la Cancillería, sacando á la suerte los nombres de los asesinos. Cinco ó siete fueron los designados. Sante-Constantini debía dar el primer golpe. Dícese que los conjurados se habían procurado en el hospital de San-Giacomo, un cadáver de la estatura de Rossi. Lleváronlo al salon del teatro Capranica, lo pusieron en pié sostenido en un poste, y Sante Constantini, para ejercitarse, practicó en él la ruptura de la arteria carótida. En las Tras Lógias se enseña esa ruptura; más adelante, por la relacion detallada del asesinato, veráse en qué consiste. Para prevenir los desórdenes que podía ocasionar su apertura del Parlamento, hubiera querido Rossi confiar á los carabineros con cuya fidelidad podía contar, la custodia del palacio de la Cancillería; pero no pudo atraer á su opinión á la mayoría de los ministros que creían ser bastante la guardia cívica para sostener el orden.

En la mañana del 15 de noviembre, por cuatro ó cinco veces recibió Rossi avisos de todas partes, pero respondió con desdén: «No se atreverán». La duquesa de Rignano, entre otras, esposa del ministro de obras públicas; le escribió: «No salgais, porque seriais asesinado. En vano intentó la condesa de Rossi detenerle en su casa, en vano Pio IX á quien había ido á ver al Quirinal, le dijo: «Vuestra vida está amenazada.»—«No se atreverán» respondió todavía el conde. «Dios lo quiera; pero recibid la bendicion que os doy con toda mi alma.» Y el Pontífice extendió la mano sobre el que iba á la muerte con tanto heroísmo.

Al salir de las habitaciones del Padre Santo, recibió todavía un aviso apremiante de Mgr. Mosini, al que contestó con estas palabras: «La causa del Papa es la de Dios; vamos.»

La sesión de la Cámara estaba fijada para la una de la tarde. Desde las nueve de la mañana los conjurados llegaban por grupos á la plaza que hay delante del palacio de la Cancillería, y muy pronto la llenaron casi por completo. Su jefe, el H. Grandoni, con uniforme de oficial y espada, iba de una á otra parte, velando porque cada Hermano tomara su puesto. Los francmasones no ocultaban su proyecto siniestro. Recorrian la plaza, hablaban con voz alta, y miraban á cada instante hácia el lado por donde debía llegar el coche del ministro «como si hubiesen esperado al acecho alguna bestia ó al enemigo en emboscada». Ninguno de ellos perdía de vista á Grandoni, dispuesto á ejecutar sus órdenes. En el interior del palacio muchos diputados ocupaban ya su asiento, y las tribunas rebosaban de oyentes ávidos de oír al eminente hombre de Estado pronunciando el discurso del cual había dicho él mismo dos días antes: «Si me dejan hablar, si me dán tiempo de pronunciar el discurso que he preparado y que encierra quizás la salvacion de Italia, acabóse la demagogia en la península.»

En el camino, el cochero, José Decque, oyó silbidos y vió correr hombres de rostro siniestro, detuvo sus caballos pero su amo le hizo señas de continuar.

Llegado á la plaza, el coche atravesó lentamente por entre la multitud, traspasó la puerta del palacio, y se detuvo en el centro del vestíbulo. Los conjurados en número de sesenta, formaban en dos filas, de cada lado del pasaje que separaba el coche de la escalera, en cuyos primeros peldaños estaba el H. Grandoni. Cuando el coche se detuvo, una voz gritó: «¡Silencio!» Y reinó un silencio sepulcral. El lacayo abrió la portezuela y bajó el estribo. Bighetti, sustituto de Rossi en el ministerio de Hacienda, bajó el primero.

Al salir el ministro, bajando del coche, los carbonarios estallaron en silbidos y gritos de: «¡Matad á Rossi! ¡Abajo Rossi! ¡Muera Rossi!»

El ministro intrépido, seguido de Bighetti avanzó erguida la cabeza, por entre sus insultadores; pero apenas había dado muy pocos pasos, cuando los carbonarios, por un movimiento combinado, juntaron filas detrás de él para cortarle la retirada y separarle de Bighetti. Entonces, los «ulcionistas» que habían sido designados ya para el asesinato, ejecutaron «el corte de la arteria carótida.» Uno de ellos golpeó ligeramente al ministro con un baston en el costado derecho. Rossi volvió la cabeza hácia el insolente, alargando, con este movimiento el costado izquierdo de su cuello, abultando la arteria carótida. En el mismo instante, Sante-Costantini le hundió su puñal en el lado izquierdo del cuello, rompiendo así de golpe la arteria.

Apenas sintió Rossi hundírsele la hoja fria en sus carnes, lleva la mano á su herida y murmura entre dientes: «¡Asesinos!» Intenta proseguir su camino, pero sus fuerzas le abandonan; vacila, se arrastra hácia la pared para apoyarse en ella, y cae sin fuerzas, mientras que ancho reguero de sangre brota de su herida.

«—Rossi está herido, muere», aullan los asesinos, que, de pié formando círculo en torno de su víctima, se regocijan en su agonía.

Mientras tanto, Bighetti, abriéndose paso por entre la multitud, llega junto á Rossi y hace por levantarle ayudado por el lacayo. El ministro puede todavía subir siete ú ocho escalones que riega con su sangre; pero muy pronto se rinde. Trasládanle al primer piso á las habitaciones del cardenal Gazzoli; lo colocan en un sofá; quítanle la corbata, y se le vé cortada la arteria carótida, para lo cual no hay remedio. Un sacerdote llamado á toda prisa le dá la absolucion, y el defensor del Papado ya no es más que un cadáver.

En el salon donde estaba la asamblea, cuya mayo-

ría estaba desgraciadamente compuesta de francmasones, ni siquiera se levantó la sesión. Algunos diputados, más decentes que sus colegas, invitaban al presidente Sturbinetti á deliberar á lo menos á puertas cerradas, en señal de luto; pero, éste contestó friamente: «Señores, pasemos á la orden del día» y, los Hermanos Tres-Puntos, presentes en el salón, aprobaron estas palabras cínicas. Entonces, los embajadores de las diversas potencias salieron, indignados: el embajador de Francia fué quien dió la señal de esta grandiosa protesta.

Los revolucionarios eran dueños de Roma; el Papa debió huir á Gaeta, y hasta mucho más adelante, en 1854, no fueron castigados los asesinos. Grandoni y Sante-Costantini fueron condenados á muerte. El primero se ahorcó en su cárcel, el segundo fué ajusticiado sin haberse arrepentido.

Pío IX hizo levantar á Rossi, en la basílica de San Lorenzo de Damasco un mausoleo ostentando como epitáfio estas sencillas palabras, que el animoso ministro habia pronunciado poco antes de su asesinato: «*Mihi optimam causam tuendam assumpsi, miserebitur Deus.*» Encarguéme de la defensa de la más grande de las causas, Dios tendrá misericordia de mí.

X.

Mazzini y la cuestion Orsini.

En los dos precedentes capítulos, hemos prescindido algo de la Masonería ordinaria para no ocuparnos sino en el Carbonarismo ó Masonería Florestera; porque, en efecto, esta rama de la secta ha desempeñado desde la Restauracion hasta el segundo Imperio, un papel de los más importantes. Hemos hablado tambien de Mazzini, el osado conspirador que ordenó el asesinato de Emiliani y de Lazzoneschi, y que fué seguramente el inspirador del asesinato del conde Rossi. La accion de Mazzini fué, en verdad, grande en la Franc-Masonería, y merece un estudio especial, sin el que, además, sería imposible comprender diversos atentados que marcaron el reinado de Napoleon III.

Emiliani y Lazzoneschi fueron asesinados por sus Hermanos, porque creyeron que se les llevaba demasiado lejos en el camino que habian emprendido: como liberales, habian soñado el establecimiento de la República universal, y para trabajar en esta empresa entraron en las Logias; pero, retrocedieron espantados, cuando ingresados en las Tras-Logias, comprendieron que la Orden intentaba deshacerse de los príncipes y de los reyes por los medios más criminales. El mismo Rossi convertido por la benéfica influencia de Pío IX habia pagado su conversion con su vida.

Porque la secta quiere destruir las monarquías y el Papado; ese es su único objeto. Nunca se insistirá demasiado en esto, por mucho que se repita.

En 1821, los grupos de la Masonería Florestera estaban organizados en todas partes de una manera formidable; en dicho año estallan las conjuraciones á la vez en todos puntos; poco les faltó á los carbonarios para lograr sus fines. No obstante la inmensa conjuración fracasó, merced á la energía de los gobiernos monárquicos; pero si los revolucionarios tuvieron esta vez un fracaso completo, la sacudida que dieron entonces dejó en pos de sí, principalmente en Francia, España é Italia, larga y terrible agitacion.

En Italia, los miembros de las Logias y de las Ventas no se dieron por vencidos, á pesar del mal éxito del movimiento que habian intentado en Piamonte y en Nápoles ántes de intentar la sublevacion de Francia.

Se encuentran las pruebas de sus esperanzas y se sabe su manera de proceder en la curiosa circular que la Alta Venta de Turin hizo distribuir, el 20 de Octubre de 1821, á todos los grupos de los carbonarios.

Extractamos de ella los siguientes párrafos:

«En la lucha ahora empeñada entre el despotismo sacerdotal ó monárquico y el principio de libertad, hay consecuencias que es preciso sufrir, principios que ante todó importa hacer triunfar. Habia un fracaso en los acontecimientos previstos; no debemos entristecernos desmedidamente por ello; pero si este fracaso no desanima á nadie, deberá, en un tiempo dado, facilitarnos los medios de atacar al fanatismo con más fruto. No se trata sino de exaltar siempre los ánimos y aprovecharse de todas las circunstancias. La intervencion extranjera, en cuestiones por decirlo así de policia exterior, es un arma efectiva y poderosa que es preciso saber manejar con destreza. En Francia, se conseguirá fácilmente el objeto en sus Borbones echándole en cara continuamente el haber vuelto en los fur-

gones de los cosacos; en Italia, conviene hacer tambien impopular el nombre del extranjero, de modo que, cuando Roma sea formalmente atacada por la Revolucion, sea de pronto una afrenta un socorro extranjero, hasta para los indígenas fieles.

«No podemos ya ir contra el enemigo con la audacia de nuestros padres de 1793, nos fastidian las leyes pero más aun las costumbres; no obstante, con el tiempo, nos será permitido alcanzar quizás el objeto que ellos no consiguieron. Nuestros padres se precipitaron demasiado en todo, y perdieron la partida; nosotros la ganaremos, si, reprimiendo las temeridades, conseguimos fortalecer las debilidades.

«De fracaso en fracaso se llega á la victoria. Vigiland siempre acerca de lo que sucede en Roma. Despopularizad á la clérigalla por toda especie de medios; haced en el centro del catolicismo lo que todos individualmente, ó en corporacion hacemos en nuestro alrédedor. Agitad, meted ruido en todas partes, sin motivos ó con ellos, poco importa; pero agitad. En estas palabras quedan encerrados todos los elementos del éxito. La conspiracion mejor urdida es la que más se remueve y que á más personas compromete; tened mártires, tened víctimas, siempre encontraremos personas que sabrán dar á esto los colores necesarios.»

Se vé que el blanco es sobre todo el Papado. Se necesitaba agitacion, y principalmente en el centro del catolicismo.

El 4 de Junio de 1825, un asesinato masónico, cometido en mitad del dia en la graderia de la iglesia San Andrés Della-Valle, sembraba el espanto en Roma. Era la víctima un antiguo carbonario y franc-mason, José Pontini, á quien los sectarios habian querido castigar su arrepentimiento. Sus asesinos fueron presos y convictos despues de un largo proceso. Los más culpables Targhini y Montanari, fueron condenados á la pena capital, que sufrieron como verdaderos fanfarrones del crimen y de la impiedad, rechazando los auxilios de

la religion. Targhini gritó desde lo alto del patíbulo: «—¡Pueblo, muero sin baldon! ¡muero como debe morir un franc-mason!»

La secta transformó á estos dos asesinos en mártires. Con motivo de su muerte, se entregaron á una propaganda desenfrenada. Un poeta francés, franc-mason, compuso, por órden del Gran Oriente, una elegia acerca de Targhini y Montanari, «víctimas del Papado.» Eran fielmente seguidos los consejos dados por la Alta Venta de Turin.

Además, fueron muchísimos los asesinatos ejecutados por la Masoneria Florestera. No podemos relatarlos todos, porque no bastaría un libro para ello. Citamos, de memoria, algunas víctimas de los carbonarios: el director de la policía de Módena; el prefecto de policía de Nápoles; el legado de Ravena; el estudiante Lessling, de Zurich, culpable de haber penetrado demasiado antes los secretos de Mazzini; los generales de Latour, d' Anerswald, de Lemberg, de Lignowiki, y muchos otros menos conocidos fueron condenados á muerte y asesinados por las misteriosas asambleas. En la misma Suiza, el ilustre patriota José Leu, por haberse atrevido á levantar su potente y pura voz contra las sombras achaparradas de Robespierre y de Saint-Just, cayó tambien bajo los golpes de los infames sectarios, como verdadero mártir.

Finalmente, Mazzini, que, durante tantos años, supo imponerse como jefe supremo á todas las Altas Ventas y á todos los Grandes Orientes de Europa no se recataba en manera alguna de predicar abiertamente el asesinato. Todos los actos de su vida están inspirados por los execrables principios expuestos en la circular antes citada.

Poco há hemos dicho cuál era y es aun el objeto final de la secta. Despues del fracaso de 1821, tramó nuevos complots, y se creó inteligencias en todas partes. Desde 1825 habia conseguido asegurarse cómplices en el mismo seno de cada gabinete europeo. Me-

ditaba establecer la República universal, fundada en el derrumbamiento de los tronos y la destruccion de los altares. No obstante, en 1830, los jefes se vieron obligados á reconocer que los pueblos no estaban todavía en sazón para su obra de mal.

Hé aquí, empero, la revolucion francesa de julio: fermenta la levadura antireligiosa. En 1831, sacude Boloña la autoridad pontificia y establece un gobierno provisional. Los dos hijos de la reina Hortensia, Luis y Napoleon Bonaparte, fieles á las tradiciones masónicas del jefe de su familia, van á reunirse al ejército de los insurrectos. Alistados desde jóvenes en el Carbonarismo, en la Venta de Cesena, por el mismo padre del famoso Orsini, y habiendo jurado en sus manos, dijo Orsini hijo en su interrogatorio, destruir el Pontificado y hasta la Iglesia católica, habian contestado al comité director, que les habia hecho preguntar si se podia contar con ellos y con su nombre en la insurreccion que se preparaba, que se podia contar con ellos, pero que no querian exhibirse sino cuando estuviera sublevada la Rumania. Esta carta, «cuyo original hemos tenido en nuestras manos», dice el P. Deschamps, estaba en francés y firmada: *Luis Bonaparte*.—Sabido es que la insurreccion fué vencida y que el mayor de los dos hermanos Bonaparte, el príncipe Luis, murió en Forli.

En este momento se ve aparecer Mazzini, quien, segun lo hemos dicho en un capítulo precedente, fundó la Alta Venta *La Jóven Italia*, la «Venta modelo», dicen los carbonarios, y fué muy pronto el inspirador de las sociedades secretas.

Mazzini habia nacido en Génova, en 1808. Su padre, profesor en la Escuela de Medicina, le habia hecho dar la educacion más esmerada. Muy jóven aún se mostró ya tal como debia ser, sabiendo tomar muy grande ascendiente sobre los jóvenes que le rodeaban. Afectaba severo continente. Muy sombrío por naturaleza, vivia casi solo, poco expansivo con sus compañeros de ju-

ventud, manteniéndose apartado de ellos y dominándoles, no obstante, por cierta fascinación. Activo, laborioso, enérgico, testarudo, pareció á cuantos pudieron estudiarle uno de aquellos hombres que no se confunden con la multitud y que transforman á sus compañeros y amigos en fanáticos admiradores.

Después de haberse ocupado cierto tiempo en literatura, se lanzó á la política. Era un temperamento de fuego que no podía entregarse sino todo al bien ó todo al mal, y se entregó á la Revolución.

A los veintidos años se hizo afiliarse en los carbonarios; pero no tardó en descubrir que los jefes eran demasiado blandos. Declaraba pueriles sus manifestaciones, diciendo que no conducían á ningun resultado serio. Sus violencias de lenguaje le delataron á la policía, y fué detenido por conspirar contra la seguridad del Estado. No obstante, por razon de su juventud, el gobierno de Carlos Félix, usando de clemencia, no quiso retenerle en sus cárceles y se contentó con expulsarle.

Refugiado en Marsella, reunió á sus compañeros de destierro en una humilde posada, y allí se echaron las bases de la nueva organización del Carbonarismo.

Su sistema era el de «la propaganda por el hecho»; según él, se debía obrar, pero siempre.

Dirigióse también á Carlos Alberto, esperando que este soberano, que se habia dejado engañar un momento por la secta, cuando joven, pero que después volvió al bien, recaería en sus primeros errores. Presentóle á su vista la gloria de fundar la unidad italiana, á fin de atraerle á que fuera en realidad el Apóstol de la Revolución.

En esta carta á Carlos Alberto, decia:

«Toda la Italia no espera más que una palabra vuestra, una sola, para hacerse vuestra. Pronunciad esta palabra. Poneos al frente de la nacion, y escribid en vuestra bandera: *Union, libertad, independencia*. Proclamad la libertad de pensamiento. Declaraos vengador,

dor, intérprete de los derechos populares, regenerador de toda la Italia. Libradla de los bárbaros. Edificad lo porvenir. Dad vuestro nombre á un siglo. La humanidad entera ha dicho: «Los reyes no me pertenecen»; la historia ha consagrado esta sentencia con hechos. Dad un mentís á la historia y á la humanidad. Obligadla á escribir debajo de los nombres de Washington y de Kossiusko, nacidos ciudadanos: «Hubo un nombre más grande que éstos; fué un trono levantado por veinte millones de hombres libres, que escribieron en su base: *A Carlos Alberto, nacido rey, la Italia resucitada por él.*»

Carlos Alberto no contestó esta osada excitación, porque conocia el verdadero objeto de las sectas. La unidad de Italia ha sido siempre un pretexto para la Franc-Masonería; y la prueba es que ahora se ha realizado y con exceso esa obra de unidad, y no obstante no están saciadas las sectas.

Por desgracia, las excitaciones de Mazzini despertaron las malas pasiones de muchos hombres que soñaban con la República. Muy pronto supo el gobierno piomontés que se tramaban conspiraciones contra él. Creó una comision criminal extraordinaria para buscar y hacer juzgar á los culpables por los tribunales militares. La instruccion demostró que los conjurados hacian profesion de «no ser ni católicos, ni protestantes, ni judíos, ni musulmanes, ni sectarios de Brahma»; que estaban determinados «á adoptar el fuego, el puñal, el veneno», y todas las armas de los asesinos; que habian formado el proyecto de volar el polvorin de Chambery, de incendiar Turin, Génova y Alejandría, etc.

Ante tal complot, los tribunales excepcionales debieron ser severos con rigor. El cabo José Tamburelli fué fusilado en Chambery: Juan Bautista Degubernati, condenado á muerte con él, vió su pena conmutada en veinte años de presidio. Entre los principales conspiradores mazzinianos que fueron también fu-

silados, deben citarse: el subteniente Tola; Francisco Miglio, sargento de ingenieros; Biglia; Gavotti; Luciano Piacenza; Luis Turffi; Domingo Ferrari; José Menardi; José Rigassi; Amando Costa; Andrés Vachieri; etc. El Médico Giacomo Rufini, de Génova, se suicidó valiéndose de un clavo para librarse del suplicio, cuando vió reunidos contra él todas las pruebas de su participacion en el complot.

Tocante á Mazzini, amparado en suelo extranjero, fué condenado á muerte, pero por contumaz.

No por esto cedieron los carbonarios de la *Jóven Italia*. Mazzini reunió en Suiza los conspiradores escapados de la policia de Carlos Alberto, agrególes proscritos polacos y alemanes, y aquél pequeño ejército insurreccional, cuya direccion militar habia tomado el general Ramorino, operó una invasion en Saboya (febrero 1834). La tentativa abortó y costó la vida á Valonseri y á Borel, que fueron fusilados en Chambery. Muchos de aquellos individuos fueron presos, otros huyeron siendo uno de estos Garibaldi, oficial entonces de la marina Sarda.

Después de sofocada la insurreccion de 1834, Mazzini pasó todavía dos años en Suiza, desde donde pasó á Marsella aquel mismo año de 1834, para ordenar el asesinato de Emiliani y de Lazzoneschi de que hemos hablado extensamente. En 1836 pasó á Inglaterra, entró en relaciones con los comités revolucionarios establecidos en Malta y París. Después fundó en Londres, en 1842, el *Apostolato Popolare*, periódico de propaganda insurreccional. En este período de su existencia se ocupó sobre todo Mazzini en Masonería oculta; concentraba toda su actividad en organizar las Tras-Logias. El asesinato es siempre su regla; mandó á los Grandes Orientes y á los Supremos Consejos que multipliquen los Areopagos de Caballeros Kadosch, que formen el mayor número posible de asesinos; se hace, en cierto modo, el Supremo Gran Maestro de todos los Orientes y de todos los Ritos. En Inglaterra, predicaba públi-

camente el asesinato. En 1843, fué el instigador de la tentativa de los hermanos Bandiera. Cada vez que se ha cometido ó intentado un crimen, se encuentra siempre su mano en la preparacion del mismo.

Entre los documentos emanados de Mazzini es muy curioso el del 1.º de noviembre de 1846, donde resuena la táctica que deben seguir en política las sociedades secretas. Hé aquí un extracto de las instrucciones:

«En Italia, el pueblo está aun por crear, pero está dispuesto á rasgar el envoltorio que la retiene. Hablad á menudo, mucho y en todas partes, de sus miserias y de sus necesidades. No lo comprende el pueblo; pero la parte activa de la sociedad se penetra de estos sentimientos de compasion al pueblo, y obra tarde ó temprano. No se necesitan, ni son oportunas discusiones sábias. Hay palabras regeneradoras que lo abarcan todo, y que es hábil repetir á menudo al pueblo. *Libertad, derechos del hombre, progreso, igualdad, fraternidad*, hé aqui lo que el pueblo comprenderá, sobre todo cuando se le opondan las palabras de *despotismo, privilegios, tiranía, esclavitud, etc.* No está la dificultad en convencer al pueblo, sino en reunirlo. El día que esté reunido será el de la nueva era.

»La escala del progreso es larga; para llegar al extremo se necesita tiempo y paciencia. El modo de ir más deprisa, es no subir más que un escalon á la vez. Querer llegar de pronto al último, es exponer la obra á más de un peligro.

»En ciertos países debe irse á la regeneracion por medio del pueblo; en otros, por los principes, es absolutamente necesario interesarles en la partida. El concurso de los grandes es indispensable para hacer la Revolucion en un país feudal. Si solo teneis el pueblo, nacerá de golpe la desconfianza, y se le aplastará; si lo capitanean algunos grandes, servirán estos de pasaporte al pueblo. Italia es todavía lo que era Francia antes de 1789; necesita pués Mirabeau, Lafayette y otros muchos. Por intereses materiales podemos atraer-

nos y retener á un gran señor; pero se le puede conquistar tambien por la vanidad; dejadle el primer papel mientras quiera ir con nosotros. Hay pocos que quieran llegar hasta el fin. Lo esencial es que ignoren el término de la gran Revolucion; jamás dejemos ver más que el primer paso que debe darse.

»Aceptad, pues, cuantos auxilios se os ofrezcan, sin mirarlos jamás como poco importantes. El globo terrestre está formado de granos de arena, quien quiera dar un solo paso hácia adelante debe ser de los vuestros, hasta que se detenga. Da un rey una ley más liberal; aplaudidle, pidiendo la que debe seguirla. Muestra un ministro solo intenciones progresivas; presentadlo como modelo. Hay un gran señor que aparenta refunfunar de sus privilegios; apresuraos á ponerlos bajo su direccion. Si el rey, el ministro ó el gran Señor quieren detenerse, siempre llegareis á tiempo de abandonarles; quedará aislado y sin fuerza contra vosotros; y tendreis mil medios de hacerle impopular á todo el que quiera oponerse á nuestros proyectos.

«Todos los descontentos personales, todas las decepciones, todas las ambiciones frustradas pueden servir la causa del progreso, con tal que se les dé buena direccion.»

¡Qué cinismo! y, al mismo tiempo qué ciencia consumada de engañar! Se ve que Mazzini sabia juntar la doblez á la violencia. Y él mismo hacia lo que aconsejaba á sus seides. Cuando el advenimiento de Carlos Alberto, á quien creyó capaz de recaer en los errores del liberalismo de su juventud habia escrito á dicho principe la incalificable carta que hemos reproducido. Asimismo cuando Pío IX fué elegido Papa, tomando Mazzini la mansedumbre, la clemencia del Pontifice por debilidad y candidez, tuvo el descaro de dirigirle un llamamiento que es un monumento de hipocresía. El, sectario fanático, cuyo dios era el Gran Arquitecto de las Tras-Logias, osó concebir la esperanza de interesar al Papa en sus proyectos, osó ima-

ginar que jugando con la palabra *patria*, podria enganar al Vicario de Jesucristo.

Hé aquí los principales pasajes de la carta de Mazzini á Pío IX (8 setiembre 1847):

«Creo profundamente en un principio religioso superior á todas las instituciones sociales, en un orden divino que debemos intentar realizar en la tierra, en una ley y miras providenciales que todos, en la medida de nuestras fuerzas, debemos estudiar y desarrollar. Tengo fé en las aspiraciones de mi alma inmortal y en la tradicion de la humanidad... Os creo bueno. Ningun hombre, no diré en Italia, sino en Europa, es más poderoso que vos. En nombre del poder que Dios os ha dado, y que no os ha dado sin motivo, os invito á realizar una obra buena, renovadora, europea... Haced la unidad de la Italia, vuestra patria. Para esto no necesitáis obrar, sino solamente bendecir á los que obrarán por vos y en vuestro nombre. Os suscitaremos apoyos activos en los pueblos de Europa; os encontraremos amigos hasta en Austria.»

No necesitamos decir que esta carta no tuvo contestacion. Necesitaba Mazzini rara audacia para atreverse á escribir de este modo á Pío IX, quien, en su enciclica *Qui Pluribus* (del 9 de noviembre 1846), habia hablado de las sociedades secretas en igual sentido que sus predecesores, incluso Pío VIII (enciclica *Traditi*, del 21 mayo 1829) y Gregorio XVI (enciclica *Mirari*, del 15 agosto 1832).

No hemos de escribir la historia harto conocida de la revolucion de 1848, que estalló casi simultáneamente en los principales pueblos de Europa. Para nadie es un misterio que fué la obra de la Franc-Masoneria. Mucho tiempo habia que el fuego estaba cubierto por ceniza; Mazzini era uno de los que más habian contribuido á atizar el incendio. Por esto, cuando Pío IX se vió obligado á huir de Roma y refugiarse en Gaeta, los revolucionarios se apresuraron á llamar al jefe de la *Jóven Italia* al Parlamento insurreccional de la Repú-

blica que la violencia de las sectas impuso á los pueblos de los Estados pontificios.

Sabido es, por otra parte, que toda la Italia del Norte se habia sublevado contra la dominacion austriaca. Nadie ignora la famosa lucha del Piamonte y la abdicacion de Carlos Alberto, á consecuencia del desastre de Novara (23 marzo 1849). Entonces Mazzini formó parte del triunvirato de la República romana con Armellini y Aurelio Saffi.

El gran conspirador era en adelante el jefe reconocido de la Revolucion, no solo en Italia, sino en Europa. Él habia declarado el año anterior que era *indispensable* el asesinato del conde Pelegrin Rossi, ministro de Pío IX.

En Francia, los desórdenes de junio habian ilustrado al pueblo, un instante engañado, y le habian hecho comprender que la demagogia sectaria queria renovar los horrores de 1793. La Asamblea Constituyente, elegida por la nacion, era católica en su mayoría. Habíase estremecido viendo las hordas mazzinianas amenazar al Papado, y no habia podido dominar su indignacion cuando llegó á Paris la noticia del asesinato de Rossi, naturalizado francés por M. Guizot y que Francia habia tenido como embajador.

Ese horrible atentado decidió al gobierno francés á intervenir. Apenas se supo el asesinato, telegrafióse á Tolon mandando reunir una escuadra, que embarcara 3.500 soldados escogidos con una compañía de ingenieros y una batería. El crimen cometido por orden de Mazzini fué, pues, la primera causa de la intervencion francesa. Precisa no olvidarlo. Lo demás es harto sabido. El ejército expedicionario del general Oudinot, de acuerdo con las tropas napolitanas y españolas, restableció el poder pontificio.

Mientras tanto, despues del desastre de Novara, Víctor Manuel II habia sucedido á su padre Carlos Alberto. El jóven rey,—tenia entonces veintinueve años,—confió la direccion de los negocios á Máximo d'Aze-

glio; pero Cavour fué quien realmente, como miembro de las sectas secretas, inspiró el nuevo Gabinete. No obstante, es justo decir que Cavour no pertenecia á la masa radicalmente revolucionaria de la Franc-Masonería: era un hombre que guardaba ciertas consideraciones al Papado; porque hubiera querido obtener de buen grado del Papa la renuncia al poder temporal.

Uno de los hombres más nefastos en los consejos del rey del Piamonte, fué Ratazzi, carbonario militante, antiguo ministro profundamente anticlerical de Carlos Alberto, jefe de la oposicion en la Cámara. Este personaje supo adquirir real influencia, de la que usó en el sentido peor. Luego que tuvo la confianza del rey, se acentuaron las medidas de persecucion. El venerable arzobispo de Turin, Mgr. Franzoni, por haber protestado y denunciado animosamente los lazos que unian á Ratazzi con la Franc-Masonería, se vió el blanco de los más indignos tratamientos, siendo multado y preso, y luego desterrado á instancia de los sectarios. Lo mismo le sucedió al arzobispo de Cagliari.

Ratazzi era un mazziniano resuelto; habia pertenecido á la *Jóven Italia*. Adhiriéndose á la monarquía, traíale el partido de accion, mientras arrastraba á Víctor Manuel á una senda claramente antireligiosa. Elegido presidente de la Cámara en 1852, entró en el ministerio en 1854, y propuso al punto una ley para confiscar los bienes de las corporaciones religiosas. Siguiéndose de ahí una crisis ministerial, usó Víctor Manuel de su prerogativa real para sostener á Ratazzi en el poder y hacer votar la ley (28 mayo 1855) por la Cámara, amenazada de disolucion.

Desde entonces hubo una escision en las sociedades secretas en Italia. El objetivo de Mazzini era la República federal: Ratazzi y Cavour querian crear la unidad de Italia bajo la dinastía de Saboya. Una de las adhesiones más importantes á las ideas de esos dos

hombres de estado fué la de Manin, que habia sido presidente de la república de Venecia en 1848: trajo su influencia y la de las Logias francesas é italianas, de las que era uno de los jefes al servicio de la idea unitaria bajo la monarquía piemontesa. Dejose á Mazzini que se agitara; se le renegó oficialmente, aprovechándose á la par de sus intrigas, y se concentraron las fuerzas. Pero, por importancia que tuviera la concentracion de los elementos revolucionarios italianos bajo la direccion de Cavour y de Ratazzi, no hubiera bastado para preservar á Víctor Manuel de un segundo Novara, si no hubiera hallado en Napoleon III un cooperador de los más activos.

No obstante, ese cooperador no se dedicó gratis á la obra unitaria. Napoleon III, antiguo carbonario, tenia un plan secreto. Mientras queria ejecutar el programa de la Revolucion y rebajar al Papado, perseguia un objeto de ambicion personal. Su cerebro, dice el padre Deschamps, soñaba la prosecucion de la obra de Napoleon I. De la Italia, emancipada del Austria, esperaba él hacer un vasallo de su imperio. El príncipe Napoleon, que le molestaba en Paris, habria ido destinado á la Italia central, Toscana y Romañas; Murat habria reinado en Nápoles. Hé aquí la explicacion de su conducta, llena de contradicciones en apariencia. Cuando, espantado por las amenazas de sus antiguos cómplices carbonarios, se decidió á entrar en Italia, prometió hacerla libre hasta el Adriático; y, no obstante, se le vió muy pronto detenerse bruscamente en Villafranca y proponer un proyecto de confederacion italiana dirigido contra la ambicion del Piemonte. De 1856 á 1859, minó por todos los medios posibles el gobierno de los Borbones en Nápoles; distribuyó en el ejército napolitano proclamas que excitaban á la sublevacion contra los Borbones y trayendo á cuento los recuerdos del rey Joaquin: un comité muratista, establecido en Paris, funcionaba activamente; despues, cuando Garibaldi fué detenido delante de Gaeta, vióse

al emperador dar cierto apoyo á Francisco II, para tener en jaque á Víctor Manuel. Necesitose la influencia de Palmerston, el hombre de estado inglés, quien servíase tambien de las sociedades secretas; necesitose tambien la fuerza adquirida por la Revolucion, para hacerle consentir definitivamente en la unidad italiana bajo la monarquía piemontesa.

Pero, á fin de comprender exactamente las amenazas á que debió ceder Napoleon III para emprender la campaña de Italia despues de la de Crimea, es preciso contar aquí la historia de Félix Orsini.

Uno de los pasajes de la alocucion pontificia del 25 de setiembre de 1866 contra los cuales más ha gritado la Franc-Masonería, es aquel donde Pío IX avisa á los fieles que huyan de las sociedades secretas. Pero el Padre Santo, sin consideracion á las reclamaciones de la secta, insistió otra vez acerca de este punto en una alocucion que pronunció el año siguiente en la iglesia de los Stigmatas. Refiere en ella un hecho asombroso que todos los periódicos, menos los pertenecientes al partido revolucionario, reprodujeron copiado del *Osservatore Romano*.

«—Hijos míos, exclamó el Pontífice dirigiéndose á los jóvenes que se encontraban en el auditorio, considerad los peligros que os rodean y cobijaos en el precioso tesoro de la fé. Los perversos os harán ofrecimientos, desechadlos; os darán consejos, evitadlos; os arrastrarán, arrancaos de sus manos. ¡Cuántos hay que, jóvenes como vosotros, creian y practicaban la fé, y que despues se han visto, engañados por los malos, caer en el error y en el vicio! Yo mismo, yo he conocido una de esas tristes celebridades de nuestros dias, un hombre que há veinte años hablaba conmigo de perfeccion y de santidad y meditaba hacerse religioso en un claustro; le ví despues, arrastrado por sus compañeros, precipitarse de abismo en abismo, dejar en definitiva una fama de Erostrato en Europa y en el mundo, y llevar su cabeza al cadalso.

»Tened presente este ejemplo, añadió el Papa, y orad por sosteneros en el bien.»

La víctima de las malas compañías y de las sociedades secretas, de quien hablaba Pío IX, era Félix Orsini.

Orsini había nacido en 1819 en Meldola, pequeña ciudad de la provincia de Forli, en los Estados Romanos. A la edad de nueve años le enviaron á Imola, en casa de su tío Orso Orsini. En 1838, despues de haber hecho excelentes estudios y revelado las mejores, disposiciones, siguió los cursos de derecho en la universidad de Bolonia, y entonces fué cuando se perdió, por frecuentar compañeros ya corrompidos. Las ideas preconizadas por Mazzini le trastornaron muy pronto el cerebro, y no tardó en afiliarse á la *Jóven Italia*.

Desde entonces, su vida no fué más que una incansante lucha contra los gobiernos constituidos en la península. Tomó especialmente activa parte en la sublevación que estalló en 1843 en la legación de Bolonia. Llevado á los tribunales de Roma, fué condenado á presidio por la vida. El advenimiento de Pío IX, que proclamó la amnistía, le sacó del presidio de Civita-Castellana, donde estaba diez y ocho meses había y de donde intentó inútilmente escaparse. Al salir, firmó una declaración por la que se comprometía por el honor «á no turbar el órden público y á no hacer nada contra el gobierno legítimo.

Apenas devuelto á la libertad, se lanzó otra vez al movimiento revolucionario, esta vez en Toscana donde se había retirado. En Florencia estableció una imprenta clandestina, donde las sociedades secretas hacían imprimir sus manifiestos. El gobierno del gran duque Leopoldo II descubrió sin embargo la imprenta y quedó cerrada á consecuencia de una visita de la gendarmería. En cuanto á Orsini, fué conducido á la frontera y expulsado del territorio toscano; pero no tardó en regresar y continuó conspirando con Ribotti y Nicolás Fabrizzi; servía de secretario á este último

para la correspondencia que sostenia con Mazzini. Descubierto y preso otra vez, fué enviado á Forli, en los Estados del Papa, y encarcelado; pero, habiendo logrado escaparse, volvió por tercera vez á Florencia, donde supo la noticia de la revolucion francesa de febrero de 1848.

Ardió toda la península. Orsini se puso al servicio de la nueva república veneciana, y, despues de los combates de Vicenza y de Trevisa, se le encuentra en Venecia capitán de un batallón encargado de la defensa del tinallón núm. 12 del fuerte de Marghera. En la noche del 27 al 28 de octubre, contribuyó á la toma de Mestre contra los austriacos.

Habiendo estallado la revolucion romana, fué á Bolonia con su batallón. En febrero de 1849, fué nombrado diputado en la Asamblea constituyente de Roma por los colegios electorales de Bolonia y de Forli: optó por Forli. En marzo siguiente, el comité ejecutivo, que residia en Roma, le envió en calidad de comisario extraordinario, con plenos poderes, á Terracina, después á Ancona y finalmente á Ascoli.

Después de la toma de Ancona por los austriacos, regresó á Roma y formó en las filas de Garibaldi, durante el sitio de esta ciudad por las tropas francesas. Caida la República, se ocultó y pudo refugiarse en Génova que abandonó luego para ir á Niza, donde, conspirando más que nunca con sus compañeros carbonarios, quiso fomentar una nueva insurrección en los Apeninos (1853). Preso por los gendarmes piamonteses, fué encarcelado en Sarzanno, después llevado á Génova y encerrado en un fuerte, del que no salió sino para ser embarcado con destino á Inglaterra. Continuó en Lóndres sus intrigas conspiradoras y partió nuevamente para Italia á fin de insurreccionar la Lumbigiana. Desvanecidas de nuevo sus esperanzas, refugióse en Ginebra, donde á consecuencia de una entrevista con Mazzini, se decidió dirigir sus esfuerzos en la Valtelina.

Con el nombre de Tito Celsi, partió Orsini para Coire, el 14 de junio de 1854, y estuvo allí cerca de un mes, trabajando por hacer estallar desórdenes en Como, que debían extenderse á toda la Valtelina. Esta expedición cuyo mando tomó el mismo Mazzini, fracasó como las anteriores. De doscientos hombres alistados para esta empresa, apenas se presentaron diez, en Coire, lugar de la cita, para unirse á Orsini. La policía del canton de los Grisonos lo descubrió todo, cogió los fusiles, las municiones y prendió á Orsini, que consiguió no obstante evadirse de los gendarmes suizos.

Después de una corta estancia en Zurich, el furioso conspirador se fué á Milán y comunicó al comite revolucionario de dicha ciudad instrucciones de Mazzini para una próxima insurrección, que debía comenzar por la matanza de todos los oficiales de la guarnición. De Milan, pasó Orsini á Austria y recorrió la Hungría, con el nombre de Jorge Hernagh, al objeto de organizar una sublevación que hubiese concordado con la de la Lombardia.

La policía austriaca le detuvo en Hermanstadt, Transilvania, y le condujo á Viena. Trasladado á Mantua, fué condenado por crimen de alta traición á la pena de muerte el 20 agosto de 1855. Estaba encerrado entonces en el castillo San Jorge, de cuya fortaleza no habia podido, hasta entonces, evadirse ningun preso. No obstante, una mujer adicta consiguió hacer llegar una lima á sus manos. Debía cortar ocho barrótes, cuyo trabajo comenzó en febrero de 1856, necesitando nada menos que 24 dias. Al propio tiempo, á fuerza de astucia, consiguió conservar varios trozos de telas, con los cuales formó una especie de cuerda. Su celda estaba en el piso tercero, sale de ella en la noche del 29 al 30 de marzo; pero la cuerda es demasiado corta, cae en el foso de una altura de seis metros y se lastima gravemente un pié y una rodilla. Arrástrase hasta el fondo de las fortificaciones que rodean

el castillo, y, al amanecer, cuando se cree perdido sácanle de aquel sepulcro unos transeuntes que se compadecen de él. Puesto durante algunos dias en casa de amigos seguros al abrigo de las pesquisas de la policía austriaca, consigue huir á Inglaterra y llega á Londres el 26 de mayo de 1856. Allí publicó unas *Memorias políticas*, especie de autobiografía, y un libro acerca de *las Cárceles del Austria en Italia*.

Estos eran los precedentes de Orsini, cuando un atentado espantoso vino á unir su nombre á una espantosa celebridad.

El jueves, 14 de enero de 1858, en Paris, el emperador Napoleón III y la emperatriz debían asistir á una representación dada en la Opera. El edificio estaba brillantemente iluminado, y habia en la calle compacta multitud. A eso de las ocho llegaron tres coches de la corte, estando en el segundo el soberano y su esposa. Mientras el coche imperial, acortando el paso, entraba en el corredor reservado al extremo del peristilo, estallaron de repente una tras otra tres detonaciones terribles, procedentes de la explosion de bombas fulminantes: al mismo tiempo lanzábanse en todos sentidos muchísimos proyectiles de todas formas y tamaños. Tan violenta fué la conmoción, que se apagaron simultáneamente todos los mecheros de gas: en medio de la oscuridad, durante muchos minutos, no se oyeron más que los gritos de horror y los gemidos de los heridos. Por una casualidad providencial, salieron ilesos el emperador y la emperatriz. No obstante, el coche no habia recibido menos de setenta y seis proyectiles en sus diversas partes. De los dos caballos del tronco, uno murió en el acto y el otro debió rematarse. El cochera y los lacayos salieron con más ó menos heridas. El general Roguet, que acompañaba á los soberanos en su coche, habia recibido en la cabeza un golpe violento que habia determinado un grave deramamiento de sangre.

Los alrededores del teatro presentaban el aspecto

de un campo de batalla: la confusion era extrema; los heridos y los moribundos cubrian el suelo. Las indagaciones judiciales consignaron que habian sido heridas ciento cincuenta y seis personas, y que el número de las heridas reconocidas por los médicos no bajaba de quinientas once. En la lista de las víctimas constaban veintiuna mujeres, once niños, trece lanceiros de la escolta, once guardias de Paris y treinta y un agentes de policía. Varios murieron de sus heridas.

La justicia prendió muy pronto á los culpables, siendo éstos cuatro italianos: Orsini, Pieri, Rudio y Gomez. Terminada la sumaria el 12 de febrero, la acusacion fiscal los envió al tribunal. Pieri quiso negar los cargos formulados contra él. Orsini confesó, consignando que él habia fabricado las bombas; los demás solo habian sido sus instrumentos. Los tres primeros fueron condenados á pena capital; Gomez, despues de obtenidas circunstancias atenuantes, fué condenado á presidio por la vida.

No era esta la primera vez que los carbonarios atentaban contra la vida de su antiguo cómplice, á quien acusaban de haber abandonado su causa. Nos limitaremos á citar para memoria los complots del Hipódromo (7 junio 1853), de la Opera Cómica (9 julio 1853) y el de Pianori (28 abril 1854). El atentado de Orsini hizo reflexionar al emperador, y, con la reflexion, vino el horror retrospectivo que se apodera á menudo de las almas mejor templadas: el príncipe Imperial no era más que un tierno niño: ¿qué seria del imperio, y qué seria de ese príncipe heredero, si la secta, que habia jurado la muerte de Napoleon, llegaba á realizar su intento?

El *Diario de Florencia*, en 1874, declaró ciertos hechos directamente relacionados con el crimen de la Opera, ocultos hasta entonces y misteriosos.

«El emperador, dice ese periódico, estaba terriblemente perplejo: acordóse entonces de un consejo que

le habia dado su madre, la reina Hortensia: «Si te hallares alguna vez en grave peligro, si necesitas alguna vez un extremo consejo, dirígete con toda confianza al abogado X***, quien te sacará del peligro y te guiará seguramente.»

«Este abogado era un desterrado romano que el mismo Napoleon habia conocido en las Romañas durante el movimiento insurreccional de 1831 contra la Santa Sede. Vivía cerca de Paris en un estado que no era ni la fortuna ni la medianía, el estado de misteriosa comodidad que la Franc-Masonería asegura á sus jefes.

«Napoleon encargó á uno de sus confidentes más seguros que fuera á encontrarle é invitarle á ir á las Tullerías. Accedió á ello y dióse la cita para la mañana siguiente.

«Cuando entró en el despacho del emperador, levantóse éste, cogióle las manos y exclamó:

«—¿Se me quiere matar, pues? ¿Qué he hecho yo?

«Olvidasteis que sois italiano y que os ligan juramentos al servicio é independencia de nuestro país.»

Napoleon objetó que su amor de la Italia habia quedado inalterable en su corazon; pero que, emperador de los franceses, debía tambien y ante todo á la grandeza de Francia. Respondió el abogado que en ninguna manera se impedía al emperador ocuparse en los asuntos de Francia; pero que podia y debía trabajar en los asuntos de Italia y unir la causa de los dos países, dándoles igual libertad é igual porvenir. A falta de esto, habia perfecta decision en emplear todos los medios para suprimir todos los obstáculos, á fin de libertar la Península del yugo del Austria y fundar la unidad italiana.

«—¿Qué debo hacer? ¿qué me quieren?» preguntaba Napoleon.

«El abogado prometió consultar á sus amigos y dar una decision en pocos dias, que no se hizo esperar mucho. Tres cosas pedia la secta á Napoleon: 1.º, el

indulto de Orsini, de Pieri y de Rudio; 2.º, la proclamación de la independencia de Italia; 3.º, la partición de Francia en una guerra de Italia contra Austria. Concedíase un plazo de quince meses á Napoleón para preparar los sucesos, y durante estos quince meses podía gozar de absoluta seguridad. No se renovarían los atentados, y los patriotas italianos esperarían el efecto de las promesas imperiales.»

El *Diario de Florencia* recuerda aquí los documentos conocidos que marcaron el cambio tan brusco de la política imperial y la unieron á la famosa carta de Edgardo Ney. El hecho es que el emperador multiplicó sus esfuerzos por realizar la primera petición de la secta. Hizo implorar el indulto de Orsini por la emperatriz, consultar sus ministros, el cuerpo diplomático extranjero, y no encontró resistencia sino en un solo personaje; pero éste, el más inclinado á la clemencia por su estado, no creyó que el emperador fuera dueño de encadenar el brazo de la justicia.

Era este el cardenal Morlot, arzobispo de París, quien dijo al emperador:

«—Señor, Vuestra Magestad puede mucho en Francia, indudablemente; pero no puede esto. Por una misericordia admirable de la Providencia, vuestra vida salió ilesa de ese afrentoso atentado; pero corrió sangre francesa al rededor de vos, y esta sangre quiere una expiación. Sin esto, quedaría perdida toda idea de justicia, y, *justitia regnorum fundamentum.*»

Napoleón había comprendido. No le quedaba más que una cosa por hacer, y la hizo. Fué á ver á Orsini. Sí, el emperador dió este paso inaudito; fué á Mazas, á la celda del hombre que intentó asesinarle; se humilló ante aquél hombre. ¿Qué conversacion tuvieron los dos adeptos de la Venta de Cesena? Nunca se sabrá quizás. No obstante, sábese que Napoleón confirmó en aquella entrevista los compromisos contraídos en Italia cuando jóven, renovados al Abogado X***, y que juró en los brazos de aquél á quien él no podía salvar, hacerse su albacea.

La expresion es exata. M. Keller, el valiente diputado alsaciano católico, la ha consagrado en la tribuna del Cuerpo Legislativo, repitiéndola con toda la autoridad que le daban su valor y su elocuencia: la guerra de Italia fué la ejecucion del testamento de Orsini. Entre el emperador y el asesino se acordó que este escribiría una carta que Napoleón haría pública, y en la que se declararía el programa de la unidad italiana.

Vióse entonces uno de los mayores escándalos de nuestra época: la lectura ante los magistrados de aquella carta-testamento del carbonario asesino; y su publicacion en el *Monitor Oficial del Imperio*.

En aquella carta, Orsini dictaba, en cierto modo, sus voluntades y decia lo que esperaba en cambio del sacrificio de su persona. Entre otras cosas, escribia: «Para sostener el equilibrio actual de Europa, debe hacerse á Italia independiente ó apretar más las cadenas con que Austria la tiene esclavizada..... De la voluntad imperial depende la vida ó la muerte de una nacion á quien la Europa es en gran parte deudora de su civilizacion. Esta es la súplica que desde mi calabozo me atrevo á dirigir á V. M., no desesperando de que se oiga mi voz. Conjuro á V. M. para que devuelva á mi patria la independencia que sus hijos perdieron en 1849 por culpa de los franceses. Recuerde V. M. que los italianos, entre quienes estaba mi padre, derramaron con alegria su sangre para Napoleón el Grande donde quiera que le plugo llevarles; recuerde que le fueron fieles hasta su caída; recuerde que mientras la Italia no sea independiente, será solo una quimera de tranquilidad de Europa y la de V. M. No rechaze V. M. el voto supremo de un patriota en las gradas del cadalso, libre V. M. á mi patria, y le seguirán en la posteridad las bendiciones de 25 millones de ciudadanos».

El 13 de marzo se levantó el cadalso. A Rubio se le conmutó con la pena de presidio perpetuo. Pieri y

Orsini fueron al patíbulo. Habiendo manifestado el primero una especie de sobreexcitación nerviosa, su compañero de muerte le dijo en italiano: «¡Calma!» y Pieri murió cantando el estribillo de los *Girondinos*. Orsini conservó su sangre fría, y, al poner su cabeza en la fatal máquina, lanzó este grito: «¡Viva Italia! ¡viva Francia!»

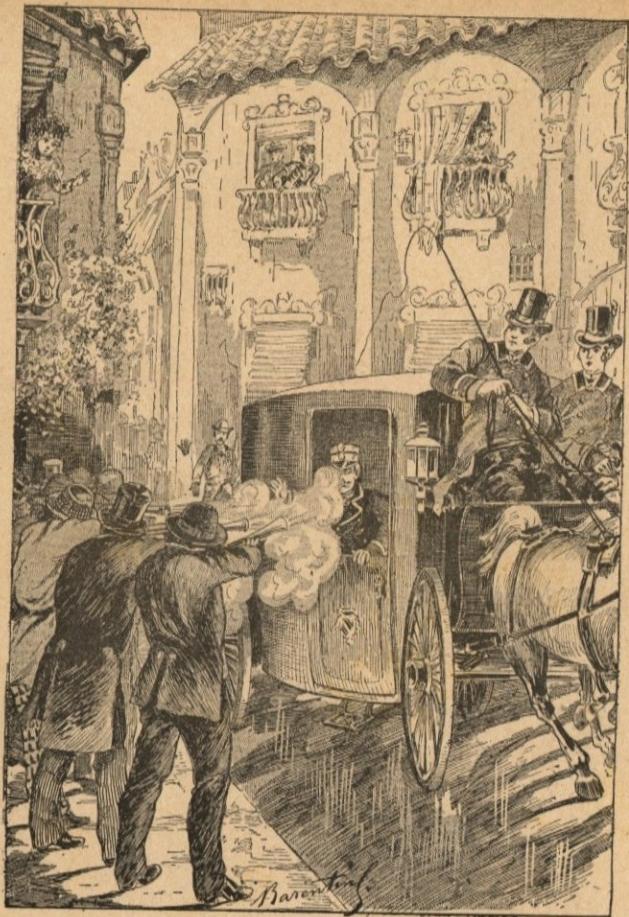
A poco de la expiación del crimen, la *Unione*, de Turin, órgano oficial del Carbonarismo piemontés, intimaba á Napoleon III que fuera el ejecutor testamentario del regicida. «Si vacila, si tarda, decia el monitor de las tres sociedades secretas, las bombas y los puñales sabrán cumplir su misión.»

Por esto se hizo la campaña de Italia. Mazzini y la Masonería triunfaban.

Pero, tengámoslo muy presente, triunfaban por el crimen.

¡El asesinato! ¡Siempre el asesinato! Los francmasones no disponen de otro argumento. Obran por el asesinato; imponen su voluntad con el crimen.

La participación de Francia en la guerra de 1859 era el primer acto decisivo resuelto desde mucho tiempo por los jefes de la secta; era el primer paso hácia la invasión de Roma, hácia la abolición del poder temporal, con la esperanza de llegar un día á la supresión del Papado y de la Iglesia.



Asesinato del general Prim, en Madrid.

XI.

El general Prim.

Mucho le costó á la Franc-Masonería implantarse en España. Desde 1727 y 1728, la Gran Logia de Inglaterra entregó constituciones á dos Logias, en Gibraltar y Madrid; más adelante, constituyó otra en Cádiz; pero esos Talleres no eran apenas frecuentados sino por ingleses, que los convertían en fuente de relaciones para su comercio.

En España, tierra profundamente católica, no podía la secta contar con el favor del poder. El rey Fernando VI, hijo de Felipe V, prohibió las reuniones masónicas bajo las penas más severas, por decreto firmado el 2 de julio de 1756. A contar de esta época hasta la invasión de España por las tropas de Napoleón, en 1808, las Logias trabajaron en la sombra, aumentando poco á poco su poder y viviendo bajo la dependencia de la Gran Logia de Londres.

La invasión francesa fué el punto de partida del notable desarrollo que tomó la Masonería en la Península. Los oficiales y los funcionarios establecían en todas las ciudades Logias, á las que afiliaban á los españoles simpáticos á la dominación francesa. Estos españoles habían recibido de sus compatriotas que permanecían fieles á la causa de su patria, el significativo apodo de *Afrancesados*.

La Masonería importada por los franceses, creció al lado de la antigua Masonería española, que continuaba dependiendo de la Gran Logia de Inglaterra. Durante la ocupación francesa se formaron, en Jerez una Gran Logia, y en Granada un Gran Oriente y un Supremo Consejo.

Desde el año 1812 hasta nuestros días, los desórdenes y las revoluciones que han agitado la España han tenido dos grandes causas principales: primeramente, la lucha que la Masonería sostuvo contra la religión y la monarquía; después, las rivalidades de las diferentes fracciones de la secta. En efecto, interesa notar cómo los diversos poderes masónicos, unidos siempre para combatir el orden social cristiano, se desgarran entre sí luego que tienen el poder.

Los diversos hombres políticos que se han sucedido en España desde la invasión francesa, se engrandecieron con el apoyo de los Hermanos y Amigos, y luego que se han sentido bastante poderosos, se han esforzado por apoderarse de la dirección de las Logias á fin de consolidar su poder.

Otra causa, peculiar de la Península, produjo también divisiones en el interior de la Masonería. El país está dividido, por altas cadenas de montañas, en provincias cuyos habitantes son muy arrogantes y poseen sus costumbres especiales, de manera que las antiguas nacionalidades jamás se han fundido juntas; y esto mismo sucede en las diversas fracciones de la secta.

Sábase cómo procede la Franc-Masonería en su lucha contra la monarquía. Su camino es siempre el mismo: *primo*, debilitar la monarquía nacional retirándole uno tras otro todos sus privilegios; *secundo*, transformarla en monarquía constitucional; *tercio*, reemplazar esta última por una república cuyos cargos los desempeñan Hermanos Tres Puntos.

Así se hizo en España: bajo el rey Fernando VII, que reinó de 1814 á 1833; bajo la reina Isabel, puesta

primero bajo la regencia de su madre María Cristina, de 1833 á 1840, bajo la de Espartero, de 1840 á 1843, después, gobernando ella misma, de 1843 á 1868. Después de la caída de la reina Isabel, estuvo España sometida durante dos años á la dictadura masónica del H. Serrano, y solo en 1870 tuvo el país otra vez un rey, que fué Amadeo I.

En 1873, se proclamó la República; pero solo duró dos años. España no está aún sazónada para esta forma de gobierno; pero, probablemente, lo estará muy pronto.

Era necesario indicar sumariamente las diferentes fases políticas por las que pasó la Península. Sin este conocimiento, sería imposible comprender el papel que desempeñó Prim, el general del motin, y distinguir las causas de su asesinato.

El rey Fernando VII había prohibido la Masonería bajo las penas más severas, y hasta había mandado ahorcar al H. Riego, por haber fomentado un motin. Compréndese que los sectarios no perdonaron al soberano el castigo impuesto á uno de ellos, y se tuvieron por dichosos cuando murió, en 1833.

Disputáronle su sucesión su hermano D. Carlos y la reina madre María Cristina, representante ésta de los intereses de Isabel II, entonces menor, hija del rey difunto. Los francmasones apoyaban á María Cristina, cuyas ideas les eran favorables; esperaban, bajo su regencia durante la minoría de Isabel, hacer realizar á la secta progresos muy notables. Estalló la guerra civil entre el partido de D. Carlos y el de María Cristina; y entonces Prim, que apenas tenía diez y ocho años de edad, pero afiliado ya á las Logias, hizo sus primeras armas en los cuerpos francos de Cataluña.

Habiendo triunfado la regente, mostróse agradecida á los francmasones por el apoyo que le habían prestado, y accedió á sus deseos introduciendo en España el régimen constitucional. Prim, especialmente, debió felicitarse de la protección de María Cristina, pues que

en 1837 era ya coronel en el ejército regular, cuando solo tenía veintitres años.

Prim, hombre ambicioso y poco escrupuloso en la elección de los medios, verdadero hermano de los carbonarios de Italia, vivió entre motines y consagró su vida á preparar *pronunciamientos*.

Como debiese huir de España María Cristina ante la revolucion dirigida por el H.: Espartero, el H.: Prim, que pertenecía entonces al partido progresista, fraccion la más avanzada de la Masonería, organizó un levantamiento que estalló en 1842 en Zaragoza. Los partidarios del H.: Espartero quedaron victoriosos, y el H.: Prim huyó á Francia, como un vivo testimonio de la fraternidad que reina entre los adeptos de la secta.

En 1843, nombrado el H.: Prim diputado á Cortes por la ciudad de Barcelona, comenzó otra vez la lucha y revolucionó la ciudad de Reus. Expulsado de aquella localidad por Zurbano, lugarteniente de Espartero, se refugió en Barcelona, que sublevó. Entonces, María Cristina, que habia entrado en España cuando la mayor edad de su hija, recompensó á Prim los motines que habia fomentado á su favor, nombrándole general, despues conde de Reus y finalmente gobernador de Madrid.

Caido en desgracia cerca de su protectora, metióse en 1844 en un complot contra ella; pero fué preso y condenado á seis años de cárcel. Devuelto á la libertad por la clemencia real, se mantuvo alejado de los asuntos políticos de España hasta 1854, en cuyo año, llamados al poder los jefes de la Union Liberal, que eran francmasones, fué elegido diputado á Cortes. En 1859 hizo la guerra contra Marruecos, y en 1861 mandó en Méjico las tropas españolas al lado de los regimientos franceses é ingleses.

En 1864, reapareciendo en sí el bullanguero, tomó parte en un complot militar, que abortó y se vió obligado á buscar su salvacion en la fuga. Entrado otra

vez en 1865, minó nuevamente el ejército, y á principios de 1866 lo hizo sublevar contra Isabel, al objeto de destronarla para sustituirla el rey de Portugal. Fracasó, huyó, volviendo algunos meses despues y organizando una nueva rebellion, la que no tuvo mejor éxito que la anterior y salvóse tambien en el extranjero.

La Franc-Masonería española habia obtenido una monarquía constitucional, despojada de la casi totalidad de su poder; era ya mucho esto, pero no lo bastante; queria la República, y con este objeto trabajó en derribar el trono de Isabel II. Por otra parte, la secta, no obstante el favor de que gozaban sus jefes cerca de la reina, no le perdonaba el apoyo que siempre habia procurado dar al Papado.

La revolucion que se preparaba estaba concertada en las Logias mucho tiempo antes de que estallara en 1868. Los periódicos dirigidos por francmasones la habian anunciado en toda Europa. Obligada Isabel á salir de Madrid, refugióse en San Sebastian, dispuesta á embarcarse para Francia.

Mientras la reina se alejaba de su capital, los Hermanos y Amigos sembraron en las ciudades y pueblos de la Península una proclama llamando el pueblo á las armas, recordándole la memoria del Cid (era dar al Cid un papel muy distinto del que habia representado el gran capitán) é invitándole á vengar la memoria de Riego, el francmason bullanguero, ejecutado en 1823 por orden del rey Fernando VII.

La proclama produjo extraordinario efecto. Olvidando todas las Logias de España sus rivalidades, se reunieron para la destruccion de la monarquía. El H.: Prim y sus amigos se presentaron desde luego en la costa delante de Cádiz, que cayó en su poder.

Desde entonces, la revolucion tenia ganada la partida. Los generales desterrados bajo el reinado de Isabel por conspiraciones, entraron apresuradamente en España, recorriendo las provincias y sublevándolas

contra los Borbones. En vano los generales Concha, Cheste y Novaliches se pusieron al frente de las tropas reales é intentaron ahogar la insurrección; los soldados, sobornados desde mucho antes por los francmasones, abandonaron á sus jefes casi en todas partes y se unieron á los revolucionarios. En vano Concha, nombrado por la reina presidente del Consejo de Ministros, intentó tomar medidas enérgicas: se encontró impotente ante los sectarios.

Dueños estos de la situación, formaron en Madrid una junta provisional. Proclamóse en seguida solemnemente la caída de los Borbones, admitióse el voto universal como principio de la constitución, y fueron expulsados los jesuitas. Se ve que los Hermanos Tres Puntos no perdían tiempo.

Habiéndose constituido un gobierno provisional, con encargo de proceder á las elecciones de diputados del pueblo á Cortes. Estas elecciones frustraron las esperanzas de los francmasones. Los españoles nombraron una mayoría monárquica, que, después de haber rechazado la forma republicana, confió la regencia de España al general H.: Serrano con encargo de buscar un rey.

El H.: Prim, que contaba ser nombrado regente, fué simple ministro de la guerra. Otro habríase contentado con esto; pero él, ambicioso como era, buscó los medios de crecerse aún. Si, desde 1833 hasta 1868, habia tomado parte en nueve conspiraciones, no era tanto para que avanzara la Masonería, como para aumentar su propia importancia. Además, acordábase del mayor provecho que habia sacado sirviendo á la reina madre María Cristina, y veía que no ganaba gran cosa con el destronamiento de Isabel II.

Así que, no pudiendo sentarse él mismo en el trono, buscó para sentarse en él un príncipe que, debiéndole su corona, le recompensaría magníficamente. Por esto abandonó á los republicanos, y, sublevándose éstos, en octubre de 1869, en Cataluña y Andalucía re-

primió la insurrección con grande energía, proclamó el estado de sitio, hizo bombardear y tomar por asalto Valencia y restableció el orden material por el terror.

Reducidos á la impotencia los francmasones republicanos, resolvieron vengarse, de distinta manera que la guerra, del falso-hermano, ambicioso, dispuesto á doblar la rodilla ante el primer rey venido que le pagara espléndidamente el trabajo que se hubiere tomado para hacerle subir al trono.

La parte más avanzada de la secta contaba á Ruiz Zorrilla por su jefe más osado é influyente, hombre salido de la nada, ayudado en sus estudios por la caridad pública, pero á quien habian hecho hombre influyente su charlatanismo y la protección de ciertas Logias. Además, muchos francmasones veían que el H.: Prim figuraba en primer lugar desde hartos tiempos, y que debiera retirarse del poder para dejar el puesto libre á otros más jóvenes que él.

No lo entendía Prim así y multiplicaba sus diligencias para obtener un rey. Un príncipe de la casa de Saboya se habia negado ya. En junio de 1870, esta corona en disponibilidad se ofreció á un príncipe de la familia Hohenzollern, que comenzó primero por aceptar. Sabido es que esto fué el motivo de la guerra de 1870 entre Francia y Alemania. No pudiendo prosperar la candidatura Hohenzollern. Prim, entabló negociaciones con el hijo segundo de Víctor Manuel, Amadeo, duque de Aosta.

El 3 de noviembre de 1870, en la apertura de las Cortes, después de haber expresado Prim su pesar por el trágico desenlace que habia tenido la cuestión Hohenzollern propuso oficialmente la candidatura del príncipe Amadeo. Los francmasones avanzados, los que querían la república inmediata, se dieron por traicionados y pidieron á la Cámara un voto de censura contra el gobierno, y, en particular, contra el ministro, que habia preparado aquella candidatura sin el previo conocimiento de las Cortes. La mayoría,

que era monárquica, no escuchó á los republicanos intransigentes, y estos decidieron ajustar las cuentas al Hermano infiel con otras armas que la papeleta de votacion.

El 16 de diciembre, el duque de Aosta habia sido proclamado rey bajo el nombre de Amadeo; el 27, Prim, contestando al Sr. Bugallal en una sesion de las Cortes, declaró que pasaría por encima de la constitucion, si fuere necesario, para salvar la patria y la libertad confiándolas á la custodia del nuevo monarca. Con esta declaracion, acababa el Hermano asaz ambicioso de refrendar, que digamos, su sentencia de muerte, decretada dias antes por el Supremo Consejo donde dominaba la influencia de Zorrilla.

No se hizo esperar la ejecucion. Prim, al salir de la sesion, subió en su coche para ir á su casa. Mientras pasaba por la calle del Turco, unos Hermanos que iban en coches de plaza, y que iban armados con fusiles le apuntaron é hicieron fuego, disparando muchos tiros. El H. Prim herido por siete balas en el hombro izquierdo, murió el 30 de diciembre de 1870, mientras el nuevo rey desembarcaba en Cartagena para tomar posesion de un trono que debia ocupar muy poco tiempo.

La justicia abrió un sumario acerca del asesinato, pero fué simplemente por mera forma. Como en todos los crímenes en que toma parte la Franc-Masonería, se enredó y complicó la instruccion como se antojó. Se la hizo durar hasta fines de 1874 y no se castigó á nadie. ¿Cómo podia ser de otro modo, cuando todas las autoridades civiles, judiciales y militares de Madrid, en 1870, pertenecian á la Venta? Pues bien, sabido es que la Franc-Masonería reclama la mayor discrecion de sus adeptos y que en caso necesario les fuerza á ello por el puñal de sus Kadosch.

El hecho del asesinato de Prim por órden de la Masonería es indiscutible. Siempre se han vanagloriado de esto los francmasones españoles,—á lo menos aque-

llos á quienes los acontecimientos políticos posteriores han obligado á buscar un refugio en el extranjero. Uno de ellos, en el periódico revolucionario *La Bataille*, de París, número del 18 agosto de 1885, se glorió de haber tomado parte en el crimen; hasta hizo del mismo una relacion dramática, pretendiendo que los conjurados obligaron á Prim á bajar de su coche y le forzaron á arrodillarse delante de ellos para recibir la muerte. Despues se desmintió esta circunstancia, y, al parecer, no pasa de ser una fanfarronada de los asesinos.

Sea de esto lo que fuere, este asesinato debe añadirse á la serie de los mandados por la secta; y aunque el H. Prim sea un personaje poco interesante, su puesto estaba señalado en esta obra.



Asesinato de García Moreno presidente de la República del Ecuador.

XII.

García Moreno.

La República del Ecuador, antigua colonia española, es uno de los estados que, á principios del siglo XIX, debieron su emancipación á Bolívar, el Washington de la América del Sud.

Desgraciadamente, los pueblos de aquella comarca no supieron aprovecharse de su libertad. Durante muchos años, sufrieron el despotismo de tiranuelos militares, cuyo gobierno, salido de *pronunciamientos*, no se fundaba sino en la violencia.

Gabriel García Moreno fué el verdadero libertador de la República del Ecuador.

Para comprender como se debe la obra realizada por ese hombre de talento, es necesario dar una ojeada al estado de su país antes de la llegada de García Moreno á los negocios públicos.

El Ecuador, situado en la América del Sud, comprende un territorio grande casi como dos veces el de Francia. El país tiene la forma de un largo triángulo cuya mayor dimension va del oeste á este. La base de este triángulo al oeste, y su lado menor, está formado por el Océano Pacífico; la frontera de los Estados Unidos de Colombia determina el norte, uno de los lados mayores del triángulo; al sud, el Perú limita el lado tercero. Finalmente, el Ecuador prolonga al este un vértice extremo hasta el Brasil.

La población del país no es muy numerosa, relativamente á su vasto territorio, pues no se eleva á más que á 1.143,000 habitantes.

La República está dividida en tres zonas muy distintas, prolongadas del norte al sud, es decir paralelas al Océano Pacífico. Lo largo del litoral se extiende como una cinta, una llanura cuyo mayor ancho no llegó á veinte leguas. Está bañada por los rayos de un sol abrasador, el sol del Ecuador. La tierra es fértil, muy regada por los torrentes y los ríos que descienden de las montañas, bañada durante muchos meses por lluvias diarias. Por esto la vegetación es allí espléndida, creciendo en abundancia y alcanzando proporciones gigantescas el acayoiba, el cedro, el pimiento, la higuera, la palmera; y crecen, casi sin cultivo, el algodón, la caña de azúcar, el café y el cacao. El litoral es pues muy rico. Su ciudad principal y puerto es Guayaquil, patria de García Moreno.

Al este de esta primera zona, se levanta una cadena de montañas conocidas con el nombre genérico de Cordilleras de los Andes. Son muy altas estas montañas: tienen 4,000, 5,000 y hasta 6,000 metros de elevación. Sus flancos del lado que mira al Océano, están cubiertos de bosques espesos y cortados por desfiladeros salvajes, torrentes impetuosos, barrancos y precipicios. Se necesitan algunos días para cruzar las Cordilleras, efectuándose el viaje en mulos y no sin peligros.

Al este de esta primera cadena de montañas, se levanta otra, y entre las dos, se extiende, á 3,000 metros de altura sobre el nivel del mar, una vasta llanura que mide de diez á quince leguas de ancho y ciento cincuenta de longitud, de norte á sud. Esta llanura es un verdadero paraíso terrenal: la primavera es allí eterna y la vegetación espléndida. Allí se encuentra concentrada la población ecuatoriana. Allí se levantan Quito, capital del país, Ibarra, y las más importantes ciudades rodeadas también de innumerables poblaciones y aldeas.

En aquellos sitios se extienden inmensas propiedades llamadas *haciendas*, en las que viven rebaños de tres á cuatro mil bueyes, de quince ó veinte mil ovejas.

Al este de la llanura de Quito, al pié de las montañas que la sostienen, se extiende hasta las fronteras del Brasil un inmenso llano cubierto de bosques vírgenes y cruzado por grandes ríos, tributarios del Amazonas. Sirve de refugio á tribus de Indios cuyo número está valuado aproximadamente en doscientos mil. Esta es la tercera zona.

Un largo triángulo que se apoya en el Océano Pacífico y dividido en tres zonas: el litoral, el llano de Quito y el territorio de los Indios, tal es la República del Ecuador, cuyo organizador fué García Moreno.

Según ya lo hemos dicho, nació en Guayaquil el futuro salvador de su país, el 24 de diciembre de 1821, víspera de Navidad. Procedía de familia antigua y distinguida: su padre D. García Gomez estaba casado con Doña Mercedes Moreno, que le dió varios hijos siendo el menor de todos nuestro héroe, Don Gabriel. Llevó siempre juntos los nombres paterno y materno.

Siendo aún muy niño tuvo tres grandes maestros: la pobreza, el peligro y la ciencia.

Su padre, despues de haber poseido una brillante fortuna, la perdió y fué pobre. No pudo jamás salir de la miseria y murió cuando el jóven Gabriel se encontraba en edad de frecuentar las escuelas.

El niño fué testigo de las insurrecciones y de los bombardeos que affigieron á Guayaquil, fogueándose así para los peligros.

Entregóse finalmente al estudio con pasión. Apto para las ciencias exactas tanto como para las letras, conquistó en poco tiempo todos sus títulos. Era doctor en medicina y conocía el derecho; matemático de primer orden, excelente profesor de química, orador de grande elocuencia, era también un bravo escritor.

A contar de 1846, es decir desde la edad de 24 años, entró en la vida pública, redactando periódicos satí-

ricos, el *Látigo*, el *Vengador*, el *Diablo*, en los que combatió con raro valor para la emancipación política, intelectual y moral del pueblo.

Era extraordinaria la fuerza de voluntad de García Moreno. Véase un ejemplo. Era muy apreciado en la sociedad y dejábase llevar á pasar todas sus veladas con las familias que le recibían. Duró esto pocas semanas; porque, luego que notó que estas costumbres le hacían perder tiempo, tomó una resolución decisiva. A ejemplo de Demóstenes, se hizo rapar la cabeza como un fraile, de manera que ya no podía salir sin exponerse á las burlas. De este modo, estuvo seis semanas encerrado en su casa. Al cabo de este tiempo, había tomado otra vez sus hábitos de trabajo muy asiduo.

De 1854 á 1856, hizo en Francia un viaje durante el cual vivió mucho tiempo en París, regresando después á América para provocar el despertamiento del pueblo ecuatoriano.

El 15 de setiembre de 1857, eligiéronle miembro del Congreso.

Dos tiranuelos, Robles y Urbina se repartían el poder. No encontrando en la asamblea nacional una mayoría dócil á sus caprichos, decretaron ilegalmente su disolución, y nombráronse el uno dictador y el otro general en jefe del ejército ecuatoriano. Además, trasladaron la capital á Guayaquil, ciudad donde pululaban los francmasones.

Aquel golpe de fuerza indignó al país, la reprobación fué general, hubo un verdadero levantamiento nacional. Haciendo el pueblo causa común con sus diputados, se constituyó un ejército republicano, á las órdenes de los miembros del congreso, se batió valiente y derribó á los despotas usurpadores.

No pudiendo estos resolverse á ser otra vez simples ciudadanos, abandonaron el país, se establecieron en el Perú, es decir en casa de los enemigos hereditarios de su patria, y, allí, no cesaron de conspirar, de fomentar la guerra civil, por cuyo favor contaban volver al poder.

En 1860, García Moreno fué elegido presidente del gobierno provisional. Su primer acto fué establecer en el Senado el sufragio universal; pues hasta entonces el derecho de voto era privilegio de unos cuantos.

El 10 de Enero de 1861 resignó su mando en la Convención. Algunos días después la Asamblea procedió á la elección de presidente de la República, nombrado por cuatro años. El nombre de García Moreno reunió por unanimidad los sufragios de los mandatarios del pueblo.

Según la Constitución, en aquella época, el primer magistrado de la república no podía ser reelegido, cuando se terminaba su cargo. Jerónimo Carrion fué elegido en 1865, reemplazando á García Moreno. El Congreso votó en seguida la orden del día siguiente:

«Vista la abnegación del ex-presidente, sus sublimes esfuerzos y sacrificios heroicos, declara el Congreso que García Moreno se ha hecho acreedor al amor de su patria. Al contar con el celo del actual Presidente, el pueblo espera que seguirá las nobles huellas de su predecesor.»

Sucedió todo lo contrario. Carrion era un hombre débil, pero celoso de su poder, quien se imaginó que menguaría su autoridad recorriendo á los consejos de García Moreno y siguiendo sus ejemplos. Dió oídos á los francmasones, cómplices de Urbina, aquél faccioso que, según lo dijimos ántes, habíase refugiado en el Perú desde cuyo retiro dirigía á los sectarios del Ecuador.

Carrion, pues, mal aconsejado, envió á García Moreno á Chile para ajustar con aquella república un tratado de comercio y navegación.

Los revolucionarios batieron palmas al saberlo, y no ocultaron su proyecto de deshacerse, durante el viaje, del hombre que les molestaba.

Poco antes habían proyectado ya asesinarle en la Carolina, hacienda donde se había retirado García Moreno en los alrededores de Quito, pero ciertas in-

discreciones de los conjurados les obligaron á aplazar el horrible intento.

Aunque sabía García Moreno los peligros que de todas partes le aguardaban en el camino y sobre todo en Lima, capital del Perú, país donde los francmasones eran omnipotentes, partió no obstante el 27 de junio de 1866, acompañado de D. Pablo Herrera, su secretario, y de D. Ignacio de Alcazar, agregado á la legación. Herrera llevaba consigo á su hijo, niño de 14 años, y García Moreno á su sobrinita de ocho años que iba á Valparaiso. Estas personas formaban toda su escolta.

El vapor llegó el 2 de julio al Callao, que es el puerto de Lima.

«García Moreno, dice el P. Berthe, el sábio autor de su vida, tomó inmediatamente con su séquito un tren que llegó al desembarcadero de Lima al mediodía.

«Bajo el primero Ignacio de Alcazar para hablar con un agregado de la embajada que habia ido á encontrarle. García Moreno le siguió, y ayudó á bajar á su sobrinita.

«Mientras se volvia hácia un amigo llegado para felicitarle por su viaje, un tal Viteri, pariente de Urbina, se le acercó súbitamente, le trató de bandido y asesino, y le disparó dos tiros de revolver á la cabeza, antes que tuviera tiempo de hacer ningun movimiento. Su sombrero, agujereado por las balas, cayó al suelo.»

Al instante, armándose García Moreno, á su vez, con su revolver, lanzóse sobre su asesino y con la mano izquierda le cogió del brazo derecho. Este movimiento hizo desviar la tercera bala que disparó el asesino y que no tocó al embajador, cuya sangre manaba de dos heridas leves, una en la frente, otra en la mano derecha.

Mientras que García Moreno apretaba así el brazo de su adversario, uno de los amigos, don Félix Luque, aunque sin armas, acudió para desasirle, pero un

nuevo tiro, disparado por un compañero de Viteri, le hirió en la mano. Al ruido de las detonaciones, se precipita Ignacio de Alcazar entre los combatientes, y las emprende contra Viteri á culatazos de revolver. Herido en la cabeza, el asesino furioso descarga dos veces su arma sobre el nuevo agresor, mientras que Ignacio, contestando tambien con una doble descarga le obliga á abandonar el campo. Esta horrible escena duró un instante.»

Viteri, volvia á la lucha, cuando le prendieron los polizontes llegados al fin en auxilio de las víctimas de aquella agresion masónica.

Debe notarse que García Moreno se contentó con desviar el arma de su enemigo, en lugar de hacerle saltar la tapa de los sesos, como tenia perfecto derecho de hacerlo, pues se encontraba en un caso de legítima defensa.

¡Pues bien! ¡cosa extraordinaria! los jueces peruanos, que eran francmasones, hallaron medio de no condenar á Viteri, el asesino pagado por la secta.

Continuando García Moreno su camino, llegó á Chile y ajustó con el gobierno de aquel país los convenios más ventajosos para el Ecuador, y volvió á Quito rodeado de un prestigio aumentado por la tentativa criminal de que habia sido objeto y por el feliz resultado de sus negociaciones.

El 6 de noviembre de 1867, despues de dos años y medio de presidencia, Carrion presentó su dimision, por habersele obligado á ello en vista de su deplorable debilidad y versatilidad. Un abogado dignísimo, D. Francisco Javier Espinosa, fué elegido hasta terminar el periodo constitucional.

En 1868, una catástrofe espantosa desoló el Ecuador. Una provincia entera, la de Ibarra, situada en la llanura de Quito, es decir, entre las dos cadenas de montañas de las cordilleras de los Andes, quedó destruida por las erupciones de los volcanes y de los terremotos. En la sola ciudad de Ibarra quedaron sepultados entre las ruinas más de cinco mil hombres.

García Moreno, á quien acudían siempre sus conciudadanos luego que se encontraban en algun apuro, del que no sabían cómo salir, el *salvador* organizó los socorros con prodigiosa actividad.

Por otra parte, los indios salvajes de la tercera zona del país de que hablamos al exponer las grandes divisiones geográficas del Ecuador, creyeron llegado el momento de dar caza á los blancos á favor del desorden, y salieron de sus bosques dispuestos á saquearlo todo.

García Moreno, nombrado gobernador civil y militar de la provincia de Ibarra, se puso al frente de las tropas y logró rechazar á los agresores hasta el interior de sus bosques.

Un mes más tarde, los pueblos salvados ofrecían á su libertador una medalla de oro enriquecida con diamantes, con el siguiente exergo: *Al salvador de Ibarra.*

En poco tiempo habia reparado García Moreno todo el mal, y las ciudades y aldeas poco antes destruidas comenzaban á renacer. En verdad, la Providencia habia confiado á aquel hombre una mision sublime, y cada uno de sus pasos quedaba marcado por un beneficio.

En 1869, viendo García Moreno que el presidente Espinosa iba á ser derribado por los francmasones, partidarios de Urbina, se puso al frente del ejército y salvó á su país de la anarquía.

La Asamblea Nacional modificó entonces los artículos de la Constitucion relativos á la Presidencia, en esta forma: «El presidente será elegido por seis años, reelegible por un segundo período; mas no podrá serlo tercera vez, sino despues de un intervalo de otros seis años.»

El 29 de julio de 1869, fué elegido García Moreno presidente de la República del Ecuador, y en pleno siglo XIX realizó este milagro: la organizacion de un Estado cristiano, donde el reinado de Dios aseguraba

la felicidad de todos, donde la divisa del gobierno era: «Libertad para todos y para todo, excepto para el mal y los malhechores.»

Mientras tanto, los francmasones no querían dejar á García Moreno trabajando tranquilamente en bien de sus conciudadanos, y el 14 de diciembre de 1869 suscitaron contra él un jóven llamado Cornejo y varios otros. Habían resuelto asesinarle, é iba á realizarse el proyecto, cuando, cediendo á los remordimientos uno de los iniciados, reveló al presidente el peligro que le amenazaba y los nombres de los conjurados, que fueron presos y condenados á muerte, excepto Cornejo, que fué indultado y desterrado.

Desde entonces, el partido de la Revolucion quedó quebrantado por mucho tiempo.

En mayo de 1875, García Moreno fué reelegido por el sufragio directo de la nacion. Era la tercera vez que le elevaban á la presidencia: la legalidad de la eleccion era innegable, pues que la nueva Constitucion estipulaba que el primer magistrado de la República podia ser reelegido durante dos periodos consecutivos. No teniendo la ley efecto retroactivo, la eleccion de 1861 no se contaba.

Además, en 1875 García Moreno habia hecho tanto bien, era tan popular, que sus mismos adversarios políticos no se atrevieron á oponerle ningun contrario en candidatura. Fué, pues, nombrado por las tres cuartas partes de electores.

Mas ¿por qué era tan popular García Moreno?

Porque su obra, como presidente, era maravillosa.

Todo estaba por hacer en el Ecuador, y él lo hizo todo. Reforma del clero y del ejército; creacion de una escuela de cadetes, especie de escuela Saint-Cyr, donde los jóvenes de las mejores familias se preparaban para la carrera militar; introduccion de fusiles perfeccionados; instruccion de los soldados; reforma y desarrollo del código civil; reforma de la magistratura; dejó sentir su mano, muy prudente y experta, en to-

dos los grandes servicios del Estado; reprimió los desórdenes y los previno con reglamentos.

Antes de García Moreno no habia en el Ecuador ni una sola carretera: él hizo construir seiscientos kilómetros y varios viaductos al través de los valles de los Andes. Los trabajos fueron dignos de los romanos.

Gracias á su iniciativa, el Ecuador tiene tambien carriles y telégrafos, etc.

Mandó erigir numerosos hospitales, y él mismo vigilaba las administraciones, haciéndose cargo, de improviso, de las cuentas y comprobándolo todo.

Los leprosos se quejaron un dia del régimen alimenticio; fué inopinadamente á sentarse á la mesa de aquellos infortunados, comió sus humildes manjares y dió órdenes para que se mejoraran.

Ocupóse mucho en extender la instruccion en el país. Las escuelas que fundó son innumerables.

Creó una escuela politécnica, Academias de Ciencias, un Observatorio en Quito llamado á ser el primero del mundo, merced á su situacion á tres kilómetros de altura y bajo la misma línea del Ecuador.

Creó tambien facultades de Medicina, y llamó á Quito algunos profesores de la Facultad de Montpellier.

Tal era su ardor de reformas, que se ocupaba en todo, hasta de los presos. Su reforma del sistema penitenciario puede ponerse como ejemplo á los gobiernos de todos los países. Transformó las cárceles en escuelas y talleres, para de ese modo mejorar la suerte de los infelices presos. Hizo que cesaran los abusos, no vacilando en pasar dias enteros en aquellos lugares tristes y sombríos.

Para estimular la buena voluntad de los presos, haciales García Moreno entrever la libertad como recompensa de su buen comportamiento. Al fin del año, el presidente, rodeado de sus ministros y de una escolta militar, se dirigia á las cárceles y asistia á los exámenes escolares de los presos; solia él mismo preguntar

á aquellos estudiantes de nuevo cuño, cuya mayor parte habian llegado ya á la edad madura. Así se veia que aquellos miserables se enmendaban y volvian al bien; todos los años hacian progresos.

Despues de haberles felicitado vivamente por sus adelantos y conducta, García Moreno distribuia recompensas á los que mejor se habian portado, rebajaba la pena á algunos y devolvía la libertad, acto continuo, al que más se habia distinguido en el cumplimiento de sus deberes.

Los presos lloraban de alegría; no comprendian cómo el Jefe del Estado podia descender hasta su miseria, y hacian hasta imposibles para merecer su estima.

Esta obra tan buena no tardó en dar buenos frutos. Los crímenes y delitos fueron cada dia menos numerosos; al cabo de algunos años no habia más que cincuenta presos en las cárceles de la capital.

Entre otras reformas, deben citarse las referentes á la Hacienda.

Antes de la presidencia de García Moreno, el Estado estaba lleno de deudas. A fuerza de economías, el presidente llegó á cubrir la deuda por completo. Los admirables trabajos que mandó hacer para bien del público no dieron lugar á ningun empréstito.

No satisfecho con liquidar lo pasado, no quiso García Moreno cargar el porvenir. Todo se hizo, gracias al crecimiento de los fondos nacionales, y fué tal la prosperidad, que en seis años doblaron los ingresos del presupuesto.

Además, convencido de que el ejemplo atrae, fué García Moreno un modelo de desinterés. Durante sus diez años de presidencia, jamás quiso cobrar un céntimo de su lista civil; dejaba la mitad al Estado para disminuir las cargas del Tesoro y obligar á los demás funcionarios á reducirse á su vez á lo indispensable; la otra mitad la entregaba para obras de beneficencia.

Un rasgo pintará al hombre:

«Cuando su primera eleccion, su mujer, la virtuosa señora Doña Rosa Ascasubi, le hizo notar que un presidente de República no podia dispensarse, al tomar posesion de su cargo, de dar un banquete oficial á los ministros, diplomáticos y otros personajes distinguidos.

»El le hizo observar que su humilde fortuna le prohibia semejante lujo.

»La noble señora respondió que ella se encargaria de los gastos, y le entregó 500 duros, encargándole hiciera las cosas con esplendidez.

»García Moreno se dirigió con la bolsa repleta al hospital de Quito con su ayudante de campo; proveyó á las necesidades más urgentes de sus queridos enfermos, y encargó para ellos una magnífica comida.

»Cuando volvió á casa, preguntóle la generosa mujer si habia tenido bastante dinero:

»—Creí, le dijo riendo, que una buena comida haria más provecho á los enfermos que á los diplomáticos. Llevé, pues, el dinero al hospital, y me dijeron que por quinientos duros podia dárselos una comida excelente.»

La obra del P. Berthe, que hemos seguido para enterar á nuestros lectores de lo que fué García Moreno, está llena de hechos análogos.

A su muerte, el administrador encargado de sus asuntos presentó una cuenta detallada de sus ingresos y gastos, de donde resultó que el presidente se habia sacrificado hasta el punto de no guardar ni un duro para sí; no dejó fortuna ninguna; todo lo gastó en obras de caridad, y sobre todo en socorrer secretamente á familias necesitadas, cuyos jefes vivian dispersos en el Perú ó en Chile. La mujer de Urbina, su mayor enemigo, recibia del presidente una subvencion mensual.

Un hombre semejante tenia que ser por fuerza detestado, odiado de todos los explotadores, de todos los miserables intrigantes que son las sanguijuelas del pueblo.

En sus últimos tiempos tomó por su cuenta una idea de Bolívar. El libertador de la América del Sud habia dado un decreto concebido en estos términos:

«Considerando que las sociedades secretas tienen por objeto principal preparar las revoluciones políticas, y que el misterio con que se cubren revela bastante su maligno carácter:

»Se ordena la disolucion de dichas sociedades y quedan cerradas las Logias masónicas.»

Conforme al pensamiento de García Moreno, las asociaciones políticas no debian funcionar sino á la luz del dia, y el público podia asistir á sus sesiones.

Como los masones persistiesen en tener sus reuniones ocultas, obtuvo que las Cámaras adoptasen una ley condenando á la pérdida de sus derechos electorales á quien quiera que perteneciese á una sociedad secreta.

Desde aquel instante resolvieron los sectarios asesinar al presidente, y que no se les escapara esta vez. Necesitaban asesinar á toda costa al héroe que por su lealtad y valor desconcertaba los siniestros proyectos de las Logias.

En las pruebas de las iniciaciones de los grados superiores, se reemplazaron los maniqués llamados simbólicos que el recipiendario debe herir con el puñal, por maniqués que representaban á García Moreno; y excitaban así á los fanáticos.

Por otra parte extendieron entre el público el rumor de que García Moreno se habia iniciado, en 1860, en la Logia *la Filantropía*, de Guayaquil,—cosa que nadie ha probado jamás,—y que mandando votar la ley de que hemos hablado, el Presidente habia hecho traicion á sus antiguos Hermanos.

El crimen anunciado diferentes veces en los periódicos del Perú, se cometió al fin el 6 de agosto de 1875.

Los asesinos designados por las Logias fueron cinco: Moncayo, Campuzano, Andrade, Cornejo y Rayo. Un abogado, llamado Polanco, se quedaria á cierta distancia para favorecer la huida de los asesinos.

El 6 de agosto, pues, refiere su sabio historiador, el P. Berthe, García Moreno se dirigió á cosa de las seis de la mañana, segun su costumbre, á la iglesia de Santo Domingo, para oír misa... El presidente se acercó á la santa mesa... Despues de tantos avisos recibidos de todas partes, no podía disimularse que estaba en peligro de muerte.

Los conjurados le acechaban desde muy de mañana. Habíanle seguido de lejos hasta la plaza de Santo Domingo, donde estuvieron durante la misa, ya en pequeños grupos, ya aproximándose unos á otros para comunicarse sus observaciones.

Conjeturóse que intentaban atacarle al salir de la iglesia; pero que un obstáculo imprevisto, quizás el numeroso concurso de fieles, les privó de llevar á cabo su intento.

García Moreno volvió á su casa con toda tranquilidad, pasó algunos momentos con su familia, retirándose despues á su gabinete para terminar un mensaje que en aquel mismo dia queria comunicar á sus ministros.

A eso de la una de la tarde salió con el precioso manuscrito que habia de ser su testamento y acompañado de su ayudante de campo en direccion al palacio del Gobierno, detúvose en el camino en casa de los padres de su mujer. Pocos momentos despues se le vió dirigirse al palacio.

Los conjurados estaban entonces reunidos en un café contiguo á la plaza, desde donde observaban los pasos de su víctima. Así que le vieron, salieron unos tras otros y se ocultaron detrás de las columnas del peristilo, cada uno en el puesto señalado por su jefe Polanco, quien se trasladó al otro lado de la plaza, para apartar los obstáculos y prevenir cualquier accidente.

Hubo entonces para los asesinos un momento de terrible angustia. Antes de entrar el presidente en el palacio, sintió la necesidad de elevar su alma á Dios, entró en la catedral, situada en la misma plaza. La estacion fué algo larga.

Impacientado Rayo, uno de los conjurados, por el retardo que podia hacerse peligroso, hizo decir al presidente por uno de sus cómplices que se le esperaba para un asunto urgente.

García Moreno se levantó luego, salió de la Iglesia, subió los peldaños del peristilo, cuando Rayo que le seguia, sacando de debajo su capa un enorme cuchillo, dióle una terrible puñalada en el hombro.

«¡Vil asesino!» exclamó el presidente, volviéndose y haciendo inútiles esfuerzos para coger su revolver que tenia en el bolsillo de la levita; pero ya le habia hecho Rayo una ancha herida en la cabeza, mientras que los demás conjurados descargaban sobre él los revólvers.

En aquel momento, un jóven, que por casualidad se encontraba en la plataforma de palacio, quiso asir el brazo de Rayo; pero herido tambien, y agotadas sus fuerzas, tuvo que soltarlo.

Acribillado á balazos, ensangrentada la cabeza, dirigíase no obstante el heróico presidente, mientras buscaba su arma, hácia el lado de donde salian las balas, cuando Rayo de dos navajazos, le cortó el brazo izquierdo y la mano derecha, de modo que le quedó colgando.

Una segunda descarga hizo que la víctima vacilase, apoyándose en la balaustrada y cayendo á la plaza de una altura de cuatro ó cinco metros.

Extendido en el suelo, con el cuerpo todo ensangrentado, apoyada la cabeza en su brazo, estaba el moribundo sin movimiento, cuando Rayo, en un acceso de ferocidad, bajó la escalera del peristilo y se precipitó sobre él para rematarle.

«—¡Muere verdugo de la libertad!» gritaba, machacándole la cabeza con su cuchillo.

«—¡Dios no muere!» murmuró por última vez el héroe cristiano.

Mientras tanto, el ruido de los tiros atrajo los curiosos á las ventanas....

Polanco, Cornejo, Andrade y los demás asesinos huían apresuradamente, gritando:

«—¡El tirano está muerto!»

Llénase la plaza de personas azoradas, de soldados en busca de los asesinos, de sacerdotes que llegan á toda prisa de la catedral, para dar al herido, si aún respira, los postreros auxilios de la religion.

No puede contestar á los que le hablan, ni hacer el menor movimiento; pero su mirada revela un resto de vida y de conocimiento.

Le trasladan á la catedral y de allí á la habitacion del sacerdote sacristan para vendar sus heridas: inútiles cuidados, porque en sus labios descoloridos y lívidos se descubre que está á punto de espirar.

Pregunta un sacerdote si perdona á sus asesinos; su mirada moribunda contesta que perdona á todos.

Recibe la absolucion; administrósele la Extremauncion en medio de las lágrimas y los sollozos de la asistencia, y expira un cuarto de hora después de la horrible tragedia del palacio.

Rayo, herido en la pierna por una bala tirada por uno de sus cómplices y destinada al presidente, no habia podido huir con los demás asesinos. Blandiendo su cuchillo, se glorificaba de su crimen. Rodéanle soldados y uno de ellos le apunta.

«—¡Tú no tienes el derecho de matarme!» le grita Rayo.

«—¿Y tenías tú derecho de matar á mi amo?» responde el soldado, y disparando dejó al miserable muerto.

El cadáver de Rayo, pisoteado por la multitud, es enseguida arrastrado con una soga al cuello, por las calles de la ciudad y echado después á una torrentera entre inmundicias como la osamenta de una bestia inmunda. Llevado despues al cementerio, fué sepultado en el terreno reservado á los parricidas y excomulgados.

Se encontraron sobre él las pruebas de su afiliacion

á la Masonería, al mismo tiempo que la cantidad que habia recibido por su crimen, en *cheque* sobre el banco del Perú, establecimiento, por decirlo así, de propiedad de la secta.

En la tarde de aquel dia nefasto, añade el P. Berthe, el decano de la Facultad de medicina, el Dr. Guagrund, reconoció oficialmente el cadáver del Presidente y practicó su autopsia. El mártir habia recibido cinco ó seis tiros y catorce cuchilladas, una de ellas con fractura del cráneo. Contáronse siete ú ocho heridas mortales.

En el pecho del héroe se encontraron una reliquia de la vera Cruz y diversos objetos piadosos. En su levita habia una agenda ennegrecida de sus notas diarias; en la última página habia trazado aquel mismo dia con lápiz estas palabras que bastan para pintar el alma de un santo: «Señor mio, Jesucristo, dadme amor y humildad, y haced que conozca lo que hoy he de hacer en vuestro servicio.» Como respuesta á esta generosa peticion, reclamó Dios la sangre del héroe cristiano.

La República del Ecuador hizo á su Presidente magníficos funerales, vistiéndose de luto la nacion entera.

Los asesinos Andrade y Moncayo pudieron pasar al extranjero; Polanco, que no hizo fuego, fué condenado á diez años de reclusion; Campuzano y Cornejo fueron condenados á muerte. Este murió reconciliado con Dios; Campuzano, al contrario, murió como franc-mason. Despues de sentenciado á muerte, prometieronle la vida si queria revelar los nombres de todos los organizadores del atentado:

«—Es inútil, exclamó; mis compañeros no me perdonarian. Prefiero morir fusilado que á puñaladas.»

Hé aquí uno que conocia el buen corazon de los Hermanos y Amigos, quienes no se reunen (si debieran creerse sus mentiras) más que para obras de filantropía.

Para dar una forma al luto público y consagrar el

recuerdo del gran patriota, reunidos en congreso solemne los representantes de la República del Ecuador, el 16 de setiembre de 1875, esto es dos meses y medio después del crimen, decretaron por unanimidad lo siguiente:

Considerando:

Que el Excmo. Sr. D. Gabriel García Moreno, tanto por su vasto saber, como por sus grandes virtudes, merece ocupar el primer puesto entre los hijos del Ecuador;

Que ha consagrado su vida, las raras dotes de inteligencia y de su corazón á la regeneración y grandeza de la República, basando las instituciones sociales en el sólido fundamento de los principios católicos;

Que con la magnanimidad propia de los grandes hombres ha afrontado sin miedo la difamación, la calumnia y los sarcasmos impíos, dando al mundo el noble ejemplo de una firmeza inquebrantable en el cumplimiento de su deber;

Que amó á la religión y á la patria hasta sufrir por ellas el martirio, y de este modo legó á la posteridad una memoria ilustrada con la aureola inmortal con que Dios corona las más heroicas virtudes;

Que llenó á la nación de inmensos é imprevistos beneficios, en el orden material, intelectual, moral y religioso;

Y que, finalmente, la nación debe honor, gratitud y respeto á aquellos ciudadanos que han sabido ennoblecirla y servirle bajo la inspiración del más puro y ardiente patriotismo;

El Senado y la Cámara de diputados, reunidos en Congreso Nacional, decretan:

I.—El Ecuador, por medio de sus representantes, otorga á la memoria del Excmo. Sr. D. Gabriel García Moreno el homenaje de su eterno agradecimiento, y para glorificarle según sus méritos, le concede el nombre de *Regenerador de la patria y Mártir de la civilización católica*.

II.—Para la conservación de sus restos mortales se elevará, en el lugar que designe el poder ejecutivo, un mausoleo digno de tan grande hombre.

III.—Con el fin de recomendar su glorioso nombre á la estimación y respeto de la posteridad, una estatua de mármol erigida en honor suyo llevará en el pedestal la inscripción siguiente: *A García Moreno, el más noble de los hijos del Ecuador, muerto por la Religión y la patria, la República agradecida*.

IV.—En las salas de los Ayuntamientos y demás asambleas municipales figurará igualmente el busto de García Moreno, con la inscripción: *Al Regenerador de la Patria, al Mártir de la civilización católica*.

V.—La carretera nacional y vía férrea, principales obras del difunto presidente, llevarán el nombre de García Moreno.

En García Moreno, el hombre privado es muy grande, el hombre político lo es más todavía; su obra es magnífica. Sacó al Ecuador de la anarquía, y le dió la riqueza y la felicidad.

Los francmasones le asesinaron porque habia realizado esta maravilla: una república católica.

Júzguese, pues, entre el regenerador de su patria y la secta homicida.

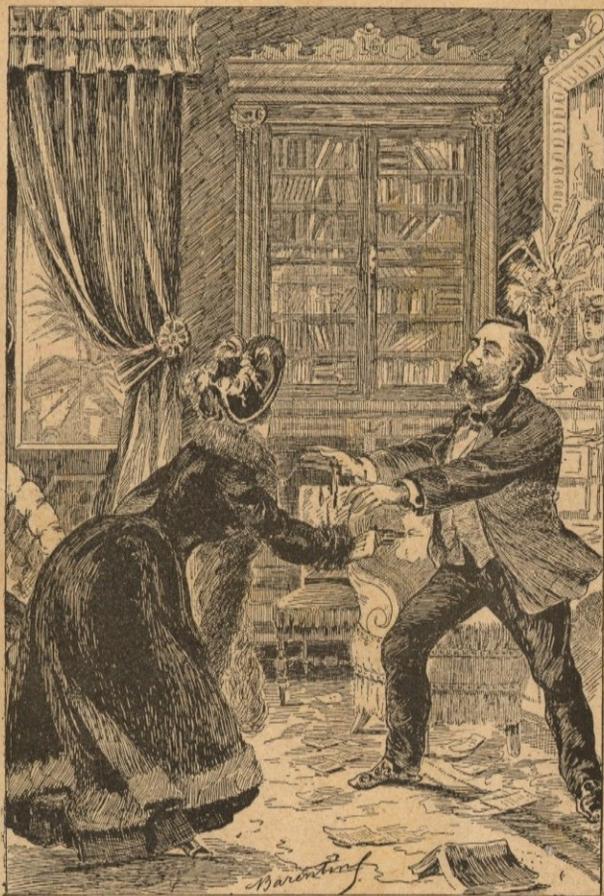
Sin embargo, durante algunos años, el Ecuador, abandonando poco á poco los principios de García Moreno, iba á caer otra vez en manos de los francmasones, cuando se realizó un cambio.

En 1883, los habitantes eligieron como presidente á D. José María Caamaño, recomendado por García Moreno desde 1864, á los sufragios de sus conciudadanos, de quien habia escrito:

«—José María Caamaño, de Guayaquil, posee, en mi concepto, las cualidades esenciales de un hombre de estado: honradez á toda prueba, carácter enérgico, recto juicio, espíritu religioso, es de los pocos que en Guayaquil no se han ruborizado nunca de practicar sus deberes católicos, por lo que ha merecido el odio

de los francmasones, tan numerosos en esta ciudad.»

Eligiendo los ecuatorianos á D. José María Caamaño, han seguido, pues, el consejo de García Moreno, y nombrado como presidente á un hombre capaz de poner en práctica la bella máxima de gobierno del *Regenerador*: «Libertad para todos y para todo, menos para el mal y los malhechores.»



Leon Gambetta, asesinado por una Hermana Mazona, en su domicilio, en Ville-d'Avray.

XIII.

Leon Gambetta.

Esta es la cuarta vez que uno de los autores de esta obra acusa públicamente á la Franc-Masonería del asesinato de Leon Gambetta.

La siguiente relacion se ha publicado: por la primera vez, en la obra *Los Misterios de la Franc-Masonería* (editada por los SS. Letouzey y Ané); por segunda vez, en el periódico *la Petite Guerre*; por tercera vez en un opúsculo de propaganda intitulado *Gambetta asesinado por los Francmasones*.

Jamás se ha atrevido la secta á contestar á estas líneas acusadoras. Se imagina que refugiándose en el silencio, se olvidarán sus crímenes. ¡Raro error! Cuando se ha impuesto uno el cargo de combatir la Masonería, no se siente cansancio.

Por esto publicamos una vez más este relato, que en esta obra ocupa su verdadero puesto, sin que la quitemos una sola sílaba.

El lunes, 27 de noviembre de 1882, por la mañana, se presentaba una mujer en el domicilio particular de Leon Gambetta, es decir en la quinta *des Jardies*, en Ville-d'Avray, en los afueras de Paris.

Esta mujer, admitida desde mucho tiempo á la intimidad del dueño de la casa, fué introducida, como siempre, sin dificultad.

Luego que se encontró sola con él, entabló una serie de violentas recriminaciones.

Acababa de saber, dijo ella, una noticia que la irritaba en extremo. Habiendo Gambetta resuelto finalmente regularizar una situación de las más incorrectas, preparábase á tomar por esposa á una señorita Leonia L***, de quien tenía un hijo, y á legitimar su niño. Pues bien, la visitante, considerándose con derechos sobre ese hombre, cuya querida era ella también á su vez, pretendía oponerse al matrimonio proyectado.

Esta mujer no era una cualquiera. Muy metida en el mundo parlamentario donde está reputada por su talento, y su belleza que ha triunfado victoriosamente de los ataques de la edad, tenía entonces unos cincuenta años, y antes bien alguno más que menos. Activamente mezclada en la política republicana y masónica, desde mediados del Imperio, cuando apenas acababa de cumplir sus veintinueve años, su salón había sido en todo tiempo uno de los sitios de cita de los hombres de acción de su partido.

Gambetta había sido recibido en su casa, luego que el asunto Baudin le hubo colocado entre los oradores de la democracia. Entonces tenía él treinta años; ella, en todo el brillo de su hermosura, tenía de diez y seis, á diez y siete años más que él. El joven tribuno era de temperamento ardiente; desprovisto de todo sentimiento religioso, se abandonaba á sus pasiones y hasta era su esclavo. Amó á esta mujer; él se lo dijo; ella le dió oídos; amor criminal porque ella era casada.

Vino la guerra. Ella se quedó en París, durante el sitio. El, partió en globo, como es sabido, nombrado, para los departamentos, delegado del gobierno de la Defensa Nacional. En provincias, Gambetta conoció á una señorita Leonia *** hija de un negociante de Burdeos. Era una graciosa muchacha, republicana también, como la otra querida del tribuno. El inconstante se enamoró perdidamente de ella y la sedujo. Antes

del año, la infeliz dió á luz un niño, al que dió el nombre de Leon, en memoria de su padre; de otro modo este no hubiese reconocido al hijo.

Desde entonces, Gambetta había vivido compartiendo su vida entre estos dos amores, dominado por la mujer casada, que ejercía sobre él poderosa influencia, y acordándose á intervalos de la pobre joven abandonada.

Para el interés de esta narracion, no há lugar á mencionar otras aventuras galantes, que no dejaron subsistir ninguna relacion.

La querida política había obtenido de Gambetta el compromiso formal, el juramento de no casarse jamás con su rival. A este precio, hacia la vista gorda en todo. El niño, hijo de los amores de Burdeos, había sido puesto á pension en un colegio extranjero; ella llevaba la complacencia hasta fingir que creía en un viaje diplomático, cuando él iba á ver á su hijo.

Mientras tanto, en estos últimos años, ella había quedado viuda. Ella hubiese querido sin duda poder llevar legítimamente el nombre del tribuno popular, entonces presidente de la Cámara, despues primer ministro, y ciertamente designado para la primera magistratura de la República. Pero, entonces, Gambetta comenzaba á desprenderse de ella, á libertarse de su yugo hartó tiránico, su hermosura no la privaba de rayar en los cincuenta años, mientras que él contaba apenas sus cuarenta y cuatro. Semejante matrimonio, en tales condiciones, no hubiera dejado de dar pasto á habladurías, hubiérase prestado á los comentarios más chocantes, tanto más cuanto él era conocido por haber sido uno de los más íntimos amigos del esposo difunto.

Por otra parte, cuando Gambetta hacia en su mente un paralelo entre los dos objetos de su amor veleidoso, la comparacion era totalmente favorable á la señorita Leonia L***. Esta le queria con abnegacion, con sacrificio: habiase sometido, resignado, á su posicion no

solamente falsa, sino tambien sin salida, pues que él habia jurado, por obedecer á la otra, no legitimar jamás su union: ella no era ni siquiera una querida reconocida por él.

Por esto, cuando la viuda habia intentado hacerse tomar por esposa, Gambetta no se habia dejado convencer; habíase negado rotundamente, aplicando á la altiva hermosura la ley del talion. Luego, poquito á poco, yendo más allá, considerando de ningun valor la promesa dada á esta contra su rival, habíase decidido á regularizar su situacion con la señorita Leonia L***.

Y hé aquí porque la viuda, con motivo de esta ruptura, habia ido, decia ella, á la quinta *des Jardies*, el 27 de noviembre de 1882.

Las explicaciones fueron violentas entre ella y Gambetta.

De pronto, en mitad de la escena, ella sacó de su bolsillo un revolver. Gambetta se precipitó hácia adelante, tendidas las manos, para coger su arma antes que ella pudiera dispararla. Apuntó á su amante en la cabeza y soltó el fiador; recibió la herida en la mano derecha. Despues, bajándose vivamente, disparó segunda vez, y le dió el tiro en el vientre.

—¡Desgraciada! ¿qué habeis hecho? gritó Gambetta. Estais loca...

La señora entonces se le arrojó á los piés y pidióle perdon, deshaciéndose bruscamente en lágrimas.

¿Era sincera aquella explosion de sollozos, aquella manifestacion súbita de pesar desesperado? ó bien ¿era aquello una comedia?... Pronto podremos apreciarlo... Gambetta, cuyo fondo de carácter era una grande y cándida bondad, creyó en la sinceridad de aquella que acababa de descargar contra él su revolver. Imaginándose que habia cedido á un acceso de celos furiosos, perdonó y no quiso que se divulgara el crimen.

Al ruido de la detonacion, acudió el personal de la casa. Gambetta declaró que él mismo se habia herido, en la mano, manejando imprudentemente el arma.

Llamóse inmediatamente á dos médicos de la vecindad.

Mientras iban á buscarles y que tenia su mano metida en un gran jarron de agua salada, advirtió que tenia otra herida en el abdómen; pero esta última le hacia sufrir menos. Acostóse.

Los dos médicos le curaron de primera intencion.

Mientras tanto se habian avisado otros dos médicos amigos intimos estos del herido, uno de ellos Pablo Bert que llegó inmediatamente.

Pablo Bert, enterado de lo sucedido, y aprobando la resolucion tomada por su amigo de guardar secretas las verdaderas circunstancias del drama, le prodigó todos los cuidados necesarios. El otro médico llegó á su vez, pero solo á la una de la tarde. Tocante á la señora, salió de *los Jardies*, luego que su víctima estuvo en manos de los médicos.

No obstante, habíase rápidamente circulado en Paris el rumor de un atentado cometido contra el leader del partido oportunista. Publicáronse diversas versiones. Algunos amigos del herido habian hablado. Muy pronto empero, se desmintieron todas las indiscreciones de la prensa, por haber Gambetta formalmente exigido que se ocultara el crimen, y que solo se tratara de un accidente. Además, creíase entonces entre los que rodeaban á la víctima, que las heridas no serian mortales, y que hasta la curacion seria pronta.

La bala que habia herido á Gambetta en la mano derecha, habia salido por sí misma por el antebrazo. M. Pablo Bert habia extraído la otra; en la region abdominal no habia ninguna lesion que pareciera peligrosa.

El 2 de diciembre,—es decir cinco dias despues del suceso,—la *Republique française*, que era el principal periódico órgano de la política del ex-ministro, dió la relacion del «accidente», tal como se habia convenido entre Gambetta y sus amigos. Como se supone, no se trataba en tal relacion, sino de la herida en la mano, la única de que se habia hablado primeramente.

M. Gambetta se ha herido él mismo, decía el periódico; tenía en su mano izquierda un revolver en el cual había quedado un cartucho; había hecho rodar su cañón y para volverlo á su sitio, apoyaba la palma de la mano derecha en el extremo del arma. Entonces, el cartucho, que no estaba sino en parte metido en el cilindro, se oponía al enderezamiento del cañón. Luego que la presión fué bastante fuerte, partió la cápsula del fulminante y M. Gambetta recibió el proyectil en la palma de la mano derecha. El trayecto de la bala ha seguido el sentido del antebrazo, y el proyectil ha salido.»

Segun se vé, no estaba mal imaginada la explicación; solo que pecaba por su base. Para que hubiese sucedido así, hubiera sido preciso que Gambetta fuera zurdo. Luego, como no lo era, si hubiese realmente manejado su revolver segun la versión de la *Republique française*, hubiera tenido el arma con la mano derecha y el proyectil hubiera atravesado la mano izquierda.

Además, no se dejará de encontrar á lo menos raro el manejo de un revolver cargado, en un salón, en medio de una conversación con una señora; porque nadie ignoraba que Gambetta no estaba solo, cuando sucedió el accidente.

Gambetta fué curado pues como él deseaba, esto es sin que se ocuparan de la segunda herida otros que Pablo Bert y los más íntimos.

El 8 de diciembre había desaparecido de la mano toda hinchazón. Considerábase curado el herido. Comía ostras y becasidas en su almuerzo.

El 9 parecía seguir bien.

De repente, el 10, prodújose un cambio no en la mano cuya herida estaba casi cicatrizada, sino en la región abdominal. Gambetta sentía malestar interior.

El 11, pasó mal día.

El 12, parecía recobrase. Recibía, fumaba, y comía copiosamente. El 13 y el 14 nuevos días buenos. Des-

pues, bruscamente, el 15, presentábase una peritonitis, provocada, sin duda alguna, por la inflamación interior de la segunda herida.

El 16, aumentaba el peligro. La temperatura del enfermo era de 39° 6; el pulso daba 88 pulsaciones.

Gambetta sentía mucho calor, no precedido de calor-frio; estaba en plena transpiración. Uno de los médicos presentes creyó en una tiflitis.

En una palabra, desde entonces, el mal no hizo más que empeorar.

Se le combatió como se pudo, pero en vano. Pablo Bert se prodigaba. La cariñosa Leonia L^{***} se había instalado en la cabecera del enfermo. Como los amigos querían ocultar á toda costa la herida de donde se había extraído la bala, y como no se trataba ya, en efecto, sino de hacer desaparecer la inflamación interior, mandó Pablo Bert, el 23, la aplicación de un ancho vejigatorio.

El 28 daba el pulso 100 pulsaciones; 118, el 29; 110 el 30; 120 el 31 de diciembre por la mañana; y 140, después del mediodía. El delirio sobrevenía, los síntomas alarmantes se multiplicaban y se agravaban; el enfermo á las once y cuarto, pronunciaba sus últimas palabras; la muerte llegaba sin agitación, pocos minutos antes de la media noche; y los médicos, después de haber celebrado consulta, declaraban que León Gambetta había sucumbido sencillamente por efecto de una peritífritis.

Pero, á pesar de todas las precauciones tomadas, á pesar de los cálculos de unos y de las complacencias de otros, las verdaderas causas de ese fallecimiento prematuro son indiscutibles; la negación del crimen no tolera ni un minuto de exámen.

Si es cierto que las comidas copiosas, demasiado copiosas, que hizo Gambetta cuando se creyó salvado, acercaron su muerte, no es menos evidente que, sin herida, se hubiese librado de ella con una indigestión vulgar. En la autopsia del cadáver, los médicos no han

podido menos de consignar dos perforaciones, esto es, dos agujeros en el intestino. Pablo Bert, que sabia la causa de aquellas perforaciones, se guardó muy bien de firmar el acta de la autopsia; los demás reconocieron las dichas perforaciones, pero sin explicarlas; porque hubiera sido firmar la comprobacion del asesinato.

Corresponde ahora examinar hasta qué punto era sincera la escena de celos en la cual fué Gambetta acometido á tiros.

Dije que la mujer, autora del asesinato, no es una cualquiera. No me toca designarla más claramente de lo que tengo hecho, habiéndose abstenido la *justicia* de castigar. Pero creo tener el derecho de indicar mejor el papel de esa mujer en la Franc-Masoneria, á la que pertenece.

El asesino de Gambetta es una Hermana Masona, no una simple Aprendiz, no una Compañera, no, siquiera una Maestra; es la Gran Maestra de las Logias de Adopcion.

Bastará un ejemplo, para demostrar la importancia masónica de la persona.

Sábese que si los Hermanos son admitidos en las Logias de Señoras, al contrario, las Hermanas no tienen acceso á las Logias de Hombres. Los ritos masculinos y femeninos son esencialmente distintos. En Francia no se citan más que tres mujeres que vista su situacion excepcional, han sido autorizadas por el Gran Oriente para asistir á tenidas de Talleres de Hermanos: la señora de Xaintrailles, una de las dos señoritas de Fernig (hermana de un Gran Maestro), y la hermana de quien tratamos aquí. Esta posee tal influencia en la secta, que es la sola mujer que pudo asistir, particularmente, á la iniciacion de Julio Ferry, algunos años há.

Los reglamentos son formales. Una Logia masculina, la Logia del Pecq (Seine-et-Oise), ha sido puesta en sueño, es decir cerrada, por la autoridad central masónica, por haber admitido recientemente, en sus

sesiones, á la H.*. Maria D***, presidenta muy conocida en Paris.

Y, no obstante, lo repito, las puertas de los Talleres Simbólicos se abren, cuando se digna llamar á ellas la señora de los *Jardies*.

Pues bien, ya que se ha interrumpido la accion de la justicia á favor de esta señora, ya que se han manifestado intervenciones poderosas, de tal modo que ni siquiera hubo sumaria judicial, ni la menor apariencia de instruccion de proceso, ¿no hay derecho á pensar que el crimen del 27 de Noviembre de 1882 era cosa distinta de un crimen personal?

Es posible, probable, que á Gambetta le engañó su generosidad. Es cierto que Gambetta ignoraba los sentimientos de las Logias para con él. Las frecuentaba poco en la época en que él era francmason; hasta puede decirse que no las frecuentaba absolutamente; y, de hecho, habia roto con ellas, al fin de su corto paso por el poder.

Repitamos algo de lo pasado. Gambetta no fué jamás entusiasta de la secta; la consideraba como un corrillo; no tenía empacho en decirlo á quien quería oirlo.

No le debia su fortuna política. Al contrario, la Franc-Masonería fué la que se agarró de los faldones de su levita, cuando estuvo asegurado el porvenir del orador popular.

No olvidemos que habia conquistado su reputacion, de golpe, en el proceso Delescluze, (negocio de la suscripcion Baudin); su elocuencia de tribuno se habia revelado como un rayo. Entonces no era absolutamente francmason, ni pensaba más en la secta que ésta en él.

El dia siguiente del proceso Delescluze, una Logia de las cercanías de Paris, la Logia de Boulogne, intentó hacerse suyo al brillante orador. Un H.*., llamado Maliras ó Matthias, segun creo, dió cerca de él los pasos á propósito para convencerle de la utilidad

de la iniciación masónica. Gambetta no respondió ni si ni no; Matthias interpretó la respuesta del abogado en sentido afirmativo, y se encargó de presentar á Gambetta á la Logia. Se le habria recibido de mil amores, pero no habia firmado la demanda de admision. Esta formalidad era indispensable. Hermanos meticulosos formularon objeciones. Matthias intentó mucho traer á Gambetta á la Logia para el dia de la recepcion; pero no creyeron deber atenerse á sus promesas, y el profano fué, finalmente, el objeto de un voto negativo, sin saber quizás que habia sido propuesto.

En las elecciones legislativas de 1869, Gambetta, candidato en Marsella, contra M. de Lesseps, fué el blanco de nuevas pretensiones. Por un momento, entre los dos turnos de escrutinio, creyóse que iba á aceptar que se le aplicara, para reunir á él los moderados; pero, en definitiva, las Logias de Marsella perdieron el tiempo, como lo habia perdido la de Boulogne-sur-Seine.

Estalla la República; Gambetta es ministro; inténtase otra vez enredarle, pero resiste, todavia.

En la asamblea Nacional no era aun francmason.

En 1876, despues de la disolucion de la Asamblea de Versalles, presentaba su candidatura en París, Lille, Marsella, Burdeos y Aviñon.

Contaba optar por París despues de la votacion; pero él aspiraba sobre todo á ser elegido en Marsella, que habia sido la cuna de su vida política, y tambien porque, en aquella ciudad, tenia por competidor á Alfredo Naquet, representante entonces del radicalismo intransigente: además, Gambetta soñaba en aquellos momentos aplicar á Francia su sistema de equilibrio gubernamental que se ha llamado oportunismo.

El H. A. Alfredo Naquet era, naturalmente, en Marsella, el candidato preferido de la Franc-Masonería. Los republicanos vacilaban, los francmasones radicales, no intransigentes, no sabian que hacerse. Una vez más instóse á Gambetta. Tratábase de quitar los

escrúpulos de aquellos de sus numerosos amigos pertenecientes á la secta: desde el momento que dos candidatos igualmente afiliados estarian en frente, los votos serian libres. Los oportunistas lo observaron á su jefe y tuvo la debilidad de acceder á lo que se le pedia.

¡Oh! fué una iniciación muy anodina. Dejóse aparte todo el ceremonial indicado por el ritual; tratábase de un recluta de mucha talla. Hubo reunion de varias Logias, y Gambetta fué recibido. Fué más bien una velada que una iniciación, la recepcion era hasta irregular, pero pasóse adelante, tan irregular que, en estos momentos, de las siete Logias que hay en Marsella, ninguna de ellas puede decir que inició al ex-ministro de la defensa Nacional.

Habia, empero, allí lo esencial. Gambetta tenia por consiguiente, desde entonces, la marca masónica.

Se comprende que, en semejantes condiciones, nuestro hombre no fué jamás un Mason asiduo.

Apenas se le vé en lo sucesivo presidir dos ó tres banquetes de la secta; y aun son banquetes de propaganda, banquetes que, por ser organizados por los Hermanos, no son menos abiertos al público.

Fuera ocioso narrar la historia política de Gambetta. Me limitaré á resumir su rápido paso por el poder, bajo la presidencia de M. Grevy.

Nadie, en Francia, ha olvidado los hechos.

Despues de haber gobernado mucho tiempo entre bastidores, se puso á Gambetta en situacion de guiar oficialmente el carro del Estado.

Entonces se vió Gambetta asediado por la Franc-Masonería: se invoca la confraternidad de las Logias, para obtener esto y aquello; pero Gambetta no se dejaba imponer por ellas, y habia con mucha frescura mandado á paseo á los sectarios importunos que pretendian regentarle. Era gambetista, pero de ningun modo francmason.

Jamás jefe de partido ocupó menos tiempo un mi-

nisterio. En poco tiempo tuvo en contra suya á casi todos los diputados de su propio campo. No se olvide esto. Los que llevaban la intriga contra Gambetta eran todos eminencias de la Masonería. Juzgando los acontecimientos de lejos, ¿no parece que todos obedecían á una consigna?

Precipitado del poder, no quedaba por esto menos de él el hombre designado para una ocasión próxima. Era evidente que no se constituiría más en lo venidero, de lo que lo había sido antes, en humilde servidor de los Grandes Orientes y de los Supremos Consejos. Puede criticarse á Gambetta como hombre político; no tenía en las venas la sangre de un criado.

Encogíase de hombros cuando las eminencias de la Orden masónica iban á hablarle de su influencia. No tenía confianza sino en sí mismo, pensaba que todas las intrigas parlamentarias no habían conseguido hacerle perder su prestigio ante la masa del pueblo; movíbase de los embrolladores de los Capítulos y de los Areopagos tan manifiestamente que había amenazado con ira á los vocingleros de Belleville; los revolucionarios no habían conseguido comoverle como no lo consiguieran los que todavía iban en mantillas.

Desde mucho tiempo se decía en las Logias:

— ¡Ah! Gambetta no es nuestro hombre.

Gambetta, por su parte, cuando se veía asediado por la Cofradía Tres-Puntos, decía con su franco lenguaje toscos:

— ¡Ah! ya; al fin me aburren!.... ¿Acaso jamás les pedí yo algo?

Estaban furiosos. La campaña emprendida contra él por las Logias de París había llegado á los últimos límites de la hostilidad (1).

(1) Hé aquí un incidente referido por M. Leo Taxil en los *Misterios de la Franc-Masonería*:

Quando mi iniciación, en 1881, un doctor de Belleville, el Hermano G..., que

Luego, no se olvidaban diversos actos y diversas declaraciones de Gambetta.

Había tratado de *esclavos ébrios* á los radicales parisienses. Habíase convertido en amigo íntimo del general Gallifet, uno de los más desapiadados vencedores de la Commune. Había puesto al frente del ejército al general Miribel, «uno de los infames fautores del 16 de mayo.» Finalmente, habíase declarado á favor de la conservación del Concordato, de la cesación de las hostilidades contra la Iglesia; más todavía, insistió á favor de que los misioneros fueran apoyados por el gobierno francés en las colonias y en el extremo Oriente, había dicho que el anti-clericalismo no debía ser un artículo de exportación.»

La rabia masónica había llegado á su colmo.

La palabra *traidor* se pronunciaba corrientemente en las Logias; las iras estaban sobreexcitadas en su mayor grado.

Y ese hombre, ese traidor ¿podía de uno á otro día volver al poder?.....

Entonces, el revolver de una Hermana Masona cumplió su cometido en la quinta *des Jardies*.

¡Ah! el golpe se preparó muy bien, ya que, en apa-

asistía en la sesión, me reprendió en términos muy amargos, por haber escrito, algún tiempo antes, en mi periódico, un artículo á favor de Gambetta.

Yo combatía entonces á la Iglesia, habiéndome apartado de la religión muy joven por perñidos consejos de falsos amigos; yo respondí, pues, en la Logia que si yo había elogiado á Gambetta, era porque yo veía en él á un anti-clerical.

«—No lo es como debería serlo, replicó el doctor G...; Gambetta es un mal masón que pretende no obrar sino á su frente; es un autoritario y un traidor á la Masonería.»

Estas palabras fueron acogidas con unánimes aplausos. Toda la Logia gritaba:

«—¡Sí! ¡sí! ¡Gambetta es un traidor!»

Nada absolutamente comprendía yo en esa escena; no oía más que los clamores de mis futuros colegas, no viendo nada, porque tenía los ojos vendados. No obstante, me sorprendió mucho aquella explosión de odio salvaje, contra un hombre que yo había creído al contrario simpático á la Franc-Masonería, y el recuerdo de esta escena, que me pareció entonces inexplicable, ha quedado siempre presente en mi ánimo.

riencia, para la misma víctima, no se trató mas que de una historia de faldas, de un drama de celos.

Pero veamos, pesemos los hechos, reflexionemos seriamente.

Consideremos la desaparicion de la magistratura—entonces republicanizada—en este asunto. Observemos que ni siquiera se sellaron los muebles del difunto, contra todos los usos; porque Gambetta habia sido ministro, y es regla absoluta que el gobierno, despues de la muerte de todo hombre de Estado, se asegure de que no deja documentos de orden público. Temiase, sin duda, verse obligados á comprobar al mismo tiempo, las pruebas flagrantes del crimen.

¿Quién podria admitir ni por un segundo, que la accion de la justicia en presencia del asesinato de un personaje tan considerable, se ha detenido ante una intriga del retrete de una señora?

No se debiera tampoco tomar á los franceses por un pueblo de imbéciles.

En Francia hay el defecto de dar con harto exceso oídos á los chismes y zacapelas; pero hay tambien la cualidad de olvidarlos con bastante prontitud y juzgar firmemente los acontecimientos de importancia, luego que el tiempo los ha despojado de la niebla de las antiguas leyendas.

Pues bien, ahora, la niebla que rodeaba la muerte de Gambetta está disipada, la leyenda de la aventura celosa se ha disipado. El asesinato queda solo. Y todas las personas de buen sentido dicen para sí:

«Si el asesino hubiese sido una aventurera, pronto se le hubieran arreglado las cuentas; los mismos amigos de Gambetta la habrian sin compasion entregado á la justicia, en lugar de oponerse con toda su influencia á la aplicacion de la ley. Luego, lo que se ha publicado no se imaginó sino para ocultar al país un grave y terrible misterio.»

Tocante á mí, veo la mano de la Franc-Masonería en el asesinato de Gambetta.

¿Se objetará que la secta ha asistido á los funerales del tribuno y acumuló coronas sobre su féretro?

Precisamente esta exageracion de pesar se hace sospechosa procediendo de hombres que, algunos meses antes, acababan de derribar á Gambetta, y que no mostraban para él más que odio, mientras vivia (1).

Por regla general, los francmasones no se arruinan para enterrar á sus amigos. Se ha visto perfectamente en los obsequios de los HH.*, Luis Blanc y Víctor Hugo, á quienes proclamaban «los dos más grandes santos de la democracia del siglo XIX». Jamás ninguna sociedad tenida por pobre gastó menos; en estas dos circunstancias la Orden millonaria se mostró inferior á la última de las corporaciones de traperos.

¿Y por nuevo dolor habria la Masonería vaciado todos sus Cepillos de la viuda con motivo de un difunto recientemente detestado?

Que se lo cuenten á su abuela.

La víctima estaba inmolada; los asesinos la cubrieron de flores.

Desde entonces, los republicanos han levantado á Gambetta una estatua, en París, en la plaza de Carrousel, y de ellos los pertenecientes á la secta masónica se imaginan que este monumento hará olvidar el crimen del 27 de noviembre de 1882.

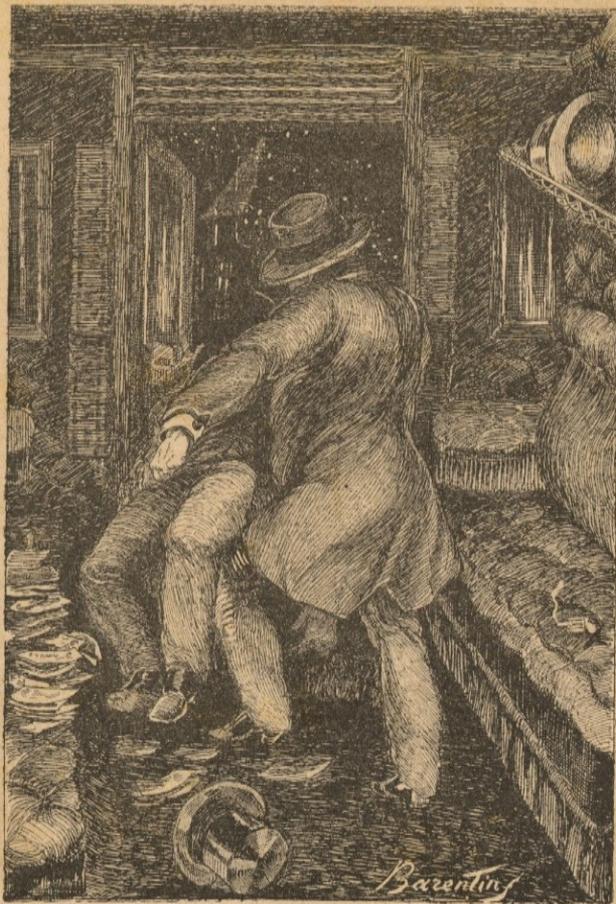
¡No! ¡no! Nadie ignora ya actualmente que Gambetta desapareció de golpe, herido por una mano que él creía amiga, y en circunstancias que los francmasones de su intimidad han tenido envueltas en el misterio.

Pero este misterio les condena.

Gambetta fué asesinado por ellos, como lo han sido antes todos los que molestaron á la secta. Hay que

(1) Antes hemos visto que, en 1820, para desviar la Franc-Masonería las sospechas, habia organizado tambien pomposas ceremonias fúnebres en honra del duque de Berry, asesinado por el H.* Louvel.

añadir su nombre á la lista ya tan larga de las víctimas de la Franc-Masonería, sin que logren borrarle de ella todos los artículos de los periódicos oportunistas y todos los discursos hipócritas de los oradores de las Logias.



M. Barreme, prefecto del Eure, asesinado por D. Alfredo Foubert, sub-director de seguridad general y uno de los jefes de la Masonería francesa.

XIV

El prefecto Barrême.

En una de las últimas sesiones de la Cámara francesa, que, elegida en los días 4 y 18 de 1885, terminó su legislatura algunas semanas despues de la apertura de la Exposicion universal,—sesión de las más tempestuosas,—un orador de la oposicion estaba en la tribuna, interpelando á un ministro.

La atmósfera legislativa estaba caldeada; los ánimos estaban muy excitados; dirigíanse inectivas con bríos y arranques extraordinarios. El orador, sobre todo, veíase acometido por los republicanos y no podia comenzar una frase sin ser al instante interrumpido, á menudo con palabras violentísimas.

En primera fila de los interruptores de la izquierda, M. Papon, diputado del Eure, se hacia notar por su celo en imposibilitar á su colega que estaba en la tribuna, el ejercicio del derecho de hablar.

De los bancos de la derecha salió repentinamente este apóstrofe:

—¡Caballero Papon, hablarnos del negocio Barrême!

Estas pocas palabras, lanzadas con voz de trueno en medio de la tempestad parlamentaria, produjeron instantáneo y prodigioso efecto. La mayoría republicana y francmasonica recibió el apóstrofe como una ducha de agua helada; los interruptores se calmaron súbitamente; M. Papon se sentó y permaneció callado hasta el fin de la sesión, y el orador, en la tribuna, pudo fi-

nalmente, en medio de un silencio relativo, desarrollar los argumentos de su discurso.

¿Cuál era, pues, este negocio Barrême, cuyo recuerdo, evocado inesperadamente, había tenido el don de enfriar el ardor de los diputados de la izquierda? y ¿qué relación podía tener este negocio con la política y las cosas del parlamento?

Sábase que las elecciones de 1885 para la Cámara de los diputados, se verificaron por escrutinio de lista. Enrique Brisson, ministro de justicia, presidía entonces el gabinete que ocupaba el poder. Los republicanos se creían de tal manera seguros en su buen éxito, que, á lo menos en el primer escrutinio, se mostraron casi honrados en la práctica de la candidatura oficial. El ministro del interior, que era M. Allain-Targé, hombre muy suave, dirigió, desde la apertura del período electoral, á todos los funcionarios dependientes de su autoridad, una circular en que les encargaba expresamente que observaran la más estricta neutralidad; lo que significa: «No hacer presión extremada; contentarse con hacer una presión moderada.»

Pues bien, los republicanos sacaron mal las cuentas de su triunfo. Los resultados del primer escrutinio les dieron cruel desengaño: 179 conservadores quedaban elegidos; y ellos, los republicanos, que acababan de tener una Cámara en la que se contaban 482 entre 357 diputados, llegaban, con dificultad, á pesar de todas sus ventajas de partido en el poder, á obtener 189 asientos el día 4 de octubre. Casi en todas partes perdían asientos; perdían votos en todas partes. En las elecciones precedentes, que las habían ganado, no había habido más que 65 *ballotages* entre, 483 diputados electos; esta vez había 268 *ballotages*, cuya mayor parte no les eran favorables.

En una palabra; este primer escrutinio era de muy mal agüero para la República.

Hubo verdadero pánico entre la gente oficial. De pronto las emprendieron contra el pobre M. Allain-

Targé á quien se acusaba de flojo. ¡Ah! si se hubiese tenido á M. Constans como ministro del Interior, á buen seguro, no se hubiese sufrido tal derrota!... Después, la Franc-Masonería tomó cartas en ello. La República, tal como hasta ahora se ha practicado en Francia, es el reinado de la Franc-Masonería; por consiguiente, la secta tiene el mayor interés en sostener el régimen.

Reuniéronse el Consejo de la Orden del Gran Oriente, el Supremo Consejo del Rito Escocés, la Gran Logia Simbólica, en una palabra, todas las primeras autoridades masónicas, y decidióse imponer la unión más absoluta á los comités republicanos. Celebróse consejo general de la Franc-Masonería francesa permanente en el Gran Oriente, calle Cadet, 16; y allí debieron inclinarse ante las decisiones de los jefes de la secta todas las rivalidades de los diversos candidatos, oportunistas, radicales, moderados, revolucionarios. La hora era crítica; por esto, los comités, cualesquiera que fuesen, sometióronse sin murmurar al despotismo de los Grandes Maestres.

El Supremo Consejo, la Gran Logia Simbólica y el Consejo de la Orden lo dijeron de un modo muy terminante:

—Nosotros respondemos de salvar la República comprometida por la inercia de M. Allain-Targé; pero se nos debe obedecer á ciegas.

De este modo se hizo la unión en toda la Francia, entre los muchísimos comités de las diversas fracciones del partido republicano que, la vispera se combatían con su violencia habitual. Aquello fué una sumisión ciega, general, á las órdenes de la Franc-Masonería.

En el ministerio, M. Brisson, que no era sino ministro interino de justicia, tomó por su cuenta la dirección de los prefectos para el segundo escrutinio. Tratóbase de obtener un brillante desquite; era preciso ganar en quince días el terreno perdido: á toda costa

era necesario, indispensable, lograrlo. Además, M. Brisson, al propio tiempo que guarda sellos, era presidente del Consejo, y por esto, tenía, sino cualidad, á lo menos poder de dar órdenes, en aquellas circunstancias excepcionales, á los funcionarios dependientes del ministro del interior.

Llamó á París, unos tras otros, con urgencia, á los prefectos de los departamentos donde habia *ballottage*. Les interrogó, les sondeó, y les comunicó sus instrucciones confidenciales, resumidas en esto: «Hacer triunfar, no importa á que precio y por qué medios, la lista republicana única, llamada de conciliación, que enviaria la Franc-Masonería para el segundo escrutinio.»

M. Julio Barrême, prefecto del Eure, era uno de los funcionarios llamados así á París para tomar las órdenes del gobierno.

Nacido Barrême en Aviñon el 25 de Abril de 1839, despues de haber sido algun tiempo alumno de los jesuitas, fué enviado á París, y terminó sus estudios en el colegio de santa Bárbara. Sufrió sucesivamente de una manera brillante, todos sus exámenes de derecho, y desempeñó el cargo de abogado en el Consejo de Estado y en el Tribunal de Casacion.

Por su primera educacion era conservador; pero, poco á poco, habíase enfriado su celo. De esta manera habíase convertido en uno de los conservadores que transigen harto á menudo con sus deberes de cristiano, á la par que guardando su fé en el fondo del corazón, hombres débiles, que creen, pero que practican poco, y, á menudo, nada. Estaba relacionado con el duque Decazes, el monárquico inconsecuente, que, imbuido en las ideas de su padre, pertenecia tambien á la Franc-Masonería, y tenia el cargo de defender la causa de la secta, en el caso que se hubiese restaurado la monarquía.

¿Era francmason M. Barrême? No estamos lejos de creerlo, por más que no hemos hallado su nombre en

ninguna de las listas que poseemos. Lo presumimos empero, fundándonos en sus relaciones y fluctuaciones políticas. En todo caso, no lo afirmamos en manera alguna; y hasta creemos que si, en un momento cualquiera, se dejó Barrême afiliarse en la secta, á buen seguro no se contó jamás entre los Hermanos activos.

Bajo el ministerio Dufaure, su amigo el duque Decazes le decidió á abandonar el foro y á entrar en la administracion; merced á la proteccion del duque, que formaba parte del gabinete, fué nombrado, el 24 de Mayo de 1876, subprefecto de La-Reole. El año siguiente, cuando M. Julio Simon que habia sucedido á M. Dufaure, fué despedido por el mariscal Mac-Mahon, M. Barrême presentó su dimision; de este modo censuraba implícitamente el acto del jefe del Estado y se creaba un título á la gratitud de los republicanos, cuyos próximos triunfos electorales preveía.

Segun la expresion vulgar renegaba del partido y los republicanos se lo agradecieron. Despues de su victoria del 14 de octubre de 1877, fué repuesto con ascenso; se le nombró secretario general de la prefectura de la Gironda. Al poco tiempo le dieron la prefectura de Deux-Sévres.

Era prefecto del Eure cuando M. Brisson era presidente del Consejo de ministros.

No obstante, al pasarse á los republicanos, habia obrado con bastante habilidad para no enagenarse completamente á los conservadores. Era hombre afable, nada impregnado del espíritu jacobino, observando prudente reserva para con todos, con buen semblante para sus nuevos amigos de la izquierda, y disculpándose, por decirlo así, cerca de los antiguos compañeros de la derecha por haberles faltado. Como era muy amable en su trato, estos habian casi llegado á perdonarle su defeccion; siempre les recibia con la mayor amabilidad y con muy graciosa sonrisa.

Por su desgracia, el departamento que habia últi-

mente gobernado, era profundamente adicto á los principios conservadores, y, en las elecciones del 4 de Octubre de 1885, habian los republicanos sufrido allí un serio fracaso. Además, como M. Barrême, en concepto de los sectarios de la Franc-Masonería, no habia roto suficientemente con sus primeros amigos, estaban algo dispuestos á acusarle de tibieza, sino de traicion.

M. Brisson le recibió como un juez de instruccion á un acusado.

En efecto, bajo el punto de vista republicano, los resultados de las elecciones del 14 de octubre, en el Eure, no eran brillantes.

Contaba el Eure 106,598 electores inscritos; habia habido 86,584 votantes, y 86,178 votos emitidos; lo que daba una mayoría absoluta de 43,089 votos.

Habia doce candidatos: seis conservadores y seis republicanos.

La lista conservadora se componia de: 1 realista, el duque de Broglie; 2 bonapartistas, los SS. Fouquet y Leon Sevaistre; y 3 conservadores sin calificacion especial, los SS. Raoul Duval, Luis Passy y de La Ferrière.

La lista republicana se componia de: 4 oportunistas, los SS. Develle, Papon, Bulley y Montier; 2 republicanos de la izquierda radical, los SS. Bonpland y Parisot.

En el primer escrutinio, del 14 de octubre, los votos de los electores se repartieron así:

CONSERVADORES:

Luis Passy.	46,111	votos.
Fouquet.	45,108	»
Raoul Duval.	45,070	»
Leon Sevaistre.. . . .	44,798	»
De La Ferrière.. . . .	44,166	»
Duque de Broglie	41,771	»

REPUBLICANOS:

Develle.	41,088	votos.
Papon.	40,481	»
Bulley.	40,339	»
Montier.	40,193	»
Parisot.. . . .	39,925	»
Bonpland.	39,807	»

En resúmen, de 6 diputados que debian elegirse, 5 habian pasado en el primer escrutinio, y eran 5 candidatos conservadores, los SS: Luis Passy, Fouquet, Raoul Duval, Leon Sevaistre y de La Ferrière. Solo el duque de Broglie no habia tenido la mayoría absoluta y quedaba en ballottage.

Todos estos pormenores son importantes para la continuacion de este relato.

Así, pues, M. Brisson ya muy áspero de suyo, recibió á M. Barrême con semblante muy mal humorado.

Cinco candidatos conservadores elegidos entre 6 diputados por elegir probaban muy culpable inercia de parte de la administracion. El prefecto era el indolente, el origen de todo el mal. Teníanse informes suyos. Estaba en las más amistosas relaciones con M. Leon Sevaistre, uno de los horribles reaccionarios que habia pasado de corrida en el primer escrutinio. Esta amistad dejaba el campo libre á las más desfavorables suposiciones.

Contestó M. Brisson haciendo observar que estaba, por otra parte, á partir un piñon con M. Develle; además, todos los candidatos republicanos confesaban que les habia apoyado cuanto pudo. Mas aún, no habia tenido en cuenta la circular Allain-Targé; habia abogado á favor de la candidatura oficial, y no se contentó con decirlo sino que lo probó.

M. Brisson se suavizó.

Finalmente, el duque de Broglie no había sido elegido; y este era, más que todos los demás, el reaccionario execrado. El duque de Broglie era el ministro del 24 de mayo y del 16 de mayo. Si lograra entrar en la Cámara, era el jefe designado de las derechas.

Y M. Brisson decía terminantemente:

— Señor prefecto, haced cuanto queráis; es preciso que en el segundo escrutinio quede derrotado el duque de Broglie.

Fácil era decir esto; pero ¿y el hacerlo?

M. Develle, antiguo subsecretario de Estado, que encabezaba la lista republicana era el designado para sostener la lucha en el Meuse, donde tenía probabilidades (y donde, de hecho, fué elegido;) de tal manera que no quedaba por oponer al duque de Broglie sino.... M. Papon, una nulidad.

Pedir á un prefecto hacer elegir á un Papon contra el duque de Broglie, era, á la verdad, exigirle un exceso de habilidad.

M. Barrême consintió en intentarlo; pero, se necesitaba dinero, mucho dinero. Y la caja de los fondos secretos estaba exhausta, por haberla agotado los señores Julio Ferry y Waldeck-Rousseau, miembros del anterior ministerio. ¡Qué importa! el gobierno contraería dudas; dariase al prefecto carta blanca; necesitábase á toda costa evitar que el duque de Broglie entrara en el parlamento.

M. Barrême regresó á Evreux, despues de haber recibido instrucciones enteramente confidenciales. No obstante, era fácil adivinar el secreto de las instrucciones. Organizóse formidable la candidatura oficial. M. Brisson había entregado al prefecto del Eure una especie de consulta electoral, un verdadero manifiesto, con el título: *Carta á mis lectores*. Tiráronse miles de miles del tal prospecto y se fijaron en todas las paredes del departamento. Pusieron en campaña centenares de agentes electorales. Prodigáronse las botellas de cidra y licores, sin reparar en gastos. Y no era

Papon quien pagaba todo eso, pues había aceptado el reto contra el duque de Broglie con la única condición muy formal de no desembolsar ni un céntimo. Aceptó el ministerio, y nuestro hombre se mantuvo enérgico dentro de los términos del contrato.

El 18 de octubre era el día del voto definitivo. Los SS. de Broglie y Papon luchaban solos. ¿Quién ganó? Jamás se ha sabido. La política republicana no rechaza las habilidades de la prestidigitación. Lo decisivo es que M. Papon fué proclamado electo por la prefectura; pero, para hacer esa proclamación, M. Barrême escamoteó descaradamente las cifras. Es verdad que lo hacía amparado por el ministro.

Hé aquí los resultados de la elección del 18 de octubre en el Eure, tales como los publicó el *Journal Officiel*:

Electores inscritos.. . . .	106,598
Votantes.	81,808
Votos emitidos.	81,771
Papon.. . . .	40,554
Duque de Broglie.	40,346

Resulta de las mismas cifras que al duque de Broglie se le habían suprimido arbitrariamente 871 votos.

Realmente, M. de Broglie, que había obtenido 41,771 votos en el primer escrutinio, ya no tuvo en el segundo más que 41,217; no obstante, vencía aun á M. Papon con una mayoría de 663 votos. La prefectura birló pues 871 papeletas al duque de Broglie, y el candidato oficial, que estaba en minoría, fué proclamado en su lugar.

Cuando la Cámara, reunida, procedió á la comprobación de los poderes, encargóse á la sección 3.^a examinar las elecciones del Eure. Dicha sección no contaba ni un solo diputado del departamento en cuestión. Presentada á la 7.^a subcomisión una protesta llegada el 14 de noviembre á la Cámara y que mencionaba las

irregularidades cometidas por la prefectura en detrimento del duque de Broglie, habia acordado un aplazamiento para oír al duque y á M. Papon, pero la sesion 3.^a compuesta exclusivamente de republicanos, decidió prescindir de la protesta, y, á pesar de la irritante iniquidad, el radical Beauquier, ponente, propuso á la Cámara la validez de M. Papon. La mayoría republicana y masónica se apresuró á aprobar el acta de M. Papon en la sesion del jueves 19 noviembre 1876.

Faltaba ahora pagar los gastos formidables de la candidatura oficial.

Ya hemos dicho que la caja de los fondos secretos estaba vacía; era preciso esperar la votacion del presupuesto de 1886. M. Barrême hizo esperar pacientemente á los acreedores de la prefectura.

Finalmente, el presupuesto quedó aprobado en los últimos dias de 1885.

Hacia el final de la discusion, el ministerio concedió los créditos pedidos para el Tonkin, en la sesion del 23 de diciembre, por la infima mayoría de 4 votos (274 contra 270). Esta mayoría quedó aun reducida el dia siguiente, por rectificaciones al acta; entre los votos ministeriales se consignó el de un diputado de las colonias que todavia no habia llegado á Francia y que se encontraba navegando en el momento de la votacion. Este engaño suscitó vivas protestas; ordenóse una informacion que, naturalmente, no dió ningun resultado; mientras tanto, M. Brisson y sus colegas, muy humillados presentaron su dimision.

El país quedó sin ministerio por unos quince dias. Se chapoteaba en pleno fandal. Hasta el 27 de Enero no conseguía M. de Freycinet constituir nuevo gabinete. Por supuesto, sacrificóse á M. Allain-Targé, y se confió el interior á M. Sarrien, antiguo ministro de correos.

Mientras tanto, como el presupuesto estaba votado, se efectuaron los pagos desde la apertura del ejercicio de 1886; el dinero ingresó abundantemente en la

caja de los fondos secretos, en el ministerio del interior. Los prefectos que tenian gastos electorales extraordinarios por saldar, iban unos tras otros á la taquilla especial, para retirar las cantidades que necesitaban, para pagar las deudas contraídas en honra de las candidaturas oficiales.

El 13 de enero, M. Barrême estaba en París.

Cuando le recibió el ministro estaban presentes tres personas:

1.^o M. Sarrien, ministro del interior;

2.^o M. René Laffon, antiguo prefecto, nombrado desde cuatro dias solamente director del personal en el ministerio del interior y director del despacho del ministro, direccion que se habia agregado á la del personal por decreto especial (1).

3.^o M. Alfredo Foubert, jefe de la secretaria particular del ministerio, subdirector de la seguridad general y del personal, pagador de los fondos secretos.

De esos tres personajes, los dos primeros eran recién llegados al ministerio. M. Alfredo Foubert, al contrario, era desde mucho tiempo el pagador de los fondos secretos; habia desempeñado ese cargo delicado bajo M. Waldeck-Rousseau y bajo M. Allain-Targé.

M. Alfredo Foubert es el hijo de un hombre completamente honrado, M. Pablo Luis Foubert (nacido en 1821), antiguo procurador, despues abogado, en París, quien, dejado el foro para emprender grandes trabajos agrícolas en el departamento de la Manche, se hizo rico propietario en Saint-Sauveur-le-Vicomte (distrito de Valogues), y que, elegido en 1871, diputado en la Asamblea Nacional, formó pronto en el centro derecho. Muy adicto á M. Thiers, separóse M. Foubert, padre, de los conservadores despues del 24 de mayo, y formó en el centro izquierdo. Despues de votadas las leyes constitucionales, fué elegido senador inamovi-

(1) M. René Laffon es ahora diputado.

ble. Hombre de negocios consumado, su experiencia le hacía útil y precioso en las comisiones. Lleno de patriotismo ilustrado, sabía sobreponerse á los cálculos interesados de los partidos, y entonces, aunque no era orador, su palabra le engrandecía hasta la elocuencia. Su carácter imponía respeto; su inagotable benevolencia le había hecho amigos personales de cuantos colegas tenía.

Se observará que hablamos en imperfecto, como se habla de un hombre que ya no existe. Efectivamente; M. Foubert, padre, está muerto, mientras escribimos estas líneas; y luego diremos que día murió. Pero el 13 de enero de 1886 estaba lleno de vida; era un hombre de 65 años, de robusta salud, de vejez gallarda.

M. Foubert, padre, era consejero general de la Manche, por el canton de Barneville; su hijo Alfredo tenía asiento en el mismo consejo general de Saint-Sauveur-le-Vicomte.

Por la protección de su padre había entrado M. Alfredo Foubert en el ministerio del interior, y se le había agregado á la secretaría del ministro.

Volvamos al 13 de enero de 1886. Eran las 11 de la mañana cuando M. Sarrien recibió á M. Barrême en presencia de los SS. René Laffon y Alfredo Foubert. Saliendo del hotel Beauvan, dirigióse el prefecto del Eure hácia la Magdalena, por el barrio Saint-Honoré. Delante del Eliseo encontró á M. Decherrac, antiguo jefe del gabinete de M. Labuze, en la época en que este era subsecretario de Estado en el ministerio de hacienda; M. Barrême habló algunos instantes con M. Decherrac y le dejó para ir á almorzar. Dícese que el prefecto del Eure almorzó con el Diputado Papon: este pormenor empero no tiene ninguna importancia ya que M. Papon no interviene absolutamente en lo que iba á suceder aquella misma tarde. Lo que interesa saber es que al desayuno de M. Barrême, en el Círculo Nacional, se ha dicho, se siguió su visita á la caja central del ministerio del interior, situada en el número 176 de la calle de la Universidad.

Ahora bien, ¿qué relacion puede existir entre el despacho del ministro y la secretaría particular, sito en el hotel Beauvan aquél, y la caja central del ministerio, sita esta en la calle de la Universidad? Es útil saber esto.

Para comprender esta relacion, debe saberse esto:

El 16 de noviembre de 1885, por decreto presidencial, habíase reunido la direccion del personal en el ministerio del interior á la direccion de la seguridad general; y M. Isaias Levaillant, director de la seguridad general, habia así pasado, al mismo tiempo, á ser director del personal en el ministerio. El mismo día, una orden del ministro disponia que M. Alfredo Foubert, jefe de la secretaría particular, tomara el título de sub-director. Las funciones de M. Levaillant, como director del personal, cesaron el 9 de enero de 1886, día en que un decreto presidencial reunió dicha direccion del personal al despacho del ministro y nombró para este importante destino á M. René Laffon.

El despacho del ministro á cuya direccion estaba agregado M. Alfredo Foubert con el título de sub-director y con las funciones de jefe de la secretaría particular, tiene las atribuciones más importantes. Allí se abren los partes políticos y de seguridad general; de allí salen todas las órdenes ministeriales; allí se ocupan de lo que, en la gerigonza gubernamental, se llaman «asuntos reservados.» Debe entenderse por asuntos reservados todo lo subvencionado por los fondos secretos afectos al ministerio del interior.

Por otra parte, la caja central del ministerio, sita en la calle de la Universidad, 176, paga las cantidades ordenadas por la secretaría particular del ministro. Allí se lleva la contabilidad de los pagos efectuados de los «fondos especiales.» Esta caja está abierta de las 11 de la mañana á las 3 de la tarde.

Así, pues, cualquiera que vaya del despacho de los asuntos reservados á la caja de los fondos especiales, se dirige sencillamente á cobrar una cantidad consignada á los fondos secretos.

Continuemos la narración.

La noche del 13 de enero entraba M. Barrême en la estación de San Lázaro, á eso de las 6 y media, para tomar el express, n.º 55, que debía llevarle á Evreux. Los principales empleados conocían al prefecto del Eure, porque viajaba á menudo por aquella línea. Diéronle un compartimiento de primera clase, al que no se permitió subiera nadie, según se acostumbra para los empleados de categoría.

Algunos minutos antes de la partida del express.— que es á las 6 y 55,—un caballero algo grueso, moftetudo, de mediana estatura, con sombrero grande, provisto de un pase que la compañía entrega á las personas que desean no dejar hasta el último instante á los viajeros á quienes acompañan, llegó al andén de embarque, asegurándose por una rápida inspección, de que M. Barrême estaba en el tren, después, volvió aceleradamente á la sala donde se despachan los billetes, toma una ida y vuelta para Mantes, volvió rápidamente al registro, y subió al compartimiento donde estaba el prefecto del Eure.

El express n.º 55 no para antes de Mantes, á donde llega á las 8 y de donde vuelve á salir cinco minutos después.

Entre Paris y Mantes se encuentran diez estaciones pequeñas, entre las cuales hay la de Maisons-Laffitte. A eso de las 9, el conductor de un tren de mercancías advertía, al pasar sobre el puente que corta el Sena á 300 metros próximamente antes de la estación de Maisons-Laffitte, un hombre tendido en la vía; ese conductor, al cruzar la estación donde no se detenía su tren que caminaba con muy pequeña velocidad, tuvo tiempo de llamar, por señales con su linterna, al jefe de estación y participarle su descubrimiento en pocas palabras.

M. Vuillerme, jefe de estación de Maisons-Laffitte, tomó enseguida una linterna, y, acompañado de un empleado, se trasladó al sitio indicado y encontró, efec-

tivamente, en el puente, un cadáver tendido en la doble vía, echado sobre el costado derecho, el brazo derecho detrás de la espalda y la cabeza envuelta con un pañuelo de algodón formando cuadros, que tapaba la parte superior de la cara y fuertemente anudado en el cogote.

El jefe de estación fué á buscar otros empleados y unas angarillas, y trasladaron el cadáver á Maisons-Laffitte; donde lo colocaron en un soportal que servía de lampistería, aguardando la llegada del cabo de gendarmería y de un médico, que se mandaron llamar.

El médico después de haber certificado la muerte de la víctima, buscó sus causas y descubrió dos heridas: una en la coronilla de la cabeza, causada por la caída del hombre desde el vagón á la vía; la otra se encontraba oculta debajo del pañuelo, en la sien, procedente de una bala de revolver de pequeño calibre. El proyectil, que había penetrado unos diez centímetros, interesó el cerebro y determinó una muerte instantánea.

El cabo de la gendarmería procedió por su parte á comprobar la identidad de la víctima. El hombre asesinado no era otro que Barrême. Tenía en sus bolsillos su tarjeta de circulación por el camino de hierro en su nombre y con su título de prefecto del Eure, dos cartas á su dirección procedentes de Evreux; un sobre sin dirección, pegado con goma, con un extremo ligeramente rasgado y dentro un billete de banco de 500 francos, finalmente, un porta monedas con 37 francos, 50 céntimos en plata. Notábase que al desdichado prefecto no le habían quitado sus halajas, ni su reloj; al contrario, no se dió cuartel á ninguno de sus papeles administrativos.

Como el telégrafo no funciona después de las 9 de la noche en Maisons-Laffitte, no se envió ningún parte al tribunal de Versalles ni á la comisaría de vigilancia de la estación Saint-Lazare. Hubiérase podido tomar el primer tren y avisar á la policía y á la justicia en Paris; pero, no se hizo y esta negligencia fué muy sensible.

Tocante al asesino, habia este bajado en Mantes, paseándose por los alrededores de la estacion, despues de arrojar en un camino la manta de viaje de M. Barrême, que se halló; despues, habia tomado el tren que sale á las 9 de Mantes y llega á Paris á las 10 y 28. Ni un error hubo sobre el sujeto asesino: en el tren número 55 se habia despachado un solo billete de ida y vuelta de Paris para Mantes, y el medio triket entregado en la estacion Saint-Lazare á la llegada del tren de las 10 y 28 correspondia exactamente el medio triket retirado á las 8 en la estacion de Mantes.

El asesino, pues, no habia perdido tiempo para volver á Paris. Pasando otra vez por la estacion de Maisons-Laffitte, habia podido ver debajo del soportal, el cadáver de su víctima; y si hubiese sido hombre incapaz de remordimientos de su crimen, tuvo todo el espacio de tiempo deseable para volver á su casa y pasar una noche muy tranquila.

El dia siguiente, muy temprano, fué M. Alfredo Foubert al ministerio. Habiéndole anunciado la noticia del asesinato de M. Barrême, tomó inmediatamente el tren y fué á Maisons-Laffitte, donde se hizo enseñar el cadáver del infortunado prefecto que se habia trasladado á una posada. A mediodia, habia entrado otra vez en Paris el jefe de la secretaría particular del ministerio del interior. A la 1 y 50 salia otra vez para Evreux, encargado por el ministro M. Sarrien, de noticiar á la señora Barrême la horrible desgracia que le habia sucedido. En su concepto, dice, el prefecto del Eure habia sido víctima de una venganza personal; evidentemente, el secreto profesional le vedaba hablar de la importante cantidad que M. Barrême habia debido cobrar, segun toda probabilidad, de la caja central de los fondos especiales, cantidad que no se habia encontrado en poder del cadáver, en Maisons-Laffitte. En la prefectura de Evreux, M. Foubert quemó muchos papeles que el futuro prefecto, dijo él, no debia conocer. Despues de esto, entró otra vez en Paris en

el tren que parte de Evreux á las 7 de la noche. A un redactor del *Gaulois* le declaró que habia pasado uno de los dias más rudos de su existencia.

El asesinato de M. Barrême causó profundo estupor en toda Francia.

Emocionóse primero por la osadía del asesino, que, á la hora en que escribimos estas líneas, no ha sido todavía detenido. Asombróse despues por la lentitud demostrada por la justicia en la instruccion de la causa.

M. Leon Sevaistre, diputado conservador del Eure, desde la primera hora del jueves, 14, habia sabido el asesinato del prefecto, con quien sostenia amistosas relaciones, y se fué al instante á Maisons-Laffitte. A las 11 y media de la mañana habia regresado de allí, sin haber averiguado la presencia de un miembro del tribunal de Versalles ó de un agente de la prefectura de policia.

Asediado á su llegada á la Cámara aquel dia, manifestó su asombro por la indiferencia de la fuerza pública ante tal crimen; porque, decia, muy exactamente, depende de la celeridad de la policia, en semejantes casos, el arresto del asesino.

Muchos diputados le aconsejaron que interpelara inmediatamente al ministro de la justicia, M. Demôle, acerca del particular. Se buscó á M. Demôle, y no estaba en la Cámara. M. Sevaistre le telefonó desde la Cámara al ministerio de la justicia, para avisarle acerca de la interpelacion que iba á presentar; el guarda sellos no estaba en el hotel de la plaza de Vendôme. M. Sevaistre le telefonó al Senado, y allí brillaba M. Demôle por su ausencia. En una palabra, en todo el dia no se halló á M. Demôle.

Parecia que en todo el ministerio se habia perdido completamente la cabeza.

Solo á las tres de la tarde avisado finalmente el fiscal de la República, de Versalles, llegó á Maisons-Laffitte, acompañado de un juez de instruccion. Estos dos magistrados debieron concretarse á reconocer el

cadáver; habian descuidado de telegrafiarles de París las señas del asesino. Sin embargo, sabíase en el ministerio, que el individuo que á última hora habia subido al compartimiento (reservado) de M. Barrême, en el tren n.º 55, despues de tomar un billete de ida y vuelta para Mantes, era un caballero bastante grueso, moñetudo, de mediana estatura. Es verdad que los empleados no le habian visto con detencion; pero no debian descuidarse los menores indicios.

El lunes, 18 de enero, día de los funerales de M. Barrême en Evreux, la oficina del procurador general de Rouen, de quien depende el procurador de la República de Evreux, no habia recibido aun las señas del asesino. El Procurador general de Rouen, comienciendo aquel día, en la fonda del Gran-Cerf, en Evreux, en mesa particular, con M. Hendlé, prefecto del Sena Inferior, y M. René Laffon, que representaba al ministro del interior en los funerales, se quejaba en alta voz de aquel raro procedimiento.

El ministerio acabó finalmente por dar señas de vida. Amenazaba una interpelacion y debia conjurarse. Siguiéronse entonces á derecho y siniestro todas las pistas imaginables. Conversaciones sostenidas en cafés, habladurías, acusaciones dirigidas contra personas que se suponian enemistadas con M. Barrême, produjeron numerosas detenciones de personas que debian ponerse luego en libertad. Careábanse unos y otros con el empleado de la estacion de Mantes y los empleados del registro de la estacion Saint-Lazare y ninguna de las personas acusadas era reconocida; todas justificaban su tiempo pasado durante la velada del 13 de enero. Segun la *Lanterne*, siguiéronse sesenta pistas.

Es verdad que las únicas acusaciones admitidas eran las que atribuian á los acusados motivos ó pretextos de venganza personal. No se admitia que M. Barrême hubiese podido ser robado; porque, para admitir esto, era preciso reconocer que la pista indicada

por los periódicos conservadores podia dar un resultado, y, además, hubiese sido confesar la anotacion de una cantidad enorme en los fondos secretos, para los gastos de la candidatura oficial de M. Papon contra el duque de Broglie.

—Ahora, nos preguntará el lector, ¿atribuís á la Franc-Masonería ese crimen misterioso?

No, contestaremos. Pero se ha atribuido á un franc-mason notorio, á un hombre que, en enero de 1886 estaba abrumado de deudas y no sabia ya como procurarse dinero, á un hombre que ocupaba entonces una posicion administrativa, que M. Barrême, con quien estaba en relaciones políticas constantes, pudo admitir sin desconfianza en su compartimiento de vagon.

Los periódicos han publicado con todas sus letras el nombre de ese hombre, y ese hombre jamás se ha atrevido á perseguir por difamacion á sus acusadores.

Ese hombre no es ni ministro, ni senador, ni diputado. Al ver, empero, la impunidad de que goza, si es verdad que sea el asesino del prefecto del Eure, como de ello ha sido públicamente acusado,—parece que ese hombre tiene en sus manos los secretos de los diputados, de los senadores y de los ministros.

Se han contentado con dejarle cesante.

Ahora bien, como este hombre pertenece á la Franc-Masonería, como ésta es ahora omnipotente en Francia, tenemos el derecho de creer que la Franc-Masonería le cobija y le protege.

Si el crimen de Maisons-Laffitte no se cometió por orden de la secta, á lo menos la secta le absuelve y así se lo apropia.

Vamos á notar otro hecho, y ponemos punto final al asesinato del prefecto Barrême:

Hemos hablado de M. Foubert, padre, que era un hombre muy honrado en toda la acepcion de la palabra.

La mañana del día en que se cometió el crimen, estaba rollizo y lleno de salud. Quedó estupefacto, como

todo el mundo, cuando leyó, el 14 de enero, en los periódicos los pormenores comunicados al público acerca del espantoso crimen. Asombróle vivamente la osadía del asesino. Hízose dar por su hijo, M. Alfredo Foubert, noticias complementarias acerca de M. Barrême y las circunstancias del asesinato. Sabido es que el mismo día del atentado, M. Alfredo Foubert había estado muy cerca de la víctima.

Las noticias que M. Foubert, padre, había exigido y que se le dieron el día siguiente al de los funerales del desgraciado prefecto, impresionaron tan profundamente al excelente anciano, que, el 20 de enero, sus colegas del Senado, al abrir el *Journal Officiel*, leyeron en él con dolor las siguientes líneas:

Se avisa a los SS. Senadores que los funerales de M. Foubert, senador inamovible, se celebrarán el juéves, 21 de enero, a las doce en punto en la iglesia Santa Clotilde.

La reunion en la casa mortuoria, calle de Varenne, 44, a las 12 menos cuarto.



El asunto del Banco de Ancona. Muchos envenenamientos.
Testimonio del inspector de policía Ceola, envenenado por
los franc-masones.

XV

El asunto del Banco de Ancona.

Hemos reservado para el final un asunto muy interesante, pero al mismo tiempo de los más misteriosos, que apasionó, algunos años há, al público italiano, y que tuvo también cierta resonancia en Europa. Trátese de un robo de dos millones y medio cometido en Ancona en perjuicio del Banco nacional de Italia, crimen realizado por francmasones en complicidad con los empleados de la sucursal de dicho Banco, afiliados también á la secta. Esto no obstante, no hubiéramos hablado de este robo en nuestra obra, á no habersele seguido numerosos envenenamientos; porque, esta vez, la Masonería no se desembarazó con el puñal de los que la molestaban.

El auxiliar, aquí, de la Francmasonería estalló de una manera muy distintamente característica que en el asunto Barrème. Todo el que podía informar á la justicia acerca de los francmasones ladrones era despiadadamente envenenado desde que se sabía que se proponía hablar; propinóse el veneno á los testigos y hasta á los agentes de policía encargados de las pesquisas.

Muchos periódicos publicaron los hechos. Nosotros seguiremos con preferencia la relacion publicada por la excelente revista de M. Chantrel, los *Anales Católicos*; esta revista, dirigida como es sabido, por uno de

nuestros más eminentes y más simpáticos cofrades, agrupó de un modo admirable todos los incidentes del asunto (1).

El héroe de este drama judicial es el Venerable de una de las Logias de Ancona, el H.º Baccarini.

Este Baccarini era un antiguo obrero tipógrafo, iniciado desde su juventud en los misterios de la Franc-Masonería. En 1849, fué condenado por carbonario, pero logró huir con algunos colegas de Venta, y se refugió en Oriente. Su paso quedó en todas partes marcado con crímenes. En Smirna, incendió la Moneda; en Egipto, hizo descarrillar un tren de Alejandria al Cairo, que llevaba algunos millones al Kedive; en Grecia, se hizo pirata; en Constantinopla, con sus seides, tuvo toda una noche en jaque á la policía.

Cuando la Franc-Masonería triunfó en Italia, cuando quedó asegurada la impunidad á los sectarios por la realización del plan unitario elaborado en las Logias, el H.º Baccarini se aprovechó de la amnistía concedida á los miembros de las sociedades secretas, y regresó á Italia. Patrocinado muy valiosamente, en su calidad de Venerable, reclamó una posición al gobierno, quien le encargó..... de la reorganización de la policía de Ancona.

Baccarini la reorganizó tan bien, que el Banco de Ancona había sufrido ya cinco robos, uno de 120,000 francos, antes del golpe maestro de que vamos á hablar.

Ocurrió el robo en 1878.

Baccarini se había asociado varios miembros de su Logia. Primeramente el H.º Quirino Governatori, antiguo empleado en los cobros del Banco; este había perdido su destino á consecuencia de un error (?) de 10,000 francos en sus cobros; mejor dicho, había sido expulsado. Otro de sus cómplices era el H.º Andrés

(1) Véase el número 761, del 7 de agosto de 1886.

Lorenzetti, que se titulaba comerciante en madera, en realidad estafa que solo vivía de trampas. Había también un cochero de plaza, el H.º Pilonza, tunante que aumentaba sus pequeños beneficios falsificando talones de banco (pequeños billetes italianos de uno y dos francos) que daba á sus clientes al devolverles la moneda. Finalmente, el cuarto cómplice de Baccarini era un sillero, cuyo nombre no tenemos.

Governatori, á pesar de su expulsión, había conservado relaciones en la sucursal que el Banco nacional de Italia posee en Ancona. En la Logia veía también á varios empleados de dicha sucursal. El cajero Mellini y el contador Albertini eran masones los dos. Muy experto en el arte de saber sacar los secretos del buche, había sabido que la sucursal de Ancona debía efectuar dentro de muy poco tiempo un importante envío de valores á la sucursal de Génova. Informó de ello al Venerable Baccarini, y se concertaron, al salir de una sesion masónica, acerca de las medidas que debían tomarse para cometer el robo.

Los envíos de valores de sucursal á sucursal, se hacen por medio de maletas en las que se ponen billetes de banco, y las maletas quedan bajo la custodia de dos empleados y de uno ó dos dependientes que no deben perderlas de vista.

Tratábase de arrimar las maletas durante su transporte y realizar hábilmente una sustitución.

Andrés Lorenzetti tenía un hermano, llamado Eduardo, que era precisamente mozo de cobranza en la sucursal de Ancona. Por él supo exactamente la cantidad que debía enviarse á Génova. Hízose enviar también una de las maletas del Banco, para que sirviera de modelo al sillero que era del complot, y este hizo una totalmente parecida. Cuando los billetes de banco estuvieron metidos en las maletas, Eduardo pesó una de ellas secretamente, y nuestros francmasones cuidaron de dar el mismo peso á la que tenían preparada, llenándola de papeles y virutas.

La direccion de Roma habia pues dado orden á la sucursal de Ancona que enviara, el 19 de octubre de 1878, á la sucursal de Génova, una suma de seis millones quinientos mil francos. Distribuyóse esta suma en tres maletas, una de tela, y dos de cuero. La imitada por el sillero era de cuero, y su peso equivalía al de una maleta con dos millones cuatrocientos mil francos.

Los valores debian ir acompañados de cuatro personas, á saber: el cajero Mellini, el contador Albertini, y dos empleados, uno llamado Tangherlini y Eduardo Lorenzetti.

Cargáronse en un carruaje del Banco en el cual iban Albertini, Eduardo Lorenzetti y Tangherlini. Mellini no presencié el acto de cargarlas; habia ido á hacer una corta visita á su familia, y no llegó á la estacion hasta el preciso momento de partir. Por lo demás, los otros tres vigilaron las maletas en su ausencia, y no se hizo entonces la sustitucion.

Los ladrones sabian la hora del tren que debia efectuar el transporte. Dos de ellos, el venerable Baccarini y el H.*, Governatori, llegaron á la estacion cuando el carruaje del Banco; ellos estaban en el coche guiado por el H.*, Pilonza.

En la estacion, Albertini y Tangherlini toman las maletas donde hay los valores; Eduardo Lorenzetti va, con el coche del Banco, á buscar al cajero Mellini en su quinta, situada á corta distancia. Mientras tanto, Tangherlini va á la taquilla para tomar los billetes de viaje, y Albertini guarda las tres maletas.

Baccarini y Governatori bajan inmediatamente del coche de Pilonza; uno de ellos se dirige apresuradamente á la taquilla del despacho de los billetes adelantándose á Tangherlini, y el otro, con ademán indiferente, pone su maleta al lado de las tres del Banco. Despues, cuando el primero de los dos ladrones vuelve de la taquilla, toma el segundo sin ninguna vacilacion, no la maleta que habia depositado, sino la del

Banco que estaba al lado y que contenia dos millones cuatrocientos mil francos. Despues de esto, sin precipitarse, ganan los dos cómplices una de las puertas de la sala de los pasadizos ante la cual esperaba el H.*, Pilonza; suben al coche, el H.*, Pilonza da un vigoroso latigazo á sus dos caballos y escapan al galope. El robo estaba realizado.

Mientras tanto, era preciso repartirse el producto del robo. Nuestros franc-masones se habian dado cita en la posada de los Arcades, propiedad de un H.*, adicto, que estaba al corriente de todo. Baccarini y Governatori se adjudicaron cada uno un millon por su parte respectiva. Andres Lorenzetti se contentó con trescientos mil francos. Los cien mil francos restantes se reservaron para «un personaje importante» que protegia á los buenos Hermanos en caso necesario. La justicia italiana, á despecho de sus investigaciones, no ha podido descubrir quién era ese personaje importante. Pilonza, que solo habia sido un comparsa, recibió veinte mil francos de la parte de Governatori, y Baccarini, sacó de la suya diez mil francos para el posadero, y otros tantos, sin duda, para el sillero. No pudo saberse lo que este recibió.

Eduardo Lorenzetti se habia quedado en Ancona. Solo Mellini, Albertini y Tangherlini acompañaron las maletas á Génova. Cuando las abrieron á su llegada á la sucursal de esta ciudad, la averiguacion del robo les produjo el efecto de un rayo. Albertini se puso malo. Mellini se tambaleó y cayó como un buey acogotado. Tangherlini corrió á avisar á la policia, la que, por precaucion, comenzó por detenerle, como á Albertini. Por otra parte, los magistrados telegrafiaron á Ancona, y se procedió inmediatamente tambien al arresto de Eduardo Lorenzetti. Tocante á Mellini, la emocion del primer momento le habia vuelto loco, y murió poco despues en un manicomio.

Todo el mundo quedó asombrado de la audacia con que se habia efectuado el robo. No obstante, en An-

cona, se pronunciaron luego en voz baja los nombres de los ladrones; pero, el tribunal no molestó de pronto á Baccarini ni á sus cómplices. Finalmente, habiéndose hecho escandalosa la conducta de Governatori, — derrochaba locamente el dinero, — se decretó contra él un auto de prision: avisado por Baccarini, tuvo tiempo de esconderse en sitio que él creía seguro. Solo que el pilluelo confió tontamente á su mujer el secreto de su asilo y el del millon. Esta, que no era de costumbres muy correctas y que deseaba deshacerse de su marido, le denunció, y Governatori fué encarcelado.

Baccarini no se habia comprometido personalmente, ni habia cambiado en nada sus costumbres. Por mediacion de uno de los miembros de su Logia, el H. Paccapelo, habia hecho pasar su millon, á su hermana, casada con un comerciante de Lyon refugiado en Malta, á consecuencia de malos negocios. Desgraciadamente para el Venerable; el H. Paccapelo tenia la lengua demasiado larga; charló á su regreso, enseñó el dinero que habia recibido por pago de su mision á Malta, y no hubo más remedio que prenderle.

Debíase prender tambien á Baccarini, ó, á lo menos, dictar auto de prision contra él. Se firmó el auto, pero se dió al Venerable el tiempo necesario para largarse. Fué á Francia, despues á Malta, donde, probablemente, recobró parte de su depósito sino todo. A los tres meses, disfrazado de viejo lord inglés gotoso, cruzaba la frontera italiana en Ventimiglia. La Masonería le habia hecho asegurar la impunidad, con la condicion de que se ocultara. Acompañábanle dos supuestas miss, reputadas por hijas suyas, que en realidad eran dos Hermanas masonas comprometidas para el caso.

El gobierno le dejó volver á Italia. Estaba entonces de tal manera seguro del auxilio de la masonería, que no temió ir á instalarse otra vez en Ancona mismo, aunque con nombre falso. Ocultábase en casa de una señora Morelli, viuda del barítono de la Opera, cuyas dos hijas dotó, en recompensa de la hospitalidad recibida.

A contar de este momento, el asunto toma proporciones enteramente extraordinarias.

No se habia escogido al azar la casa Morelli como lugar de refugio; tenia su escalera comun con las oficinas de la policia. El Venerable estaba allí á pedir de boca para seguir de cerca el proceso que le interesaba. De noche, un escribano perteneciente á su Logia, le traía las copias de las declaraciones del asunto, y cuando estas eran agravantes para los acusados, iba algun Hermano á ver á los testigos y ya con amenazas ya con promesas les arrancaba una retractacion. Baccarini, el jefe de los ladrones, dirigia secretamente el proceso que no se pudo evitar. El mismo escogió á los abogados para la defensa de sus cómplices encarcelados. Dos de estos abogados han sido despues ministros de justicia.

Los debates debian abrirse en Roma en octubre de 1880. La instruccion duró dos años.

Una semana antes de la apertura de la sesion de los asises, se anunció la muerte de Baccarini; esta muerte llegaba muy á tiempo para dificultar las revelaciones que hubieran podido producirse en la audiencia. Nadie creyó en una muerte tan súbita y sobre todo tan oportuna.

Como la Morelli habia declarado la defuncion, fué preciso citar para el asunto á diversas personas que habian tratado de cerca al Venerable, cuando se ocultaba en Ancona, especialmente las dos criadas de la Morelli. Estas pobres muchachas habian sido testigos de las relaciones de Baccarini con el escribano de la policia durante la instruccion; podian comprometer á la secta; una muerte súbita dió cuenta de ellas, con tres dias de intervalo, mientras se disponían para ir á la audiencia.

Otros testigos desaparecieron tambien ó se abstuvieron de ir á Roma, y se pasó adelante.

Los debates no terminaron hasta noviembre. El jurado, escogido uno por uno, estaba exclusivamente

compuesto de francmasones. Así pues, se conformaron los jurados con las órdenes secretas que se les dieron y no condenaron á más ladrones que los sacrificados por la secta.

Fueron absueltos los Lorenzetti, incluso Eduardo que habia dado las noticias; adoptóse el sistema de defensa del sillero que habia fabricado la maleta, y que pretendió haber creído trabajar por cuenta del Banco, y obtuvo tambien la absolucion. El H.^o, Albertini, el contador que habia guardado las maletas en la estacion y á cuya vista se habia efectuado la sustitucion, fué más que absuelto: el ministerio público abandonó la acusacion contra él. Al revés, Paccapelo tuvo cinco años de cárcel por haber llevado á Malta el millon de Baccarini; el cochero Pilonza y Guirino Governatori tuvieron ocho años de igual pena. Pero lo más duro es que Tangherlini, que era inocente,—él habia tomado los billetes en la taquilla mientras se efectuaba el robo,—fué condenado á doce años de reclusion. Es verdad que Tangherlini no era francmason.

«Los debates, que habian sido bastante frios en un principio, refieren los *Anales Católicos*, obtuvieron sorprendente interés, cuando declararon los agentes de policia. El gobierno habia puesto á la disposicion del Banco uno de sus mejores agentes, el inspector Ceola, por sobrenombre «Monsieur Lecoq.» Muy pronto le detuvo una enfermedad espantosa en el *Hotel de Europa*, donde se hospedaba haciéndose pasar por viajante de comercio. Su enfermedad tenia todos los caracteres del envenenamiento por el *agua tofana*, el veneno de los francmasones; pero como Ceola era jóven y bien cuidado, sobrevivió.

«El público de la audiencia se estremeció al ver presentarse para declarar, aquel hombre, poco há arrogante de vigor, que se apoyaba en dos muletas, sostenido por dos agentes. Tendido en una larga silla en la grada del Tribunal, tenia al alcance de su mano una botella de Marsala, para reanimarle en sus desmayos.

«La declaracion de aquel muerto viviente duró 2 largos dias de audiencia; como interés, excedia á los folletines más conmovedores. Quedará como un rayo de luz al través del mundo subterráneo de las sociedades secretas masónicas. En esta caza al hombre, el agente habia desplegado el furor del sabueso. En la misma audiencia, el presidente veíase obligado á recordar la calma al moribundo.

«Ahora, Ceola, pensionado por el Banco, es solo la sombra de sí mismo. Los francmasones le envenenaron.»

Ese proceso quedó misterioso, á pesar de los largos debates. No obstante, resultó de ellos: que muchas personas encargadas de las investigaciones, no cumplieron con su deber, y que se habia dificultado la accion de la justicia donde quiera que se hacia la instruccion por magistrados concienzudos.

Además, ocurrían muertes imprevistas ó desapariciones despues aun del proceso, y siempre en circunstancias singulares. Varios periódicos, entre otros el *Ezio* y el *Messagero* de Roma, acusaron á los principales abogados de haber ido á la parte con los ladrones. El redactor del *Messagero* no pudo continuar sus revelaciones; amenazáronle con el puñal de los Hermanos Tres-Puntos, y huyó precipitadamente á América, se dijo; de todos modos, desapareció de Roma el día siguiente, y el periódico interrumpió sus artículos acerca del proceso. Al *Ezio* le sucedió todo lo contrario: uno de los abogados acusado por el tal periódico acusó al director de difamacion; pero de repente el abogado que gozaba de excelente salud, murió. Otro abogado, Lopez, el defensor de Governatori, fué acusado de haber tenido en depósito el millon de su cliente y haberlo disipado en orgías y especulaciones bur-sátiles.

En resúmen, el asunto de los millones del Banco de Ancona revela, una vez más, los peligros que las sociedades secretas presentan para la sociedad moderna.

Cuando la Franc-Masonería no asesina á los hombres públicos que la denuncian ó que rehusan protegerla, asesina á los particulares para salvar á aquellos de sus adeptos que se hicieron culpables de crímenes de derecho comun. En su concepto, la vida humana no vale nada. Hasta, en casos dados, mata á los individuos que le son adictos, ya porque son instrumentos que conviene romper despues de haberse servido de ellos, ya porque les parece que son comprometedores.

CONCLUSION.

En la encíclica *Humanum Génus*, que es un monumento de ciencia religiosa, política y social, N. S. P. el Papa Leon XIII ha escrito estas líneas que jamás se meditarán bastante:

«Bajo engañosas apariencias y disimulando una regla constante de conducta, como antiguamente los Maniqueos, no perdonan los Franc-Masones ningun esfuerzo por ocultarse y no tener más testigos que sus cómplices.

«Como su mayor interés consiste en no aparentar lo que son, se dan aires de amigos de literatura ó de filosofía reunidos juntos para cultivar las ciencias. Solo hablan de su celo por los progresos de la civilizacion, de su amor al pobre pueblo. A creerles, su único objeto es mejorar la suerte de la multitud y extender al mayor número de hombres los beneficios de la sociedad civil. Suponiendo, empero, que fueran sinceras esas intenciones, distarian mucho de apoyar todos sus designios. En efecto, los afiliados deben prometer obedecer á ciegas y sin discusion los mandatos de sus jefes; estar siempre dispuestos, á la menor notificacion, á la más leve señal, á ejecutar las órdenes dadas, entregándose, en caso contrario, á los más rigurosos tratamientos, incluso la muerte. En efecto, no es raro aplicar el último suplicio á los convencidos ya de haber

entregado la disciplina secreta de la sociedad, ya de haber resistido las órdenes de los jefes; y se practica esto con tal destreza que, las más de las veces, el ejecutor de sus sentencias de muerte se libra de la justicia constituida para velar sobre los crímenes y vengarlos.

«Pues bien, vivir en el disimulo y querer estar envuelto en la oscuridad; ligarse por los lazos más estrechos, y sin darlos préviamente á conocer á qué se obligan, hombres reducidos así al estado de esclavos; emplear en toda clase de atentados esos instrumentos pasivos de una voluntad agena; armar, para el asesinato, manos con cuyo auxilio se asegura la impunidad para el crimen: son prácticas esas monstruosas y condenadas por la misma naturaleza.

«La razon y la verdad bastan pues para probar que la Franc-Masonería está en oposicion formal con la justicia y la moral naturales.»

Estas líneas, cuyo comentario apoyado en hechos ha sido nuestra obra, estas líneas, escritas por la pluma más autorizada del mundo, serán nuestra conclusion.

ÍNDICE.

	<u>PÁGINAS.</u>
Introduccion.—Cómo se hace un asesino..	5
I.—La Princesa de Lamballe.	36
II.—El R. P. Le Franc.	54
III.—Felipe-Igualdad..	77
IV.—Pablo I, czar de Rusia.	95
V.—Saint Blamont y el general Quesnel.	101
VI.—El duque de Berry.	115
VII.—William Morgan.	147
VIII.—Los Carbonarios de Marsella.	159
IX.—El conde Rossi.	169
X.—Mazzini y la cuestion Orsini.	177
XI.—El general Prim.	201
XII.—Garcia Moreno..	211
XIII.—Leon Gambetta.	231
XIV.—El prefecto Barrême.	247
XV.—El asunto del Banco de Ancona..	269
Conclusion..	276

OBRAS DE LEO TAXIL

LOS MISTERIOS DE LA FRANCMASONERÍA

EDICION ILUSTRADA.

Un tomo en 4.º mayor, con 100 grabados y más de 800 páginas, con rica encuadernacion hecha ex-profeso, á **13 pesetas** el ejemplar, traducido por *D. Angel Z. de Cancio*.

La Francmasoneria descubierta y explicada.

EDICION DE PROPAGANDA.

Vertida fielmente al castellano por el *Dr. D. Joaquin de Cots y de Cots, Pbro.*, catedrático de la Facultad de Sagrada Teologia en el Seminario Conciliar, con un prólogo por el *Dr. D. Jaime Cararach e Iborra*, catedrático de Filosofía en el mismo Seminario. Edicion popular resumiendo las más completas revelaciones. Un tomo de más de 350 páginas á **2 pesetas** en rústica y **2'50** encuadernado.

EL VATICANO Y LOS MASONES.

Obra vertida al castellano por *D. Angel Z. de Cancio*. Un tomo en 8.º á **1 peseta** en rústica y **1'50** encuadernado.

CONFESIONES DE UN EX-LIBREPENSADOR.

Version española por *D. Angel Z. de Cancio*. Un volumen de más de 320 páginas en 16.º, á **2'50 pesetas** en rústica y **3** encuadernado en percalina.

LA ESPAÑA MASÓNICA.

Es de suma utilidad para los católicos españoles: en ella hallarán los nombres y domicilios de los principales jefes de las logias Españolas, según documentos justificativos que obran en poder del autor.

Un tomo de 359 páginas, á **1'50 pesetas** en rústica, y **2** encuadernado.